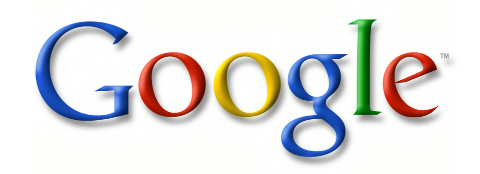


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

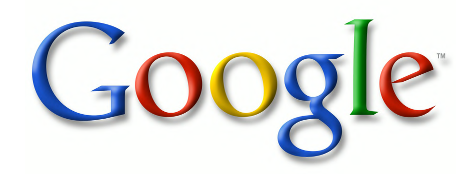
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 612.27

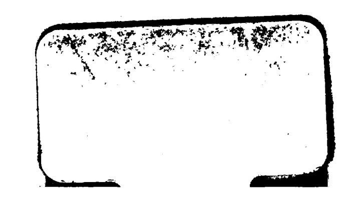
HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION



BOUGHT FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA



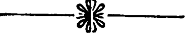
SA1612.27

FINIS

ÚLTIMOS DÍAS DE ESPAÑA EN CUBA

POR

Waldo A. Insua.



MADRID
ROMERO, impresor.—Calle de la Libertad, 31.
TELÉFONO 875
1901

Doa: bil

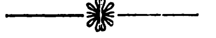
ULTIMOS DIAS DE ESPAÑA EN CUBA

FINIS

ÚLTIMOS DÍAS DE ESPAÑA EN CUBA

POR

Waldo A. Insua.



MADRID
ROMERO, impresor.—Calle de la Libertad, 31.
TELÉFONO 875
1901.

[illegible]

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

I

Sonaba la última campanada de las siete de la mañana en uno de los relojes de la casa, cuando el ayuda de cámara del Marqués de Santa Fe, abriendo con suavidad y precaución la mampara de cristal de un elegante y rico cuarto de dormir, penetró en él de puntillas, sin hacer ningún ruído, y acercándose á una magnífica cama de palisandro con incrustaciones de oro y colgaduras de finísimos encajes de Bruselas, en la que dormía aquél, con voz velada por el respeto, dijo:

—¡Señor! ¡Señor Marqués! los cañonazos ya se oyen.

—¡Diablo!—exclamó incorporándose el que tan dulcemente se hallaba entregado al sueño.—¿Con que es cierto? ¿con que ya estamos en plena autonomía? ¿con que ya tiene Cuba su gobierno propio?

—¡Es bien original — continuó diciendo el Marqués—que me produzca emoción tan viva y extraordinaria un hecho tan sencillo, natural y esperado!

Y dando un salto rápido y nervioso que revelaba al *spormant* acostumbrado á los más difíciles ejercicios de la gimnasia y de la esgrima, se puso de pie, empezando á recorrer con paso precipitado la amplia habitación.

Habíase retirado discretamente el ayuda de cámara á esperar órdenes á la habitación inmediata, y proseguía el Marqués dando vueltas de un extremo á otro del dormitorio, tropezando á ratos con una columna ó con una mecedora, y derribando objetos por todas partes.

Contúvose, de improviso, en su paseo nervioso y desordenado fijándose con antención en los ruídos que procedían del exterior: llegaban hasta él, perfectos y claros, retumbando formidable y secamente en el espacio, los cañonazos que se disparaban desde el castillo del Morro; y sin darse cuenta exacta de lo que hacía empezó á hablar de nuevo, como si tuviese enfrente alguna persona.

—Lo estoy viendo con mis ojos, y oyéndolo estoy con mis oidos, y sin embargo no me decido á creerlo. ¿Cuba con Gobierno responsable? ¿con Ministerio, con Cámaras propias, con organismos de su exclusivo nombramiento? ¿de derecho emancipada de la Metrópoli?..... ¡Y todo en calma! ¡sin que se oiga un grito de protesta, sin que se vea un uniforme de voluntario pasar por

la calle, y atronando la ciudad las salvas que tantas veces consagraron como intangible la soberanía española! ¡Qué asombroso es todo esto! ¿Quién sería capaz de predecir lo que está ocurriendo á mi ilustre abuelo el Marqués de Santa Fe, Capitán y Gobernador General de esta Isla en los buenos tiempos, sin exponerse á perder la existencia ó cuando menos la libertad? ¡Qué cambio en las ideas! ¡qué mudanza en los hombres! ¡qué tiempo tan diferente al de hace un cuarto de siglo!

De este monólogo, que llevaba trazas de no concluir, vino á distraerle el criado, que empujó nuevamente la espléndida mampara para decirle:

—El señor Marqués tiene preparado el baño.

—Oye, Manuel—contestó éste:—observo que la mañana está nublada y bastante fresca, por cuya razón bien puedo, por hoy, prescindir del baño. Después de todo, deseo conservar por algún tiempo, el mayor compatible con el aseo, «el vil polvo de la colonia»; ¡ay! sí, de la colonia que tal vez no llegue nunca á ser Estado libre—murmuró el Marqués con no fingido acento de amargura.—Tráeme la bata y prepárame el desayuno; voy á mi despacho á leer la prensa y ver quiénes me escriben y qué noticias me comunican.

Y el criado, tomando de una percha niquelada una bata de seda china color paja de trigo, cubrió con ella el cuerpo, admirablemente hecho, del hermoso y opulento Marqués de Santa Fe.

Llamábase éste Alberto Álvarez de Guzmán, y era nieto del Teniente General de los ejércitos españoles D. Fernando Álvarez de Guzmán y Sotomayor, primer Marqués de Santa Fe, que había desempeñado la Capitanía General de la Isla de Cuba desde 1830 á 1842, dejando recuerdos indelebles de su mando en los edificios públicos que hiciera construir, uno de ellos la Real Cárcel; en las calzadas que había abierto á la comunicación de los pueblos inmediatos á la capital, una de las mejores la de San José de las Lajas, que empezaba en el populoso barrio del Luyanó y en las persecuciones efectuadas contra bandoleros, secuestradores, asesinos y cuatreros que tenían infestada la Isla, en la que era un mito la seguridad personal. De tan ilustre prócer, caudillo vencido en Venezuela por Bolívar y los suyos, que á su vuelta á la madre patria había sido «generosamente recompensado» por el Rey D. Fernando, heredó el joven Marqués una fortuna considerable que consistía en dos ingenios de fabricar azúcar en las provincias de Santa Clara y Matanzas; en tres potreros de ganado en Puerto Príncipe; en varios

cafetales en Santiago de Cuba; en muchas casas en la capital de la Isla y en porción de vegas y *jatos* en Pinar del Río. Esta inmensa riqueza había sido cuidadosamente conservada por su padre D. Antonio de la Concepción Álvarez de Guzmán y Espinosa de los Monteros, hijo único del primer Marqués de Santa Fe, que, enemigo jurado de las armas, consagró toda su existencia al mejoramiento de los cultivos agrícolas, á transformar la industria azucarera y á consolidar la libertad de la raza negra, de la que era protector y amigo sincero, y en favor de la cual había llevado á cabo importantes y fructíferas campañas. Doce años tenía Alberto Álvarez de Guzmán cuando su excelente padre, víctima de unas fiebres tíficas, falleció en una de sus fincas de Guanajay: educábase entónces en París en el primero de sus colegios, teniendo por condiscípulos y amigos á los más ilustres representantes de la aristocracia francesa, y, aun sintiéndolo mucho, no pudo apreciar en todo su valor real la muerte de aquél. Experimentó una gran pesadumbre, que le duró, á su juicio, bastantes días; pero bien pronto sus estudios y sus mismas distracciones le hicieron olvidar su tristeza.

Permaneció en el colegio hasta los diez y siete años; viajó hasta los veintiuno por toda Eu-

ropa, haciendo varias excursiones á Noruega y á Dinamarca; visitó en la provincia de Granada el solar de sus antepasados, y regresó á Cuba en 1881, en donde halló una sociedad que le pareció rara y exótica, una fortuna verdaderamente regia que había defendido con grandes energías un tutor modelo, nombrado en su testamento por el previsor autor de sus días, y un estado político que le obligó al retraimiento más absoluto.

Disputábanse el campo autonomistas y constitucionales, y ambos partidos cifraban todo su anhelo en llevar al Parlamento español el mayor número de Diputados y Senadores, sostener á «fuego y sangre» los principios de unos programas menos que medianos y acaparar el mayor número de beneficios, empleos, sinecuras y negocios. Y aunque en los primeros tiempos se sintió inclinado al *self government*, que, al fin, como nacido en Cuba, en donde radicaban sus cuantiosos intereses, hacia una libertad moderada le llevaban sus sentimientos, las exageraciones de sus corifeos, la inaguantable retórica de sus oradores y un dejo de separatismo que se advertía en toda la labor autonómica, apartáronle definitivamente de la política en todas sus manifestaciones. En cierta ocasión votáronle para Diputado á Cortes los constitucionales,

pero había renunciado el cargo negándose á recoger el acta que debía presentar en el Parlamento. Otra nombrárale Alcalde de la Habana uno de los muchos Gobernadores Generales que fueron á Cuba en los últimos quince años de soberanía española, deseoso de «atraerse»—era su frase—«á la aristocracia criolla», pero también se negó á tomar asiento en el gran sillón presidencial, que tanto habían enaltecido los Zuluetas y Balboas. No quería tener intervención en aquellas luchas de bajo imperio en las que la pasión desempeñaba muy importante papel, y los nombres de «patria» y «libertad» andaban profanándose de boca en boca, de club en club y de taberna en taberna.

Autorizado legalmente por una Real Orden que le dispensaba la edad, hízose cargo, al poco tiempo de su llegada, de sus importantes bienes y confirmando en sus puestos á los administradores que tenía, fuése á vivir á la casa-palacio de sus abuelos, situada en la calle del Prado, cerca del parque de la Punta, uno de los más sólidos, hermosos y ventilados edificios de la ciudad. Componíase éste de dos cuerpos: uno bajo y alto el otro. En el primero estaban las oficinas, dependencias de la administración, habitaciones de la servidumbre, archivo, almacenes y al fondo las caballerizas. En el segundo,

al que se subía por dos escaleras, una amplia, de dos varas de ancho, de rico y blanquísimo mármol de Italia; otra, más estrecha, de cedro, perteneciente á los criados, cocheros y lacayos; se hallaban los dormitorios, el comedor —una pieza de enormes proporciones, admirablemente decorada y con una mesa en el centro en la cual podían sentarse á comer con toda holgura cuarenta personas,—el salón de recepciones, los gabinetes de juego y de descanso, los cuartos de baño y la biblioteca, lugar tan importante como el comedor y de doble capacidad, en el cual se veía, en valiosos estantes de meple bruñido, que representaban por sí solos una gruesa suma, una colección tan variada y rica de libros, que bastaba para demostrar que el propietario de ella era persona de tanto gusto como cultura. No había en aquellos entrepaños menos de diez mil volúmenes, lujosamente encuadernados, entre los cuales se veían las más recientes obras de literatura, ciencias, geografía é historia, de sociología y de agricultura, y revistas y periódicos de España, de Italia, de Portugal, de Francia y de Alemania. Alberto Álvarez sentía especial predilección por los libros; y tanto en París, como en Madrid, como en Berlín y en Roma, tenía corresponsales que se encargaban de enviarle cuantos se publicasen dignos de ser leí-

dos. Así, que su biblioteca aumentaba considerablemente todos los meses, y el que quisiera conocer la última manifestación en ciencias ó literatura sin moverse de la Habana, bastábale, para conseguirlo, ser amigo de Alberto Álvarez —el Marqués—como por regla general se lo nombraba.

Habían sido famosas—y de ellas se habló con respeto en París, en New-York y en Madrid—unas «conferencias literarias» que por los años de 1883 y 1884 se celebraron en los hermosos salones del Marqués.

Asistían á ellas todos los hombres eminentes de la Habana; los que figuraban en primera línea en el foro, en la prensa, en la enseñanza y en las letras, y discutíase, con acaloramiento propio de las zonas tropicales, el entonces naciente *naturalismo* de Zola. Quiénes lo condenaban como perturbador, inmoral y corrosivo; quiénes lo enaltecían y colocaban en el quinto cielo, cifrando en su influencia la conclusión de todos los convencionalismos literarios que tanto habían dañado á la sociedad. Las polémicas eran, sin embargo, respetuosas y sinceras, y unían más que separaban á los adversarios. El Marqués consiguió por aquella época algo que parecía imposible: apartar á la juventud cubana de las «escuelitas» de baile, de las casas de juego,

de las vallas de gallos y de los «templos» masónicos, en donde se conspiraba descaradamente contra España, y aficionarla á las nobles luchas del entendimiento y del saber. A estas reuniones asistían, entre otros, José Martí, que fué más tarde verbo y mártir de la segunda revolución, que se mostraba siempre apóstol ardiente y fanático de todo progreso y de toda idea de libertad; Cortina, que con su palabra elocuentísima sugestionaba á cuantos le escuchaban; Figueroa, no menos arrebatador y talentoso, y otros que, vivos aún, no es hora de juzgar.

Una ausencia del Marqués, que se prolongó bastante, disolvió aquellas «conferencias» en las que, españoles y cubanos, exponiendo desde sus respectivos puntos de mira sus ideas sobre arte, sobre ciencia, sobre biología y sociología, limaban asperezas, estrechaban distancias y tendían á evitar choques, que algunos años después surgieron con inusitada violencia.

La sala de armas del Marqués de Santa Fe era otro de los espléndidos y encantadores departamentos de la casa. Un salón casi cuadrado, de más de quince metros, con piso histriado de riquísimo pino de Holanda, permitía llevar á cabo los más difíciles y numerosos asaltos, en los cuales tomaban parte tiradores tan notables como Alberto Jorrín, La Fourcade, Carde-

nal, Federico Mora, Cervantes, Sotolongo, Romero y Cárdenas. Había allí toda clase de armas: floretes, espadas, sables, yataganes, puñales, cuchillos, estiletes, pistolas de todos tamaños, revólvers de todas las marcas, escopetas de salón y de caza, y guantes, corazas, rodelas, máscaras, lo supérfluo, en suma, para este linaje de ejercicios sportivos.

Como un verdadero «noble español», como un gran señor que era, recibía á sus amigos el Marqués de Santa Fe, agasajábalos y atendíalos sin detenerse á mirar si habían sido bautizados en la iglesia del Espíritu Santo ó en la de las Calatravas de Madrid, y nadie llegaba hasta él que no recibiese pruebas de su generosidad ó de su discreción. Amábanle todos por igual, y su consejo ó su opinión era por todos atendido.

Entre las mujeres tenía un partido extraordinario: su figura elegante y esbelta, su color blanco y sonrosado, su barba rizada y ligeramente castaña, sus ojos verdes y profundos que magnetizaban cuando miraban con fijeza; su estatura apolina, que le permitía, sin ser alto, dominar á los más corpulentos, unido á su palabra fácil y cautivadora, á sus modales finos y caballerosos, y á la simpatía visible que se desprendía de toda su persona, creábanle no pocas apasionadas y admiradoras, alguna de las cuales, no

pudiendo contenerse dentro de los límites que fijan á la mujer su honestidad y su decoro, se le había declarado lisa y llanamente, obteniendo del afortunado noble la más discreta de las correspondencias y la más delicada de las gratitudes.

Al cumplir los treinta años tuvo una pasión formal. Amó á una joven ideal, tan hermosa de alma como de cuerpo, hija de una familia obscura aunque muy culta y educada, que vivía fuera del círculo elegante de la sociedad habanera y que conoció en un viaje hecho de París á la Habana. Tiernamente correspondido y creyendo haber resuelto el difícil problema de la felicidad uniéndose á un ser tan inteligente y excepcional, decidió casarse. La fatalidad no lo quiso así: cuando sólo faltaban quince días para la celebración de la boda, que era el magno suceso de la ciudad y aun de la Isla, un suceso que quitaba importancia á los *meetings* revolucionarios que en Cayo-Hueso y en Tampa llevaban á cabo Estrada Palma y Martí, Quesada y Agüero, tuvo aquella el capricho de ir á Colón, al ingenio *Nueva Galicia*, en donde había pasado los años más alegres de su niñez, para despedirse de lugares tan amados, de sus criados y doncellas y del «abuelito», un santiagués millonario, contemporáneo del Gobernador General

Marqués de Santa Fe, que adoraba á la encantadora Mercedes, á la que ofreciera como dote aquel ingenio por él fundado; pero que se empeñaba en no moverse de su gran sillón de vaqueta ni apartarse del animado batey. De vuelta, en compañía de sus padres y del que en breve iba á ser su esposo, al ir á tomar el tren en la estación ó «paradero» de Colón, pisó inadvertidamente el vestido y perdiendo el equilibrio cayó con tan mala fortuna entre las ruedas del vagón que en aquel instante se ponía en movimiento, que, cuando el grito de horror que dieron los que la contemplaban se oyó en todos los ámbitos del local, ya estaba la infeliz Mercedes convertida en una masa informe y sin el menor aliento de vida.

Este acontecimiento había causado impresión tan ruda y trágica en Alberto Álvarez de Guzmán, que durante más de tres años se retrajo totalmente de todo trato social, no recibiendo á ninguno de sus amigos, parientes ni allegados, ni siquiera á su Administrador general, á quien amplió su poder y dejó en libertad de que gobernase sus haciendas como más le agradase.

Estuvo sumido en una verdadera y honda pena, ora llorando, ora blasfemando, ora idiotizado por el dolor, ora exaltado por la rabia; especie de Hamlet voluntariamente apartado del mundo,

asistido sólo de su fiel criado Manuel de Remesár, un gallego que ya había servido á su padre, y que era en la casa de los Álvarez de Guzmán una de las personas de más alta influencia y respetabilidad. No leía periódicos, ni libros, ni revistas; no veía sus cuadros, ni visitaba sus caballos, ni sus pájaros, ni sus perros, ni se acercaba á su comedor ni á su sala de armas. Todo estaba cerrado herméticamente, con prohibición absoluta por Manuel de que nadie penetrara en tales departamentos; y el Marqués vivía recluído en sus tres habitaciones, que se componían de dormitorio, cuarto de baño y ropero: por ellas corría, en ellas gritaba sus desesperaciones, y allí, día por día, semana por semana, mes por mes y año por año, fué encontrando la calma fisiológica y la laxitud moral que la acción lenta del tiempo produce en todos los espantosos dolores del espíritu. No pudo, por tanto, enterarse de los cambios políticos operados en la Isla, de la creación del partido reformista, de las enconadas luchas entre reformistas y conservadores, de los formidables trabajos que en medio de la general perturbación llevaban á cabo los separatistas, y sólo cuando en Baire sonó el grito de rebelión contra España volvió á tener exacta conciencia de que vivía.

Confusamente juzgó aquel movimiento; pero

desde el primer momento juzgólo con severidad. La guerra, según él, era una locura, no llevaba sino á la destrucción de toda la riqueza del país, á la desolación de todos los hogares, al empobrecimiento de todas las familias, á la prostitución y á la muerte.

España—pensaba—era fuerte y orgullosa, y ni podía vencerse ni se la podía obligar por la violencia á realizar concesiones que en el terreno político tal vez otorgase fácilmente. Los cubanos, alzados en armas contra España, era algo menos, mucho menos, que los polacos arrestándose á luchar contra Rusia. Serían irremisiblemente aplastados. Sólo podrían tener una esperanza—la protección de los Estados Unidos;—pero ¿á qué precio la darían?—se preguntaba el Marqués.—Conocía éste á los americanos, entre los que había vivido; sabía cuánto tiene de aparatosa y superficial su civilización; no se le ocultaban sus instintos de «adquisividad», que rayan con frecuencia en el más desenfrenado *latrocinio*, y temía que su intervención en favor de Cuba fuese á ésta más dañosa que la más cruel tiranía de la madre patria. Decidiéronle estas consideraciones á volver á la vida activa, para contribuir á la salvación de su tierra y á presentarse en el palacio de la plaza de Armas á ofrecer al Gobernador General su in-

condicional adhesión á España. El nieto del Marqués de Santa Fe, cuya estatua se levantaba en el paseo de Roncali, símbolo en bronce de la lealtad á la gran nación descubridora de América, aunque nacido en Cuba, no podía estar sino al lado de la patria de sus mayores.

—A su suerte me ligo—dijo con generoso arranque,—y con ella sucumbiré si por desgracia sucumbiese.

Formó en seguida un cuerpo de voluntarios, compuesto de 300 plazas; puso en estado de defensa las principales de sus fincas, dotándolas de guarniciones importantes, y tomó parte en varios encuentros, hostigando á Maceo, haciendo retroceder á Máximo Gómez y contribuyendo eficazmente á que el fracaso de Recreo y Coliseo, que eclipsó la rutilante estrella de Sagunto y de Zanjón, no se convirtiese en una espantosa derrota. Descolgó la espada, honrosamente vencida en las llanuras de Carabobo, vistió el brillante uniforme de voluntario, en calidad de comandante, grado que muy á gusto le confirió el Gobernador General, demostrando con una actividad extraordinaria y una precisión maravillosa en los ataques, que era no sólo un guerrillero de primer orden, sino el legítimo descendiente de aquel ilustre Marqués de Santa Fe que hizo todas las campañas del alto y bajo

Perú, de Venezuela y de Chile, y que, unas veces á Bolivar, á San Martín otras, á menudo á Sucre, tuvo en jaque, obligándolos á armisticios y capitulaciones por todo extremo honrosas. Durante el año 95 fué la guerrilla «Santa Fe», como se nombraba á la hueste del Marqués, terror de los insurgentes, y aunque no cometía ningún hecho vandálico, ni quemaba, ni robaba, ni perseguía á los campesinos pacíficos, temíasele mucho más que á las fuerzas regulares.

Sus antiguos amigos y compatriotas quedáronse al principio de la lucha muy admirados de verle tomar partido en favor de la «odiosa», de la «despótica» y «sanguinaria» España. Teníanle por amante fiel, aunque platónico ó pasivo, de la causa de la independencia, puesto que durante la campaña legal no había querido figurar entre autonomistas ni conservadores, y no se explicaban satisfactoriamente su actitud. Durante algunos meses creyeron que se pasaría á ellos y que su adhesión al Gobierno era un artificio para hacer más ruidosa é importante su «evolución»; pero cuando vieron que «pegaba duro», que diezmaba los sabaneros de Banderas, que hacía correr los jinetes de Miró y que no daba descanso al cuerpo, persiguiendo partidas, disolviendo grupos y sembrando el espanto por todas partes, formáronle juicio acusándole de

traidor á Cuba y acordóse su ejecución, que tuvo lugar en Ibor City, distrito de Tampa, en los Estados Unidos, dando garrote á un astroso muñeco que representaba al Marqués.

De todo reíase éste con más lástima que desdén, y procuraba, en sus movimientos, ocasionar el menor daño posible. A los guajiros, lejos de maltratarlos, agasajábalos, defendíalos y animábalos á unirse á España, demostrándoles, á la vista de los incendios y desolaciones que á su paso iban dejando las fuerzas revolucionarias, que aquella no era una guerra de independencia, sino una guerra anárquica, loca, impulsada por la rabia y azuzada por la perfidia. No pocas veces atrájose á su campo importantes arrepentidos, y las presentaciones, por regla general, verificábanse por su mediación.

Al principio de la invasión de la provincia de Pinar del Río ocurrió un incidente que fué objeto de muchos comentarios.

Maceo, después de las jornadas de San Diego y de Viñales, replegándose hostigado por fuerzas del General Bernal, tuvo que refugiarse con sus ayudantes en el potrero «Caracas», de la propiedad del Marqués. Existía en él una casa de vivienda magnífica, con todo el lujo y *confort* que siempre habían usado los Santa Fe. El famoso caudillo cubano, después de tomar po-

sesión de ella dispuso darse un baño, pero carecía de ropa interior para mudarse.

—Visitemos el ropero—dijo uno de los ayudantes de Maceo.

En efecto; halláronse en él elásticos finísimos de holán, calzoncillos de hilo, medias de seda y trajes de dril blanco; todo en tal profusión, que pudo vestirse por entero la comitiva del general, que se componía de más de veinticinco personas, y aún llevó de repuesto.

Un teniente coronel del ejército libertador que formaba parte del estado mayor de Maceo y que en 1890 dedicara un tomo de versos al Marqués, tuvo la ocurrencia de enviarle una carta en la cual se leía este párrafo: «El general está muy agradecido á usted por haberle proporcionado tan espléndido vestuario para él y los suyos, y promete devolverle la fineza en esa capital (Habana) dentro de un mes, que estará en nuestro poder.»

Santa Fe contestóle á vuelta de peatón: «Diga usted á su general que cuanto halló en esa mi casa y hacienda, suyo es por derecho de... rapiña; y que, por tanto, nada me debe: cuanto á lo de «venir» á la Habana..... sólo será en efigie; porque, como los versos de usted, caerá en la «honda sima.»

Al comenzar el año de 1897, el Marqués sin-

tió decaer su espíritu animoso: la guerra no concluía; el sistema de reconcentración no daba inmediatos resultados; el incendio y la destrucción llevábanse á todas partes, tanto por los insurrectos como por las fuerzas regulares; sus mismas fincas habíanlas arrasado batallones mandados por jefes leales; las deserciones en favor del enemigo eran sensibles y numerosas; el soldado no comía; no comía tampoco el reconcentrado; á veces faltaban las municiones: ¿qué era aquello? ¿qué terribles misterios envolvía lucha tan rabiosa y desesperada? Méndez Capote era vicepresidente de la República *nom-nata*; Lanuza estaba camino de Fernando Póo acusado de conspirar contra España; á Sanguily, preso en el Morro desde el comienzo de la guerra, había que ponerlo en libertad; las ausencias de personas distinguidas menudeaban y las expediciones filibusteras eran más constantes y repetidas. ¿Qué hacían las autoridades? ¿qué hacía la marina de guerra? ¿qué resultado podían dar los grandes vapores que llegaban á puerto repletos de soldados, si éstos carecían de cuarteles, no tenían zapatos, andaban materialmente desnudos, eran abandonados en la manigua, morían á cientos en los hospitales y no llevaban á cabo una acción que valiera la pena?

Los Generales de división y de brigada sucedíanse unos á otros con rapidez vertiginosa. Llegaban á Cuba, preparaban una acción, alcanzaban un ascenso y una cruz, y en seguida, pretextando inconformidad de criterio con el General en Jefe, pedían su vuelta á la Península. Con este sistema no era posible concluir nada; la lucha, que ya tenía arruinado y abatidísimo el país, prolongaríase indefinidamente, dándose pretexto al enemigo natural de Cuba y de España, á los Estados Unidos, para realizar la anhelada intervención.

Al ocurrir la muerte de Cánovas, vió muy claramente el Marqués lo que se preparaba. Los *jingoes* habían querido librarse de este hombre, cuyo prestigio en Europa era grande y al cual se temía, con razón, en New-York y en toda la República. Y á bien poca costa se libraron de él.

—Cuba se pierde—pensó á fines de Enero del 97 el Marqués;—nada importa que Maceo haya muerto; que la Vuelta-Abajo esté aniquilada; que Máximo Gómez se halle escondido sin dar señales de su existencia; que Masó Parra haya venido á nuestro campo; que Miró, Quintín Banderas, Mahía Rodríguez y Núñez se encuentren completamente eclipsados: la guerra no concluye, las esperanzas de paz no se vislumbran y el gran pólipo abre sus fauces para

tragarla. ¡Pobre Cuba!—exclamó con tristeza agobiadora;—¡si al menos fuera libre!.....

Entonces hizo entrega de sus fuerzas al segundo Comandante y retiróse nuevamente á su casa, en un estado de ánimo no menos doloroso y abrumador que al día siguiente de ver destrozada á la mujer que considerara como la encarnación de sus más caros ideales en la tierra.

Limitóse á excitar á los autonomistas, abatidísimos y desconceptuados en la opinión cubana, á que no cejasen en su obra, creyendo que esta final evolución podía dar un respiro y el medio de arreglar las cosas decorosamente para España; y ni la marcha de Weyler con todo su séquito; ni las notas, cada vez más amenazadoras, que llegaban de los Estados Unidos, cuya prensa, desbordada y frenética, pedía á gritos la guerra á Mac-Kinley; ni la llegada de Blanco, que traía en la mano el «ramo de oliva» en forma de Constitución autonómica, le animaron á volver á ninguna clase de actividades. Declaróse cansado y enfermo, y vacilando entre marcharse á Madrid ó á París, ó quedarse hasta ver el desenlace de la gran tragedia, encontráronle los acontecimientos de 1898 en su palacio de la calle del Prado, entretenido en poner en orden sus negocios administrativos, resentidísimos con la guerra, en desempolvar sus libros



predilectos, en restaurar sus caballerizas poco menos que desiertas y en barnizar sus cuadros, entre los cuales había ejemplares auténticos de Velázquez, de Rubens y de Teniers y dibujos de Goya de un valor extraordinario.

Por otra parte, una de sus antiguas amantes, la que más había cautivado su corazón antes de la catástrofe que le obligara á renunciar á todo amor, de vuelta del extranjero, quería reanudar las relaciones; y asediábale de tal modo, que la encontraba siempre y en todas partes.

¿Qué hacer ante insistencia tal? Fingir, como muchas veces lo hiciera, una pasión que estaba lejos de experimentar y corresponder con caricias á los arrebatos de un amor que parecía siempre exaltado y frenético. Volvió, pues, á los brazos de Julia, á la que, si no encontró tan joven y fresca como seis años antes—que sólo contaba veintitrés—halló gracias indecibles, ternuras dulcísimas, abnegaciones extraordinarias y una adhesión sólo comparable á la de un perro leal para con su amo. Por gratitud volvió á amar.

En tan especial situación de espíritu se encontraba el Marqués de Santa Fe la mañana del 1.° de Enero de 1898, cuando, al despertarle su criado, los cañonazos que retumbaban allá lejos le pusieron frente á frente de la realidad de las cosas.

II

Sobre la amplia mesa de su despacho encontró el Marqués una porción de cartas y periódicos.

Hojeó uno de ellos—*El País*—que orlaba la primera plana y á tres enormes columnas de lecturita ponia el título: *Cuba autónama*, con este subtítulo: *Salvada para España;* sonrió con tristeza, y sin tomarse el trabajo de leer las alegres profecias y los hosannas regocijados de R. Del Monte, dejólo con todos sus otros colegas sobre un velador de laca que tenía á su izquierda.

Echó mano á las cartas—más de nueve—y empezó á romper sobres.

—Si—exclamó revisándolas con rapidez,—me ofrecen el Gobierno de la provincia. Gracias; que se lo den á Bresson, que buena falta le hace para reponer los descalabros de su bufete. ¡Calle! D. Angel me pide 10.000 duros para poner en marcha su ingenio. Ya.... que le toque *diana*, porque ese ingenio no producirá mas azucar..... para él. ¡Hola! Su Excelencia me invita al ban-

quete de esta noche. Me escribe de su letra y afirma «que no debo faltar para dar «con mi presencia» «solemnidad» al acto». La verdad es que creo que tiene razón el general; yo no debo excusarme de ir esta noche á palacio, en donde va á consagrarse la libertad de Cuba, sin romper enteramente con la madre patria. ¿No es esto, después de todo, lo que queremos cuantos aquí vivimos? ¿lo que hemos pedido los que luchamos en uno y en otro bando? ¿no está allí, en el salón grande, mi abuelo el ilustre Marqués de Santa Fe, mostrando en su lienzo una serenidad que sin duda imponen las circunstancias? Sí, es preciso asistir hoy al banquete con que el Gobernador General obsequia á su primer Gabinete colonial. ¿También me escribe Cayro? ¿A ver qué ocurre en New-York? Y el Marqués leyó: «Es lástima que tú, y otros ilustres como tú, no se hayan convencido aún de que la dominación de España en esa isla ha concluído: está decretada, querido Marqués, por las altas potestades de Washington y los agentes del *Tammany* que preside Crocker, ya la cotizan por todas partes. Ahora no ocurrirá lo que en 1875; Grant ha muerto y las ambiciones aquí son más intensas que la fiebre de moral que un tiempo padeció la gran república».

Le lectura comenzaba á interesar á Santa Fe

y continuó: «No creas que yo estoy muy contento de esta animación extraordinaria de los americanos, y que no me *escamo* de su amor, más extraordinario todavía hacia nosotros. Bien sé que éstos no prestan un duro si no están seguros de cobrar diez, y tengo mis recelos al apreciar su sinceridad y su altruismo. Pero lo cierto es que nada, ni esa autonomía que á deshora nos van á dar, y en la cual no creen ni Calixto, ni el *Chino*, ni Palma, ni Varona, ni Gómez, impedirá que el Norte se plante ahí. Los barcos de guerra están alistándose á toda prisa; en los arsenales trabájase de día y de noche, pagándose jornales dobles; el *Brooklin* y el *Iowa* han perfeccionado su artillería, y sus máquinas han sido renovadas. Sin ruído se ha llamado al activo un contingente de cien mil voluntarios, y el Secretario de la Guerra cree que podrá equipar y poner en actitud de prestar servicios á quinientos mil más en sólo veinte días. ¿Qué quiere decir esto? Que se va derecha y rápidamente al desenlace. ¿Leiste lo que dice *El Herald* del viernes? ¿No? Pues asegura que antes de poco «ocurrirá un magno y trascendental suceso que hará inevitable la guerra con España». Ten todo esto presente, querido Alberto, y toma mi consejo: ponte en franquía. Deja á Gálvez, y á Montoro, y á Zayas que se las arre-

glen como puedan, y si no quieres venir á New-York, en donde no estarías á gusto, vete á París, en donde las corrientes son favorables á España. Te lo aconseja quien será siempre para tí, antes que adversario político, amigo cariñoso y consecuente.»

—Quizás tenga razón Cayro—pensó Alberto Alvarez;—quizás los acontecimientos se precipiten más de lo que es fuerza suponer. Mac-Kinley, ese abogadillo sin pleitos, está hambriento de celebridad y quiere alcanzarla á costa de Cuba y de España. Estuvo esperando que las dos estuviesen extenuadas y poco menos que moribundas, y viene él ahora echándoselas de valiente y de conquistador. Debiera irme. Mejor sería que la destrucción de Troya me fuese contada..... Pero ¿es digno hacerlo? ¿Un Santa Fe puede temer á la muerte?

Levantóse de su asiento el Marqués, dió una vuelta por el despacho y sentándose de nuevo exclamó:

—Mi suerte está echada; digo hoy lo que al empezar la guerra en Febrero del 95 dije: «á España me ligo, y si ella cae con ella caeré.»

Abrió otra carta; era de Julia. No escribía más que estas palabras: «Estoy sola, ven á almorzar.»

Encendió un fósforo, quemó el perfumado pa-

pel, contemplóle hasta que quedó convertido en una ténue pavesa, y apretando un botón sonó al otro lado del despacho un timbre.

Presentóse Manuel con su cara afeitada de cura metodista, su sonrisa bondadosa y sana, su aire de confianza respetuosa y mirando con un interés que denunciaba el gran cariño que profesaba á su amo, dijo:

—¿Qué ordena el señor Marqués?

—Oye bien: no estoy para nadie, ni para don Braulio. Si éste viene dile que hoy no quiero ocuparme de negocios, que lo deje todo para mañana. No almorzaré en casa: dispón que me preparen el cupé y que me espere en la calle de Consulado, á la entrada de las caballerizas, que allí bajaré á montar. Deseo que nadie me vea salir.

—El señor Marqués será servido.

—¡Ah! escucha: es muy posible que Rodríguez ó Montoya se presenten buscándome. Diles que tuve que salir á una diligencia urgentísima, pero que á las cinco en punto podré recibirlos.

Inclinóse el ayuda de cámara, y dando media vuelta abandonó la habitación.

El Marqués arregló un poco su mesa escritorio, como todos sus muebles una joya de inestimable valor; tomó de nuevo los periódicos y em-

pezó á leer un artículo de *El Náutico*, no menos kilométrico que el de *El País*.

El sesudo periódico cantaba también las excelencias del régimen autonómico y creía que, con su implantación, acabaría una guerra que convertía á Cuba en una «vasta necrópolis» y á sus habitantes en «cadáveres ambulantes». El Marqués tenía, entre sus virtudes, la de leer sin cansarse las lucubraciones de Triana, las catilinarias de Avia y las paradojas de Espínola.

Dejémosle enfrascado con ellos, y digamos someramente qué aspecto presentaba el día 1.° de Enero de 1898 la ciudad de la Habana.

Un viento duro y fresco del Norte barría el polvo de las calles, formando nubes tan densas, que, á ratos, ni se veían los edificios, ni podía abrirse la boca, ni respirar siquiera, á no exponerse á una muerte segura por asfixia. El cielo estaba encapotado y obscuro, y como rozando las azoteas de las casas pasaban enormes girones de su etérea atmósfera. El estado de ésta parecía presagiar la tormenta, y sin duda por ello veíanse muy pocas personas cruzar por las vías y calzadas más transitadas de ordinario: hacíanlo los coches de punto, las *guagas*, los *ripers*, los *carritos* y los carretones y carruajes del comercio, que se perdían entre los remolinos del polvo, formando ese ensordecedor ruído

que se advierte en la capital de la Gran Antilla en sus principales avenidas. El comercio, en su mayoría, había cerrado las puertas de sus establecimientos, y las banderas, cortinas y pabellones que la mayor parte de los días adornaban calles y edificios, brillaban aquél por su total ausencia. El elemento peninsular no se mostraba regocijado con el nuevo orden de cosas: admitíalo sin promover escándalos ni lanzar gritos sediciosos, pero realizaba una protesta elocuente, retrayéndose de toda manifestación pública. Los voluntarios y los mismos militares del ejército regular, no se encontraban tampoco ni en el café de Tacón, ni en el de Inglaterra, ni en el de Ambos Mundos; y el Parque Central y la acera del Louvre estaban casi desiertos. El dia aciclonado, contribuía á entristecer los ánimos y á no dar al suceso que acababa de tener lugar la importancia que entrañaba. Pero ¿qué podía pedirse á un pueblo hambriento, que veía perecer por millares los hombres y los niños sin poder socorrerlos; que contemplaba los hospitales militares repletos de soldados que se morían después de crueles sufrimientos, que por todas partes tropezaba con la desolación y la muerte? ¿Qué alegría puede sentirse en donde sólo reinan el desastre y la ruína?

Las salvas continuaban de hora en hora; im-

pulsadas por el aire agitábanse violentamente las banderas rojo y oro de las fortalezas, de los edificios públicos y de los barcos de guerra surtos en bahía: y sin embargo, una ola colosal de abatimiento, de melancolía y de silencio cubría la ciudad.

Á veces pasaba á todo el galope de sus caballos un coche elegante y nuevo; asomábanse los curiosos y volvían la cara sonriendo y diciendo á los que estaban detrás:

—Es Rodríguez; va á jurar su cargo de Ministro de Agricultura y Obras públicas.

Á eso de las doce menos cuarto pasó en su magnífico *landaux*, correctamente vestido de frac, con camisa brillante y corbata blanca, el nombrado Presidente del Gabinete.

Un chusco, que tomaba un *kotail* en el café de Albisu, exclamó:

—Hoy se dan «contrajudías».

En todas partes, en la Lonja, en la Bolsa, en los cafés, en los teatros, en las oficinas, en los círculos políticos y de recreo y en las propias casas particulares, hablábase de la autonomía con gran desaliento.

—Esto me parece que llega tarde—decía un amigo de Govín, que esperaba ser Juez de primera instancia de la capital dentro de muy pocas semanas.

—El flan no cuaja—murmuraba un «pastelero» de la calle del Obispo que había merodeado en todas las cocinas de la política antillana.

—Sagasta nos da una castaña—gritaba un conservador—y Moret, con su ciencia de repostería, nos la convierte en *marrón glacé.*

Por otra parte, *La Estafeta*, periódico rabiosamente español fundado por un Pérez Bueno que servía de Secretario particular á Perico Delgado, el Viriato vuelta-bajero, y dirigido ahora por un gaditano tan chistoso como «valiente» que se había salvado en Consolación del Sur de los macheteros de Antonio Maceo, gracias á la agilidad de sus piernas, publicaba sueltos como el siguiente:

Las Vísperas Sicilianas.

«No, no serán inferiores ni menos movidas que éstas que tienen página de tanto relieve en la historia, las que se preparan á algunos harpagones insaciables que, no satisfechos con haber devorado á su madre, quieren ahora *manducarse* á sus hijos. Contra ellos *irá* la *ira* reconcentrada de todo un pueblo, víctima de los «menos y los peores», ira que se desatará como un huracán furioso y destructor para envolver y aniquilar á los *causantes* de todas nuestras des-

dichas, de esos *iconoclastas* ridículos que en Cárdenas, Jaruco y Colón encontraron de mal gusto dar vivas á España.»

«¡España! ¡España! ¡oh, no! la noble, la heróica, la enérgica nación no morirá siquiera oficien de amigos de la buena muerte nobles de nuevo cuño, que no han perdido su hábito de *despalillar* y *neos* de antaño que en estos días obscurecen á Voltaire por su impiedad y á Suñer por sus groserías. El león sacudirá su melena, y su zarpa poderosa dejará sin vida á todos los gosquecillos (leíase *gorguesillos*, errata de imprenta sin duda alguna).»

«¿Duermes, Bruto?»

Nadie lo decía en alto; mas todos pensaban que algo iba á suceder. En previsión hallábanse «sobre las armas» seis ó siete batallones, que nada tenían que hacer con los insurgentes que dominaban en las cercanías de Marianao, en el Calabazar, Punta Brava y Hoyo Colorado; y el Gobernador militar preparaba la artillería.

—Los barreré—exclamaba furioso y dando manotazos el General que estaba designado para dirigir las fuerzas restauradoras del orden que pudiera alterarse;—los barreré como si fuesen polvo si se atreven á perturbar la legalidad.

A eso de las once de la mañana, una muchedumbre abigarrada de negros, mulatos, limpia-

botas, vendedores de periódicos, cargadores del muelle, lecheros rezagados en la ciudad, rateros y carteristas invadía la Plaza de Armas, extendiéndose por las avenidas de O'Reilly y de Obispo. Iba á presenciar la entrada de los nuevos Ministros, de los Gobernadores «en cartera», del Alcalde futuro, de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que se reunían en Palacio para proclamar la Constitución de Cuba, confeccionada de prisa y con escribientes por don Segismundo en el destartalado caserón de la Plaza de Santa Cruz de Madrid y poder decir á los cubanos y al mundo entero: «Cuba es ya libre, Cuba está gobernada por sus hijos». De entre aquella multitud que luchaba con el polvo, que á veces la cegaba y hacía estornudar, brotaban interjecciones tremendas, chistes de gusto soez, ocurrencias que espantaban la propia estatua de Fernando VII que, impasible y solemne, presenciara, en cerca de medio siglo, escenas de índole tan diversa, en el mismo lugar.

Llegó el Marqués del Gallo, que no llevaba su uniforme de Coronel, sino frac como un mortal cualquiera, y al apearse de su magnífico carruaje, exclamó un gracioso del barrio del Pilar, en cuyo rostro se notaban aún las huellas de la *odisea* de las Tayronas:

—Entra, *mi gallo*, que ya te quedarás como el de Morón, cacareando..... y sin *vistas*.

Una carcajada general acogió esta cuchufleta de bodega.

Al poco rato pasó, pálido y nervioso como si fuese á convencer á un juez para que fallase en su favor el pleito que ante él sostenía, el Licenciado Verdura.

De entre el corro general salió esta frase:

—Tendrás *que ir* en casación.

Nuevas risas y un aplauso muy ténue.

Un inspector de policía, bajito, delgaducho, famélico, de cara avinagrada y ojos de basilisco metióse entre el grupo de donde brotaban los «dicharachos» y amenazó con su bastón de borlas doradas.

—¿Qué?—gritó uno—¿no acabó ayer la colonia?

—¿No es éste régimen de libertad, como nos ha dicho Teverga en sus «sermones»?—vociferó otro.

Pero la aparición de un elevado militar, autoridad prestigiosa, de gran uniforme, con el pecho cuajado de cruces y cintas, al que seguían una veintena de brigadieres, coroneles y comandantes, distrajo á los protestantes. Entró arrastrando las botas; haciendo sonar la espada, virgen de hazañas como de pecados amorosos las ves-

tales de la antigua Roma, y mirando á todas partes con altivez de héroe de..... oficina. La guardia presentóle armas, y una música, la del batallón de Isabel la Católica, que se encontraba en el amplio patio de Palacio, tocó la marcha de Cádiz.

—*Sola vayas* (1)—oyóse decir.

—Pero sin los sacos llenos—murmuró un tercero.

El lívido inspector pugnaba en vano por detener á los *decidores* de bufonadas, pero sus esfuerzos resultaban inútiles. Cuando llegaba al grupo de donde suponía que partían las voces, rebelábanse todos los presentes diciendo:

—Aquí nada hemos dicho; busque usted por otra parte.

—¡Ah! y «memorias á la parienta»—agregaba uno, al ver que daba la vuelta el esbirro.

Faltaban diez minutos para las doce, cuando, en un coche decente aunque «pesetero», apareció Montoro. Su rostro pálido y simpático, su barba blanca y artísticamente recortada, sus ojos dulces y expresivos, su apostura gallarda y llena de dignidad, su sonrisa melancólica y atractiva impresionaron singularmente á la

(1) Saludo de terror y miedo que se hace al que se teme como á la muerte, para que se retire pronto.

multitud. Como si una corriente eléctrica partiese del apóstol infatigable del autonomismo en dirección de aquella, sintiéronse cuantos la formaban vivamente conmovidos, y un grito estentóreo, el más espontáneo que había de oirse en aquel inolvidable día, sonó en el espacio.

—¡Viva Montoro!—dijeron diez mil bocas.

El insigne orador saludó inclinando la cabeza y dirigióse á la puerta, confundiéndose entre los que subían, magistrados, jueces, militares, altos empleados, y algunos, muy pocos, coroneles y comandantes del cuerpo de Voluntarios. Un juez, tenido hasta el día anterior por catalán, tomando el brazo del vitoreado y sacudiéndole el faldón del anticuado frac, que había cogido algún polvo del coche ó del mucho que por los espacios volaba rudamente impelido por el viento, decíale:

—Con cuánta ansiedad, mi querido Marqués, esperaba este fausto día para «nuestra» Cuba idolatrada.

No se acordaba el golilla, que tres meses antes fallara en contra del secretario de Hacienda, «alma-mater» del Gabinete, un pleito en que éste, como letrado, tenía por adversario al travieso y terrible Licenciado Verdura.

Al dar las doce sonaron de nuevo las salvas de los fuertes, y en el salón principal de la

morada del Gobernador General, puestas las manos sobre los Evangelios, que sostenía, revestido de pontifical el Obispo, juraron los flamantes Ministros del primer Gabinete colonial «cumplir y hacer cumplir la Constitución de la colonia y su fidelidad á la Metrópoli».

Terminada la ceremonia, abriéronse las puertas de los balcones que caen sobre la Plaza de Armas, y asomándose al del centro el Gobernador General, como si le costase un gran trabajo y haciendo esfuerzos visibles, dijo á la muchedumbre, que lo contemplaba con curiosidad y atención:

—«El Gobierno de la Nación, en nombre del cual os dirijo la palabra, ha acordado otorgar á estas Provincias el derecho de gobernarse por sí propias. Confío que respetaréis vosotros, y con vosotros todos los habitantes de la Isla, tan prudente decisión, y que éste día lo recordaréis como una efeméride memorable.»

—¡Viva la autonomía! ¡Viva Cuba! ¡Viva España! ¡Vivaaa!.....—contestaron algunas voces, muy contadas; y allá lejos, hacia la calle de Ena, oyóse el toque de una guitarra y una voz que cantaba esta copla:

«Dicen que la niña tiene,
á despecho de mamá,
otro que mucho la quiere,
otro rendido galán.»

Mientras estos sucesos tenían lugar, el Marqués de Santa Fe dirigíase al Cerro, en cuyo aristocrático barrio vivía su encantadora Julia. Crúzaba calles y calles oculto en su carruaje, recordando todo lo pasado, haciendo tristes juicios sobre lo presente y augurios siniestros y fatídicos acerca de lo venidero. A veces deseaba no llegar nunca al lado de aquella mujer, que sin duda le esperaba impaciente; otras quisiera que el coche volase, pues le acometían vivos deseos de verla y de oirle hacer comentarios sobre las cosas que estaban pasando. Julia era incisiva y en ocasiones cruel, y sus ideas políticas tenían muy poco de ortodoxas. Pero á esto no daba importancia alguna el Marqués: las mujeres, según su teoría, eran incapaces de sostener una idea, no tratándose de amor, por más de veinticuatro horas.

Tan pronto se bañaban, como si se sumergiesen en aguas del Letheo, perdían la memoria de cuanto no afectase á su corazón.

Al fin, después de tres cuartos de hora de camino, llegó el Marqués á la casa que habitaba Julia.

Entre árboles de coposas ramas, ceibas antiquísimas, framboyanes, laureles, palmeras, yayas y platanillos, escondíase el edificio, al que se entraba por una altísima puerta de hierro y

por un camino de finísima arena, limitado á derecha é izquierda por dos cercas de enredadera de estefanota, entre cuyas hojas descollaban la madreselva y el reseda, que perfumaban la atmósfera con enervantes y subidas emanaciones. Dominando aquella vegetación poderosa, aquellos árboles espesos y gigantes, veíanse, artísticamente alineados, al lado de cada muro divisorio, gran número de pinos, por entre cuyas ramas pasaba silbando el viento, y cuyas espesas copas inclinábanse en un continuo movimiento.

Pasó el coche rápidamente por la suave y encantadora avenida; cerróse tras él la reja de dorados barrotes, y bien pronto llegó al pórtico de la casa.

En él estaba Julia sonriente, dichosa, alegre, esperando con ansia mal disimulada que *su Alberto*—como le decia—se apease.

No se veia ningún criado, ni siquiera un jardinero—y tenia cuatro para cuidar de sus extensos parques,—ni una doncella; hallábase sola la deliciosa mujer, sin testigos de vista, como si quisiese exclusivamente para sí todo el placer que le traia la aparición del hombre que amaba tan apasionadamente. Como el dia estaba fresco y el cielo nublado, vestia una elegantísima bata blanca de franela, adornada con enca-

jes color crema de subido precio; el corte era irreprochable, y ceñíase tan perfectamente á su cuerpo, que las formas exuberantes y espléndidas dibujábanse como las de una estatua ligeramente vestida.

Estaba realmente deslumbradora, y cuando el Marqués, que saltó del coche con rapidez de galán enamorado, se acercó á ella, no pudo contener una exclamación de asombro.

—¡Qué linda estás, Julia querida!—dijo.

—¿Te gusto?—respondió ella con infantil coquetería.

—¡Oh, mucho!

Y se abrazaron, besándose silenciosamente, con el ardimiento propio de los grandes y sinceros enamorados.

Entrelazadas las manos, palpitándoles el corazón, sintiendo dulces sensaciones de bienestar, de felicidad y de alegría penetraron en un gran salón de piso de mármol, con las paredes pintadas al óleo, enteramente cubiertas de cuadros, aguas fuertes, marinas, retratos y platos repujados, y adornado con una profusión extraordinaria de sillas doradas, azules, amarillas, sillones Luis XIV y Luis XVI, divanes, confidentes, mecedoras, barros y *bibelots*, esparcidos por todas partes con coqueto desorden. No se detuvieron allí: empujó una mampara con la

punta de su pie la divina Julia y entraron en un gabinete á cuarto de luz, en el que había muy pocos muebles, un sofá con asiento de rejilla; cubriendo el pavimento, también de mármol, una alfombra de Persia que valía un dineral; dos sillones-columpios de mimbres; una mesita de ónix con las cuatro patas de brillantísimo bronce, y un armario de tres cuerpos con lunas de espejo biseladas en sus puertas.

Dejáronse caer sentados en el sofá, de nuevo entrelazadas las manos y con los rostros unidos, y así permanecieron cerca de un minuto.

De pronto separóse Julia, cogió entre sus blanquísimas y diminutas manos la hermosa cabeza de su amante, dió un grito de angustia y exclamó:

—¿Lloras, Alberto, lloras?

Un sollozo ahogado, malamente comprimido, fué la respuesta que obtuvo Julia.

Como si se hubiera vuelto loca en un instante aquella mujer, de ordinario tan serena, circunspecta y desdeñosa, empezó á besar y á acariciar al afligido Marqués.

—¡Amor mío!—dijo—¡amor de mi alma! ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿quién te ha ofendido? ¿qué terrible dolor me anuncian tus lágrimas? ¡Por Dios, Alberto, háblame pronto, tranquilízame! ¿No ves que yo también estoy afligi-

dísima, que también lloro, que quiero morirme?

Y en efecto, Julia confundía sus lágrimas con las de Alberto, y una nube de inmenso desconsuelo cubría aquel rostro, momentos antes tan risueño, plácido y bellísimo.

—¡Ah, Julia, perdóname!—contestó el Marqués, separando suavemente de su cuello los brazos que tan nerviosamente le oprimían, y limpiándose con un pañuelo de seda blanca las lágrimas que habían rodado por su semblante; —he sentido al verte una emoción inexplicable, una honda, una intensa amargura. Estoy nerviosísimo desde que amaneció. No sé qué raras ideas se atropellan en mi cerebro, que todo, cuando debiera hallarme animado, se me muestra sombrío, amenazador y siniestro. Al verte tan hermosa, tan elegante en la barandilla del portal, esparciendo luz y venturas, creí ver á esta tierra desdichada en sus buenos días, en sus días alegres y felices de 1889 y 1890, cuando te conocí, cuando por todas partes reinaban la alegría y la esperanza, y la espantosa tragedia que ahora toca á su desenlace, y que la dejará aniquilada y muerta, no la concebía sino algún cerebro extraviado é insensato. Tu aparición angelical, Julia mía—agregó con frase triste el Marqués,—por lo súbito que se realizó y por el estado especial en que se halla mi espí-

ritu, determinó la crisis que acabo de experimentar, por lo que te pido mil perdones.

—¡Perdón, Alberto mío! ¿tú perdón? ¿No sabes que te adoro como á mi señor, como á mi Dios? ¿que diera mil vidas, si mil vidas me fuera dable tener, por ahorrarte un pesar, por no ver en tu rostro ninguna señal de sufrimiento? ¿no te lo he demostrado en mil ocasiones?

—¡Oh, sí, bien comprendo cuánto me amas!, amor que correspondo lealmente, y convencido estoy de la verdad de tus palabras. Pero esto que acaba de sucederme es ajeno á nuestra pasión; es la resultante de las múltiples y variadas sensaciones que vengo recibiendo en estos últimos tiempos, que vencen ya mis energías y empiezan á causarme un terror que me da miedo. He llorado delante de tí, porque sólo tú podías ver mis lágrimas.

—Sí, sí, Alberto querido; porque yo puedo secarlas con mis labios—y uniendo la acción á la palabra, Julia volvió á besar con frenesí, con ternuras de amante y de madre, á aquel hombre ante el cual temblaban los más valientes, despreciador de la vida á toda hora y que en singular combate había vencido á esgrimistas como Pini y Merignac.

—Pero—continuó hablando Julia—¿qué temes? Cuba está aniquilada, cierto es; sobre ella

ha pasado un furioso vendaval de muerte; cubanos y españoles, dijérase que han querido batir el *record* de la destrucción; y unos pretextando libertarla de una tiranía que nunca ha existido, y otros queriendo defenderla al estilo medioeval, la han herido mortalmente; pero Cuba, que tiene en sus entrañas riquezas incalculables, en muy poco tiempo—restablecida la paz—se repondrá de tanto desastre y tornará á ser el pueblo ideal que tú has evocado y que no puede encontrar competidor en ninguna parte del planeta.

—Bien dices, Julia; pero ¿esa paz vendrá?

—¿Que si vendrá, Alberto mío? ¿tú mismo no vienes trabajando para que sea un hecho? La implantación de la autonomía, régimen por que tanto ha suspirado este pueblo, ¿no convencerá á los exaltados y dominará á los tibios y fatigados, trayéndolos á todos á la legalidad? Yo creo en su eficacia y en su virtud, y antes de que termine Enero tengo la esperanza de ver á Máximo Gómez en la Habana, ocupando, tal vez, el palacio de que ahora disfruta Parrado.

—No—dijo el Marqués,—no será así; las corrientes actuales llevan rumbos contrarios á que tal absurdo pueda realizarse. Además, debo decírtelo con entera franqueza, no desearía que tal cosa sucediese.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta el caudillo de mis paisanos; porque creo que no ha promovido esta lucha espantosa por convicción propia y amor á Cuba, sino obedeciendo á presiones extrañas y á sugestiones de interés; porque su afán de destruir, más ha revelado en su alma odio implacable á este país, que no es el suyo, y que, por lo tanto, no puede querer como tú y yo, que no amor y buena voluntad; porque su sistema de esconderse siempre, no por prudente, merecerá jamás el aplauso de los verdaderos guerrilleros. No; él no conoce el arte táctico de los Mina, Empecinado y Riego; es un caimán que sólo saca el hocico fuera del río cuando está bien seguro de la ausencia del cazador. Julia, no me agrada ese hombre.

—Quizá el ardor con que algunas veces le has perseguido, despierta en tí, contra él, antipatías y recelos que no merece. El ha tenido que luchar en un terreno en que todo le faltaba; rodeado de enemigos y traidores; amenazado en todos los instantes de su vida; teniendo para oponer, á 20 soldados perfectamente equipados, un guajiro mal armado.

—Callemos—interrumpió el Marqués, el cual bien se observaba que oía con disgusto á su amante.—Ahora vamos á ver si ese militar ilustre es ó no amante de Cuba.

—¿Y cómo podrá saberse eso?—preguntó Julia.

—El General va á dirigirle una carta, invitándole á una conferencia y proponiéndole un armisticio. Si acepta y viene á nosotros, todo puede arreglarse; pero si rechaza la noble indicación del representante de España, créelo, Julia, todo está perdido.

Hablaron Julia y Alberto de los sucesos del día algún tiempo más, hasta que pasaron al comedor, en donde les esperaba un delicioso almuerzo.

III

Julia era viuda desde principios de 1896. Su esposo, un opulento criollo, casi tan rico como el Marqués de Santa Fe, había fallecido en París á la edad de cincuenta y dos años, devorado por la diabetis. Vividor alégre, *correntón* en Cuba en y todas las capitales de Europa, gastando los cien mil duros anuales que le dejaban sus azúcares, sus potreros, sus vegas, sus censos y sus casas, quiso ordenar su desarreglada existencia y reparar, por medio de un cambio completo de costumbres, los visibles desperfectos que en su organismo advertía. A los cuarenta y cinco años presentaba el aspecto de un viejo setentón; carecía de fuerzas y de vigor para todo, y los placeres más ásperos y ardorosos resultaban impotentes para agitar una naturaleza consumida en la orgia diaria y en un desenfreno y libertinaje no igualados por los licenciosos contemporaneos de Ovidio. Casándome—pensó—tendré sosiego y tranquilidad. Me consagraré a mi mujer; la educaré como deben educarse las esposas de nuestro tiempo; la haré

mía en absoluto, porque además de la posesión efectiva sobre la carne, trataré de conquistar su alma: hallaré así ocupación digna de mí y cesarán los desgastes de un cuerpo que se descompone visiblemente.

Y al poco tiempo pedía por esposa á Julia Chenaix, jovencita de diez y ocho abriles que llamaba la atención en todas las fiestas, bailes y reuniones de la Habana, y que en varios certámenes de belleza alcanzara, por unánime voto, el primer premio.

La diferencia de edades era desproporcionada; la vida rebosante, rica y espléndida en Julia, tanto como aniquilada, extinta y casi nula en Federico Márquez—que así se llamaba el esposo de ésta,—parecían incompatibles; pero todo lo allanó en la joven el deseo de brillar con luz propia en las sociedades habanera, newyorquina y parisiense, y en sus padres, unos franceses de posición desahogada, pero con nueve hijos, el de ver asegurado su porvenir.

Márquez, consagrado á la educación de Julia y á exhibirla en las *matinées* de la Playa de Marianao—en donde empezó á ser cortejada por Alberto Álvarez de Guzmán—en las noches de Tacón, en los paseos públicos y en las reuniones de la alta sociedad, entre la que fué recibida como emperatriz, tuvo un verdadero en-

tretenimiento y un medio eficacísimo de contener los avances de la dolencia que le llevaba con rapidez al sepulcro.

Su obra instructiva, sin embargo, no pudo terminar, porque la guerra, á la que Márquez tenía un santo y verdadero horror, obligóle á marchar á París, en donde sucumbió al poco tiempo á virtud de una complicación pulmonar que se presentó sin misericordia ni piedad alguna para el desdichado criollo.

No teniendo hijos, ni parientes estimados, ni amigos queridos, consideró que á nadie con más títulos que á Julia, que le había tolerado en los postreros años de su azarosa vida, debía dejar su fortuna. Y entera se la trasmitió, sin cláusula alguna restrictiva, ni gravándola con legado, manda ni obra pía de ningún linaje.

—Entiérrame como quieras—dijo momentos antes de morir á su esposa el despreocupado Márquez,—pero sin curas. ¡Ah!—agregó—si no te permitiesen incinerar mi cadáver, bueno sería que lo mandases á la fosa general. Te ahorrarás el trabajo de enviarme la corona reglamentaria de Noviembre.

A los veinticinco años quedó Julia Chenaix enteramente libre y con una fortuna que la ponía á cubierto de todas las asechanzas del tiempo y de los falsos amigos y adoradores. Firme

en el amor que concibiera algún tiempo antes por el Marqués de Santa Fe, decidióse á volver á la Habana, á pesar de que la vida en esta población le ofrecía muy pocos encantos y París los tenía inagotables para ella.

Márquez, un poco extravagante, habíale enseñado, con el ejemplo, que el celo era una necedad insigne y que sólo servía para agriar las dulzuras del amor. Además, afirmaba, envilece la pasión, estableciendo *á priori* la desconfianza que nos convierte en esclavos de una vergüenza que puede no existir. En materias de amor, no deben admitirse las presunciones, ni siquiera los indicios vehementes; hay que ver con los propios ojos y sentir en el corazón los efectos de la traición para creer en ella.

Y aun en este caso, admitía Márquez atenuantes.

—Si yo pudiera reformar el Código del honor social—decía algunas veces,—¡qué revolución tan radical y profunda realizaría!

El placer y la alegría eran sus únicos ideales; odiaba los pesimistas y los que se las echan de moderados, parcos y comedidos, sosteniendo que eran unos viles hipócritas.

Maldecía á Hegesías y á todos los que seguían su escuela, y sólo encontraba encantadora la teoría epicureista.

—Los placeres, como los vinos caros—añadía,—reclaman paladares educados. Por eso algunos de ellos, por lo exquisitos y superiores, sólo pueden sentirlos y gozarlos las personas cultas y de refinadas ideas; porque, sabiendo dominarse, saben vencer la pasión; y venciendo la propia, dominan también la ajena. El triunfo sobre sí mismas de esas personas, dáles un dominio evidente sobre cuanto les rodea, y nada en este caso se sustrae á su deseo. Lo que se considere más absurdo, imposible y difícil en el orden pasional, puede ser un hecho cierto si las personas que quieran llevarlo á cabo saben dominarse.

«Véncete á tí propio y serás señor de los demás»—decía con tono sentencioso.

—Desgraciadamente—continuaba afirmando con cierta amarga ironía,—el orgullo, la vanidad, la idea exagerada del valer personal tanto como la estulticia, la ignorancia y el fanatismo, son causas determinantes de que millones y millones de seres humanos nazcan, vivan larguísimos años y mueran sin saber que dentro de sí propios tienen «inmensos» tesoros de satisfacción y de ventura. ¡Ah! Si educáramos una generación conforme á estos principios, el mundo estaba salvado y asegurada la felicidad humana. Perecería el celo, el gran agente del crimen;

moriría el escándalo, el insoportable revulsivo social; la ambición y el egoísmo templarían sus hidrópicos anhelos, y una corriente de universal atracción y simpatía uniría á todos los humanos. ¡Guerra al celo en sus manifestaciones todas!—vociferaba exaltado.—Y libertad al amor en sus más puras y dulces expresiones: teniendo en cuenta que el amor es vario y se desarrolla por saltos y accidentes; es de carácter expansivo y universal, y como el sol, penetra en todas las almas y agita todos los corazones.

De tan singular maestro era discípula la bellísima Julia Chenaix, y sus enseñanzas aprovecháralas de tal modo, que á los dos años de matrimonio ya se las trasmitía al Marqués de Santa Fe, el único entre los hombres de mundo de la Habana que halló digno de su amor y de sus gracias exquisitas.

Algunas veces, como un mal pensamiento, le asaltaba el deseo de casarse con su idolatrado amante; pero sólo una vez se lo insinuó á éste.

La respuesta que alcanzó fué poco grata.

—¡Casarnos!—dijo Alberto—¿para qué? ¿No disfrutamos, con una libertad individual completa, de todas las ventajas del matrimonio? ¿Crees tú que te amaría más ó que te guardaría mayor fidelidad? De ningún modo; ni un ápice más de apasionamiento me sería dado agregar;

y en cambio, ¡á cuántos desengaños y cansancios nos expondríamos! Vive tú en tu casa y yo en la mía; amémonos á escondidas y misteriosamente como si hubiese un Otelo brutal que nos lo impidiese; conservemos nuestra mutua independencia, y verás cómo el sol de nuestra felicidad no presenta ocaso.

Iban á dar las dos cuando terminó el almuerzo.

—¿Te vas yá?—dijo Julia suspirando.—Quisiera poder acompañarte.

—No es posible—contestó el Marqués;—pero contigo queda mi alma. Llevo solamente el cuerpo para que asista impasible á las grandes farsas y tragedias que se preparan.

Y algunos instantes después rodaba de nuevo el carruaje por la amplia Calzada del Cerro. El viento había calmado por completo, cesando también el polvo intolerable de la mañana; pero el día continuaba tristón, obscuro y abatiente. Otra vez llegó á sus oidos un cañonazo. Era de la batería del castillo de Atarés, convertido en hospital de heridos y enfermos. Estremecióse el Marqués y volvió á caer en la melancolía, espantada de su corazón durante la visita á Julia. Sentía alguna sofocación y abrió una ventanilla del coche: el fresco calmó un poco el ardor de su frente y respiró con delicia el aire

puro de la esquina de Tejas. Allí la animación era bastante viva: pasaban *guagas* hacia Jesús del Monte repletas de gente; grupos de negros y mulatos dirigíanse á la Calzada de la Infanta canturreando danzones y mascullando décimas alusivas á los sucesos del momento; un *carrito* que marchaba en dirección contraria á la que él llevaba, conducía doce ó catorce voluntarios que iban muy alegres, entonando canciones patrióticas, vociferando sin rebozo y gritando: ¡Viva España! unas veces, ¡muera el *Chino viejo!* otras. En la calle Romay tropezó con un entierro; era el de un comandante del batallón de Bailén macheteado el día anterior en el Caimito. Al llegar á los Cuatro-caminos hízole cerrar los ojos un espectáculo horrible. Una mujer demacrada, con los carrillos hundidos, con los ojos sin expresión ni brillo, con un pálido amarillo que causaba repugnancia, exangüe y casi moribunda, con dos niños desnudos que parecían dos esqueletos con un resto de movimiento, extendía una mano descarnada y sucia pidiendo limosna.

Sintió frío á todo lo largo de la espina dorsal, apartó aterrado la cara y cuando quiso arrojar á aquella desgraciada víctima de la reconcentración un par de centenes, ya el coche estaba más allá de Revillagigedo. Vino á borrar esta

impresión cruel la charanga de un batallón de voluntarios que se dirigía hacia el Campo de Marte, tocando la marcha de Cádiz. Las notas alegres, animadas, estremecedoras de esta música patriótica reanimáronle un poco, dándole, de pronto, una esperanza que le dejó contento.

—¿No hemos vencido á Napoleón?—exclamó —¿no fué mi abuelo uno de los que contribuyeron á domeñar al coloso, dueño y señor despótico del mundo entero? ¿Por qué no hemos de vencer nosotros á ese otro fálso gigante que nos amenaza con sus *dollars* y que no conoce otro arte que la de hacer manteca, ni domina otra ciencia que là del negocio?

Por una de esas transiciones que no se explican lógicamente, pasó del más negro pesimismo de la mañana á un optimismo exagerado. Sin duda por esto no advirtió al cruzar por delante del Parque que la acera del Louvre estaba llena de militares y voluntarios; que los cafés de Tacón y de Inglaterra se veían completamente atestados de hombres; que en el Prado, frente al teatro de Albisu, y en el Parque, en el ángulo de Zulueta, eran numerosos los grupos de gente de todas las cataduras, mulatos, negros, blancos, ñáñigos unos, carretoneros otros, muchos limpia-botas ó vendedores de periódicos, que

hablaban ruidosamente, *choteando* á todo el que pasaba cerca de ellos.

Entró en su casa por la puerta principal, ascendió apresuradamente por la escalera y al poner el pie en la antesala encontró á Manuel.

—*¿Qué hubo?*—le preguntó.

—Nada de particular, señor Marqués: ha venido un ayudante de Palacio con un recado personal, y dijo que volvería; y en la biblioteca hace más de tres cuartos de hora que espera Montoya.

Alberto se dirigió á sus habitaciones, en donde cambió de ropa, marchando seguidamente á la biblioteca.

—¡Querido Montoya!—exclamó al ver á éste, que estaba de espalda hojeando un periódico americano;—siento haberle hecho esperar.

—No se preocupe usted, Marqués—contestó Montoya volviéndose y dándole la mano muy afectuosamente;—hace muy poco que he llegado y estaba entretenido traduciendo este suelto del *World*, que por lo corto y sustancioso es cosa de que se lo lea aun antes de que le pregunte por su salud.

—Lea usted, Montoya, lea usted; yo estoy muy bien, gracias.

—Pues oiga: «*Para nada servirá*», se titula, y dice así: «La autonomía que el gobierno

español implantará en Cuba el día 1.° de Enero llega tarde. Como á las vírgenes criollas de Vuelta Abajo, la han matado desde hace tiempo los insaciables y cortantes sables castellanos.

»¿Para quién se *importa* esa mercancía averiada?

»¿Para los españoles? No la quieren.

»¿Para los cubanos? Los «sicarios» peninsulares han acabado con ellos.

»¿Para los que combaten heróicamente en las Villas y realizan hazañas tan «colosales» como la de Victoria de las Tunas? Estos, por boca de Gómez, «el audaz capitán», han proclamado: «independencia ó muerte».

»Además, nuestro Gobierno, identificado con el gran pueblo americano, ha dicho ya al de Madrid: «basta de toros»; «no permito más corridas en Cuba».

—Tiene gracia—dijo el Marqués.

—Sí—exclamó Montoya,—un poco sosa; pero al fin, gracia..... americana.

—Y bien—volvió á decir el Marqués;—¿cómo estamos?

—Mis impresiones son buenas—contestó Montoya;—Gálvez ha formado Gabinete. Montoro se encargó definitivamente de la cartera de Hacienda.

—No sabía yo—interrumpió el Marqués—que

Montoro tuviese condiciones de *financista*. Le consideraba más á propósito para Instrucción pública.

—Montoro—dijo Montoya—tiene condiciones para todo; es un talento privilegiado. A Instrucción va Zayas, que no lo hará muy mal, y para Obras públicas se indica á Amblart.

—¿A Amblart?—preguntó con extrañeza el Marqués.

—Sí; pero no acepta. Ha pedido esa cartera para Dolz.

—¿De modo que los reformistas estarán representados?.....

—Por Rodríguez y por Dolz.

—¿Y Cueto? ¿y Fernández de Castro?

—Esos irán á la Cámara Popular y al Consejo Supremo; y en cuanto á Govín, ha telegrafiado diciendo que acepta la cartera de Justicia.

—Ahora nos falta el Alcalde, porque el Gobierno civil ya lo acepta Bruzon. ¿Por qué no se decide usted á hacer el sacrificio? Traigo encargo del Presidente y de todos los amigos de pedírselo.

—¿Yo? ¿yo Alcalde?—gritó Alberto Álvarez; —¿sustituir yo al Doctor Saaverio? Vamos, usted bromea.—Y se levantó dando paseos violentos por la habitación

—Los buenos cubanos—replicó con mucha

mesura y suavidad Montoya—tienen que probar ahora que lo son: hay que sacrificarse, hay que echar á un lado la comodidad, hay que prescindir de la natural apatía que nos caracteriza. Si ahora no demostramos lo que somos y lo que sabemos, perdidos, sin remedio, estamos para siempre.

—Cierto—contestó sentándose con abatimiento el Marqués;—pero yo no sirvo para eso, no tengo condiciones; si no gobierno mi hacienda, ¿cómo voy á administrar la de la ciudad? Desde fuera les ayudaré con todas mis fuerzas; mi promesa la tiene usted hace tiempo y no la defraudaré. Sobrarán aspirantes al puesto; yo no puedo, yo no quiero—dijo con marcadísimo disgusto.

—Es lástima—exclamó Montoya acorralado;—todos sentirán su resolución: su entrada en la vida política daría verdadera importancia á este Gobierno.

A interrumpir la conversación vino el ayuda de cámara.

—Señor Marqués—dijo,—el ayudante de S. E. está ahí.

—¡Sí! Llevale á mi despacho. Montoya, adiós; ya le ve usted: tengo que recibir á ese señor, que no sé qué traerá; discúlpeme con los amigos, muy especialmente con Montoro y con Ro-

driguez: dígales que yo estoy á su lado, que los quiero mucho; que los defenderé con mi persona y con mis intereses, pero que no me pidan que desempeñe cargos públicos. ¡Adiós!

Y despidió á Montoya, un autonomista antiguo *coetáneo* de Ricardo del Monte, que colaborara con Pérez de Molina en *El Triunfo*, primer Evangelio de los partidarios del *self government*, y que, discípulo consecuente de Saco, declaraba «que la descentralización, con la soberanía española, sería lo que impidiese que Cuba fuese yanqui».

Cuando Alberto Álvarez, fatigado ya de un día tan emocional, entró en su despacho, encontróse con un capitancillo guapo, elegante, almibarado y sonriente. Llevaba, como todos los militares, el clásico uniforme de rayadillo; pero daban realce á su sencillez la faja azul del Estado Mayor y los cordones dorados de ayudante. Saludó con marcialidad y gracia, diciendo:

—A la orden, señor Marqués.

—Bien venido; ¿qué *trae* usted?—preguntó éste.

—Encargo expreso de S. E. de que no falte usted esta noche á la comida que da al primer Gabinete autonomista.

—Estoy medio enfermo, agobiadísimo de cansancio; pero haré todo lo posible por asistir.

—El General lo sentiría mucho si usted no fuese.

—Procuraré complacer al General.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Diéronse la mano en señal de despedida, y el capitán abandonó la habitación.

Obscurecía ya cuando el Marqués pudo entrar en el baño.

El ruido en la calle aumentaba; oíanse cantos, vivas, silbidos, palabras soeces y músicas. Detrás del palacio de Santa Fe había un *restaurant*, famoso por los riñones en salsa que servía y por los pargos á la milanesa que preparaba. Los buenos comedores, los gastrónomos delicados y los inapetentes lo preferían á todos los demás de la Habana, porque en él había también la salsa femenina. Concurrían allí mujeres alegres, poco temerosas del qué dirán, dispuestas siempre a endulzar á cualquier Manfredo las amarguras de la vida. Los dias de fiesta, desde media tarde, tocaba en un salón alto un cuarteto delicioso: componíanlo un violín, una flauta, un violoncello y un güiro. ¡Qué danzones tan *ricos* tocaba! ¡Qué notas tan enloquecedoras y excitantes partían de los instrumentos! Aquella tarde estaban más inspirados que nunca los músicos callejeros. Los comensales, en determinados

momentos, no podían contenerse y levantábanse de sus asientos, entrelazándose hombres y mujeres en una danza frenética que los encendía, que los arrebataba, inundándolos en mares de sudor.

Al cuarto de baño del Marqués, que estaba hacia aquella parte de la casa, llegaban claros, melódicos y enervantes los bailables cubanos.

—¡Ah!—dijo.—Los hechos repítense sin cesar; este pueblo baila sobre un volcán.

Secóse rápidamente y huyó de aquel lugar; metióse en su habitación, y lanzando más bien un quejido que un suspiro, se dejó caer en la cama, de que tan temprano se había levantado.

Eran las seis y faltaban dos horas para la comida oficial. Podía dormir una y media; en otra media se vestiría para estar en palacio en el momento oportuno.

—Manuel—dijo al criado que le había seguido;—ténlo todo preparado: ropa y coche, y despiértame á las siete y media en punto.

Volvióse hacia la pared, y como si un geniecillo al servicio de Morfeo le hubiese cerrado los ojos, quedó profundamente dormido.

El criado, el fidelísimo gallego, miróle con ternura inmensa, espantó un mosquito que zumbaba alrededor de las colgaduras, cerró las ventanas y salió en puntillas sin hacer ruído.

Encendíanse entonces las mil luces de palacio; la ancha escalera de mármol dejaba sólo un pequeño camino, el suficiente para que cupiesen dos personas; todo lo demás estaba cuajado de macetas de flores; había gardenias, siemprevivas, claveles, jazmines del Cabo y amapolas; los tonos eran tan variados como intensos; junto á la rosa francesa, roja como la púrpura, veíase el girasol, amarillo como el oro; las diamelas, blancas como el ampo de la nieve, contrastaban con el verde apagado de los geranios, y el galán de noche confundía sus reflejos con las azucenas y las astronomías de un sonrosado firme y delicado. El pasamanos estaba forrado de terciopelo carmesí, y en cada descanso un espejo enorme reproducía, de cuerpo entero, á los que subían.

Dos ayudantes, uno gordinflón, pesado, de anchos carrillos y color de granate deslustrado, de una talla tan exagerada, que tocaba casi al techo; y otro delgaducho, enteco, pálido, que apenas llegaba á la cintura á su compañero, recibían en la puerta de la antesala de la derecha á los convidados. Allí, varios ordenanzas hacíanse cargo de los sombreros y de los abrigos, que guardaban en un ropero habilitado en uno de los costados del salón de sesiones del Municipio. La mampara que da acceso al salón de re-

cepciones abríase cada vez que aparecía un personaje, y el ayudante menudo, con voz de trueno (tenía un vozarrón que causaba espasmos y hacía temblar las lámparas que pendían de los cielos rasos) le anunciaba por su nombre. Abajo, en el patio, estaban puestos los atriles para una banda de música, y los que la componían, con sus uniformes de gala, paseaban, esperando que la batuta del director diese la señal de empezar. La guardia, contra lo usual, no la formaban los voluntarios, guardadores de los representantes de España en la Gran Antilla desde los apartados días del General Lersundi: una compañía de ciento y pico de hombres de Garellano, mandada por dos capitanes y varios tenientes, ocupaba el cuarto de retén; extendíase á todo lo largo de los anchos corredores, constituyendo una especie de núcleo de reserva en el ángulo que forma la secretaría del Gobierno General. Los soldados estaban todos con los mausers al brazo, y los que en la puerta principal contenían á los curiosos que querían asomarse, llevaban calada la bayoneta y las cananas repletas de cartuchos. Cuatro focos eléctricos iluminaban la Plaza de Armas, recientemente arreglada con macizos de flores en los extremos, algunos laureles y seis bancos de hierro. La luz batía en la nuca de Fernando VII, que mirando

hacia el mar daba la espalda desdeñosamente al albergue de los que fueron sus lugar-tenientes, y después de su muerte «laméntable», de su hija y de sus nietos: erguido, silencioso, siniestro, tal vez mortificado interiormente por aquellos reflejos de intensísimo brillo, que perfilaban los encajes que un cincel mediano había tejido en su manto, dejaba caer su obscura silueta sobre la arena, sin poder evitar que la pisasen y ultrajasen los *mataperros* que se acercaban al olor del festín.

A las ocho menos cuarto empezaron á llegar los comensales.

No eran muchos. Los Ministros, el Segundo Cabo, el Presidente y el Fiscal de la Audiencia, el Obispo y el Gobernador Civil. Había un Coronel de Voluntarios, del batallón que en otro tiempo era acusado de haber pedido las cabezas de los estudiantes de 1873: dos ó tres nobles fabricados con tercios de Vuelta Abajo, y estaban los Cónsules austriaco, italiano, francés y americano. Mr. Lée no llevaba frac; haciendo alarde de una despreocupación de cochero, vestía chaleco blanco, camisa marinera con corbata verde y *smokin* de paño negro con solapas de seda.

Al subir del brazo del representante de Austria-Hungría, que sonreía amablemente y pre-

sentaba una fisonomía simpática y atractiva y un porte gallardo y distinguido, decía el ya famoso yanqui:

—Notificad á vuestro Gobierno que pronto entraremos aquí como conquistadores.

El Marqués de Santa Fe llegó de los últimos, cuando sólo faltaban tres minutos para la hora y el salón grande de palacio estaba invadido.

Habíase despertado á las siete y media menos veintitrés segundos, y no necesitó, por tanto, que su criado le llamase. Vistióse con calma, como si nada le apurase; leyó una carta de Julia que llegó en aquel mismo instante, en la que le hablaba de las impresiones de la mañana y le daba aviso de que iría por la noche á Tacón; dió varias órdenes, y bajó á la puerta de la calle del Prado para montar en su carruaje.

Advertíase una concurrencia extraordinaria en el Parque, hacia el que subían por la avenida central del paseo de la Punta, nuevos y más compactos grupos de gente; gente de todas las fachas y cataduras, horteras domingueros, costurerillas de color entreverado, negruchas con la cara revestida de polvos de cascarilla, *cheches* de Jesús María, Cayo-Hueso y San Lázaro, zangolotinos de doce á catorce años, que pedían centavitos y tomaban todos los pañuelos y

carteras mal guardados, y graves y cachazudos bodegueros que querian oir la retreta.

—Dobla por detrás de la cárcel y sigue por Cuba—dijo Alberto Álvarez á su cochero, que intentaba hacer la carrera por frente al Parque, para tomar por Monserrate y Obispo.

Y el vehículo bajó hasta cerca del mar, que estaba sumamente agitado y ruidoso, faldeó el presidio y la carcel, atravesando la explanada de las historicas ejecuciones, y rozando con las cercas de alambre y tuna del pequeño parque de la Punta, siguió por la calle de Cuba. A medida que iba avanzando, quedaban en la sombra la Maestranza, con sus altas paredes de granito obscuro y su azotea colosal; la Jefatura de Policia, astrosa y desbaratada, y el Palacio del Obispo, pintado de crema claro, iluminado espléndidamente, como si dentro reinasen la satisfaccion, la confianza y el más completo sosiego.

Torció á la izquierda, por Empedrado, internandose por la plaza de la Catedral, y pasando por el costado de la Intendencia y del Gobierno Militar. Frente á las caballerizas tuvo que detenerse el coche.

—¿Que ocurre?—preguntó el Marqués.

—Hay aqui dos carretones que impiden el paso—contestó el cochero.

Miró el Marqués, y observó que de ellos bajaban cajas de corto volumen, sin duda de municiones, porque las cargaban dos hombres, que entraban en las caballerizas sumidas en espesa tiniebla. No dió importancia al hecho; mas al ver tal clase de envases, reprodujéronse en su mente los que á la continua y durante toda la guerra llegaban con los millones de España y se depositaban en el Banco Español y en la Hacienda.

La interrupción fué breve: uno de los carretoneros hizo una maniobra y el coche pudo continuar, llegando inmediatamente al portal de la Capitanía General.

En el salón no estaba aún S. E., y los convidados paseábanse formando grupos animados.

Gálvez y Montoro eran muy felicitados y Rodríguez oía continuos elogios.

—Vamos—decíale el Obispo, que lucía su morado hábito y colgado de una cadena de oro bastante gruesa, un pectoral de brillantes como garbanzos,—no pueden quejarse los gallegos; son los únicos españoles que están representados en el Gabinete.

—Y nosotros, ¿qué somos, señor Obispo?—preguntó como en son de protesta y con su carita afeitada y redonda el Fiscal.

Mr. Lée, que pertenecía al grupo, antes de que hablase S. E., apresuróse á responder:

—Los cubanos, como nacidos en América, ¿qué otra cosa pueden ser que americanos?

Todos aplaudieron el chiste de Gedeón, riendo con moderación palaciega y bostezando con las debidas atenuaciones.

Con el Licenciado Verdura celebraba «un aparte» el Gobernador, que miraba con sorpresa de quien los contemplase por vez primera, los retratos de Tacón, de Serrano, de Concha, de Valmaseda y de Dulce. Hablaban muy animadamente, y el Presidente de la Audiencia, que cruzaba dando el brazo al General Brumell, estirando su hocico puntiagudo, les interrumpió con estas palabras:

—Mi enhorabuena, caballeros; hoy por lo visto es dia de transacciones.

Sonriéronse ambos letrados y separáronse muy satisfechos, como si hubiesen oído la conocida fórmula:

«Visto y concluso para sentencia.»

Hubo de pronto un movimiento general. Su Excelencia entraba saludando con inclinaciones fatigosas, arrastrando los pies, tieso el busto y con el rostro más pálido y sereno que de ordinario. Todos se sorprendieron al verle sin uniforme, con un chaquet de alpaca negro y corbata del mismo color. Por lo que se observaba, la solemnidad gastronómica tenía sus atenuacio-

nes, como los bostezos de los interlocutores del diplomático yanqui, y todos miraron á éste explicándose ya lo incorrecto de su indumentaria.

Los Ministros rodearon á su Príncipe con solicitud cariñosa, y el Presidente acarició sus largas patillas en señal de devoción.

—Está servido S. E.—dijo un hujier presentándose en el salón.

Y, siguiendo al General, marcharon todos al comedor.

Era ésta una pieza bastante grande y adornada con mediano gusto; llamaba la atención una copia de los *Bebedores*, de Velázquez, y sobresalía, detrás de un gran barril de cerveza, hecho con madera de caoba, con anchas duelas de plata, la lanza de una estatua, en calamina, de Francisco Pizarro. La mesa era larga y estrecha, con muchas flores en el centro y una vajilla blanca de Sevres, con ribete dorado.

La comida fué larga y silenciosa.

Como S. E. no hablaba, rara vez se atrevía alguno á decir una palabra.

A la mitad sintióse ruido de caballos galopando sobre los adoquines, y el General preguntó:

—¿Qué sucede?

Un ayudante que estaba cerca de la puerta

del comedor salió para averiguar el origen del ruído, y volvió en seguida diciendo:

—Un escuadrón que marcha hacia el Parque Central para despejar, de unas turbas que alborotan, los alrededores de la redacción de *El Diario.*

El General nada dijo; siguió comiendo, y mirando á Lée, preguntóle con amabilidad afectada:

—¿Aún no come usted cocido?

—No, mi General—contestó el interpelado;—de los platos criollos sólo me gusta el agiaco.

La comida acabó tan fría como empezara, á pesar de un brindis muy descentralizador y muy nacional del Presidente del Gabinete.

Al levantarse, el Gobernador General dió el brazo á Santa Fe, con el cual habló afectuosamente, y al llegar al salón enseñóle el retrato de su abuelo.

—¿Lo ve usted?—dijo con amargura;—aun vencido fué más feliz que yo.

Otro ayudante presentóse inopinadamente; estaba nervioso y hablaba con las palabras entrecortadas.

—Han apedreado los balcones; han roto los cristales, y los redactores han tenido que fortificarse; pero el orden está completamente restablecido.

Todos quedaron desconcertados por la sorpresa, y el Licenciado Verdura y su intimo el Marqués de la Zambomba murmuraron expresiones de mal contenida ira. Poco á poco fuéronse retirando, y un cuarto de hora después el silencio más profundo y la obscuridad más completa reinaban en la Capitanía General.

En efecto; la redacción de *El Diario* había sido apedreada.

¿Por quién? No podía precisarse. Había unos treinta detenidos, y quizás al día siguiente se conociese á los autores é instigadores del hecho.

Cuando Alberto Álvarez llegó á su casa y estuvo en su cuarto, arrojó con ira el mak-ferlán sobre una silla y dijo:

—Esto se acaba.

IV

Considerábase la casa de Gollo Mezá como la más respetable y caracterizada del barrio del Horcón. Aunque sólo tenía un cuerpo, era amplísima y podía albergar á una familia tan numerosa como la de aquél. Entrábase por un zaguán de regulares dimensiones, ocupado en su mayor parte por un *quitrín*, probablemente el único que quedaba en la Isla, pues el de Ecay lo había comprado un inglés excéntrico para llevarlo á Londres al Museo de antigüedades; y una reja de hierro pintada de blanco con toques dorados daba acceso á una antesala de bastante capacidad. Al costado izquierdo de esta pieza, que también servía de comedor, hallábase un enorme aparador repleto de loza, cristales, botellas y salvillas; cerca de él un jarrero de caoba con piedra de mármol, y descansando sobre ésta dos alcarrazas de barro blanco llenas de agua, algunos vasos de cristal y un frutero con trozos de queso fresco y una barra, en dos mitades, de guayaba de la Esperanza. El centro ocupábalo una mesa larguísima en la que

cabían cómodamente veinticinco comensales, cubierta con un tapete de hule, color madera, deslustrado y roto por muchas partes; al costado derecho encontrábase el estrado, que lo componían ocho sillones grandes ó mecedoras de rejilla, algunas empezadas á desfondarse y todas de una ancianidad respetable. En un ángulo había también un pequeño escritorio de cedro, con adornos de relativo mérito, en el cual escribían las hijas de Gollo Meza y copiaba las rimas de cierto Becquer de Güines, Loretico, la menor de ellas. Por todas partes abundaban las sillas de cuero con clavos plateados, taburetes y banquetas, y las paredes estaban adornadas con cuadros de caza tallados en madera, cromos de los baratos, mapas de Cuba y de los Estados Unidos, y en el testero principal un retrato al óleo, con marco negro, de D. Pepe de la Luz.

En este lugar recibían, por regla general, á sus numerosas amistades, los señores de Meza.

La sala habíase cerrado desde la llegada de Weyler, y aunque en ella existían muebles de Luis XIV, un gran piano Erard, columnas, cuadros, mesas, veladores y estatuas, no se «encendía» por acuerdo unánime de la familia. Todos los esplendores de ella reservábanse para el día, ya cercano, de la victoria.

Inmediato á la sala estaba el gabinete, al que seguían siete espléndidas habitaciones de piso portland, con ventanas de madera y puertas pintadas de verde que daban al patio. En el fondo de la casa encontrábanse las caballerizas, la cocina, la despensa y los cuartos de la servidumbre. A la izquierda del zaguán ó entrada existía otro cuerpo de habitaciones, bastante grandes, aunque no tanto como las de la derecha.

Gollo Meza era «oficial de causas», una profesión sólo conocida en Cuba, y estaba muy rico, aunque la *causa* ya le había costado más de cien mil pesos.

En una Escribanía, la de Regueira, instruyendo expedientes de jurisdicción voluntaria, tramitando abintestatos y testamentarías, juicios ejecutivos y de mayor cuantía, interdictos, quiebras y concursos, había adquirido una fortuna que no bajaba de medio millón de duros.

El escribano, inepto y haragán, delegaba en él sus funciones; y el Juez, por regla general cazador y mujeriego, encomendábale las providencias de mera tramitación, los autos interlocutorios y las sentencias más difíciles.

Esto lo sabían letrados y litigantes; y unos y otros acudían á Meza con regalos, promesas, demostraciones cariñosas y súplicas en toda clase de tonos. Afectuosamente los recibía el bona-

chón curial y á todos servía como le era dable. Cuando Juan se quejaba de haber llevado un *palo*, reparaba el daño dando un garrotazo (de curial) á su contrario Pedro.

Y de todos cobraba sin apelar á la «relación jurada» ni tener que someterse al ridículo arancel de costas.

De los abogados que intervenían en el negocio tomaba el 10 por 100; igual suma pechaban los procuradores; los peritos cedíanle el 50 cuando eran de nombramiento judicial, el 15 cuando los elegían las partes, y el escribano dejaba entre sus garras el 25 de todos sus derechos y beneficios.

Era un *tragaoro* insaciable, al que, sin embargo, adoraban licenciados, agentes, corredores, alguaciles, notarios, comerciantes, policías y cuantos se veían obligados á subir las escaleras del astroso colegio de escribanos en la Plaza de la Catedral. Tanto le querían los criollos en general, que le tenían destinado para Presidente del Supremo al triunfar la revolución.

—No es abogado—indicaba alguno tímidamente.

—No importa—contestaban los que comían á su mesa y tenían pleitos en su *mesa*;—se examinará á título de suficiencia.

—Ya lo creo—agregaba un presbítero, que

después de siete años y sendas propinas pudo ver resuelto á su favor un expediente sobre administración de varias capellanías laicales;—como que sabe más que Mendoza, que Llorente y que Giralt.

Aparentemente no tomaba parte en la política: daba á entender que la odiaba con todo su corazón.

—Mis papeles—decía á su Juez, un aragonés bonachón, nacido en Calamocha—son los únicos problemas que me preocupan; satisfacer á los clientes y evitar á usted y á Regueira ulteriores responsabilidades.

Frisaba ya en los cincuenta y cinco años, y en 1873 había realizado un viaje coactivo á Fernando Póo. Una mala interpretación—aseguraba,—pues al desembarcar en Cádiz le dejaran en completa libertad: con el apoyo de Betancourt y Labrador, cubanos *desentes* que vivían en Madrid, pudo restituirse en seguida á su escribanía.

Su esposa, Catuca Agramonte, había sido una mujer muy hermosa y arrogante; ahora estaba demasiado gruesa y molestábala de continuo un asma agobiador. Había nacido en Bayamo y pertenecía á una familia muy distinguida de la célebre ciudad natal de Carlos Manuel de Céspedes, el iniciador de la primera guerra, con quien tenía cercano parentesco.

De su matrimonio con Meza, efectuado en 1854, naciéranle quince hijos: nueve hembras y seis varones, todos vivos y sanos y todos «criados á sus pechos», como con legítimo orgullo decía.

De las hembras, cinco estaban casadas: con un médico una, otra con un maquinista de ingenio, con un hacendado de Cárdenas la tercera, la cuarta con un abogado, y la última, una boba según sus hermanas, con un joven montañés, corredor de comercio que ganaba muchos centenes, y al que adoraba á pesar de su triste cualidad de *patón*.

Las demás conservábanse solteras: La mayor vivía emancipada y á sus expensas; protegida por su padre, fundara un excelente colegio de señoritas titulado *El Progreso*, al que enviaban sus hijas las familias más linajudas de la ciudad, y en el cual ganaba cuanto quería; era bastante inteligente y osada en sus ideas, y mucho antes de que se hablase en Europa de *feminismo* ya ella abogaba por la libertad de la mujer, previa una enseñanza en armonía con la civilización de nuestra época.

La más chica componía versos abrumadores y copiaba los de cierto vate güinero que le hacía el oso y que, con el grado de Coronel del ejército libertador, servía á las órdenes de Miró.

Las otras dos carecían de relieve intelectual; pero llevaban todo el peso y dirección de la casa: dirigían la cocina, vigilaban el lavado y planchado, hacían la ropa interior de hilo, confeccionando los vestidos de holán y muselina, para el uso diario; tan inteligentes en repostería como en embutidos, preparaban flanes, pudines, tortas, pasteles de carne y dulce, pastelones de harina de Castilla, jamones en dulce, mamey y cascos de guayaba en almíbar, coco rayado y jaleas francesas; las butifarras y la carne de vaca ahumada de casa de Meza, tenían fama entre todos los gastrónomos criollos.

Los varones, menos el último, que ayudaba á su padre y se proponía sucederle en el puesto, pero en calidad de escribano efectivo, gracias á la reforma de la Ley, todos andaban desperdigados por el mundo, con dolor vivo de su excelente madre, que no dejaba ni un sólo día de nombrarlos.

Uno era ingeniero militar y hacía la campaña de Filipinas. Dos, médico y abogado, respectivamente, operaban en las Villas y Matanzas con gruesas partidas, titulándose generales. Otro, consagrado á la música, en la que era un genio, vivía constantemente en París, y el quinto desempeñaba un cargo de confianza en New-York, cerca de Estrada Palma.

Meza no estaba muy afligido á pesar de todos los horrores de la reconcentración, de las persecuciones de Porrúa y de las amenazas de la política weyleriana. Tenía amigos en la casa de la plaza de Armas, y éstos encargábanse de defender de toda acusación al impecable oficial de causas.

Por otra parte, si era cierto que sus hijos Rafaelito, Alfredo y Simón servían en la revolución, ¿no tenía á Pelayo batiendo á los tagalos en Filipinas? Este argumento, que hacía con frecuencia, convencía á los más exagerados patriotas. Además, sus servicios curialescos solían ser tan necesarios á los intransigentes de la calle de la Muralla, y aun á los empleados de la Aduana, que no era posible tomar contra él ninguna determinación dañosa.

Cuando Teberga y Fonte marcharon á Francia y á Madrid, por lo que pudiera «tronar», y Lanuza tuvo que dejar su toga de Magistrado suplente y salir de estampía á estudiar las costumbres de los habitantes de Fernando Póo, para informar luego á la Comisión de códigos del Ministerio de Ultramar, la libertad de Meza corrió peligro inminente. Por fortuna, tenía en la corte celestial un santo de gran predicamento, San Miguel, y un escribano que valía por cuarenta de listo y hábil que era, y.... ¡cá!.....

no hubo nada que temer. Loretico siguió haciendo décimas ibriliescas y madrigales á su *Cid* de Batabanó y sus hermanas desplegando todo su arte culinario.

Aunque no se abría la sala, los viernes reuníanse allí muchos y buenos amigos. Dominaban los curiales y no faltaban los señores del margen; también asistían damas, algunas de alto copete, y entre éstas figuraba Julia Chenaix. Íbase á casa de Meza á oir á María Luisa, su hija, la directora del *Progreso*, que era una notabilidad, y se carteaba con Eduardo Vargas, antiguo profesor de su plantel, filósofo y literato de altos vuelos, que dirigía un periódico revolucionario en New-York; sabíanse allí las últimas noticias de la guerra, el estado verdadero de las fuerzas rebeldes, los progresos de la «causa» entre los Senadores y Diputados norteamericanos y hacíase el «juicio de residencia» de los empleados españoles, de los militares en activo y pasivo y de la administración civil y sanitaria del ejército.

Los sucesos del día eran también comentados en la tertulia Meza.

A mediados de Enero, los ánimos seguían excitadísimos en la Habana.

A las agitaciones del día 2, que obligaron á los redactores de *El Diario* á hacer sus recor-

tes con los machetes de los soldados de orden público, y al Gobernador militar á dictar un bando conminando con todas las penas del..... Purgatorio á los que alborotasen, dieran un viva ó se reunieran en grupos de «más de uno», (1) había seguido la *toma* de *La Discusión* y del *Reconcentrado*, dos *fuertes* que se declararan en manifiesta rebeldía, uno en la acera del Louvre y otro en la calle del Obispo, y que disparaban con letras de molde y sueltos capaces de levantar ronchas á una maleta de cuero.

De todo esto hablábase con calor y rabia; y en la tertulia de Meza, el viernes de la tercera semana de Enero, era el tema principal.

Agüero, catedrático del Instituto decía:

—La conclusión viene; estamos en la última parte del drama, y el desenlace no puede hacerse esperar.

—¡Jesús, qué hombre!—gritaba doña Catuca; —siempre está hablando de sainetes; ni en estos días toma en serio las cosas.

—Calla, mamá—replicaba María Luisa;—Agüero tiene razón; los acontecimientos se precipitan de tal modo, que antes de que empiece el verano seremos libres.

---

(1) Palabras del bando.

—Tal vez antes—dijo Mayorga, Juez municipal y periodista intermitente.—Lée ha informado á su Gobierno anteayer dando por fracasada la autonomía. Dice que tiene cartas del General Gómez en que le ofrece sus fuerzas para el caso de una intervención americana, y en las que le da cuenta de su negativa al Gobernador General á parlamentar. Parece que D. Máximo no quiere ninguna clase de relaciones con los españoles, y me consta que ha dicho que colgará de una guásima al que se presente con alguna embajada.

—¿Y en dónde está el General Gómez?—preguntó Julia Chenaix, que se hallaba sentada entre Loretico y doña Catuca.

Meza sonrióse, como diciendo: «es mucho preguntar»; pero contestó:

—Dicen que anda por cerca.

—Y tan cerca—agregó abanicándose con un pericón del año 25 su esposa.

—Señores—exclamó Montálvez, civilista guapo que solía causar bastantes desperfectos en los corazones de las mulatas que asistían á los bailes de Irijoa y de la Valla,—me han asegurado esta mañana que las Cámaras han votado en Washington la beligerancia, y que dentro de ocho días estarán aquí cuatro acorazados de la marina de guerra.

—Muy bien—prorrumpieron todos con entusiasmo y como si los barcos estuviesen entrando por la boca del Morro.

—Pero—objetó Julia,—¿y qué vienen á buscar esos barcos?

—¿Qué? ¿qué vienen á buscar?—respondió María Luisa con viveza;—pues vienen á librarnos del tirano; del monstruo que nos aniquila; del que ha dejado sin habitantes la Isla; del que ha sembrado la muerte y la desolación desde el Cabo de San Antonio á la punta de Maisí; del que ha llenado los presidios de Africa de hijos eminentes de esta tierra; del que, desde el infausto día del descubrimiento, no ha hecho otra cosa que herir, vejar, ofender, humillar, desmoralizar y prostituir.

—¡Bravo!— gritó entusiasmado Mayorga,— muy bien, María Luisa; esa es la verdad monda y lironda, y eso mismo digo yo en un artículo que ha publicado hace cuatro días *Patria* en New-York.

—¿Lo firmas?—preguntó sorprendido Montálvez.

—No; por simple precaución he puesto *Ignotus*.

Sintiéronse pasos en el zaguán, y aunque no había motivo para alarmarse callaron todos los circunstantes.

—¡Hola, Cabrerita, buenas noches!—dijo Meza levantándose y dando la mano al que entraba.—¡Qué tarde llegas hoy!

—Calla, chico—exclamó limpiándose el sudor de la frente y dejándose caer sentado en una silla, sin saludar á nadie;—ese demonio de Govín me tiene reventado. Figúrense ustedes—continuó dirigiéndose al corro—que va á reformar toda la ley orgánica, á remover todos los jueces, á limpiarle el comedero á todos los *patones*, á crear Cortes municipales de Justicia y á echar abajo todas las concesiones. Por cierto que el decreto anulando la del Matadero, saldrá mañana.

—¿Qué dices?—preguntó Mayorga bastante alarmado.

—Nada, chico; que pierdes las acciones.

—Eso sería una barbaridad, un atropello del derecho escrito, un atentado á la ley que nadie toleraría.

—Eso será echar por tierra un negocio, por el que os han cobrado á tí y á tus compañeros 190.000 pesos.

—Esos son infundios que inventan los autonomistas; no hemos dado una peseta á nadie. ¿Cuánto pretende tu jefe?

—Ve á preguntárselo—contestó con enojo Cabrerita.

—Calma, señores, que eso no vale la pena de pelear—exclamó Meza.—Otros asuntos más importantes hay de que hablar.

Todos se agruparon alrededor del amo de la casa, y doña Catuca se abanicó con más fuerza.

—¿Qué hay? ¿qué pasa?—preguntó Julia Chenaix.

—Pasa, caballeros—dijo Meza bajando la voz y dando á sus palabras tono misterioso,—que mañana llegará el *Maine*.

—¿Mañana?—exclamaron todos con extraordinaria alegría.

—Sí, mañana. Lée ha dicho á su Gobierno que no se considera seguro ni cree seguros á los ciudadanos americanos en la Habana; que las autoridades han perdido su fuerza moral sobre las turbas, y que aquí habrá grandes asonadas y trastornos.

—Pero eso es mentira, una burda mentira—exclamó con cierta irritación Julia.

—Claro que es mentira—repuso Meza;—pero hay que decirlo así al Gobierno de los Estados Unidos, y así quiere que se diga su Presidente para tener motivo justificado para lo que después vendrá.

—Y ¿qué vendrá?—preguntó de nuevo Julia.

—Pues viene la intervención á toda prisa. El

Maine será la gota de agua que haga desbordar el vaso—contestó con gravedad Meza.

—No comprendo—oyóse murmurar á Mayorga.

—Muy fácil de comprender es, sin embargo—volvió á decir Meza silabeando las palabras;—el *Maine* es un barco, tiene máquinas que pueden estallar y lleva depósitos de pólvora que pueden hacerle volar. Un descuido..... zás...... y una catástrofe..... Se azora la gente, se aterra el vecindario, las autoridades se quedan lelas, se entierran los muertos, y el Cónsul, que sabe hacer las cosas, dice á su Gobierno: «Mano enemiga ha sido la que produjo el desastre.» Los *jingoes* agitan, como es debido, la opinión, la prensa pone el grito en el cielo y el Congreso ya no tiene más remedio que autorizar á Mac-Kinley para que declare la guerra.

Las palabras de Meza no produjeron entusiasmo visible en el auditorio; más bien se vió en todos los rostros una ligera mueca de disgusto. Julia, que lo demostró sin rebozo, preguntó:

—¿Eso harán los americanos?

—No—apresuróse á decir Meza;—es una hipótesis, nada más que un supuesto, cuya realización cabe en lo humano.

La conversación empezó á languidecer y los

visitantes hablaron de retirarse. Julia fué de los primeros en salir.

Llegó á su casa abatida y descorazonada.

Por lo visto, pensó, Alberto tiene razón; los americanos no proceden honradamente con España ni con Cuba; porque, para reconocer á ésta la beligerancia y prestarle apoyo, no necesitan apelar á pretextos criminales, tan criminales que su monstruosidad espanta. Creo que me he equivocado favoreciendo á los revolucionarios; creo más: creo que éstos son instrumentos ciegos de Mak-Kinley y Lée, y que el Norte, cuando venza á España, considerará como conquistados á los cubanos. ¡Dios mío! ¿Y para esto se han vertido tantos ríos de sangre, se han dejado vacíos tantos hogares y se ha destruído tanta y tan colosal riqueza?

Julia sintió un fuerte escalofrío y empezó á llorar. Veía á Cuba convertida en un montón de ruinas, á los pocos cubanos supervivientes pálidos, demacrados y moribundos, buscando refugio entre los más espesos maniguales, las ciudades desiertas, los campos sin animación, los puertos y las bahías sin embarcaciones de ningún linaje. Después entraban grandes transportes llenos de gente que desembarcaba, que corría por todas partes dando gritos de alegría y de triunfo, que «cazaba» á los pocos guajiros

que hallaba á su paso y que empezaba á trabajar afanosamente. Pero los nuevos emigrantes ó conquistadores, ni eran blancos ni hablaban castellano.

Aterró á Julia esta especie de previsión que sin dormir le acometió, y secando sus lágrimas exclamó:

—Hay que prevenir á Alberto.

Fuése á su gabinete, y tomando papel y pluma escribió lo siguiente:

—«Alberto mío: Son las doce y media y no puedo dormir. Hace dos días que no te veo y una pena hondísima abate y aniquilá mi corazón. ¿Qué te pasa? ¿Qué graves asuntos traes entre manos? ¿Cómo no has tenido siquiera un cuarto de hora para mí, que te amo tanto, que soy la única persona en el mundo que te comprende, que sabe lo que vales y que se sacrificaría sin vacilar por tu dicha? ¡Maldita política! Ella, sin duda, me roba tus caricias y me priva de oir tu voz armoniosa y dulce, que tanto me cautiva, encanta y sugestiona. ¿Porqué te ocupas de autonomía, de elecciones, de Cámaras parlamentarias y de armisticios que á la postre resultarán inútiles? Mándalo todo noramala y ven á mis brazos, en donde encontrarás sosiego para tu batallador espíritu y tranquilidad para tus nervios excitados. ¿Sabes lo que pienso?

He de decírtelo aunque te haga sonreir. Pienso que debemos marcharnos cuanto antes de la Habana, trasponer el Atlántico y escondernos en nuestro *chalet* de Lucerna. Allí nadie nos molestará ni sabremos más noticias del mundo, y particularmente de esta patria sin ventura, que las que nos convenga conocer. Marchémonos, Alberto mío, marchémonos. Empiezo á tener miedo. Creo, como tú, que se acercan días de luto y de sangre, más luctuosos y sangrientos que los que llevamos presenciando, y que un naufragio total de todos los ideales será la finalidad de este drama trágico que la fecunda é investigadora fantasía de Shakspeare no podría concebir. Vacilo y temo, y pierdo la confianza en cuanto vive y se agita en mi derredor. Huyamos, Alberto querido, lejos, muy lejos, á donde no llegue ningún rumor y no nos sea dado presenciar la caída de este pedazo de tierra, tan codiciado por su feeundidad, ¡maldita sea!, que no es posible que jamás pertenezca á sus hijos.»

Al llegar á este punto de la carta, Julia volvió á sentirse acometida por el frío y tembló, rompiendo á llorar con tan fuertes sollozos que su doncella, la mulata Avelina, empujando una puerta penetró en el gabinete preguntando con interés cariñoso:

—Niña Julia, ¡Dios mío! niña Julia, ¿qué le

pasa? ¿está mala? ¿quiere que le haga una *tasita* de *cosimiento*? ¡Ay Vírgen de la Caridad del Cobre! ¿qué le habrá sucedido á mi amita, tan linda y tan querida?

Y de rodillas ante su ama, Avelina abrazábale las piernas, besándole respetuosamente los pies, y como ella también lloraba estruendosamente:

—Calla, Avelina, calla; esto no es nada—dijo Julia, limpiándose las lágrimas y apartando á la criada.—Me he acordado de mamá, la pobrecita, que está allá en Marsella desesperada por que no me voy á su lado, y eso me ha afligido.

—Amita mià, ¿y por qué no nos marchamos?

—Porque no puede ser.

—¡Ah! ¿niño Alberto no quiere irse?

—¡Quién sabe!—contestó Julia como si hablase á solas;—tal vez nos embarquemos antes de lo que yo pensaba.

—¡Ay que alegría, San Hilarión bendito! Si nos vamos ya le tengo ofrecido á este santo querido un peso cincuenta centavos para el aceite de un mes. Mire, niñita, aquí ya no se puede estar. Hoy mismo me decían esos negrazos «mangansones» de casa de don Paco: «dáte tono, Avelina; apúrate á darte tono, que antes de un trimestre serás nuestra criada.»

—Miren los bobos. ¿Y por qué?—les repliqué.

—Porque para entonces ya será Cuba libre, y uno de nosotros se casará con tu ama.

Julia levantóse violentamente con el rostro enrojecido.

—Vete, vete, Avelina; acuéstate, que ya no te necesito.

La doncella, obedeciendo la imperativa orden de su ama, salió.

—¿Eh?—exclamó con ira no disimulada Julia; —¿esto era lo que nos aguardaba? ¿La libertad por que tanto suspirábamos y por la cual sacrificamos riqueza, honor, vida y sosiego, se conquista para que los negros tengan mujeres blancas? ¿Para tan menguada empresa han muerto Céspedes y Martí, y con ellos tantos y tan ignorados mártires de nuestra epopeya? ¡Ah, mis ojos empiezan á ver claro! Las tinieblas se despejan de mi cerebro. Los cubanos hemos sido simples juguetes de los que se dicen nuestros amigos y protectores, y su amor hacia nosotros es una mentira que durará hasta el día en que tomen posesión de las fortalezas de la Habana. ¡Qué horrible! ¡Si pudiéramos retroceder!..... ¡Si fuera posible hacer comprender el peligro que nos amenaza á tanto iluso como fía la victoria última al apoyo yanqui!..... Pero ¿quién convence á Meza y á sus amigos? ¿quién me asegura que Gómez no está al servicio de

Lée y de su Gobierno? La propia junta, con Estrada Palma, con Quesada, con Lanuza, con todos los que la forman, ¿no será un comité que labora en beneficio de los que quieren apropiarse de todo lo nuestro? Es preciso huir—agregó Julia con manifiesto desaliento,—y huir para siempre.

Sentóse, tomó otra vez la pluma, y con el pulso bastante alterado siguió escribiendo:

—«Quiero verte, Alberto, mañana sin falta quiero verte: tengo muchas y muy graves cosas que contarte. Si no vienes irá á buscarte tu

JULIA.»

Tomó un sobre perfumado, encerró en él la carta y escribió el nombre de Marqués de Santa Fe.

—Tempranito—dijo—la mandaré con un criado, y en seguida le tendré aquí. Mi corazón nunca me ha engañado.

Momentos después metíase en su cuarto y todo quedaba en silencio.

Estaba aún en la cama el Marqués, cuando recibió la carta de Julia.

Su lectura causóle viva impresión, y levantándose á toda prisa empezó á vestirse.

—Algo grave—dijo—le ocurre á Julia cuando me anima á marchar. Ella, que tanta con-

fianza tenía en el porvenir; que creía en el armisticio; que hablaba de un Zanjón, con más efusiones que el otro, con más sinceros y apretados abrazos, en que todos los hermanos depusieran su odio y su encono, para consagrarse á la reconstrucción del país; es bien singular que en tan corto tiempo y tan radicalmente haya cambiado.

Tomaba ya el sombrero el Marqués para marcharse, cuando se presentó Manuel con una bandeja de plata, en la que venía un servicio completo de café de rica porcelana china.

—No, Manuel, no tengo ganas de tomar nada; tráeme una copa de *vermohut* Torino y un vaso de agua fría.

El criado retiróse con el servicio y volvió al poco tiempo con lo que su amo había pedido. Apuró éste de un trago vino y agua, previamente mezclados, y sin decir palabra bajó las escaleras.

No había en la calle coches de punto, y buscando uno llegó hasta la esquina de Neptuno. Miró hacia la izquierda, y vió que la guardia que custodiaba *El Diario* estaba reforzada; que por la acera del *Louvre* paseaban unos cincuenta soldados de orden público armados y que por el costado del Payret iba marchando un regimiento de artillería de montaña

—Vaya—dijo,—estamos en pie de guerra. Atila llega á las puertas de Roma.

En un *carrito* acercábase Montoya, que al ver al Marqués se apeó.

—Me bajo para darle una noticia, Marqués.

—¿Qué es ello? ¿Se han entendido el *Chino* y el General?

—No, es más grave: esta tarde llega el *Maine.*

—¿Y á qué?

—Á prestar auxilio al Gobierno, caso de que los voluntarios se desmanden.

—¡Montoya! ¿Qué es eso?—dijo irritado el Marqués.—¿Qué hay que temer de los mansos y tranquilos voluntarios?

—Nada, ciertamente; pero Lée parece que tiene miedo.

—Diga usted que lo finge.

—Es muy posible; pero, adiós; me voy, que llega otro *carrito* para Jesús del Monte y tengo que estar en la Víbora á las nueve y media para hablar con un sujeto que espero del Calvario.

Y Montoya subió al tranvía y desapareció doblando á la izquierda por Consulado.

Apareció un coche y Alberto Álvarez montó.

—Al Tulipán—dijo, y á prisa, que habrá propina.

Quince minutos después entraba en casa de Julia.

Avelina, la doncella, salió á recibirle.

—La niña acaba de levantarse y está en su tocador; ha pasado muy mala noche y ha llorado mucho por el caballero—dijo intempestivamente.

—¿Qué?—preguntó Alberto con interés.—¿La ha molestado alguien?

—No, nadie; pero lloró y suspiró mucho y toda la noche le estuve oyendo decir: «Alberto, que me matan.....» «Alberto, escapemos.....» ¡Ay, niño Marqués, yo deseo que nos marchemos.

—Bueno, bueno; avisa á Julia que estoy aquí.

Y el Marqués entró en el gabinete conocido ya del lector.

Al poco rato presentóse Julia. Venía vestida con una bata blanca de holán, sin adornos, con la cabellera, negra como el ébano, desprendida y cubriéndola toda la espalda, algo pálida, un poco ojerosa, y, como siempre, atractiva, encantadora, ideal, incomparable. Sonreía y enseñaba una dentadura blanquísima, pequeña, apretada y fuerte y unos labios rojos, algo grueso el inferior, que estaban pidiendo besos.

Sin reparar en que la miraba su criada, atrajo al Marqués y lo beso en la frente.

—Al fin has venido—dijo con acento de queja.

—Perdona, Julia; estuve ocupadísimo estos

días, arreglando asuntos personales y asesorando al Gabinete, que todos los días da un tropezón y encuentra un escollo. Pero ¿qué ocurre? ¿qué te ha sucedido?

Julia contó al Marqués cuanto había oído la noche anterior en casa de Meza, las palabras de su criada, y concluyó diciendo:

—En suma, Alberto, que no quiero seguir en Cuba y deseo que nos marchemos. Tú tienes fondos en Europa y yo también los tengo. En Suiza por ahora, y después en París, ó en Nápoles, ó en Viena, viviremos tranquilos, dichosos y sin preocupaciones.

—Dices bien, Julia, y el mismo pensamiento hace dias qne me asaltó á mí. En previsión de un viaje repentino, he girado el otro día sobre Londres, en casa de Borjes, 50.000 libras esterlinas.

—Pues yo tengo en el Banco de Francia y en el *Crédit Lyonnais*, en cuenta corriente, siete millones de francos.

—¿Tan rica eres, Julia?—exclamó el Marqués sorprendido.

—Si—respondió ésta;—ese dinero es el producto de mis economías de estos años y de la venta de mis ingenios *Santa Gadea* y *Los Melones* á un sindicato americano. Ya ves que no estamos pobres, y que podremos vivir modestamente en el viejo mundo.

—Espera, Julia mía, espera algún tiempo á ver qué rumbo toman los acontecimientos; preparemos nuestras maletas, y si el desconcierto sigue pondremos tierra de por medio.

Julia abrazó locamente á su amante y llevóle al comedor, en dónde estaba servido un desayuno espléndido. Pastas, dulces de todas clases, foie-gras, jamón de York, pavo asado y con trufas, chocolate, café y vinos de las más conocidas y costosas marcas.

Comieron con alegría, con esa alegría purísima que engendran la juventud y el amor unidos, y al concluir dijo Alberto:

—Bien; ya que te empeñas iré.

—Sí; iremos en el remolcador de Zaldo las de Meza y yo, y tu podrás agregarte, para cuyo efecto estarás en el muelle de Caballería á las dos.

Por complacerte accedo; pero no tengo ninguna curiosidad por ver entrar ese *Maine* del diablo, que ojalá, Dios me lo perdene, se fuera al fondo del mar antes de que se enfrentara con la farola del Morro.

Con un beso en los ojos demostró Julia su reconocimiento á Alberto Álvarez de Guzmán por tanta concesión como acababa de otorgarle.

V

La tarde, como de Enero, era fresca, y el cielo presentaba un aspecto tristón y melancólico.

Esperábase el *Maine*, crucero de la marina de guerra norte-americana, y este suceso atraía gran golpe de gente á los muelles. Pero no acababa de anunciarlo el vigía del Morro.

A las tres y media no había ni señales de su aparición.

En cambio, á esa misma hora vióse entrar gallardo y majestuoso el *Monserrat*, de la Compañía Trasatlántica, que traía una importante expedición de soldados y buen número de emigrantes y pasajeros.

A pesar de las rachas fuertes y duras que venían del Nordeste agitando con violencia las aguas de la bahía, una muchedumbre abigarrada y heterogénea, compuesta de hombres de todas las clases sociales, blancos y de color, y de mujeres elegantemente vestidas unas, astrosas y desaliñadas hasta lo increíble otras, contemplaba con atención la entrada del «correo», des-

parramándose como una inundación á todo lo largo de la Cortina de Valdés y del malecón de la Punta, invadiendo los muelles de la Machina y de Caballería, y obstruyendo totalmente las avenidas de la Maestranza de Artillería.

Los espectadores, en su mayoría, agitando sus pañuelos, saludaban á los que llegaban en la nave española con gritos y frases de bienvenida proferidos con marcado júbilo y verdadera satisfacción; una especie de oleaje, parecido al que en aquel instante agitaba el mar, tenía en continuo movimiento á la gente, distinguiéndose entre ella, por sus uniformes azules con franjas verdes unos, rojos de tono vivo otros, y sus grandes sombreros de jipijapa adornados con la encendida escarapela, muchos voluntarios, consagrados desde la provocación de Ibarra al sostenimiento de la causa nacional. No eran, por cierto, de los que menos demostraban su entusiasmo mirando al vapor que traía nuevos refuerzos para abatir la insurrección, ya decaída y moribunda, y para muchos, noticias con ansia esperadas.

Sobre los muros de la Cabaña, sólidos y fuertes, como pájaros descansando sobre pinos altísimos, veíanse centenares de soldados que también saludaban con sus gorrillas de cuartel á los que, como ellos, venían á correr los últimos

riesgos de una estéril campaña y á pasar por todas las angustias que al elemento principal de toda lucha armada crea una administración desordenada é indocta. Militares y paisanos recreaban su espíritu y daban rienda suelta á los recuerdos á la vista de aquel palacio flotante, en cuyo palo mayor flameaba gallardamente la bandera «gualda y oro» que tanta gloria ha derramado sobre España, y que aquella tarde, desde la popa del remolcador *Guillermo Zaldo*, miraba con desdén y enojo la archi-sabia María Luisa Meza. Parecia traer el *Monserrat* en su seno, por la manera suave y majestuosa con que cruzaba el canal de la bahia, cuyas aguas besaban con rudeza su casco, dado que no podían morderlo, el dulce y gratísimo perfume de la patria: la idea amada que no se extingue jamás en la mente del desterrado del hogar nativo, y que es á modo de bálsamo eficaz que actúa sobre las dolorosas y crueles heridas del alma. Dijérase que el purísimo ambiente de la arboleda que oculta la casucha, siempre recordada, en la aldea, perdida en un valle cubierto de trébol, margaritas y vincapervincas, íbanlo aspirando la mayor parte de los espectadores del muelle á medida que el barco se les acercaba lanzando sus postreros agudos silbidos y las faenas de fondeo y amarre empezaban.

Cinco ó seis vaporcitos ligeros y vistosos, engalanados con banderas españolas; el bote de los prácticos, estrecho y largo, propio para cortar las olas y deslizarse rápidamente al impulso vigoroso de sus fornidos remeros; la falúa de la Sanidad y una nube inmensa de guadaños y pequeñas canoàs, en su mayor parte dirigidas por marineros naturales de las rías de Sada y de Arosa, formaban la escolta de honor del *Monserrat* desde su entrada en puerto.

El ancho semicírculo de la bahía presentaba un golpe de vista espléndido. Lejos, allá en los límites de Triscornia, enseñaba sus puntiagudos y verdosos palos un buque, meses antes destruído por un incendio; los almacenes de Santa Catalina, cuyos tejados de ocre apagado amarilleaban con destellos que producían una claridad opalina, destacábanse ufanos y soberbios, como bello islote en medio de mar bonancible y sereno, cerca de la ensenada de Regla, acariciando sumisa sus cimientos, la ola de tonos verdinegros, que se deshacía en globos de ténue y brillante espuma, yendo á morir á la arenosa playa de Cojimar, y esfumándose en el apartado horizonte.

Buques de guerra, barcos mercantes y de vapor, lanchones, botes, esquifes, balandros y goletas de todos los tamaños cubrían el

área extensa del puerto, que alumbrado por los rayos encendidos de un sol que marcha á esconderse en el ocaso, estaba verdaderamente sublime y majestuoso. El cielo, gris á trechos y á trechos de pronunciado azul anacarado, era de vivos resplandores hacia el Oeste; y sobre las cumbres lejanas de Guanabacóa y de Jarúco parecía desprenderse en pedazos de rojo de sangre, girones de verde caña, franjas de gris aplomado y discos luminosos y relucientes como brillantes que hiriera vívida y repentina luz. Formaban mar y cielo un cuadro soberbio, propio de la exuberante naturaleza cubana, y digno del pincel inmortal de Claudio de Lorena; cuadro maravilloso, apenas concebido en los paises obscuros de Occidente que no tienen, como en los Trópicos, los cambios y conjunciones de luz que deslumbran, lastimando la retina, ni esos vislumbres fuertes y radiantes que borran las penumbras, apagan los claros-obscuros y convierten mares, campos, bosques, ríos y montañas en fajas colosales de claridad sugestiva y enfermiza.

Cuando el *Monserrat* dejó caer sus anclas poderosas, verdaderas garras de mitológico león, y el pito del contramaestre, viejo lobo de mar nacido en una áspera playa levantina, anunció que el amarre á la boya estaba hecho y el barco

había parado en firme, arriáronse las dos escaleras de las bandas de babor y de estribor y empezó el desembarque de pasajeros. Precipitáronse éstos queriendo salir cuanto antes; empezaron á subir, interrumpiendo la salida, los que llegaban en botes, guadaños y vaporcitos, y creóse gran confusión entre todos. Menudeaban los codazos, los apretones hacían prorrumpir en gritos de ira á muchos y las movibles escaleras bailaban frenéticamente amenazando quebrarse al peso enorme que sobre ellas había caído.

Un oficial, desde lo alto, aconsejaba prudencia y moderación, pero nadie hacía caso; todos querían subir y bajar los primeros. Al encontrarse los parientes, los amigos ó los simples conocidos, daban gritos de júbilo y de alegría, abrazábanse, hacíanse mil atropelladas preguntas, y el desorden seguía: los marineros, indiferentes, como si se encontrasen en mitad del golfo en una tranquila tarde de Agosto, parecían no advertir aquellas escenas efusivas y ruidosas; recogían cables, enrollaban velas, desamarraban botes, desocupaban de cajas, baules y guacales el vientre inmenso de la nave y corrían de proa á popa cumpliendo órdenes, ya del sobrecargo, ya del primer oficial. Ocupaba la toldilla el elemento armado, compuesto de imberbes primeros tenientes y generales de brigada encanecidos, corone-

les, comandantes y capitanes, que sacudían el polvillo de carbón que las máquinas habían soltado sobre sus guerreras, atusaban los retorcidos bigotes, dando órdenes imperiosas y breves á sus ordenanzas y asistentes, que se apresuraban á conducir á los lanchones de Prío, atracados al costado izquierdo del buque, los poco voluminosos equipajes de todos. Cuatro frailes de la Orden franciscana, de caras apacibles y risueñas, enseñaban los anchos pies desnudos, aprisionados por cómodas sandalias, ceñidos los obscuros hábitos con los simbólicos cordones y miraban, arrimados á una de las bordas, hacia la ciudad que ante ellos se extendía; era silenciosa, reverente y pía su actitud, como corresponde á humildísimos siervos de Jesucristo, y ni parecían mortificados por el ensordecedor barullo que formaban los impacientes viajeros al querer salir, ni dejaban vislumbrar ningún deseo por llegar á su convento. Seguros de que todo tiene término y conclusión en la vida; de que nada perdura en el tiempo; de que al minuto de afanes sucede la hora incierta de indiferencia y de aplanamiento, permanecían sosegados esperando que la multitud ansiosa les dejase franco el paso. Algunas señoras de rostro encendido y cutis ligeramente quemado (averías que ocasionan las navegaciones largas), regularmente ves-

tidas, desgarbadas y resueltas, daban prisa á sus maridos (en general militares de alta graduación), abotonaban los apretados guantes comprados en Coruña ó Santander, afirmaban con cintas y clavos las adornadas capotas que el viento pretendía llevarse, y entre besos ruidosos y ofrecimientos más expresivos que sinceros, despedíanse unas de otras «lamentando» (era el dicho de todas) no poder continuar en tierra la grata intimidad de abordo, que entretiene y anima las pesadas é inacabables horas del viaje.

A proa variaba notablemente el espectáculo. Confundíanse soldados y paisanos y se veía entremezclada la esquifazón de dril crudo de aquéllos, con la vestimenta irregular y no exenta de color y gracia de éstos; el pantalón de ajada y deslucida pana, hacía contraste con el de Tarazona remontado; el chaleco de verde apagado, con la camisilla azul y la chaqueta de alpaca gris; el sombrero de paja amarillo, con la boina de granate vivo. Eran prendas sacadas horas antes de la entrada en puerto (al anuncio de tierra), de los pintarrajeados baulillos de los emigrantes, en donde hicieran compañía amorosa á las latas de chorizos, á los jamones y perniles, que para regalo y satisfacción de algunos anémicos propietarios de tiendas de ropa y pelete-

ría (patrones obligados de muchos de los que van á probar fortuna á la Habana), traían de Rivadeo, Fene y Santa Marta.

No parecían muy contentos y animados los pasajeros de proa; sus fisonomías eran más bien de melancólica sorpresa y de duda atemorizante; presentábase para ellos la realidad con todos sus amargos desengaños, y enfrente estaban del paraíso soñado en la mísera choza nativa, no exenta de poesía y de belleza en medio de su cruel miseria; cerca de una madre cariñosa que duda y vacila entre retener aherrojado á la existencia de penurias y dolores por ella con forzada resignación aceptada, al hijo que idolatra, ó empujarle al otro lado del mar, en donde están la libertad y la riqueza, la consideración social y el triunfo, la lucha y el éxito y, generalmente, la caída eterna. Pronto, bien pronto sabrían á qué atenerse los infelices. Algunos jovencitos, verdaderos niños de doce y catorce años, apretaban asustados y convulsos los pequeños maletines en que guardaban sus camisas sucias y su ropa de trabajo, y antes de descender del vapor y dirigirse á la ciudad que se extendía en una herradura colosal hacia el Oeste, consultaban sobre su futura conducta á unos cuantos viejos redomados y vagabundos, que con ellos compartieran las penalidades del viaje

y por los cuales habían sido despojados de las tristes pesetillas que recibieran de sus padres al embarcar, jugando á la siete y media y al monte en las horas abrumadoras de la navegación. Eran éstos, ociosos bribones que, sin pertenecer á la gente de mar, viven á bordo de los vapores que cruzan el Atlántico y van ora á Cuba, ora á Méjico, ya á Buenos Aires, ya al Brasil, desbalijando incautos, engañando inocentes, merodeando por los corredores y pasillos de las naves hasta que pueden entrar en los camarotes abandonados y hacer su infame y vil negocio. A los atortolados mozos daban innobles consejos, enseñándoles el camino del presidio ó de la horca, y asegurándoles, con el ejemplo de su impunidad lastimosa, que para medrar en Cuba y adquirir grandes riquezas era preciso dejar, como un bagaje que estorba, la conciencia en el *Monserrat*, que presto tornaría á dar la vuelta en dirección de la madre patria. En apoyo de sus criminales consejos, citaban hechos y nombres. Cierto Marqués habíase enriquecido á fuerza de quiebras, fraudes y violaciones de depósitos; tal hacendado tenía seis ingenios, gracias á las miriadas de negros esclavos traídos de las costas del Senegal; un señor muy conocido por sus cruces, veneras y encomiendas, era depositario de los fondos que robaban los

vistas de la Aduana, y cuando no los tomaba íntegros, quedábase con el 75 por 100; otro, de simple tenedor de libros de una joyería, pasara, de la noche á la mañana, á millonario. ¿Le había tocado la lotería?—preguntaban los parvulillos del pecado.—No: dos magnates tenían efectuado, de ocultis, cierto doloso contrato con el Estado, y no pudiendo legalmente dar sus nombres porque cerca de éste y en tal negocio ejercían funciones oficiales de inspección, buscaron para que les prestase el suyo, simple testaferro, al paliducho tenedor. Aceptó la comisión y..... claro, cuando llegó la hora de hacer entrega de las cuantiosas sumas que habían entrado en su poder llamóse andana, dejando con un palmo de narices y sin un mal centén á los confiados magnates y á otros muy altos y poderosos señores. No era cosa de escandalizar, porque la vergüenza y la ley podían caer sobre muchos. Se prefirió dejar impune y victorioso al audaz ladrón.

Descendían, entretanto, llenando lanchas, remolcadores y guadaños soldados y pasajeros, tomando éstos el camino del Morro, la Cabaña y el Castillo del Príncipe, y aquéllos los muelles de la Machina, San José y Caballería, tras los cuales se extendía silenciosa y fúnebre la ciudad.

—No aparece el *Maine*—dijo con bastante disgusto Cabrerita, que aunque empleado de la Secretaría de Justicia, quedábale tiempo para presenciar la entrada del acorazado americano.

—No puede tardar—rectificó Mayorga;—hay un telegrama de Tampa, recibido á la una, que anuncia haber zarpado de aquel puerto á las seis de la mañana.

Los fletadores del *Guillermo Zaldo* empezaban á fatigarse, y muchos sentíanse bastante mareados.

—La verdad es que el plantón resulta mayúsculo—decía Meza,—y si yo hubiera adivinado esto no me embarco.

Su hija Loretico hacía esfuerzos inauditos por mostrarse valiente y serena, y aunque los balanceos exagerados del remolcador la ponían verde y amarilla á cada rato, no quería confesarse vencida. La que mostraba una energía varonil, era María Luisa, la doctora, como la llamaban la mayor parte de sus amigos. No temía al mar, y sobre su onda movible—afirmaba—encontrábase como en el salón principal de su colegio. El mareo, según su opinión, «no era otra cosa que un signo de debilidad cerebral, generado por un estómago inseguro». Teniendo fuerza de voluntad estaba vencido el mareo.

El Marqués hablaba poco. Habíase sentado en

uno de los divanes de la cámara y esperaba con una paciencia de sacerdote indio á que dijesen «ya está ahí». Julia acompañábale, subiendo de vez en cuando á la reducida toldilla. También doña Catuca iba con el Marqués; resollaba gordo, limpiábase con frecuencia el copioso sudor que inundaba su frente, y á cada rato exclamaba:

—Vaya, lo dicho: los de tierra adentro no podemos andar por el agua.

Al *Zaldo* acompañaban otros remolcadores repletos de curiosos que cruzaban en todas direcciones la bahía esperando la aparición del buque yanqui. Alguno atreviase á salir mar á fuera; pero regresaba al poco tiempo con toda la gente mareadísima.

La Capitanía del puerto estaba llena de animación y movimiento. Balcones y ventanas aparecían atestados de damas vistosamente engalanadas, con las que se entremezclaban caballeros particulares y marinos de la escuadra española, surta en las Antillas; y las azoteas de las casas inmediatas, la de Santovenia, particularmente, contenían millares de personas que charlaban, proferían exclamaciones de enojo, burla y satisfacción y dirigían los gemelos, de que casi todas las manos estaban provistas, á las estribaciones del Morro.

A eso de las cinco menos cuarto, produjose un movimiento general. El vigía del faro comunicaba, por medio de banderas, con la Comandancia de Marina.

—Ahí está—dijeron millares de voces.—Ahí está.

En efecto; pronto apareció izada la bandera americana en la elevadísima torre de la histórica fortaleza, indicando que un buque de guerra de la misma nacionalidad á que aquella pertenecía, se aproximaba al puerto.

—¡Loado sea Dios!—exclamó frotándose las manos Meza.

El Marqués levantóse un tanto nervioso de su asiento, y dando el brazo á doña Catuca, subió á cubierta. Julia, María Luisa, Loretico y los demás que se hallaban á bordo del *Guillermo Zaldo*, afirmaron sus anteojos y buscaron en el horizonte la ansiada embarcación. Este anhelo duró quince minutos escasamente, al cabo de los cuales, dando unos bandazos espantosos, metiendo casi por completo una de las bordas dentro del agua, apareció una masa enorme, irregular, ventruda, con un velámen innecesario y complicado, tres altísimas torres blindadas, ocupando la extensísima cubierta una fila de cañones á cada lado, tres á proa y dos á popa, los palos mayor y de mesana rendidos al peso

de innumerables y abigarradas banderas y la arboladura espesa, amazacotada, abrumadora, privando de gallardía, esbeltez y ligereza á la nave. Esta fortaleza marítima, que parecía un islote flotando sobre las aguas, presentaba un aspecto siniestro, repulsivo y amedrentador. Tenía todo el casco pintado de negro, y las torres y los palos estábanlo de un gris obscuro. La faja ó blindaje de hierro que lo resguardaba de las balas enemigas, quedaba disimulada por la capa de betún y brea que sobre ella había fijado la prudencia, de acuerdo con su prima hermana la cobardía; y las torres, con su volumen colosal y su peso enorme, cualquiera diría que trataban de condenar á paz perpetua en el fondo del mar, al monstruo que tenía todas las pretensiones de los grandes acorazados modernos, carecía de la gracia legendaria de la galera *Hieron* descrita por Ateneo, y dábase algunos aires con el *Dragón de Alaf.*

Cuando embocó el canal empezaron á sonar los cañonazos de la batería del Morro; y mientras continuaban los disparos y se izaban banderas y gallardetes en la Capitanía de Puerto y en el barco que entraba; y la enseña yanqui sustituía en el castillo, por un momento, el que marca la cortesía internacional, á la española, Recamán, viejo piloto de las costas de la Groe-

landia y de los mares tempestuosos de la India, al servicio ahora del puerto en calidad de práctico, refunfuñando no sé qué palabras y haciendo no sé qué votos á Neptuno, Dios de los hombres y cosas de mar, subió á bordo haciéndose cargo de su dirección. Irguióse como por milagro la nave, bien así como si la mano de un gigante la hubiera obligado, y atravesó gallardamente la bahía, entre la admiración de unos, la simple curiosidad de otros y el odio silencioso y triste de los más, hasta que fué á tomar puesto cerca del *Alfonso XII*, crucero español, que arreglaba sus calderas para hacerse á la mar, desde 1886, en la ensenada de Casa Blanca.

Loretico, cuyo mareo iba en aumento, hizo una mueca desdeñosa mirando aquel monstruo indefinido, y exclamó:

—¡Qué feo!

Sonrióse el Marqués, y agregó recalcando las palabras:

—Feo no, horrible; mas para la misión que trae resulta excelente.

Ni Meza ni sus compañeros, ni siquiera María Luisa, idólatra de todo lo yanqui, mostraron alegría estrepitosa al contemplar el *Maine*. Es un barco como todos los de guerra—pensaban;—y como no advertían en él nada de extraordinario, nuevo, sugestivo ni atrayente, ni se entusiasma-

ron ni se atrevieron á hacer comentarios que la presencia de Alberto Álvarez podía hacer imprudentes.

Rozando al *Zaldo* pasó el *Sussi*, que con Lée á la cabeza llevaba á todo el personal de los consulados americano é inglés: el impetuoso Cónsul, de pié en la popa del remolcador, erguida la cabeza, mirando con altivez no contenida cuanto le rodeaba, inclinado sobre el ojo derecho su sombrerillo de castor claro, abollado en la copa con calculado artificio; flotándole el largo chaquet que marcaba su busto de titán y destacaba su pecho saliente, que cubría con un chaleco de vivos colores verdes, saludaba, agitando un pañuelo azul y blanco con la mano derecha, á la oficialidad y tripulación del *Maine*, que, vestida de gala, ocupaba en correcta formación toda la extensa toldilla.

Al llegar al pie del acorazado se arrió inmediatamente una escala, y Lée subió con precipitación.

Sonaron entonces ¡hurrahs! estruendosos á bordo; y los que tripulaban el *Sussi* contestaron con manifiesto entusiasmo, sacando sus sombreros, con los cuales saludaban á sus compatriotas, al propio tiempo que daban vivas á los Estados Unidos y á Mac-Kinley.

—Parece un corsario—dijo el Marqués.

—Y los que lo tripulan—agregó Julia—tienen trazas de piratas.

La noche veníase encima; la ciudad estaba ya envuelta en sombras, y sólo una débil claridad, la que producían los reflejos de un sol mortecino que se hundía hacia Marianao, alumbraba la bahía, de nuevo agitada y revuelta.

El *Zaldo* viró hacia el muelle con harta satisfacción de Loretico, de doña Catuca y del Marqués, que ya no podían continuar embarcados, y tras él fueron desfilando botes, lanchones, yats, remolcadores y balandros. La multitud que obstruía los muelles fué despejándolos, dirigiéndose por las calles de San Pedro, O'Reilly, Luz, Muralla y Oficios.

En general oíanse juicios burlescos del acorazado; los epigramas y las diatribas de los intransigentes contra los americanos, menudeaban. Los simpatizadores, que no eran pocos, guardában mesura y silencio, limitándose á sonreir al escuchar alguna interjección violenta y hacerse, entre unos y otros, signos de connivencia.

—¿Y con ese bocoy piensan los yanquis conquistarnos?—decía un capitán de voluntarios, que, con media docena de subalternos, se acercaba á una mesa del café de Luz.

—¡Quiá!—agregaba un señor rechoncho, de abdómen pronunciado y estatura menos que

mediana;—lo que quieren los manteqneros de Chicago es «meternos» aquí sus puercos.

Julia y el Marqués, al llegar á la Machina, despidiéronse. Ella siguió con los Meza, que no marchaban muy animados, y él entró en un coche que le llevó á su palacio de la calle del Prado.

Los muelles quedaban desiertos; encendíanse los millares de luces y farolillos de las naves ancladas; las de los faros y farolas de los espigones, de las dragas, de los diques, y la planicie de Casa Blanca quedaba en una penumbra fantástica que disminuía un tanto la incierta claridad artificial. Allá lejos, perdida en el espacio inmenso y negro, volteaba pesadamente la roja luminaria del Morro, vertiendo sus reflejos dorados sobre las enfurecidas olas que se estrellaban, pulverizándose en espuma, en los arrecifes de San Lázaro y del Vedado.

Arrimado á un árbol de la alameda de Paula, un hombre cuyo rostro quedaba obscurecido por la tiniebla que sobre el suelo proyectaba la sombra de aquél, vestido con blusa y gorra marinera, contemplaba silenciosamente el barco que tanta curiosidad había despertado en la población; permaneció así larguísimo rato, sin apartar la vista del lugar en que estaba anclado, mirándolo con fijeza aniquilante, con persis-

tencia abrumadora, como si quisiese adivinar lo que en sus cámaras, pañoles y bodegas se estaba haciendo. Al fin, cuando ya nadie quedaba cerca de él y los rezagados habían desaparecido, exhaló un suspiro ruidoso, amenazó con la mano derecha hacia el acorazado y con voz entrecortada, que revelaba el odio más intenso, exclamó:

—¡*Qu'inda estoupes!*

Esperando al Marqués estaba Montoya.

—Hay buenas noticias—dijo al verle entrar. —Rabí ha suspendido las hostilidades después de su conferencia con Juan Ramilla, que, como usted sabe, fué á Manzanillo á hablarle en nombre del Gobierno autonomista. Dice el valiente General que no dispararán sus tropas un tiro más contra las del Gobierno, pues rigiendo la autonomía, el país está gobernado por sus hijos

Giberga y Dolz han pedido á Máximo Gómez, que acampa en las Villas, en el ingenio *Santa Rita*, de Baró, que les conceda una entrevista para tratar de la ampliación del régimen y sustituir los voluntarios, que serán desarmados, con una guardia rural cubana que conserve el orden y persiga á los delincuentes. Y se tienen esperanzas fundadas de que el Generalísimo acceda á la petición.

Por su parte, Massó y Miró hállanse á la ex-

pectativa, y las fuerzas revolucionarias que ocupan el Calabazar, San Antonio y Punta Brava, fraternizan con los movilizados que manda Cervera en la Playa. Cuanto á Calixto García, no es dudoso que acepte el armisticio de que cada día se habla con más seguridad.

Las elecciones celebraránse indefectiblemente en los primeros días de Abril, y la Cámara insular, que se instalará en el Palacio Villalba, en la plaza de las Ursulinas, espérase que quede constituida antes de que termine la última quincena de Mayo.

—Ya veo que no se descuidan los Ministros y que atienden á todo—dijo el Marqués.—Lo que importa es que el enemigo común les dé tiempo para desenvolver sus planes y convencer á Europa de que aquí existe ya un pueblo totalmente libre. Y esto—agregó el Marqués,—temo que no suceda.

—No debemos preocuparnos por eso—objetó Montoya.—Usted bien sabe cómo son los yanquis: alborotan mucho, ponen por la más leve cosa el grito en el cielo, amenazan con remover el universo, y al fin confórmanse con un buen tratado de comercio. Su guerra de cañones no nos asusta: á la que tememos es á la arancelaria, y en este terreno confesamos nuestra debilidad; y aunque el hecho duela á nuestros sen-

timientos de sinceros españoles (y al llegar á este punto sintióse Montoya acometido de un fuerte acceso de tos, que, vencido, permitióle continuar su explicación en esta forma), reconocemos que la Metrópoli comercial de Cuba es New-York.

—¿Sí?—dijo el Marqués.

—Indudablemente—arguyó Montoya:—allí mandamos nuestros azúcares; allí entra nuestro tabaco; allí se consumen nuestros plátanos y naranjas; de allí nos vienen máquinas, aperos de labranza, útiles y herramientas para los oficios; y como digno coronamiento, los millones de *dollars* que tanto necesitamos para hacer de Cuba una nación ideal, la primera de todo el mundo colombino.

—¡Bravo!—exclamó sonriendo el Marqués.—Usted se ensaya antes de *debutar* en el *petit* Parlamento.

—No por cierto; me expreso con algún calor y nada más.

De varias otras cosas, relacionadas con los sucesos del día, hablaron Montoya y el Marqués, y dadas ya las ocho pasó éste al comedor. Contra la costumbre habitual, hallóse solo; ningún amigo le acompañaba, aunque estaban puestos cubiertos y platos para cinco convidados.

Alberto Álvarez comió poco y bebió menos;

notábase displicencia y disgusto en todos sus movimientos, y se dejaba servir de sus criados sin hacer una observación ni proferir una palabra. A la mitad de la comida se levantó nerviosamente y dijo á uno de ellos:

—Que lleven á mi despacho el café.

Fuése, en efecto, á su despacho, y sobre la mesa vió porción de periódicos y cartas. Al azar tomó una de éstas: la abrió, leyó la firma y dijo:

—¡Ah! es de Cayro; á ver, á ver qué dice.

—«Cuando empieces á leer la presente *ya tendrán ustedes* ahí al enemigo. Confiadamente le abrís las puertas de vuestra casa, y confiada y cándidamente caeréis en la emboscada que se os prepara. El pueblo americano legítimo y puro, el pueblo que respeta las tradiciones de Washington, de Franklin y de Jeffersson, aunque desea la libertad del país cubano y el fin de la tiranía y despotismo españoles, no quiere la guerra. *El Post*, órgano de las clases serias y conservadoras, se opone á todo intento de intervención y afirma que para resolver el problema de Cuba no hay necesidad de molestar á una nación amiga, tras de lo cual vendrá forzosamente la guerra. Pero el *Sun* y los demás *jingoistas* quieren á todo trance provocarla por dos razones: porque hay pingües negocios en perspectiva, y porque, triunfante el imperia-

lismo, Mac-Kinley seguirá gobernando á la Unión. Desde luego creo que serán inútiles las exhortaciones del *Post*, y que los que quieren «pescar en río revuelto» harán una sonada para que el conflicto estalle cuanto antes.

»El *Maine* ¡ojalá me equivoque! lleva el encargo de servir los intereses de estos. *Tengan ustedes* mucho cuidado; «mírense» en ese barco como en las niñas de sus ojos y aparten de su «vera» todo asomo de peligro; antes bien, guárdenlo con el amoroso cuidado que una madre celosa y honrada guarda la doncellez de su hija de *quinzaños*. ¿Sabes lo que pienso, querido Alberto? que debías largarte, porque el temporal que se va á desatar ahí es muy posible que supere al del año 46 y que no deje «títere en pie».

El Marqués arrojó violentamente la carta sobre la mesa y empezó á dar paseos. Otra vez le hablaba la voz de la amistad leal de los peligros que sobre él y sobre cuantos vivían en Cuba se estaban cerniendo en el espacio, en forma de nube próxima á descargar, y otra vez sus compromisos morales le impedían abandonar el país. ¿Qué hacer? La conveniencia y la tranquilidad le aconsejaban marcharse; pero su dignidad, su patriotismo y su valor le ordenaban hacer lo contrario.

—Me quedaré—dijo;—y vistiéndose apresuradamente encaminóse al teatro.

Eran las nueve y media. Tacón, si no como en las grandes solemnidades teatrales, estaba bastante animado, alegre y concurrido.

En una platea vió á las Duc-Vivanc, como todas las noches sonrientes y bulliciosas. En la de enfrente estaban los ayudantes del General, que dirigían á todas partes sus gemelos; uno de ellos sostenía un vivo fuego de miradas con la mayor de las Duc-Vivanc. En un palco de primer piso hablaban con animación el Licenciado Verdura y el Marqués de la Zambomba; más arriba, manoteaba la escritora Esther Nelca, en medio de una porción de coroneles y oficiales que la oían silenciosamente y como si escuchasen las órdenes de un General de división. Por todas partes luz, espacio, ambiente, alegría, satisfacción y contento. ¿Quién podía pensar en guerras al ver aquel aspecto tranquilo de la sala, que reunía lo mejor y más granado, desde el punto de vista oficial y militar, de la ciudad?

El Marqués ocultóse en su grillé de la izquierda, y como si nada le preocupase, ó como si se encontrase viviendo «en el mejor de los mundos» púsose á escuchar, con vivo placer de *amateur*, la música encantadora de *Los Payasos*.

VI

Los primeros días de Febrero deslizáronse con relativa tranquilidad. Habían cesado los ataques violentos y las pedreas á las redacciones de los periódicos; éstos, dando pruebas de cordura y sensatez, calmaran un poco sus iras jacobinas; los voluntarios, deseando no crear conflictos al nuevo Gobierno, que tenía la importante misión de hacer la paz por todos los medios compatibles con la dignidad de la nación, vivían absoluta y enteramente retraídos en sus casas; los autonomistas surgían por todas partes, no de la cepa vieja que los había producido para la manigua, en la que se encontraban el 85 por 100 del total de los primitivamente filiados al partido, sino de una nueva que había nacido vigorosa y exuberante, del *reformismo*, grupo disidente de la unión constitucional, que emulando y aun aventajando en muchas ocasiones á los que seguían á Montoro y á Gálvez, pedía para Cuba las más amplias libertades políticas y la descentralización administrativa más completa: de la guerra hablábase poco y como

9

por incidencia, y únicamente preocupaban al «inocente y tierno» Ministerio de la colonia las «magnas» cuestiones de personal y las elecciones que debían verificarse en breve.

—Es necesario llevar una robusta mayoría á la Cámara—decía Montoya,—que nos permita afianzar la situación creada y desenvolver sin apresuramientos dañosos ni suicidas festinaciones, nuestro sabio, redentor y patriótico programa.

—¿Cómo lo conseguiremos—preguntaba Cabrerita,—si el censo electoral está fabricado para uso y abuso de los conservadores, á tal punto que, si á Apezteguía le viene en gana, no nos deja llevar ni quince representantes?

—Todo eso está arreglado—aseguraba Montoya;—la «unión constitucional» tiene órdenes severas de Madrid de colocarse dentro de la realidad, de mirar las cosas sin prevenciones ni acrimonias y de no perturbar la obra gubernamental, que consiste, sinceramente, en dejar á Cuba en un estado de derecho tan expansivo y libre, que nada tenga que envidiar á los Estados más autónomos de la Unión americana y de la propia Suiza; á su tiempo hará declaraciones Apezteguía, presentará sus candidatos é irá, como minoría que debe turnar en el poder, á consolidar la gran labor que nosotros estamos

realizando para impedir que Cuba caiga en la anarquía, como caería con el Gobierno de las masas indoctas y apasionadas que en el campo pueden lucir gallardamente sus instintos de bravura y ferocidad, pero que en la gobernación de los intereses públicos darían un resultado fatal, ó en las garras del colosal buitre que, so capa de un falso amor á nosotros y á todo lo nuestro, desea ingerirse en nuestra vida en tal forma, que toda ella dependa de su sola y soberana voluntad.

Meza sonreía al oir ésto; sabía muy bien á qué atenerse.

La intervención estaba decretada; era sólo cuestión de semanas. De todos modos, aun cuando por un accidente imprevisto de la diplomacia, que no se presentaría, dado que la diplomacia española, sobre carecer de sentido de la realidad moderna, estaba más atrasada en artes de engañar y vencer al adversario que en tiempos de Alberoni, aquella no pudiese verificarse, Cuba siempre sería libre, porque ningún pacto ni arreglo entre España y la Unión podía tener otra base que la independencia.

Vaya si conocía perfectamente Meza todo esto. María Luisa, su hija, había conferenciado días antes con el Generalísimo, y éste le enseñára cartas autógrafas de Mac-Kinley, prome-

tiendo conceder á Cuba, no ya la beligerancia para los que en su favor luchaban tan denodada y heróicamente, sino la propia independencia; aconsejábale, por tanto, que resistiesen los cubanos «un poco más»; que no entrasen en ningún arreglo con España que pudiera estorbar la mediación de la Gran República, y que aquélla burlaría, como había burlado, todos sus pactos y promesas, asegurándole que los sucesos «se precipitaban».

Por otra parte, el Gobierno español estaba cansado de la guerra; no tenía de dónde sacar recursos, porque en el exterior habíale faltado el crédito, gracias á la campaña secreta en este sentido verificada por Inglaterra y los Estados Unidos, perfectamente de acuerdo para perjudicar á España, y en el interior ya no quedaba una peseta. Los llamamientos de hombres para servir en Cuba producían también hondos disgustos en la opinión peninsular, que sólo veía salir remesas de millones y de hombres y no veía dar la vuelta sino á Generales de brigada y de división que habían salido meses antes con los sencillos galones de coroneles, y á modestos empleados de administración que no podían soportar el peso de los billetes del Banco de España.

Los autonomistas, á juicio de Meza y de sus

amigos, eran, además de malos cubanos, dignos de expiar en el patíbulo su traición á la patria, unos «mentecatos» de primera fuerza, porque no querían admitir la realidad de las cosas cuando estaba al alcance de los más cerrados y miopes.

Un periódico exaltadísimo daba ya cuenta de los cabildeos y conferencias de Lée con hombres considerados como fervorosos amantes de la insurrección. ¿Por qué va y viene á Marianao, y al Calabazar, y al Calvario con tanta frecuencia el representante yanqui? ¿Qué intereses americanos tiene que proteger allí? ¿Cómo consiente el Gobierno tan imprudentes excursiones, que pueden dar por resultado el asesinato de ese diplomático por las mismas hordas de facinerosos que machetean los pequeños convoyes de nuestros soldados, con lo cual se nos crearía un conflicto terrible? Estas preguntas hacía continuamente el aludido diario; pero ni las contestaban el Gobierno ni el Cónsul, ni cesaba éste en sus paseos por mar y tierra cuando y como le agradaba.

Las gentes afirmaban que celebraba conferencias con Alemán, con Rodríguez, con Núñez, con Delgado y con el propio Generalísimo, con quienes se ponía de acuerdo para la gran guerra que estaba en vísperas de estallar.

En casa de Meza decíase *sotto voce* que el

4 de Febrero, en la hermosa quinta del Tulipán de Mr. Willians, pasara el día Máximo Gómez con uno de sus ayudantes, siendo espléndidamente obsequiado, y recibiendo visitas de personajes conspicuos de la capital, entre los cuales figuraban Mendo, Llorenti, Moro, Genaro y otros. De todo estaba perfectamente enterado el Gobernador, y sin embargo, nada de particular había ocurrido.

Por eso en todas las casas y tertulias se hablaba sin miedo de la revolución; se justificaban las matanzas de Victoria de las Tunas y los asesinatos de Maltiempo; se daba el dictado de héroe inmortal á Calixto García, colgándose retratos al *crayon* de Maceo en las salas de recibir; se contaban los meses, los días y hasta los minutos que quedaban de dominación española; y Betancourt, un «flebotomiano» de Santi-Spíritus que en la calle de Lamparilla sacaba muelas, extirpaba callos, echaba las cartas y daba recetas á las cincuentonas para despertar el amor en los jovencitos de la cuadra, se expresaba sin empacho alguno en esta forma:

—¿Y á mí qué? Que me «manden» á Fernando Póo ó á Chafarinas; «todito» me tiene sin cuidado por que, «padeser» por la causa es una gloria y una «satisfacsión», y además una letra cobradera á menos de noventa días. Yo digo la

«veldad» sin ambajes ni rodeos (Betancourt presumía de orador «*manífico*», y había demostrado serlo, según el juicio de Kosti, en la Caridad del Cerro, en el Círculo Habanero y en otros centros análogos) y al que le duela el diente..... que venga, que yo se lo extraeré. Esto tiene que concluir—añadía;—ya no se puede soportar el robo diario que se nos hace; los generales vienen sin una peseta y se van con cruces pensionadas y con cientos de miles de duros; los factores de la Administración, que no tienen ni cuarenta pesos de sueldo al mes, gastan ochocientos, y mil, y giran cada semana, en las casas de Ruiz y de Gelats, cinco y seis mil; sus jefes suelen no tomarse siquiera la molestia de abrir las cajas que para las necesidades de la guerra envía el gobierno, y con los mismos precintos las remiten á sus mujeres, que viven muy holgadamente en Madrid y deslumbran con sus trenes á los más linajudos y á los más ricos; los vistas de la Aduana ya no dejan, como antiguamente, la tercera parte de la recaudación para el Estado; se la cogen íntegra, y la mayor parte de los días (léase los periódicos),—gritaba con acento dantoniano—aparecen sumas tan irrisorias como cinco y siete mil pesos, cuando la cobranza no baja de cincuenta y sesenta mil. ¿Creen ustedes que situación tan intolerable

puede durar mucho tiempo? ¿No observan que esto es una especie de *debacle* en que cada cual quiere marcharse con la mejor tajada?

En estos términos crudos y ásperos; haciéndose eco de los mil rumores calumniosos del arroyo; mancillando las más acrisoladas reputaciones; sosteniendo que la prevaricación, el agio y el robo estaban en todas partes, en lo más alto y en lo más bajo; que nada quedaba «sano ni puro»; que la corrupción empezaba en la plaza de Armas, seguía á través del Atlántico, y en ola formidable bañaba con áureas corrientes el funestísimo palacio de la plaza de Santa Cruz de la villa y corte, hablaba, ante cuantos querían escucharle, el dentista Betancourt. Y nadie le contradecía. Verdaderamente dábanse como hechas cosas espantosas. Tal personaje había obtenido cincuenta paquetes de centenes (1) por una resolución procedente en justicia; 50.000 duros habíanse satisfecho á un agente por la prórroga de una disposición gubernativa. Un funcionario judicial subastaba las sentencias. La prostitución rendía de 1.500 á 2.000 pesos diarios. Las casas de juego disfrutaban de toda clase de inmunidades y privilegios.

Esto, sin duda, era incierto: versión fangosa

(1) Cada paquete representaba 530 pesos oro.

que los enemigos de España arrojaban á la pública voracidad; pero creíanlo como artículo de fe casi todos los cubanos, y más de lo conveniente la mayor parte de los peninsulares.

El Gabinete mostrábase satisfecho; toda la hampa intelectual que no había tenido valor para marcharse al campo, en donde no se pasaba muy mala vida, estaba acomodada. Las subsecretarías, las Direcciones generales, las pingües administraciones, los altos cargos que antes proveía Madrid, habíanle sido conferidos; y de pronto, inesperadamente, como por sorpresa, halláronse una porción, no despreciable, de desconocidos de la víspera, convertidos en auténticos y reales personajes burocráticos.

La hoz goviniana, por su parte, no dejaba cabeza sobre los hombros en la magistratura; y en su afán de seleccionar la clase, el insigne Ministro ni siquiera respetaba los nombramientos de Moret (el padre de la Constitución autonómica), hechos con mucha anterioridad al 31 de Diciembre. La *Gaceta* venía todas las mañanas atestada de cesantías y de nombramientos. Agentes, curiales, escribientes, abogados sin pleitos, médicos sin clientela, peritos mercantiles sin ocupación, poblaban las oficinas del nuevo Estado, y los «viejos holgazanes» de la colonia, como se llamaba á los empleados españo-

les, retirábanse refunfuñando y maldiciendo del funesto régimen.

Había necesidad de destruir toda la obra antigua, especialmente la weyleriana; satisfacer á las almas ayunas de justicia y de reparación; enmendar los yerros de tanto ignorante como había gastado las sillas oficinescas; restañar la sangre vertida por el sable iracundo; y para ello nombrábanse jueces que ni de vista conocían el Enjuiciamiento, convertíase en jefes de negociado de primera clase á oficiales quintos ó á simples bachilleres, prorrogábanse los decretos de Weyler en materia de créditos hipotecarios, y concesiones obtenidas dentro de la más estricta legalidad anterior que crearan intereses respetables y cuantiosos, eran anuladas por una simple disposición administrativa. Notábase en toda aquella precipitación gubernamental, en la rapidez con que se orillaban las mayores dificultades, en el poco empacho con que se resolvían las cuestiones más difíciles y complicadas, cierta inseguridad de vida, temor evidente de que toda aquella farsa vendría á convertirse en un bufonesco sainete, cuando no en un trágico melodrama.

El Marqués de Sante Fe, aunque bastante retraído, intervenía, no obstante, cerca de los flamantes Ministros coloniales para templar sus

ardores reformistas, para recordarles que todo lo existente digno era de respeto y acatamiento, para contener sus desbordamientos anárquicos que tendían á anular cuanto procedía del régimen anterior, para indicarles la conveniencia de que atrajesen á la legalidad á los elementos armados, que éste era uno de los deseos más vivos de la Metrópoli, y estableciesen relaciones cordiales con el partido de unión constitucional, que, por su consejo, decidíase á reconocer y respetar lo creado. Encontraba para esta obra colaboradores excelentes en Cueto, Fernández de Castro, Montoro y Rodríguez, que, conocedores del sistema de gobernar los pueblos querían orden, prudencia, parsimonia y legalidad, ante todo y sobre todo.

Los voluntarios, amenazados todos los días con el desarme, callaban, temerosos de provocar escisiones en una situación de irritabilidad general, limitándose á cumplir sus deberes, á retraerse de toda agitación pública y á velar por la seguridad general. Oían palabras desdeñosas y violentos apóstrofes, y no perdían la serenidad. Acusábaseles de haber provocado los conflictos callejeros que dieron pretexto á los americanos para enviar al puerto de la Habana el *Maine*, y persuadidos de la injusticia dé la acusación, no se tomaban siquiera el trabajo de desmentirla.

Dejaban hacer, dejaban decir, dispuestos á velar por la honra de la patria de donde procedían, y no hacer cosa alguna que á ésta pudiera herir ó mortificar.

La unión constitucional, agrupación política que tenía en su seno todos los elementos conservadores, tanto insulares como peninsulares, habíase entendido ya con el Gobierno; y Apezteguía estaba conforme en presentar candidatos en las cercanas elecciones, á fin de que la Cámara Parlamentaria colonial tuviese su minoría y realizase todas esas ficciones de derecho constitucional que son moneda corriente en los pueblos de origen latino.

Todo parecía marchar como una seda. Las noticias de Washington, aunque mortificantes, no revestían gravedad alarmante. Es verdad que Morgan y Cullón y otros representantes yanquis no cesaban en la Cámara y en el Senado de vociferar contra España; cierto era que hasta el sesudo *Herald* tomaba á chacota y burla lo de la autonomía, ponderando la virilidad de las huestes revolucionarias dueñas de Cuba, de Puerto Príncipe, de las Villas y de buena parte del Pinar del Río, y acusando á los modernísimos gobernantes de simples actorzuelos que representaban, en obsequio de la astuta España, una burda y ridícula comedia; pero el Ministro

Polo de Bernabé tranquilizaba á los habitantes del Palacio de la Plaza de Armas respecto á las intenciones bélicas de Mac-Kinley, y respondía del «veto» de éste á toda resolución que lastimase, ó de algún modo deprimiese, la soberanía española.

Podía, por tanto, bailarse.

Y el Presidente del Gobierno, que ya vivía un palacete muy lindo y muy mono en la calle de San Miguel, lujosa y espléndidamente adornado, creyóse en el deber de dar un baile á la alta sociedad habanera y á los innumerables amigos y aduladores que por todas partes se le aparecían, alguno de los cuales, en no lejano día, obligárale durante horas enteras á esperar entre granujas y pica-pleitos, antes de pasar á su astroso despacho de Juez de primera instancia.

—¿Cuándo se celebra la fiesta presidencial? —preguntaban á Montoya, Cabrerita y Mayorga.

—Sin falta el día 15.

—¿Y hay mucho *embullo?*

—Colosal. El secretario particular de S. E. no descansa, ni de día ni de noche, extendiendo invitaciones; todo el mundo quiere ir, y aunque la casa es grande, temo bastante que no se quepa en ella.

—¿Irá el General?

—Ya lo creo; y con todo su Estado mayor. También está convidado Lée, y es seguro que asistirá, porque estos días hace frecuentes visitas á Palacio y tiene conferencias de dos y tres horas con el General. Por cierto que ayer jugaron una partida de billar.

—¿Palos ó carambolas?

—Palos.

—¿Y quién los llevó?

—Eso ni se pregunta—decía Montoya retorciendo su insignificante bigotillo y dándose tono de gracioso;—el General es el *champión* de los jugadores de billar. Lée llevaba diez tantos y el derecho de repetir las *erradas*, y de quince mesas sólo ganó una.

Mientras se hacían los preparativos para la fiesta presidencial; se asignaban distritos á los futuros Diputados del Parlamento insular, en su mayoría gacetilleros sin nombre, letrados obscuros y sin reputación, hijos de familias que «aún» resistían el hambre de la reconcentración y panaderos ilustres; se renovaba el Ayuntamiento, al frente del cual se encontraba ya la figura arrogante y distinguida del Marqués de Esteban, y se decapitaba á los pocos funcionarios españoles que quedaban desempeñando cargos en la administración antillana, Lée no perdía su tiempo.

Animaba á los jefes de la revolución á la resistencia, prometiéndoles el reconocimiento de la República cubana por parte de su Gobierno y la intervención inmediata de éste en la guerra, dando un plazo brevísimo, perentorio y fatal á España, no para que la concluyese, sino para que dejase á los cubanos la gobernación total y entera de su país; prodigaba las cartas de naturalidad norte-americana entre cuantos las solicitaban, sin tomarse siquiera la molestia de cumplir con los más elementales preceptos del derecho internacional, y celebraba entrevistas diarias con Mr. Sigsbee, Comandante del *Maine*, unas veces á bordo de este y otras en tierra.

El 13 de Febrero daba una comida íntima en su quinta del Tulipán Mr. Willians: sólo había convidado á Lée, á Sisgbee, al Cónsul inglés y á tres cubanos eminentes, que consideraban necesaria la intervención americana para concluir una guerra inhumana y cruel que no parecía tener otro fin que el de extinguir la raza insular.

Serían las siete y media de la noche, una noche obscura y destemplada, cuando los comensales de Mr. Willians se sentaron á la mesa. Había en ella gran profusión de entremeses, galantinas, mantequillas y mostazas. Los platos eran todos suculentos y abundantes; los rosbiffs llenaban fuentes de media vara de largo, y los

purés extendíanse por todas partes como una inundación. Lée devoraba silencioso ración sobre ración, trozo sobre trozo, y un criado de rubias patillas no hacía sino descorchar botellas de cerveza para él. A la mitad del banquete, cuando ya los estómagos yanquis empezaban á sentirse satisfechos y los cubanos se declaraban vencidos, Lée, después de servirse un kilo de pudín, que empezó á saborear con delicia, exclamó:

—¡América para los americanos!

Todos le miraron con admiración; y uno de los cubanos, el más eminente, reflejando en su cara, pálida y menuda, y en sus ojos, apagados y sin expresión, toda la intensa alegría que esta frase le producía, gritó:

—¡Bravísimo, Mr. Lée!

Roto el silencio, empezó á hablarse con viveza y entusiasmo.

No hay remedio—decíase;—la hora ha llegado, y es preciso que los destinos de los pueblos se cumplan. El continente americano debe ser todo libre é independiente, y ninguna nación europea tiene derecho á seguir dominando en él. Es nuestro: lo hemos conquistado por el trabajo y por la libertad; por la instrucción y por la moral; por el sacrificio y por la abnegación; por la filantropía y por la asociación. So-

mos una resultante lejana de la raza europea, cierto es; pero nosotros hemos adelantado, y ella ha retrocedido; nosotros hemos abierto vías anchísimas á la industria y al comercio, y ella las ha cegado completamente; nosotros hemos dictado leyes beneficiosas al obrero y al agricultor, haciendo de estas humildes clases sociales núcleos poderosos y formidables con existencia propia, y ella los ha conservado en la ergástula, abatidos, pobres, inermes, como perpetuos esclavos; nosotros nos gobernamos sin Reyes que esterilicen ó perturben nuestra libre acción de ciudadanos amantes y cumplidores de la ley, y ella los conserva como símbolo de su decadencia, de su ineptitud y de su servilismo. ¿No valemos más, mucho más que los europeos? ¿No es de aquí, de América, de donde tiene que brotar y partir la nueva luz que despeje la colosal tiniebla que cubre el resto del universo?

Cuando el Cónsul dijo estas palabras con aires de Júpiter Tonante, alzando altivo la cabeza, coronada por una larga cabellera entrecana, que le cubría todo el cuello, y empuñando una costilla de puerco grasienta que le embadurnaba el tremendo bigote y la pera de soldado flamenco del siglo XVI, cada vez que la mordía con ansias de Gargantúa insaciable, en poco estuvo que no estallase una salva general de aplausos.

Mr. Willians hizo una seña particular, y los compañeros del general del Sur contentáronse con felicitarlo y apretarle la mano izquierda, que acababa de quedar libre del vaso de cerveza, en testimonio de su adhesión y conformidad.

El único á quien no agradó totalmente el discurso fué al representante de S. M. Británica.

—Inglaterra—dijo—no puede ser confundida con las naciones decadentes.

—¡Oh! ¡Inglaterra! ¡Inglaterra!—gritó Lée,—nuestra madre patria; de quien lo hemos recibido todo los americanos: idioma, costumbres, leyes, religión, virtud..... ¡oh! Inglaterra no es Europa; no es el continente; es simplemente la isla de los hombres superiores; de los hombres fuertes, de los hombres inteligentes, de los que han comprendido á Darwin y á Spencer, y saben que la teoría descensional es un hecho innegable y que la selección en las razas humanas y en los pueblos civilizados es tan necesaria como en los animales y salvajes. ¡Oh! Inglaterra será siempre la estrella rutilante que ilumine nuestro camino de ambiciones.

La satisfacción no podía ser más cumplida ni más agradable, y el Cónsul inglés levantóse para abrazar al Hércules de la diplomacia yanqui.

Pasaron los invitados al saloncito rojo para tomar café, y aprovechando esta circunstancia, dos de ellos entablaron el siguiente diálogo:

—¿De modo que todo está preparado?—dijo uno.

—Todo—contestó el otro.

—¿No quedará suelto algún cabo?

—Ninguno.

—¿Á cuántos habrá que sacrificar?

—No pasarán de ciento, salvo accidente.

—Muy bien, querido amigo—terminó el que preguntaba, que dió alegremente una palmadita en el hombro á su interlocutor.

Y empezaron ambos á fumar, beber cremas y cognacs, rones y *wiskeys*, y á saborear en grandes tazas de finísima porcelana el café que humeaba, caliente y aromoso, en una ventruda cafetera de plata con la bandera estrellada de la Unión grabada en oro.

A las once dadas separáronse cordialmente los huéspedes de Mr. Willians. Tanto Lée como Sigsbee, no necesitaban luz ni les importaba la obscuridad medrosa de la noche. Llevaban en sus cuerpos, especialmente en sus cabezas, una potencia luminosa superior á 10.000 voltas.

Cruzáronse ambos—que volvían á la ciudad en un mismo carruaje—en mitad de la calle del Tulipán, con una berlina que se dirigía hacia las

quintas cercanas. Como hablaban estrepitosamente, el que ocupaba ésta, que no era otro que el Marqués de Santa Fe, que se dirigía á casa de Julia, echó fuera la cabeza y los miró.

—¡Ah!—dijo,—son los amigos de Cuba. ¿Qué tramarán contra ella?

Los preparativos para el baile presidencial continuaban. La casa habíase pintado al óleo y los techos ostentaban artísticos frescos de Melero. Por todas partes surgían sillas doradas, grandes sillones, sofás y confidentes; los espejos adornaban con profusión la sala principal, y algunas copias de cuadros notables hacíanle «vis á vis». Las mesitas y veladores abundaban; estatuas de porcelana y terra-cottas ocupaban los rincones y los espacios comprendidos entre los espejos y los cuadros. Las pequeñas figuras de *biscuit* eran innumerables, y las fotografías, con marcos de «peluche», adornaban todas las mesas. La sala de recepción, la antesala, el gabinete y los primeros cuartos, que estaban separados por elegantes mamparas de cristales de colores, parecían, más bien que habitaciones para vivir, bazares ó exposiciones permanentes. Todo era nuevecito, flamante, sin una mancha, sin un ligero polvillo que lo afease; algunos objetos tenían aún la etiqueta de la Sección X, que había sido la casa encargada de instalar al Presidente.

¡Qué diferencia entre la casi regia mansión de ahora y la humilde, desierta y vacía de Noviembre anterior! El cambio había sido completo, y los amigos y admiradores del consecuente, pundonoroso y honorable jefe sentíanse orgullosos de verle en la cumbre, como en los buenos tiempos, esparciendo luz y gracia, y derramando, á modo de lluvia refrigerante y benéfica, sus consejos, sus exhortaciones, sus consuelos, sobre todos los cubanos que deseaban una patria libre, civilizada y digna, sin extrañas tutelas y sin quebrantar el lazo sagrado que la unía con la madre España, generosa siempre y siempre dispuesta á sacrificarse por sus hijas de América.

El 15 de Febrero, á eso de las tres de la tarde, todo se hallaba dispuesto. El zaguán estaba literalmente atestado de tiestos y macetas de flores; una alfombra finísima y estrecha marcaba el paso para los invitados, y la amplia escalera de mármol encontrábase también alfombrada; el pasamanos habíanlo forrado de terciopelo azul, y tibores y jarrones espléndidos adornaban los peldaños.

Montoya, con su actividad, con su diligencia, con su gusto exquisito, había convertido la casa en una maravilla de «las mil y una noches», y los que se asomaban á mirarla un momento, con

permiso de los porteros y lacayos, quedábanse atónitos y deslumbrados.

Los convidados eran muchos: el Gobernador General, los militares de elevada graduación, el Ministerio, el alto personal, los representantes de la banca y del comercio, la aristocracia y la clase mesocrática, tan distinguida y más rica que ésta, los periodistas; en una palabra, cuanto albergaba la ciudad de selecto, distinguido y respetable. El cuerpo consular figuraba en la lista de los favorecidos, y á cada representante extranjero habíanse enviado algunas esquelas para que las repartiese entre aquellos de sus compatriotas que considerase dignos de asistir á fiesta tan importante.

María Luisa Meza y sus hermanas, que reclamaron esquelas, prometíanse no faltar al famoso baile, del que se hablaba en toda la ciudad y en todos los círculos, y del que se hacían mil raros y extravagantes comentarios.

El dia era de crudo invierno: llovía á ratos, y aunque la lluvia era menuda y no impedía el tránsito por las calles en coche, el lodo cubríalas por completo y salpicaba al ser pisado por los caballos y las ruedas de los carros y vehículos de todas clases, manchándolo todo. Esto contrariaba bastante á Montoya y á los que le ayudaban en los últimos detalles de la *soirée*,

que temían que, por lo feo del tiempo, se quedasen muchos de los invitados en sus casas. Y esto sería muy desagradable, porque el baile, más que una diversión pasajera y frívola, era una calurosa manifestación de simpatía y de adhesión al ilustre cubano que había pasado veinte años de amarguras, de pesadumbres, de preteriOiones, de burlas estoicamente aguantadas y desvíos criminales al frente del partido autonomista; el único que sinceramente buscaba el bienestar moral y material de Cuba.

La invitación era para las ocho, pero hasta las ocho y cuarto no empezó á llegar gente. Señoras y caballeros iban de rigurosa etiqueta; con vestidos escotados y gran *toilette* las primeras, de frac y corbata blanca ellos. Dos lacayos de librea recogían los abrigos en el zaguán, y otro les indicaba la escalera, al final de la cual Montoya, brillante y elegantísimo, recibíalos, cumplimentábalos, acompañándolos hasta la puerta del salón.

Uno de los primeros en llegar fué Martinón, Magistrado de la Audiencia, autonomista convencido desde el 31 de Diciembre, y conservador intransigente hasta esa fecha. Sonreía con su cara amarilla y contraída, y su barbilla rala y entrecana dábale un aspecto de israelita vestido á la última moda. Poco á poco fuése llenan-

do el salón. Montoya frotábase las manos de placer y no cesaba de hacer genuflexiones cuando aparecían un General, ó un Coronel, ó un Marqués de la última hornada sagastina.

Daban las nueve en el instante en que entraban Meza y sus hijas.

—¡Bien venidos!—dijo Montoya, apretando con las dos suyas la enguantada mano de María Luisa.—¡Cuánta satisfacción me causa verles por aquí!

—Gracias, muchas gracias—contestó Meza, dirigiéndose algo atortolado al salón, en el que ya estaban el Presidente y el Fiscal de la Audiencia y la mayor parte de los Magistrados y Jueces.

—Tenía curiosidad por contemplar el lujo ministerial—agregó con acento marcadamente irónico la Doctora.

—No está malo, ¿verdad?—respondió Montoya, que hizo un ligero movimiento de disgusto.

En seguida entró un Ayudante de S. E.

—¿Qué pasa?—preguntó Montoya algo asustado;—¿no viene?.....

—Sí, me ha enviado de heraldo: dentro de poco estará aquí.

Montoya se tranquilizó por completo y entró en el salón, en el cual buscó al Cónsul mexicano, Decano del Cuerpo.

Hallábase éste entre un grupo de jóvenes aristócratas, á los cuales recitaba versos de Acuña.

—¿Qué hay, Montoya?—exclamó cuando éste se le acercó.

—Nada importante: sólo desearía saber si usted tiene noticias de Mr. Lée. ¿Viene ó no?

Con aire misterioso apartóse del grupo el Cónsul, y llevándose á Montoya cerca de la ventana, díjole en voz baja:

—Oficialmente me consta que vendrá, porque me ha pasado una comunicación anunciándomelo; pero en el orden íntimo bien podría suceder que nada supiese..... es decir..... que podría darse el caso de que tuviésemos que pasarnos sin tan simpático y querido colega.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Vaya una preguntilla; y poco curioso que me ha salido el ilustre y circunspecto amigo Montoya. Bien debe usted suponer que aun conociendo la causa de la abstención del representante de los Estados Unidos... vamos... no sea usted niño... los altos deberes de mi cargo me impedirían hablar.

—Es que.....

—Nada, nada; México es una nación amiga de España; mi Presidente ama á España; los mexicanos aman á España; yo.....

—Sí; usted ama á España; él ama á España; nosotros.....

—No puedo decir más, querido Montoya, y lo siento.

La entrada de un Ministro en el salón, al que sonreían y abrían paso cuantos lo ocupaban, interrumpió el diálogo, separando á los que lo sostenían. Entraba el joven estadista erguido, con la cabeza muy alta y la mirada entre desdeñosa é indiferente. La barbilla recortada destacaba el óvalo de una cara menuda y redonda cubierta de pecas obscuras y de barros verdi-negros, dando relieve á una nariz torcida y achatada, que se abría, como la de un toro, respirando las oleadas de enervantes y entremezclados perfumes que se percibían al entrar. El frac era de corte moderno, y en la pechera bordada de la camisa blanca lucía dos valiosos brillantes.

El Marqués de Santa Fe, que en uno de los extremos del salón charlaba con varias elegantísimas damas, entre las que se encontraba, más hermosa y provocadora que nunca, Julia Chenaix, al divisar al Ministro, dijó sonriendo:

—La autonomía tiene buenos mozos.

—Sí, y buenos joyeros—agregó Julia.

—¿Por qué?—preguntó con manifiesta candidez la Condesa de Campoverde.

—Toma, porque S. E. lleva encima todas las joyas de La Acacia.

—Naturalmente—dijo á modo de observación el Marqués,—como que ha comprado lo mejorcito de los Córes.

Apareció el Jefe del Gobierno, grave, sin afectación, algo encorbado, á pesar de que hacía esfuerzos por levantar los hombros hundidos; pálido y con la mirada más bien triste que animada. Saludaba en general á las señoras, á los caballeros, á los militares, á los empleados, á los comerciantes, á los viejos y á los jóvenes. Todos le abrumaban con felicitaciones y enhorabuenas afectuosas y expresivás, apretándole cariñosamente las manos, y á todos mostraba su gratitud, su reconocimiento profundo y su devoción sincera con una palabra. Dió la vuelta al salón seguido de Montoya y de varios Ministros y Subsecretarios, en tanto que la magnífica orquesta del Teatro de Tacón, encargada de tocar en aquella fiesta, dejaba oir, sugestiva y conmovedora, la Marcha Real española. Callaron repentinamente todas las voces, apagáronse todos los rumores y las damas dejaron de abanicarse; solo las notas graves y profundas del himno nacional llenában con sublime majestad el espacio.

No se veía ni un sólo rostro que no revelase

la más viva y marcada expresión de respeto, recogimiento y esperanza; diríase que aquella música brillante, enérgica y dominadora, unía todas las almas separadas por antagonismos seculares y las preparaba para una fraternidad y un amor eternos.

De pronto oyóse una detonación formidable, horrísona, espantosa.

Un grito inmenso estalló en el salón; temblaron las lámparas, apagándose algunas luces, y la música cesó. Estremeciéronse las paredes y las techumbres como si una fuerza subterránea moviese la base de los edificios, y una claridad intensa iluminó toda la ciudad, envuelta, un segundo antes, en la más espesa y profunda tiniebla.

Las señoras corrieron despavoridas hacia la escalera, creyendo que la casa se desplomaba, y los hombres, aunque pretendían demostrar cierta serenidad, buscaban á sus mujeres, ansiosos de encontrarse en la calle, cubierta de agua y lodo, á riesgo de estropear trajes y uniformes.

Montoya, más que pálido, estaba lívido; balbuceaba palabras de calma y de prudencia, y trataba de contener á los que escapaban atropellándolo todo, derribando sillas y columnas, destrozando tiestos y macetas y exhalando chillidos de angustia y exclamaciones de terror.

—¡Señores! ¡señores!—se oyó decir dominando el pánico general.—Calma, no se muevan; el peligro, cualquiera que haya sido, pasó ya.

El que hablaba así era el Marqués de Santa Fe, que permanecía tranquilo al lado de la escalera y que sonreía á los que se lanzaban frenéticos á los peldaños. A su lado, un poco agitada, hermosísima siempre, veíase á Julia, que daba ejemplo, no moviéndose, de un espíritu enérgico y nada cobarde.

Todo el mundo se contuvo y los que bajaban empezaron á subir de nuevo.

—Pero ¿qué habrá sido?—preguntábanse unos á otros.

Montoya, un poco más repuesto del susto, contestó:

—Algún polvorín que habrá estallado.

Pero un telefonema de palacio trasmitido al Presidente, que recibió acercándose al aparato el Marqués, daba esta grave noticia:

«*El Maine acaba de volar.*»

Al pánico que se había apoderado de los convidados, sucedió un estupor profundo, y silenciosamente, como obedeciendo á una fuerza extraña, fueron todos retirándose.

A los diez minutos no quedaban en la Presidencia más que los habitantes de la casa.

VII

El *Maine*, en efecto, había explotado.

Al silencio triste y sombrío en que se hallaba envuelta la ciudad, sucedió repentinamente un ruido extraordinario y una agitación y movimiento desusados.

Oíanse cornetas en los cuarteles y en las paradas, que tocaban violentamente «llamada y tropa»; sonaban los pitos de los guardias de orden público y los timbres de los teléfonos de los bomberos anunciando fuego en bahía; las campanas de la Catedral, de Santo Domingo, de la Merced y de Santa Teresa repicaban con desesperación y miedo, como si un gran peligro amenazase á todos los habitantes de la Habana; los ágiles y vigorosos bomberos municipales y del comercio, con sus grandes botas negras, que les cubrían hasta la mitad del muslo, sus apretados y brillantes cinturones, sus rojas camisetas y sus cascos bruñidos, en los que se quebraba la mortecina luz de los faroles de la vía pública, corrían con dirección á los muelles de Caballería, de Luz y de la Machina, hacia los que también

se dirigían las autoridades civiles y militares, avisadas del origen y causa de la conmoción.

Por todas partes reinaban la confusión y el espanto.

Las calles, á pesar de la obscuridad, de la lluvia y de las ráfagas de viento Norte estaban atestadas de curiosos, hombres y mujeres de todos los colores y calañas que hacían comentarios, que lamentaban lo sucedido, que presagiaban sucesos siniestros y terribles, y que proferían gritos y maldiciones con irritada voz.

Al llegar á los muelles, tomados por las tropas y por los bomberos, deteníanse todos, y mirando con dirección al mar, veían un volcán que arrojaba chispas y llamaradas inmensas, y que iluminaba con claridad, azulosa y viva, el amplio perímetro de la bahía.

Era el *Maine* que ardía, que se consumía rápidamente devorado por el fuego.

Nadie se explicaba cómo aquello había podido suceder.

El Comandante de la nave norte-americana, con los principales oficiales, hallábase á bordo del *Washington*, de la línea *Ward*, de New-York, en donde se celebraba una fiesta animada y alegre. Sorprendióles la detonación bebiendo y bailando, y cuando se dieron exacta cuenta de lo ocurrido lanzáronse á los botes que les

aguardaban, bogando con dirección al acorazado.

Ya la tripulación del crucero español *Alfonso XII*, que estaba anclado á pequeña distancia de aquél y que por singular casualidad no sufriera ninguna avería, prestaba eficaces y humanos auxilios á la del *Maine*, recogiendo cadáveres y heridos y tratando de sofocar el incendio para que, depósitos de pólvora y dinamita que aún permanecían intactos, no produjeran nuevas y más terribles explosiones.

Al llegar Mr. Sigsbee y los suyos cerca del *Maine* sintiéronse profundamente abatidos y anonadados. Era imposible aproximarse á aquella mole de fuego que abrasaba cuanto se encontraba á su rededor. La voz de aquél, que quiso dar algunas órdenes á los que estaban á bordo, no fué escuchada, y sólo se veía á los marineros arrojarse como locos al mar buscando refugio y amparo en los centenares de botes, lanchones y remolcadores que navegaban por las cercanías.

En diferentes vaporcitos fueron llegando Mr. Lée con sus empleados, el Gobernador Militar, el Comandante General, el Capitán y el Práctico mayor del puerto, varias secciones de bomberos y diferentes brigadas de ingenieros y zapadores.

Todos se quedaban contenidos por el círculo

de llamas que envolvía al acorazado, y nadie osaba atravesarlo.

La angustia y el terror eran inenarrables.

Lée blasfemaba en inglés de la época de la *Charta* y dirigía miradas insolentes y amenazadoras á las autoridades españolas.

Sigsbee no hablaba una palabra, permanecía mudo y absorto, sin hacer el más leve movimiento; bien así como si una fuerza desconocida y oculta le tuviese privado de toda sensación. No llevaba uniforme; vestía *smokin* y chaleco negros, camisa y corbata blancas; la cabellèra, de un rubio gris, flotaba al aire y recibía la caricia de la lluvia menuda y pertinaz que durante todo el día y toda la noche había estado cayendo. En la huída del *Washington* había perdido el sombrero.

Cuando la emoción de los que presenciaban la catástrofe era mayor y casi todos los tripulantes sanos estaban en salvo en las embarcaciones que habían acudido al salvamento, en medio de un silencio sepulcral, escuchóse una voz que decía, en español castizo:

—«Abrid las compuertas y ahogad la proa.»

Advirtióse á bordo, en medio de la intensa luz del incendio, una maniobra que respondía á la indicación hecha, y lentamente se vió sumergir en las aguas la proa del barco. Un cuarto de

hora después volvían á reinar las sombras, y el fuego estaba completamente aislado de los pañoles de popa, en los que quedaban cantidades extraordinarias de pólvora, dinamita, granadas, algodón pólvora y otros explosivos.

Entonces pudieron entrar á bordo Sigsbee, Lée y las atoridades del puerto y de la plaza.

El espectáculo allí era espantoso y aterrador.

Hombres sin cabeza y sin brazos, con las entrañas desgarradas, soltando los intestinos, chorreando sangre; aquí una pierna, allá una mano; masa encefálica en otro lado, y los heridos gritando, pidiendo amparo, arrastrándose con dirección á las bordas para librarse de un peligro que aún consideraban amenazador.

Lée, dando muestras de un dolor profundo y de una rabia igual á su dolor, al contemplar aquel cuadro, con acento trágico, que sería sublime si fuese sincero, exclamó:

—Esta sangre la vierte la traición. ¡Oh! ¡cuánta sangre costará á los traidores!

Sigsbee continuaba en su mutismo; ni siquiera daba órdenes. Uno de sus oficiales disponía lo conveniente para que en camillas fuesen trasladados á tierra muertos y heridos; éstos para el hospital, aquéllos para la sala capitular del Ayuntamiento, que el Alcalde, Marqués de Es-

teban, puso generosamente á disposición de Mr. Lée.

El Comandante General de Marina mostraba gran aflicción por lo sucedido, y dirigía palabras de consuelo á Sigsbee, que no contestaba nada, y parecía sumido en la más completa idiotez.

Santa Fe, sin saber cómo, también se encontraba á bordo. La curiosidad, una curiosidad llena de noble interés, le había obligado á dirigirse al lugar del peligro, para saber la verdad de lo sucedido. Iba con su frac negro, su abierto y ovalado chaleco, su alba camisa y su sombrero de copa; en la ansiedad por llegar, dejara olvidado en la morada del Presidente su abrigo; formaba, por tanto, su traje de etiqueta, un contraste singular con los uniformes de los militares, con la vestimenta especial de los bomberos y con la grisácea esquifazón de los marineros que ayudaban en las operaciones del salvamento.

Miraba por todas partes, atisbando, tratando de oir, queriendo sorprender el terrible secreto.

Entendía y hablaba perfectamente el inglés, y no perdía frase de los heridos ni protesta de los sanos.

En un rincón de popa, de nadie advertido, yacía tirado en el suelo, revolcándose y dando quejidos ya muy débiles, un oficial, á juzgar por

las estrellas que ostentaba en el hombro izquierdo de su levita.

—¿Qué tiene usted? ¿en dónde está herido?—preguntóle.

—Tengo—contestó con voz apagada—una herida en el pecho y rotas las dos piernas.

—¡Dios mío! ¿Y qué puedo yo hacer en su obsequio?

—¡Oh! Nada; dejarme que muera en paz. Sólo pido á usted un favor: que esta cartera la guarde hasta que se presente la persona que indica la carta que lleva dentro, que echará usted al correo, y á cuya persona, cuando se presente se la entregará con todo su contenido. ¿Me lo promete usted?—agregó el herido con voz apenas perceptible.

—¡Oh, sí!—contestó el Marqués.—Cumpliré cuanto usted me ordena—y apoderándose de la cartera con egoista precipitación, llamó á la Sanidad, que en secciones andaba por los departamentos no incendiados del barco, en busca de heridos y muertos.

Era más de media noche cuando Alberto Álvarez de Guzmán descendia del *Maine*, y entrando en un guadaño, dió orden al marinero que lo tripulaba que lo condujera á tierra.

Al poner el pie en la escalera de la Capitanía, tropezó con el Práctico mayor.

—¡Señor Marqués!—dijo éste.—¿Tan tarde por aquí?

—Sí; vengo de á bordo.

—Y ¿qué impresión trae usted? ¿ha habido *torpedo*, como empiezan á decir por ahí?

—Sí.

Aldao abrió desmesuradamente sus grandes y expresivos ojos.

—¡Marqués! ¿Cree usted—exclamó con acento de indignación—que puede haber un español que sea capaz de.....

—No—interrumpió el Marqués;—un español, no; pero un yanqui, sí.

—¡Un yanqui! ¿Es posible?

—Y tanto, amigo D. Pancho; pero, adiós, me marcho porque el mal tiempo sigue, y yo, como usted ve, estoy en traje de baile.

—Lo mismo que el Comandante del *Maine*—contestó con sorna el viejo lobo de mar.

Cruzaba Alberto Álvarez la plaza de Armas, sombría y desierta, y vió abiertas de par en par las puertas de palacio, por las que entraban y salían no pocos militares y algunos paisanos.

—Por lo visto—pensó,—el General está en pie; debo ir á verle, ya que la casualidad me trajo hasta aquí.

Y sin reparar que estaba calado y que grandes manchas de lodo le salpicaban de arriba á

abajo, dirigióse á la señoril mansión y subió por la ancha y regia escalera que ya conocen nuestros lectores.

El General estaba en su despacho rodeado de altos jefes militares, de algunos magnates de la política y de varios secretarios de Gabinete. Oía silenciosamente lo que estos hablaban.

Al divisar al Marqués llamóle á su lado, y todos se apartaron discretamente.

—¡Qué tremenda desgracia!—dijo.

—Enorme—respondió Alberto Álvarez.

—Traerá complicaciones; los de Washington hace tiempo que están estrechando el lance, y este accidente les viene como de encargo.

—Y tan de encargo—agregó el Marqués, que recordando que llevaba una cartera repleta de papeles que podían dar alguna luz en el obscuro y embrollado asunto, la apretó contra su pecho.

—Lée ha estado á verme.

—¿Sí?

—Y muy confuso y apenado me ha leído el telegrama que en estos instantes debe estar en poder de Mac-Kinley.

—¿Es indiscreción conocer su texto?

—No por cierto: véalo usted.—Y el General dió al Marqués una cuartilla satinada, en la que se leía en español estas palabras:

—«Explosión *Maine*: desgracias innumerables: *por ahora* considero hecho casual.»

—¡Farsante!—gritó sin poderse contener el Marqués.

—¿Qué dice usted? — preguntó con ansiedad S. E.

—Nada, mi General; perdone usted mi exaltación, pero este *por ahora* me ha irritado profundamente. Como ellos no hayan volado el barco, ¿quién entre nosotros podía hacerlo? Es cierto que no queremos á los americanos, causa principal de cuantas desventuras nos afligen; más esto no impide que sepamos respetar las leyes de la hospitalidad y que en todos los actos seamos nobles y dignos. No hay un español, insular ni peninsular, capaz de producir la catástrofe que tanto lamentamos.

—Tiene usted razón, Marqués; y esta persuasión me da fuerzas para mirar sin temor al porvenir.

Algunos minutos después de esta conversación llegaba Santa Fe á su casa.

Al entrar en su despacho experimentó una dulce y grata sorpresa.

Julia estaba allí. Vestía un precioso traje de seda negra y cubría su magnífica cabellera con una mantilla española; realzaba este adorno de tal modo su hermosura, brillaban con tanta in-

tensidad sus ojos negros y profundos, desprendíase de todo su ser un efluvio tan marcado de vida y de pasión, que Alberto, á pesar de las duras y extrañas sensaciones que había experimentado en aquella noche, inolvidable por lo trágica, no pudo contener una exclamación de asombro, y besándole las manos con sincero entusiasmo, exclamó:

—¡Julia! ¡Julia mía, qué feliz ocurrencia!

—No he podido resignarme á no saber de tí ni dormirme sin conocer lo que ha pasado. Al dejar el baile del Presidente llegué á casa, abandoné mis galas y me puse este vestido, que revela el estado de mi alma. ¿Hice mal?

—¡Oh, no! tú siempre discurres admirablemente y haces con acierto las cosas. Lo único que me disgusta algo es pensar que hayan podido verte y que te juzguen ligeramente.

—No temas; nadie me ha visto: la gente está demasiado preocupada con el suceso, y la noche bastante obscura para favorecer mi paso por las calles sin ser de nadie advertida. Pero dime, Alberto mío, porque me muero de ansiedad: ¿qué ha pasado? ¿cómo ha sido la cosa? ¿qué se dice? ¿qué se piensa? ¿qué se teme? ¡Habla por Dios!

—Mucho preguntas para que pueda contestarte. Yo no sé de lo ocurrido mucho más que tú y que la casi totalidad de los habitantes de la

Habana. Es verdad que el *Maine* ha volado, que se está extinguiendo el incendio que lo devoraba, gracias á una oportunísima inmersión en el agua; que hay más de setenta muertos y cerca de trescientos heridos; que Lée parece abatidísimo é inconsolable Sigsbee; que el General no está menos afligido, y que unos dicen blanco y otros negro.

—¿Cómo? Explícate.

—Sí; que unos dicen que la explosión ha sido casual, efecto del incendio de un cable de la luz; otros de una mina ó torpedo colocado debajo del casco del buque por una mano aleve y traidora; y no falta quien afirme que aquella se produjo interiormente y con perfecto conocimiento del Comandante, quien, por lo que pudiera importar, tuvo la precaución de hallarse á bastante distancia del lugar del suceso, comiendo y bailando alegremente en el *Washington;* en suma, que hay versiones acomodadas á todos los gustos y en armonía con las ideas que luchan.

—Pero tu impresión personal, ¿cuál es?

—¿La mía? ¡oh, Julia! la mía exime de toda responsabilidad á los españoles, á los cuales torpemente se quiere atribuir el crimen; y si acaso, condena á los mismos que se complacen en exagerar su papel de víctimas.

—Es verdad; tienes razón, Alberto; ¿te acuer-

das de aquella conversación que te referí hace tiempo por mí escuchada en casa de Meza?

—Ya lo creo; como que anunciaba esta catástrofe; además, ¿no ha dicho el *Sum* que «un suceso extraordinario, que iba á ocurrir en breve, haría inevitable la guerra entre España y los Estados Unidos?

—¡Qué infamia!—exclamó Julia con acento de tristeza y gesto de repugnancia.

Entonces acordóse Santa Fe de la cartera que llevaba en el bolsillo, recogida de manos del oficial muerto. Sacóla apresuradamente, con gran admiración de Julia, que no se daba exacta cuenta de lo que su amante hacía, y empezó á registrar los papeles que contenía.

Eran notas y cartas amorosas y de familia.

De un sobre pequeño extrajo un pedazo de papel azul en que se leían estas palabras:

«Mimy: Te escribo hoy, 14 de Febrero, por si mañana no puedo hacerlo. El Comandante ha mandado extender un cable eléctrico inmediato al depósito de la pólvora y de los torpedos, y ha dispuesto que mañana, después que él y otros oficiales se vayan, se remueva toda la santa bárbara y funcione el cable indicado. Aunque le hice observaciones prudentes acerca de lo peligroso de la operación, no me ha atendido y ha reiterado rudamente sus órdenes. El deber y

la ordenanza me mandan cumplir; pero temo, con fundamento, una desgracia. Si no sucede, mañana por la noche rectificaré esta nota. Si no puedo hacerlo, Mimy de mi alma, ya sabes á qué obedece mi silencio. Culpa á quien debes culpar, y conserva eternamente en tu corazón mi recuerdo.»

No había firma alguna; pero en el sobre se leía:

Mrs. Helen-Gilbert.

FILADELFIA.

En una tarjeta estaba escrito lo siguiente: «Ruego á la honorable persona que recoja esta cartera, la envíe, ó se digne avisar, para que la recoja, á Mrs. Helen-Gilbert.—Filadelfia».

El Marqués, al concluir la lectura, que hizo en voz alta para que Julia se enterase, dijo:

—Si alguna duda me quedara, esta carta me la desvanecería. Ya sé quiénes han volado el *Maine*, asesinado á tantos infelices marineros, herido á tantos otros y concitado á dos pueblos dignos y justos para que se maten brutalmente.

Y en seguida explicó á Julia, que estaba llena de ansiedad, cuanto le había sucedido á bordo, lo que le encargara el oficial moribundo y su entrevista con el General.

—Y bien, Alberto; después de lo que acaba

de pasar, ¿te atreverás á permanecer aquí un día más?

—No; nos iremos en Abril, porque la guerra, aunque estalle, que tal vez se evite, no estallará hasta mediados de año. Nos dará, por tanto, el tiempo necesario para arreglar nuestros asuntos, y á mí para conocer la final resolución de Máximo Gómez, á quien de nuevo ha escrito el General.

—¿Sí? ¿Y qué le dice?

—Le propone un armisticio y el nombramiento de comisionados por ambas partes beligerantes para tratar de la paz inmediata, bajo la base de la independencia de Cuba.

—¿A tanto se atreve el General?

—No digas el General, dí España, que no quiere más lucha, ni más derramamiento de sangre, ni que los yanquis se metan en Cuba, de la cual no volverían á salir, si por nuestra desgracia llegasen á entrar.

—De modo que, si Gómez acepta las conferencias, ¿podemos esperar que los peligros que nos amenazan se conjuren?

—Seguramente; porque las instrucciones que tiene el General, son de ceder en cuanto sea compatible con la dignidad de la Metrópoli.

Julia levantóse de su asiento, abrazó al Marqués y dijo:

—Te dejo; estás muy agitado y necesitas descanso y reposo; mañana veré á Meza para que me diga algo del Generalísimo, y ya te comunicaré lo que haya de cierto.

—Adiós, Julia mía, hasta mañana—contestó el Marqués besándola en la frente.

Al siguiente día los comentarios que de la catástrofe se hacían eran totalmente desfavorables á los americanos.

La prensa decía con bastante claridad que la explosión, si no era debida á un descuido interior, era puramente casual. Llamaba la atención sobre el hecho singularísimo de que el Comandante del *Maine* se encontrase fuera de éste, en el momento del terrible suceso, y que le acompañasen la mayoría de los oficiales; dirigía acerbas censuras á aquél por su grave falta de disciplina, y trataba con dureza al Cónsul, que se había permitido lanzar frases de reto y telegrafiar á su Gobierno en sentido de duda.

En los círculos separatistas no se atribuía á los españoles la explosión, pero se daba como resuelto definitivamente el problema de la intervención. Una prueba de esto era que los americanos seguían fortificando sus costas y artillando á toda prisa sus barcos de guerra.

En casa de Gollo Meza se hablaba ya sin prudencia ni reserva.

María Luisa enseñaba á todo el mundo las cartas del Generalísimo, y afirmaba que éste no pactaría con España. ¿Para qué? ¿para sufrir nuevos desengaños? Las cosas habían tomado demasiado incremento y no era posible retroceder; cada cual tenía que sufrir las consecuencias de sus faltas, de sus crímenes ó de sus yerros. El pueblo americano intervenía en nombre de la civilización, de la justicia y de la humanidad para concluir con el despotismo de una nación vieja y caduca, sin ideales ni cultura moderna, que se consumía en el fuego de su propia ignorancia y soberbia. Cuba era apta para gobernarse, sus hijos nada tenían que aprender de España, de la que ni siquiera educación recibieran, pues la mayoría de ellos habíanse educado en las universidades del Norte, de Francia y de Alemania, en las cuales adquirieran las ideas de amor al progreso y á la libertad, que los hacía héroes y mártires.

Estaban tomando café los Mezas después del almuerzo, y con ellos hallábanse varios amigos, que eran asiduos comensales. Entre éstos figuraban Agüero y Mayorga.

El primero decía:

—Caballeros, no hay que darle vueltas: el ruido que anoche produjo la explosión del *Maine* ha repercutido en toda la República, y ya na-

die podrá evitar el choque. Nuestro pleito está ganado.

—Y con costas—agregó sonriendo Mayorga.

Celebraron todos la frase con grandes carcajadas, que vino á interrumpir la aparición de Julia Chenaix.

—¡Hola, Julia!—exclamó María Luisa;—bien venida; ¿traes alguna noticia?

—Ninguna importante: sólo sé que *El Herald* publica un artículo violento contra España, á la que acusa de la desgracia que aflige al pueblo americano, y pide que inmediatamente se le declare la guerra.

—¡Eh! ¿qué decía yo?—gritó Agüero.

—Calma, señores—replicó Julia,—aún queda mucho por hacer.

—¿Qué? —preguntó con arrogancia María Luisa.

—Que se vote la intervención; que el Senado y el Congreso muestren su conformidad con la resolución, y que la apruebe el Presidente.

—Mac-Kinley la aprobará—dijo Meza;—me lo aseguran Estrada y Quesada, que comen con él dos veces á la semana, y sin contar con los cuales no da un paso en nuestros asuntos el insigne político.

—No diré que no—respondió Julia, que á medida que los acontecimientos se precipitaban

iba perdiendo sus entusiasmos separatistas;—pero, y si Máximo Gómez escucha á Blanco, acepta el armisticio y entra en negociaciones para la paz, ¿cómo y con qué pretexto vendrán á Cuba los americanos?

—¡Já, já, já! ¡qué cándida eres, Julia!—exclamó con grandes risas María Luisa.—Bien se conoce que ejerce en tu ánimo una influencia soberana ese Marqués español, que todos los cubanos amamos á pesar del daño que con su proceder nos infiere.

—¿Por qué dices eso?—contestó con marcado mal humor Julia.

—Porque si así no fuese, comprenderías que todo arreglo con el Generalísimo es imposible; que éste no acepta nada, y que sus compromisos con los Estados Unidos son demasiado hondos para que á última hora vaya á cambiar.

—¿En virtud de qué pruebas haces tan rotunda afirmación?

—De ésta—contestó María Luisa.

Y entregó á Julia una carta dirigida á aquélla por Máximo Gómez, que decía: «Amiga María Luisa: Asegure á los amigos que no acepto ninguna de las proposiciones que me hace Blanco. Con España ya no queremos nada. Lo deberemos todo al Norte; y, créalo, querida amiga: vale más ser colonos de los Estados Unidos, que ciu-

dadanos de la vieja España. Antes de tres meses estaré instalado en el palacio de la Plaza de Armas.»

Julia devolvió á su amiga la carta sin decir una palabra.

—¿Te has convencido?

—Sí, María Luisa; y, si he de decirte la verdad, lo siento.

—¿Lo sientes? ¿y por qué?

—Porque tengo mis dudas respecto á la conducta futura de nuestros amigos. Temo mucho que después de que estén en nuestra tierra, no sea fácil echarlos de ella.

—¡Bah!—dijo Meza.—Esos son temores pueriles y versiones que insidiosamente lanzan los españoles. Mac-Kinley es un político honrado; los senadores y diputados americanos, hombres de corazón sencillo y fe purísima; el pueblo de Jeffersson justo, leal y noble. Nadie consentiría, ni por un instante, que se burlase nuestro derecho soberano; ni un segundo siquiera debe pasar por nuestras almas la angustia de la duda respecto al proceder de nuestros generosos y desinteresados amigos.

—Tiene usted razón, D. Gollo—agregó Mayorga;—suponer perfidia en el Norte, es desconocer el modo de ser de ese pueblo, el primero por sus virtudes cívicas y domésticas, por su

honorabilidad, por su respeto á la justicia y por su altruismo. ¿No ha derramado océanos de sangre en contienda civil por la libertad de los hombres de la raza negra?

Julia no quiso discutir, aunque se le ocurrían réplicas contundentes; limitóse á sonreir y á escuchar, y á eso de las doce y media abandonó la casa de Meza, dirigiéndose á la suya del Tulipán.

Asombrada estaba del cambio operado en sus ideas.

Cuando la victoria parecía más segura y el espantoso drama llegaba á su desenlace, sentíase más dispuesta en favor de España. Parecíale legítimo que los cubanos luchasen en favor de su libertad y de la independencia de su tierra; pero no encontraba tan monstruoso como tres años antes que aquella defendiese sus antiguos derechos. Así como así, y según afirmaba Alberto, ¿no era España la nación descubridora, la nación madre, la que había dado, durante cuatro centurias, su sangre y su savia para nutrir á Cuba? ¿No estaba autorizada por esto á hacer cuanto había hecho, y desde luego obligada, por su propia dignidad, á resistir las pretensiones de los cubanos en cuanto tuviesen forma agresiva y de rebeldía? ¡Si se entendiesen cubanos y españoles!—pensaba.—¡Si pudié-

ramos impedir la intromisión del extranjero! Realmente no tenía Julia Chenaix motivos fundados para acusar á los americanos, porque las conjeturas del Marqués respecto de sus intenciones, eran simples supuestos, y la carta en que el oficial del *Maine* decía á su *Mimy* que las órdenes del Comodoro bien podían engendrar una catástrofe, no probaba tampoco de un modo concluyente la comisión de un delito por parte de éste; y, sin embargo, desconfiaba de aquéllos, no participaba de los optimismos de sus paisanos y correligionarios, temía no sé qué complicaciones cercanas que habrían de hundir en mayor esclavitud de la que venían soportando á los cubanos, y reprochaba al Generalísimo que no aceptase en principio las proposiciones del Gobernador General y resolviese respecto de ellas, sin consultar la voluntad del país, que se había alistado en las filas de la revolución.

Todo esto iba pensando por el camino, y cuando llegó á su casa, descorazonada y abatida, escribió al Marqués lo siguiente:

«Alberto mío: Acabo de llegar de casa de Meza, y María Luisa, que por cierto te adora más cada día (me lo probó hablándome mal de ti), me ha enseñado una carta de M. Gómez, en que le dice «que no acepta ningún trato con España». Creo, pues, que perdemos un tiempo pre-

cioso, y que debemos marcharnos como lo hace todo el mundo. ¿No ves cómo salen diariamente, atestados de gente que huye al peligro, los barcos americanos, franceses y españoles? ¿Hasta cuándo permanecerás ciego? ¿Quiéres tú ser el único que contenga la nueva invasión bárbara? Ya sabes que nos espera, coqueta y alegre, nuestra casita de Lucerna, y que viviendo el uno para el otro, nada deben importarnos las pasiones de los demás seres humanos. Vivamos para amarnos y dejemos á locos y fanáticos que sigan su camino de torpezas, á cuyo fin encontrarán el desengaño.

»Te espera sin falta esta noche, tu apasionada,

»JULIA.»

Un gentío extraordinario llenaba al día siguiente las avenidas del Ayuntamiento, en cuya sala capitular hallábanse tendidos los destrozados cadáveres de los marineros muertos al explotar el *Maine*. La vanidad yanqui había desplegado gran riqueza en el entierro de estos infelices. Compensábaseles con un funeral espléndido una muerte sin honor y útil á los interesados en expoliar á España. Los sarcófagos eran de rica caoba, con adornos de plata, y las coronas llenaban todo el salón de sesiones. Ha-

bialas valiosísimas de biscuit, con grandes cintas de seda, y abundaban las de flores naturales. El Gobernador General enviara la suya; el Ministerio de la Colonia también había dedicado su ofrenda á los caídos, y, en general, todas las corporaciones civiles y militares, todos los centros y asociaciones de la ciudad y muchos particulares demostraban, con sus homenajes, el sincero dolor que les ocasionaba el siniestro acontecimiento. Realmente, sentíase en todas partes lo ocurrido; y ante el espectáculo trágico de tanta vida apagada en un segundo, los mismos que esperaban salir gananciosos al final de la jornada, contenían su alegría íntima y retozona, y revestían el rostro con una máscara de infinita piedad y melancólica tristeza. Los voluntarios no querían ser menos expresivos en la manifestación de duelo público que los hombres del militarismo y de la administración civil, y no sólo consagraron flores á los muertos, sino que enviaron para la hora del entierro representaciones de todos los cuerpos.

Estas consideraciones póstumas, que tanto como la compasión engendraba el miedo al Dios irritado, no calmaban la ira de los que injustamente se consideraban víctimas de una perfidia ni templaban el lenguaje áspero y agresivo de la prensa newyorkina, que excitaba violenta-

mente á las Cámaras y al Poder ejecutivo á entrar en una senda despejada y resueltamente de lucha.

La propia conmiseración mostrada por el pueblo habanero en presencia del horrendo cuadro que formaban los sacrificados del *Maine*; sus atenciones humanas y nobles con aquellos míseros despojos de una ambición monstruosa, y la espontaneidad con que cubría sus balcones de obscuros cortinajes, tomábanlas los provocadores como signo de debilidad y cobardía y prueba concluyente de complicidad en el crimen, cuyos autores conocían tan perfectamente.

Las masas populares, desarrapadas y sucias, que el 1.° de Enero habían vitoreado la autonomía; que más tarde corrieran amedrentadas ante los caballos de Arolas; que habían apedreado las galerías y balcones de *El Diario*; que contribuyeran á romper las máquinas y á esparcir por el suelo los tipos de imprenta de *La Discusión*; que presenciaran, regocijadas en parte y en parte agraviadísimas, la entrada del *Maine*, que venía con el pretexto de cuidar de las vidas é intereses de los ciudadanos americanos amenazados con las diarias revueltas, á hacer inevitable la lucha entre España y los Estados Unidos, estaban ahora presenciando el entierro de los infortunados marinos que Pluto señalara

como víctimas propiciatorias consagradas á su aliado Marte. Ni alegría ni dolor mostraban en sus semblantes negros, mulatos y blancos «sucios», que eran los que llenaban aceras, calles, portales y parques. Una indiferencia, que no excluía la curiosidad, advertíase en todos, y asistían al acto como pudieran asistir á una gran parada ó á una procesión cívica.

El cortejo empezó á desfilar á eso de las tres de la tarde. Componíanlo seis grandes carros cargados materialmente de coronas y cruces de flores, detrás de los cuales iban setenta y tantos ataudes de brillante y pulida caoba, que eran arrastrados en toda clase de coches y vehículos, desde la espléndida carroza fúnebre hasta el sencillo armón de artillería; seguían á estos el clero parroquial con cruz alzada, puesto que la mayor parte de los muertos eran católicos de los Estados del Sur de la República; la comisión de duelo, que la formaban el Cónsul, el Comandante Sigsbee y sus oficiales y dos ayudantes del General Gobernador; representaciones de todos los cuerpos militares y de voluntarios, del Municipio, de la Audiencia, del Gabinete Colonial, de la Cámara de Comercio, del Casino Español y de los Centros Regionales y una compañía de soldados de Infantería de Marina con bandera encresponada. Detrás de tan extraordi-

naria cohorte marchaban unos mil quinientos carruajes que cubrían toda la extensión enorme que existe entre el Cementerio y el Ayuntamiento. Pasaban ya de la Quinta de los Molinos los cadáveres, cuando el grupo de comisiones y los coches no abandonaran aún la calle de Mercaderes en su intersección con las de Obispo y O'Reilly. Estas calles, las avenidas del Parque Central, San Rafael, Galiano y Reina desbordábanse de gente, viéndose llenos balcones y ventanas, y formando piñas colosales de seres humanos las azoteas. Un silencio sepulcral reinaba por todas partes; nadie hablaba ni hacía frases; los hombres descubríanse respetuosamente al pasar los muertos, y las mujeres secábanse furtivamente algunas lágrimas.

Santa Fe y Montoya estaban asomados á un balcón del Hotel del Louvre, en San Rafael y Consulado. Al ver pasar al que, ni tiempo había tenido de cambiar su traje del día anterior, y contemplar su rostro pálido y abatido, no pudo contenerse el primero y exclamó irritado:

—Su cara le vende.

—¿Lo cree usted, Marqués?—interrogó Montoya.

Estoy enteramente convencido.

—Entonces, ¡que Dios nos asista!—dijo con abatimiento Montoya.

Anochecido ya, cuando el sol con sus rayos dorados habíase hundido en el mar de la Chorrera, y la claridad dulce de una luna brilladora y luminosa bañaba las cumbres lejanas de Marianao, y caía sobre los cipreses y álamos del Cementerio, imprimiendo una extraña vida á los centenares de monumentos, panteones y estatuas que en él se levantan, tomaron tierra, en dos fosas inmensas, los tristes despojos de los marinos americanos.

No hubo panegíricos ni oraciones fúnebres. Entonóse un sencillo responso por el Capellán de la Necrópolis, y Mr. Lée dió gracias al Alcalde, como representante del pueblo, por el tributo de respeto por éste rendido á sus muertos. Y así concluyó aquel día inolvidable.

VIII

Alberto Álvarez supo convencer á Julia de que el peligro estaba muy lejos de ser inminente, y que podían continuar en la Habana sin exponerse á graves contingencias.

Cierto era que innumerables españoles y cubanos marchaban á México, á Francia, á España y á los Estados Unidos; que entre los expatriados voluntariamente había Diputados á Cortes, Senadores, Diputados provinciales, altos empleados de la Administración colonial, Concejales del Ayuntamiento, Jefes de voluntarios, Médicos, Abogados, Ingenieros, hacendados, dentistas, comerciantes y profesores del Instituto y la Universidad, pero este éxodo del terror ó de la complicidad con el enemigo, ni probaba que las cosas no pudieran tener remedio, ni que, llegadas á su extremo último, se convirtiera en novísima Troya la pacífica y comercial Habana, y en héroes dignos de ser cantados por Homero, emulando á los Héctor y Páris, sus tranquilos habitantes.

Aumentaba el ruido *jingoista* en la gran Re-

pública, proclamando su prensa la necesidad de la intervención, y si de las averiguaciones que se hiciesen para conocer las causas que habían originado la explosión del *Maine* resultaba alguna duda respecto á la corrección del Gobierno español, la de declarar á éste inmediatamente la guerra; mas ¿no era en los yanquis costumbre antigua hacer mucho ruido, escandalizar al universo con sus aprestos bélicos, invocar las divinidades de la Justicia y de la Venganza, y de pronto restablecer la vieja doctrina americana que aconseja evitar por todos los medios la lucha armada?

El Marqués de Santa Fe estaba ciego cuando era más necesario tener todos los ojos de Argos. Convencido de que en Washington no se creía en la traición de España respecto al *Maine*; de que si una exigua minoría del pueblo yanqui deseaba la intervención, se oponía resueltamente á ella su parte más sana y más importante; de que las dos Cámaras rara vez adoptaban acuerdos iguales y homogéneos en cuestiones tan hondas y trascendentales, confiaba que algún suceso inesperado viniese á cambiar el siniestro y lúgubre aspecto de la situación.

¡Cuán ridícula no sería entonces la huída! Y como Santa Fe, más que á la propia muerte temía al ridículo, después de meditarlo mucho de-

cidió quedarse. Esperaré—se dijo—la consumación de la gran iniquidad, ó la vuelta á su estado normal de la vida agitadísima de este pueblo sin ventura. Mi deber, después de todo, es sucumbir con él ó con él triunfar; y muerte será para Cuba que el yanqui se posesione de ella, cualquiera que sea la forma en que lo verifique y por halagadoras que parezcan las promesas que á sus hijos haga, como será vida consolidar un Gobierno estable, libre, autónomo, casi independiente, al amparo del pabellón español; que es un pabellón tan glorioso, honrado y noble como la bandera estrellada. Pensando así fuese al Tulipán y dijo á Julia:

—Qerida Julia, siento contrariar tus deseos en esta ocasión, pues bien sabes cuán afectuoso y complaciente he sido siempre contigo. Pero es caso de honor para mi no marcharme hoy del lugar del peligro, cuando tantos, tenidos por valientes y patriotas, desertan cobardemente. Mas de que yo adopte tal resolución, no se sigue que tú la imites; por lo contrario, quiero que te marches, y lo más pronto posible, pues si viniesen realmente sucesos tristes, no me perdonaría jamás haberte retenido á mi lado.

Julia, que conocía á fondo á Alberto y que sabía que, tomada por él una decisión, no modificaba su plan hasta no llevarlo á cabo ó fraca-

sar; que, por otro lado, lo amaba con amor firme, resuelto y audaz que á nada teme si está á su lado el ser querido, dando á su semblante una expresión de felicidad y de suprema alegría, contestó:

—¡Ah! ¿Tú te quedas y quieres que me vaya yo? «*No aguanto*», *chico:* nos quedaremos los dos, y los peligros que á tí te amenacen quiero que me amenacen á mí, y si tú mueres, quiero morir yo. ¿Te figuras que desearía la vida un momento si tú sucumbieras? Creí que me conocías ya lo suficiente para no inferirme tal ofensa.

—Perdona, Julia mía—exclamó besándola apasionadamente Alberto;—te conozco mucho y sé cuánto me amas; y como yo te amo también y deseo que vivas para hacerme feliz, por eso quiero que salgas de la Isla, en donde me sería difícil guardarte contra enemigos brutales, si llegasen á invadirla.

—¿Guardarme? ¿y crees que no sabría defenderme? ¿crees que no sabría perecer mil veces antes de que, los que ya odia mi corazón, llegasen hasta mí? Tranquilízate y nada temas. Estoy decidida á seguir tu suerte, y es para mí igualmente caso de honor no abandonarte ni en vida ni en muerte. Así, que no hablemos más de este asunto.

Santa Fe agradeció con toda su alma á Julia la prueba de amor que le daba, admiró su entereza varonil y quedó sumamente contento al comprender toda la extensión y desinterés del cariño de que era objeto.

Acordaron, en consecuencia, no moverse; hacer la vida ordinaria, verse todos los días y esperar, sin nerviosismos ni miedos despreciables, el desenlace de la tragicomedia cuyo prólogo estaba concluyendo.

Cuando Alberto Álvarez llegó á su casa aquel día mostrábase tan regocijado, que su criado Manuel se atrevió á preguntarle:

—Señor Marqués, ¿hay buenas noticias?

—Ya lo creo, excelentes; como que Mac-Kinley habla de «conservar la paz» al mismo tiempo que artilla las costas de su país, dispone el departamento de Marina la salida de su escuadra con dirección á las Antillas y envía notas á España pidiendo que esta reconozca la independencia.

—¿Pero eso no podrá ser?—exclamó sin poderse contener Manuel.

—Claro que no puede ser, hombre, qué duda tiene, y por eso digo yo que tenemos excelentes noticias.

El Marqués de Santa Fe, de lo que estaba contento y alegre era de haber descubierto en

su amada una pasión tan fina y elevada, que la hacía superior á cuantas amigas había tratado. Sentirse querido de tal suerte por una mujer hermosa, rica, adorable y encantadora, era una satisfacción y una felicidad que no se encontraban á menudo. Bendijo la rara casualidad que ambas cosas le proporcionaba, y volvió á decirse á sí propio, como el 1.° de Enero al escuchar los cañonazos que anunciaban la implantación de la autonomía en la Gran Antilla:

—A la suerte de España, que es mi patria, por ser la de mis mayores, me uno sinceramente, y que de ambos decida la Providencia.

Alea jacta est.

Entretanto, los sucesos iban desenvolviéndose con rapidez vertiginosa.

El Senado y el Congreso americanos habían votado por gran mayoría el reconocimiento de la independencia de Cuba, y la necesidad de intervenir cerca del Gobierno español para que la concediese.

Si por un momento la aparición en la bahía de New-York del crucero español *Vizcaya* pudiera calmar la creciente exaltación de los amigos de la guerra, y la parsimonia de Mac-Kinley hiciera concebir esperanzas de un arreglo satisfactorio y honroso, pronto se supo que éste no transigía sino con la total evacuación de las tro-

pas españolas del territorio cubano y con la conclusión inmediata de la guerra.

Los informes lacrimosos, exagerados y efectistas de Mr. Proctor y Mr. Thusston, que habían visitado, por encargo del Presidente, las provincias de Matanzas y Pinar del Río, acerca de la situación y padecimientos de los reconcentrados, de la destrucción de toda la riqueza y de la miseria general que consumía al país, producían en toda la Unión un efecto extraordinario, y aun los menos irritados y belicosos, consideraban forzosa y hasta humana la guerra. Como medio de prepararla, votábase en el Congreso una moción otorgando al departamento de Guerra 50 millones de pesos para las eventualidades que pudieran ocurrir, y se enviaban, consignados á Lée, barcos de guerra yanquis cargados de víveres para regalar á los pobres de la Isla.

Daba ésto lugar á mil comentarios, y hacíanse muy sabrosos en casa de Meza, en donde ya se permitían sus hijas tocar en el piano el himno bayamés, y se hablaba de la ruptura entre las dos naciones como de un hecho que no se haría esperar.

—No es posible el arreglo—decía D. Gollo,—porque España, esclava de sus orgullosas tradiciones, no ha de ceder, y Mac-Kinley está

«dispuesto á todo» por libertar á Cuba. Pero la lucha tiene que ser corta, porque las fuerzas abrumadoras de los Estados Unidos (que habrán de operar principalmente en el mar), arrollarán muy pronto las de España, y en quince días todo estará concluído.

Ponderando la filantropía y la generosidad yanqui, gritaba Mayorga:

—Pero, caballeros, ¿qué pueblo, que no sea ese gran pueblo, manda media docena de barcos con más de cinco mil toneladas de víveres, que suponen una millonada, para los infelices que se mueren de hambre por culpa de Weyler, Fonsdeviela y Compañía?

—Lástima—agregaba cándidamente doña Catuca,—que no lo hiciera más antes.

—Sí—añadía con socarronería Montálvez;—porque entonces llegarían á tiempo y no se diría ahora.....

—¿Qué?

—Pues que se venden á los comerciantes españoles.

—¡Calumnias! ¡Calumnias de los voluntarios! —exclamaba la doctora María Luisa.

Uno de los entretenimientos de aquellos días era ir á visitar los cruceros españoles *Oquendo* y *Vizcaya*, que habían ido precediendo á nuestra «formidable» escuadra. ¡Qué gallardos, her-

mosos y terribles se mostraban en bahía! ¡Cómo relucían y brillaban sus cañones! ¡Qué aspecto amenazador presentaban sus torres y blindajes! Si así eran el *Pelayo*, y el *Carlos V*, y el *María Teresa* y los demás acorazados, ¿qué temer de los americanos? Millares de personas iban á bordo, recorrían todos los departamentos, admirábanse de la distribución de sus defensas, y tornaban á tierra gratamente impresionadas, deseando que España no transigiese sino con lo que su dignidad le aconsejase, muy seguras de la victoria.

Se afirmaba que el grueso de nuestra armada había salido de Canarias, y á esperarla á Puerto Rico se fueron una mañana el *Oquendo* y el *Vizcaya*.

—¿Qué—decían los pesimistas,—se marchan cuando el peligro arrecia y los barcos americanos fondean en Tampa y en Cayo Hueso?

Una tarde causó verdadero pánico la reunión en Palacio de todos los jefes de voluntarios. ¿Venía ya la guerra? ¿Había que armarse?

No, la guerra aún no era cosa resuelta, con tanta más razón cuanto que España, apremiada por las exigencias de los Estados Unidos, había apelado á las grandes potencias pidiéndoles consejo, y en todo caso, sus buenos oficios para evitar el choque; y Su Santidad el Papa interve-

nía espontáneamente cerca de Mac-Kinley, que seguía mostrándose «amigo de la paz»; pero bueno era no estar descuidados, por si todos estos trabajos de la diplomacia fracasaban.

Ejercíase por el Gobierno la más severa censura con la prensa, y no pasaba una noticia que pudiera alarmar la opinión. Pero esto resultaba contraproducente, porque los confeccionadores de *bolas* despachábanse á su gusto, y las cotizaciones de la Bolsa de Madrid, que se dejaban publicar, acusaban una gran perturbación económica.

Por fin se supo que los revolucionarios se negaban á toda transacción, y que Estrada Palma había publicado un manifiesto declarando «que los cubanos se opondrían con todas sus fuerzas á que se estableciera la autonomía, aun por los Estados Unidos, contra quienes, si llegase el caso, lucharían con el mismo denuedo que lo habían hecho contra los españoles». El armisticio resultaba por tanto inútil, y los trabajos de Giberga, de Dolz, de Viondi y de Ramírez para la paz, sin la ingerencia extranjera, infructuosos y baldíos.

Santa Fe estaba disgustadísimo, y ya no se le ocultaba que la guerra era inminente, que venía á marchas forzadas.

Desconfiando de cuanto se le decía en Palacio, de cuanto le escribían sus amigos del campo insurrecto y de New-York, de los continuos cablegramas que recibía de España, se acordó de cierto amigo suyo, gerente de una importante casa de banca de la ciudad, de nacionalidad inglesa, muy relacionado con los políticos de Washington, y fué á verle.

—¿Qué hay, Mr. Will? Dígame usted la verdad de lo que pasa—preguntóle.

Mr. Will, sin preámbulos, contestó:

—Que habrá guerra, que ésta durará dos ó tres meses, que habrá dos ó tres combates navales, y España.....

—¿Qué?

—Abandonará á Cuba.

El Marqués no quiso oir más: marchó á su casa desolado y abatido, temiendo más el deshonor de la patria y la desgracia que caía sobre su tierra nativa, que la pérdida de su propia existencia, y no considerándose capaz para oponerse á la avalancha que se venía encima, decidió dejarse arrastrar por ella. Después de todo —dijo en un momento de infinita amargura,— soy en el nuevo mundo el último vástago de los Álvarez de Guzmán, y natural me parece que muera con España.

El día 6 de Abril súpose que las gestiones

de Su Santidad León XIII habían sido rechazadas «cortesmente» por Mac-Kinley. La guerra, pues, venía.

Era preciso prepararse, y los voluntarios fueron á ofrecerse incondicionalmente al Gobernador General: una vez más manifestaron á éste que sus vidas y sus intereses quedaban, sin condiciones, á disposición de la patria.

El Gobierno colonial publicó un manifiesto dirigido á las naciones civilizadas, poniendo en claro la verdadera situación política, económica y social de Cuba, que bajo la soberanía española había llegado á un grado de cultura y civilización extraordinarias, y protestando de la ingerencia en los asuntos de ésta, de los Estados Unidos, los cuales bien sabían que la Isla disfrutaba ya de un Gobierno autónomo, cuyas Cámaras estaban próximas á reunirse, y al que, en todo caso, debían aquellos dirigirse. Al mismo tiempo invitaba á los levantados en armas á que entrasen en la legalidad constitucional, reconociesen el régimen adoptado, y que, dentro de él, viniesen á tomar parte en el desenvolvimiento de la vida pública del país. Este documento; la noticia de que la fracción constitucional dirigida por el Marqués de Apezteguía aceptaba en absoluto los hechos consumados, poniéndose á disposición del Gobernador General;

el rumor de que en la Península se rechazaba todo cuanto pudiera atentar á la soberanía española y la suspensión del envío del mensaje presidencial al Congreso americano, causaron muy buen efecto, y los optimistas volvieron á creer en un pacífico arreglo.

Por otro lado, decíase que Rabí se había negado resueltamente á seguir peleando, y que estaba dispuesto á reconocer el Gobierno autonómico; que Massó se encontraba muy inclinado á imitar su conducta; que Alemán, y Núñez, y Delgado, y Rodríguez, miraban con repugnancia la intervención yanqui—de la cual desconfiaban,—y que el propio Generalísimo vacilaba entre sostener sus compromisos con Lée ó tender los brazos á sus compatriotas, los autonomistas, que le llamaban.

Estas versiones animaban la población y las gentes dejaban sus casas, llenaban plazas, calles y parques, concurrían á los teatros, á los bailes y á las reuniones, y nadie, al ver el aspecto de regocijo y alegría de los habaneros, diría que se hallaban en vísperas del más serio y trascendental suceso que había de registrar su historia.

Pero el día 9 todas las esperanzas y optimismos cayeron por tierra. Lée se había embarcado, dejando encargado del consulado americano á su colega el representante de Inglaterra.

—¿Se ha ido ese hombre?—decían los españoles, que se envalentonaban y crecían ante la proximidad del choque.—Tanto mejor; así no habrá que arrastrarlo.

La depresión de los ánimos, sin embargo, era profunda. Las acciones y valores públicos bajaron espantosamente, y los rumores más absurdos circulaban por todas partes. Cuantos barcos había disponibles en bahía para transporte de personas, salían materialmente llenos. Magistrados que no podían abandonar sus puestos; Catedráticos que estaban obligados á no faltar de su clase, y Diputados electos de la Cámara insular, escapaban aterrados de la ciudad, dirigiéndose á Santo Domingo, á New-York, á Jamaica y á donde querían conducirlos los consignatarios de las naves. La dispersión en los criollos era general. Todo el que podía, aunque no contase más que con un *centén*, se marchaba. El propio Gollo Meza, con su esposa doña Catuca, tomó pasaje con dirección á Tampa. Se iban en previsión de lo que pudiera acontecer dentro de la ciudad con los voluntarios, que seguramente habrían de ir sobre los cubanos que en ella quedasen, cuando las derrotas de España fueran conociéndose.

El 14 supiéronse muchas cosas: que Mac-Kinley había presentado el mensaje; que no re-

conocía la beligerancia, pero que pedía autorización á las Cámaras «para emplear las armas al intervenir en Cuba, á fin de crear en ella un Gobierno independiente y fuerte»; que en la corte se había abierto una suscripción nacional para fomento de la marina de guerra; que don Carlos de Borbón había publicado un manifiesto amenazando con una guerra civil si se transigía con los Estados Unidos; que había habido tumultos en Madrid, y en Málaga, y en Valencia y en Granada, apedreándose en algunos de estos sitios el consulado yanqui.

Alberto sabía que era verdad todo esto, y sabía más: sabía que el Embajador de los Estados Unidos en Madrid, se había retirado; que el español, residente en Washington, se marchara al Canadá, y que la escuadra americana evolucionaba ya en las costas de la Florida.

—Esto se acaba—dijo á Montoya bajando las escaleras del Gobierno General.

—Sí—respondió tristemente el entusiasta autonomista;—los impacientes y los egoístas no nos dejan siquiera empezar nuestra obra.

—Y Montoro, ¿qué dice?

—Puede usted calcular, Marqués; está afligidísimo. Considera que la intervención dará el triunfo al Norte, que es rico y poderoso y está preparado, mientras que España se halla agota-

da por esta guerra espantosa de tres años, que tantos millones y tantos hombres ha consumido, y estima que ese triunfo determinará la muerte de Cuba, como nacionalidad independiente.

—Y el Ministerio, ¿dimite? ¿se va?

—De ningún modo: el Ministerio ni dimite ni se marcha. Caerá con España, á la cual jamás se propuso traicionar, y la suerte que corra su representante, el excelente General Blanco, será la que corran sus Secretarios y la que correremos todos los autonomistas sinceros y de buena fe, que desde 1878 venimos luchando en favor de la solución que ahora nos destruye la fatalidad.

Votada la independencia por las dos Cámaras, á Mac-Kinley no le quedaba más que notificar á España la «resolución».

Santa Fe supo, en cablegrama cifrado, que el texto de ésta era el siguiente:

«Que el pueblo de Cuba era y debía ser libre é independiente.

»Que era deber de los Estados Unidos exigir que el Gobierno español renunciase inmediatamente á su autoridad y gobierno en Cuba, y retirase sus fuerzas terrestres y navales de las tierras y mares de la Isla.

»Que se autorizaba al Presidente de los Estados Unidos para que dispusiese de todas sus

fuerzas militares y navales, llamando á las milicias de los Estados al servicio activo.

»Y que los Estados Unidos declaraban y negaban que tuvieran *ningún deseo ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía, ni de intervenir en el Gobierno de Cuba, sino para su pacificación, afirmando su propósito de dejar el Gobierno y dominio de la Isla al pueblo de ésta, una vez realizada dicha pacificación.*»

España no quiso pasar por la humillación de recibir esta proposición insolente, y comunicó á Mr. Woodford que, habiendo mandado á su Embajador que se retirase de Washington, quedaban suspendidas todas las relaciones amistosas con los Estados Unidos. Con esta nota le envió sus pasaportes, marchándose aquel diplomático á París.

Era el día 21 cuando todo esto se conoció en la Habana.

El entusiasmo de los españoles y de los criollos amigos de España, fué inmenso. Se quiere lucha—decían unos y otros,—pues á luchar. En cortas horas se preparó una manifestación imponente.

Más de veinte mil personas, con millares de banderas españolas, se lanzaron á la vía pública organizándose en el Parque Central y extendiéndose á todo lo largo del Prado y de las calles

de Neptuno, Monserrat y Zulueta en animada y alegre procesión.

¿Quiénes las dirigían? No se sabía, ni se conocían directores; era aquél un acto espontáneo, instintivo, de esos que nacen sin previa gestación y que envuelven el alma y la aspiración de un pueblo. Con un orden perfecto, sin oirse ninguna expresión violenta, dando solo vivas á España y á la autonomía, se dirigió la multitud á Palacio, atravesando la calle del Obispo, que también, de repente, se vió engalanada con cortinas rojas y amarillas, simbólicos y adorados colores de aquélla. Había entre los manifestantes naturales de todas las regiones españolas, millares de voluntarios con sus uniformes de campaña, comerciantes, obreros, carretoneros, trabajadores del muelle, tabaqueros, negros y mulatos: todos marchaban compactos, animados, altivos, con la firmeza del que está seguro de su derecho y no desconfía de sus fuerzas.

La ola humana extendióse por la Plaza de Armas, y los gritos de ¡viva España! resonaron estruendosos y formidables cuando el Gobernador General se asomó al balcón central de Palacio.

Hizo ademán de hablar, y un silencio sepulcral, que no dejaba oir ni la respiración de los manifestantes, se hizo entre ellos de pronto.

—«Españoles—dijo el General con voz bastante apagada, y que no se oía más allá de las primeras filas que la muchedumbre formaba:—»cuando menos lo esperábamos, cuando todo se »había sacrificado por España en aras de la paz, »un pueblo que se decía neutral y era un oculto »y cruel enemigo que, en vez de apagar el fuego »de la contienda entre hermanos, lo avivaba con »siniestra y criminal intención, nos provoca á la »guerra.

»Semejante proceder no es tiempo de juzgar»lo. Lo hará en su día la historia. Hoy sólo de»bemos oponerle una resistencia tenaz y fir»me y contestar á sus ataques con nuestras »fuerzas, que no son escasas ni saben entre»garse.»

Un ¡viva! colosal, inmenso, que parecía querer llevar un eco sonoro hasta la apartada madre patria, interrumpió á S. E.

Cuando se restableció el silencio continuó:

—«Confío, pues, en vuestra lealtad, en vues»tro patriotismo y en el valor de que siempre »habéis dado muestra.

»España saldrá triunfante de este nuevo »reto.....»

Los vivas y las exclamaciones del pueblo, enloquecido de entusiasmo, sonaron otra vez en el espacio al oirse estas palabras, y llegaron al

delirio cuando el General terminó su arenga con las siguientes:

—«Pero, si lo imposible sucediese, y la suer»te se nos mostrase adversa, todos sabremos »imitar, y yo el primero, el alto ejemplo de los »numantinos.»

Retiróse el Gobernador General del balcón y redoblaron sus vivas los manifestantes, muchos de los cuales se abrazaban llorando y juraban perecer con todos los suyos antes que permitir la entrada en Cuba del yanqui.

Dirigióse por la calle de O'Reilly hacia el Parque Central la multitud, deteniéndose ante la estatua de Isabel II, que se vió en seguida cubierta de banderas y flores.

Hicieron uso de la palabra varios oradores, aconsejando unión, patriotismo, orden y valor contra el enemigo, y un respeto absoluto á la vida de los cubanos, que por el sólo hecho de quedarse en la ciudad demostraban su lealtad á España.

Aplausos y vivas acogían estos discursos, y manifestaciones de la más tierna efusión tenían lugar entre los insulares y peninsulares que formaban el *meeting*.

Muy tarde ya, cuando anochecía, disolvióse aquella masa enorme de hombres que con el propio fuego patriótico y con el mismo denuedo y

energía de la primera hora había recorrido las calles de San Rafael y Galiano, las calzadas de la Reina y del Monte y las plazas y avenidas más importantes de la ciudad.

Para cambiar impresiones se reunían por la noche, á comer en el Tulipán, algunos amigos de Julia.

A las ocho hallábanse todos sentados á la mesa.

El servicio era delicado y rico: vajilla de porcelana inglesa, copas, vasos y jarros de cristal de Bohemia y cubiertos de plata y oro.

Entre los comensales había dos Secretarios del Gobierno, un alto empleado de Hacienda, un Magistrado, dos Generales y un Coronel.

Presidía Julia, que destellaba rayos de hermosura, y á su derecha, pálido y melancólico, se encontraba Santa Fe.

Al servirse el tercer plato, que era «lechón asado», los invitados se mostraban expansivos y animosos. Empezaron las frases punzantes y de doble sentido, las finas sátiras y los *quid pro quos* saturados de sal y de gracia.

Como el lechón venía servido entero en una gran fuente de oro de ley, y su piel tersa y brillante reflejaba en un lago de olorosa manteca, uno de los Generales dijo:

—Julita, desearía que usted conservase esta hermosa fuente.

—¿Para qué? ¿La quiere usted?

—No, yo no la quiero para mí, sino para servir en ella, aderezado como ese lechón, al lechón mayor de los Estados Unidos: al obeso Mac-Kinley.

Una carcajada general y ruidosa, acogió estas palabras.

—Pero qué—dijo uno de los Secretarios,—¿creen ustedes en la guerra?

—Pues qué, ¿no la habrá?—preguntó con no fingido interés Julia.

—¡Válgame Dios!—contestó el interpelado.—Parece mentira que no estén ustedes en el secreto. Los Estados Unidos han avanzado mucho y decorosamente no pueden retroceder. Vendrán, nos bloquearán; pero en cuanto asomen nuestros barcos y les larguen unas cuantas andanadas, piden la paz, nos pagan una fuerte indemnización y dejan colgados al Generalísimo, á Calixto García y á todos los «mentecatos» que han confiado en ellos. Vaya, pues poco que conozco yo á los yanquis.

—Pero ¿esa es una opinión personal de usted, ó la funda en algún antecedente?—preguntó nuevamente Julia.

—Es opinión mía, ciertamente, que robustece la idea que tengo del valor de nuestros presuntos adversarios y de lo bien hallados que se en-

cuentran con su sistema de «paz á todo trance».

Trájose un nuevo servicio (un pargo con salsa mayonesa admirablemente preparado), que excitó el entusiasmo gastronómico de los más indiferentes.

—Sería bueno saber—exclamó el Coronel, que hacía versos y se las echaba de erudito y sabiondo—si ésta es una comida de simples mortales, ó andan por aquí los manes del insigne Trimalción.

—¿Con qué se come eso?—preguntó tímidamente el Magistrado, que se hallaba enfrascado todavía con una parte del costillar del lechón.

—Toma—repuso con viveza el Coronel, propuesto dos días antes para General de brigada;—con sesos de Lée y riñones de Mac-Cullón.

La cuchufleta no produjo el efecto apetecido, pues apenas se estereotipó una leve sonrisa en los labios de los que comían. El Marqués de Santa Fe, por su parte, hizo un gesto de desabrimiento y murmuró algunas palabras al oído de otro de los Secretarios que quedaba á su lado.

Este, que era de los que más autoridad tenían en el Gabinete, empezó á hablar.

—La situación—dijo—está muy lejos de ser agradable; y aunque yo no soy de los que creen que vamos á perecer todos los habitantes de la Isla de Cuba, y que los americanos entrarán en

ella tan pronto como en su dirección enfilen sus barcos y transportes, entiendo que se acercan días de prueba en que será necesario que todos y cada uno demostremos energía, resistencia y valor.

—Explíquese usted—dijo el Magistrado, que ya no comía.

—La explicación es muy sencilla. Los americanos vienen á hacernos la guerra contando con nuestro cansancio y debilidad, con la ayuda de los insurrectos que se han negado á entrar en arreglo con nosotros, y con sus fuerzas de mar y tierra, que son potentísimas, que están frescas y no cansadas. Nosotros estamos hartos de lucha y de sangre, deseosos de paz y de concordia, exhaustos y sin recursos; ellos, por lo contrario, de todo tienen sobrantes: hombres, acorazados, armamento y millones, abundan con exceso en la Unión. Además, ellos están á dos pasos, por decirlo así, del lugar del combate; España, para enviar su escuadra y sus nuevos combatientes, se halla á 1.500 leguas de distancia. La diferencia de situación es bien notoria; y, si hay desventaja, la tenemos nosotros.

—Es verdad, es verdad—exclamó de pronto Santa Fe;—todo nos es adverso y contrario, y milagro será que salgamos airosos del lance.

—No hay que tener miedo, Marqués—dijo

uno de los Generales.—La Habana está muy bien artillada, y no la podrán tomar en diez años todos los acorazados yanquis é ingleses reunidos.

—No, yo no tengo miedo—contestó el Marqués con displicencia;—á mí me importan poco la vida y la fortuna, y en esta aventura las he jugado, sin vacilar, desde el primer momento. Lo que temo es que vacilen y se acobarden otros, aquellos que tienen la obligación y el deber de dar ejemplo de virtud y de heroismo, y que resulte infructuoso y estéril el sacrificio de los que aún conservamos un resto de fe. Porque, después de todo, pregunto yo: ¿dónde está nuestra armada? ¿dónde se han ido el *Oquendo* y el *Vizcaya?* ¿qué barcos útiles tenemos en bahía? Si ésta ha de ser una guerra de mar, ¿cómo no están apercibidas nuestras fuerzas? Los depósitos de carbón y de víveres, ¿en dónde se encuentran? ¿están bien defendidos Santiago de Cuba, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos y otros puertos que de seguro serán atacados? En suma: ¿quién me afirma que estamos preparados para resistir al enemigo formidable que se nos presenta?

—Tenemos cerca de trescientos mil hombres en tierra—contestó el General á quien se dirigía el Marqués—acostumbrados á la guerra, acli-

matados y dispuestos á adoptar la vida de las partidas insurrectas. Para vencerlos tendrán que desembarcar los americanos un millón. ¿Podrán hacerlo?

—Claro que no—gritó el Magistrado, que siguió sirviéndose pargo y apurando sendos vasos de Rioja blanco.

—Señores—exclamó Julia interviniendo,—no olviden ustedes que estamos comiendo, y que cuanto se diga aquí no modificará un ápice los acontecimientos. Yo en estos asuntos soy fatalista, y digo: «lo que ha de suceder, sucede»; la previsión humana no llega hasta lo inesperado, y España no ha podido prever lo que le ha caído encima. Lo aguantaremos, pues, ya que no podemos culpar á nadie de los desaciertos de que todos somos responsables. Bebamos y brindemos, y puesto que ya es un hecho evidente que tendremos guerra, que nos encuentre alegres, animados y dispuestos á mirarla sin espanto.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron todos aplaudiendo.—¡Viva la Juana de Arco cubana!

Duró aún largo rato la comida, y cerca de las diez pasaron los convidados al salón de fumar, en donde estaba servido el café. Había allí cremas y cognacs de todas las marcas, chartreaux y licores de los más exquisitos, y tabacos de Henri-Clay, Valle y Carvajal.

Se encontraban charlando animadamente, cuando se presentó de improviso Montoya. Venía lívido y sin aliento.

—¿Qué sucede?—preguntó el Secretario que tan sesudamente se había expresado.

Balbuceando, contestó Montoya:

—Puedo decirlo en alto, porque dentro de pocas horas lo sabrá toda la ciudad: la escuadra americana ha salido, en dos secciones, con dirección á Santiago de Cuba y la Habana; muy pronto estaremos bloqueados. Así lo comunica un despacho que acaba de recibirse en Palacio.

El Magistrado exhaló un pequeño grito y cayó sin fuerzas sobre un diván; los militares miráronse unos á otros con pálidos semblantes.

Sólo Julia y Santa Fe conservaron la serenidad, abrazándose estrechamente, en medio de la emoción general, como si quisieran comunicarse entereza y valor.

IX

La *Gaceta* del 22 contenía una alocución del Gobernador General á los «habitantes» de la Isla.

Decía en ella S. E. «que las relaciones de amistad con los Estados Unidos habían concluído, y que la ruptura de hostilidades entre esta nación y España no se haría esperar. Los habitantes de la Isla, y muy particularmente los de la Habana, debían estar preparados para todas las eventualidades que pudieran sobrevenir, aunque debían tener confianza absoluta en las autoridades y fuerzas militares, que sabrían cumplir con su deber, enseñando á un enemigo, tan orgulloso como vano y tan audaz como inexperto, cuán peligroso resulta atentar contra los derechos legítimos de soberanía de un pueblo digno y que conoce el valor de su libertad é independencia.

»Nuestro será el triunfo, siquiera nos cueste algunos sacrificios—decía el mencionado documento,—porque la justicia, la razón y la verdad están de nuestra parte. Se nos viene á retar en nuestras propias casas, al pie de los amados

hogares; y en su defensa y en defensa del honor de la invicta nación en que hemos nacido, y de la que nos gloriamos de ser hijos, sabremos morir dignamente antes que autorizar con nuestro cobarde asentimiento el allanamiento y violación de aquellos.»

Daba instrucciones á los Jefes de la Plaza y á los Gobernadores de los castillos y fortalezas; excitaba á los voluntarios á que se armasen y concurriesen á ponerse á su disposición al primer asomo de peligro; conminaba con penas extraordinarias á los que promoviesen disturbios interiores que pudieran engendrar el pánico ó alentar al enemigo, y anunciaba «que el disparo de tres cañonazos por el Castillo del Morro sería la señal de que el enemigo estaba á la vista y empezaba el ataque».

Profunda, inmensa, extraordinaria sorpresa produjo en todos los ánimos esta proclama.

Era, pues, verdad la guerra; la lucha iba á empezar; el bombardeo de la ciudad sería cosa de horas; el horror y la desolación sustituirían á la tranquilidad y al sosiego hasta entonces conservados. Ruinas, incendios, sangre y muerte brotarían por todas partes. Una sensación de dolor y abatimiento hizo estremecer los cuerpos de todos los habaneros, y durante las primeras horas de la mañana estuvo suspendida la vida

de la ciudad. Corrían los hombres de un lado para otro; armábanse los voluntarios, examinando si estaban al corriente sus remingtons y llenando sus cartucheras y cananas; abrían, los timoratos, hoyos en patios y cuartos interiores para guardar sus joyas y sus caudales; las mujeres y los niños rezaban y lloraban indistintamente, y una corriente glacial de espanto y miedo atravesaba de Norte á Sur y de Este á Oeste la ciudad, deprimiendo y anonadando los espíritus más templados.

El mismo Santa Fe, que estaba ya en su despacho, y que todo lo tenía descontado, sintió un rudo estremecimiento, no pudiendo definir su origen ni su condición, al pasar rápidamente la vista por el documento oficial.

—Manuel—dijo á su fiel criado, que acababa de servirle el desayuno,—yo no sé lo que ocurrirá, pero todo hace presumir que la sangre va á correr y que muchos de los que hoy estamos en pie seremos cadáveres dentro de algunos días, de algunas horas quizás.....

—¡Señor!.....

—Sí, Manuel; no hay que hacerse ilusiones ni pensar que esto va á ser una burda comedia. Los americanos parecen decididos á acometer, y su potente artillería ha de causar grandes estragos en la Habana.

—Sí; pero nuestra escuadra vendrá.....

—Ó no vendrá; ¿quién nos asegura que tal escuadra exista? ¿no serán nuestros acorazados simples creaciones de la fantasía? Porque, caso de existir, ¿por qué no se hallan ya al abrigo de nuestras baterías? ¿por qué no ocupan á Cienfuegos?

—¿Y el *Vizcaya* y el *Oquendo?*

—Sí, los hemos visto, pero rápidamente, como una dulce y fugitiva visión. Se han marchado, ¿á dónde y á qué? La más ruda previsión aconsejaba al Gobierno español, desde hace seis meses, tener aquí toda su escuadra, bien aprovisionada, con grandes depósitos de carbón, dispuesta á evolucionar de momento, caer sobre las costas de la Florida y destrozar cuatro ó cinco cruceros yanquis. En suma, dar el primer golpe para formar la opinión universal y demostrar si somos ó no un pueblo de energías y de corazón.

Manuel asintió melancólicamente á las manifestaciones de su amo, y se retiró, no menos apenado y triste, á dirigir los servicios interiores del palacio.

Quedóse solo el Marqués, y entonces ya no pudo ocultar su desconfianza y su dolor.

—¡Morir—exclamó, como si se dirigiese á alguno,—será lo de menos! Digo mal; morir será

un bien, porque recobraré la calma y la placidez que hace tantos años faltan á mi alma y á mi corazón; pero morir sin gloria y contemplando la caída de todo lo que formaba mi orgullo y me unía á la existencia, ¡qué espantoso! Y sin gloria y sin honor moriré yo, y moriremos todos, si el audaz y vil enemigo que se acerca llega á entrar en la Isla y España cede ante su fuerza y sus exigencias. Pero no; ¡imposible! España no cometerá tal cobardía; no hay un sólo hombre allí ni aquí que consienta y admita tal vileza, y que no se encuentre dispuesto á sacrificar, en holocausto de la Patria, lo más caro y disputado, que es la vida. ¿Por qué me preocupo y atormento con ideas siniestras y vergonzosas? ¿No es España la nación de las épicas resistencias, de las jornadas heróicas, del empuje vigoroso? ¿No ha expulsado al árabe y dominado la Europa central? Cuando sus tercios vencían en Italia, mandados por el Gran Capitán, y sus aventureros conquistaban con Hernán-Cortés y Pizarro imperios como los de los aztecas y de los incas, ¿no se extendía por todo el orbe, como un sol esplendoroso, calentando con sus llamas y alumbrando con su luz sus más recónditas y apartadas regiones? ¿No ha sido este siglo entero (que tan sangrientamente va á concluir), una consagración á Marte, el Dios de la guerra

y de la muerte? No, no hay que temer; España vencerá, y, si no vence, será tan gloriosa y sublime su derrota, que la saluden con respeto sus propios vencedores.

Llegaba á esta parte del monólogo Santa Fe, cuando apareció Montoya.

—Las cosas van de prisa, querido Marqués —dijo;—acaba de salir la escuadra americana con dirección á este puerto, desde el de Cayo-Hueso, en donde se encontraba. Una parte de ella está ya en el Canal, para impedir el paso, no sólo de nuestros barcos de guerra, sino de todos los mercantes que quieran acercarse.

—¿Es decir, que vamos á tener un bloqueo en forma?

—Efectivo, según el concepto del Derecho internacional; si es verdad que poseen el número suficiente de naves para impedir el acceso al puerto de las que á él se dirijan.

—Y de nuestra escuadra, ¿qué se sabe?

—De positivo nada; aunque hay quien dice que se encuentra en Cabo Verde haciendo carbón; no faltan personas que afirman que está entre Santiago de Cuba y Puerto Rico, para dar el primer embite á los acorazados yanquis; y aún se asegura más: se asegura que se encuentra en las costas floridanas convoyando un ejército de 50.000 hombres, que manda Weyler, quien se

propone desembarcar y á marchas forzadas llegar á Washington.

—Pero esas son fantasías absurdas que carecen de toda razón y fundamento.

—No; son especies que van rodando por calles y plazuelas, bodegas y cafés, teatros y circos, tertulias y casinos, y contribuyen á enardecer y á entusiasmar al pueblo. Nada será cierto, seguramente; pero el ánimo se sostiene levantado, y podremos esperar con entereza los primeros ataques.

—¿Cree usted que los americanos acometerán con rudeza?

—No me atrevo á responder con seguridad de acierto; á veces creo que la Habana va á quedar convertida en un montón de ruinas, y que de ella, como de Troya, escribirán las generaciones venideras «aquí estuvo la Habana»; otras, viendo como siguen los banqueros en sus escritorios, los agiotistas acaparando el papel que el terror hace bajar hasta lo increíble, los políticos preparándose para obtener actas en la Cámara, y el General jugando sus partidas de carambolas, francamente, dudo de cuanto está pasando y me digo: «¿No será todo un sainete infame á cuya conclusión nos espera el «barba» para tragarnos?»

—Puede ser que piense usted bien, querido

Montoya; que todo esto sea cosa convenida y torta amasada, y que los que nos la queremos echar de patriotas y espíritus viriles no seamos sino mofa y ludibrio de unos cuantos políticos tan faltos de sinceridad y de corazón, como sobrados de retórica, de lengua y de simbología.

—Por lo que toca al Gobierno colonial, puedo asegurar á usted, Marqués, que no hay ninguna incorrección ni está en ninguna connivencia antipatriótica. Gálvez y Montoro, lo mismo que Dolz y Rodríguez, Zayas y Govín, están dispuestos á perecer y á dar todo su apoyo moral y material al General en Jefe.

—¿Y éste? ¿Qué opina usted de éste?

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—Sí, dígala usted.

—Pues no pienso nada, porque cada día habla menos, y cuando no tiene el taco en la mano es una esfinge.

—¿Y su Estado Mayor? ¿Y Pando?

—¡Ah! Su Estado Mayor ahí está en las oficinas de Palacio, charlando, comentando los sucesos, muy alegre por la lección que van á recibir los yanquis, y ordenando la reconcentración de todas las fuerzas de la Isla en los alrededores de la Habana. Cuanto á Pando.....

—Sí; ya he oído decir que piensa salir para México, de donde volverá con 30.000 hombres

para batir por la espalda al enemigo. Pero, ese ejército, ¿quién se lo da? ¿Porfirio Díaz? ¿La colonia española? Y si lo reune ó reune 10.000 hombres, ¿vienen por el aire?

—Esos son rumores sin consistencia. Pando no ha comunicado á nadie su modo de apreciar los sucesos, y si bien celebra constantes y repetidas conferencias con el General, nada hemos podido conocer de ellas, ni aun los más allegados de la casa. Con decir á usted que Montoro sabe menos que yo de cuanto está pasando, se formará usted una idea perfecta de la general ignorancia.

—¿Quiere usted almorzar conmigo, querido Montoya?

—Gracias, Marqués; tengo que ver á un joyero amigo mío, que está completamente trastornado por miedo á las granadas y bombas que disparen los americanos, para tranquilizarlo un poco é impedirle que haga un disparate. Figúrese usted que esta mañana se me ha presentado con un cofre lleno de brillantes, perlas, esmeraldas, zafiros y rubíes, que valen lo menos 50.000 duros; ¿á que no adivina usted para qué?

—Para que usted se lo guardase.

—No, señor; para depositarlo en una de las cajas de la Hacienda. Le he disuadido de propósito tan descabellado, y quiero acabar de con-

vencerlo de que nadie mejor que él guardará esa riqueza.

Á las dos de la tarde las calles estaban animadísimas, y la gente que por ellas cruzaba parecía tranquila y sosegada. Abundaban los uniformes del ejército y voluntarios, y los cafés de las calles del Obispo y Mercaderes rebosaban de toda clase de militares. ¡Qué discursos tan estupendos se escuchaban!

—Ya les daremos tasajo á los yanquis—decía un Comandante de largo bigote y aspecto amenazador, apurando el duodécimo vaso de cerveza.

—Y además les enseñaremos cortesía y buena educación—agregaba un capitancillo cetrino y paliducho, que trasegaba ginebra tras ginebra.

—Señores—arguía un Teniente Coronel de Caballería que estaba en pleno combate con un biftek con patatas y guisantes,—conviene no dormirse en brazos de la confianza. ¡Ah! Si desembarcasen....., buena carga les daría yo con mis «centauros».

—¡Qué van á desembarcar, hombre!—exclamaba un oficial de movilizados que formaba parte del grupo.—¿Saben ustedes cómo está artillada la Habana? Puede resistir, sin sufrir la menor baja, á todas las escuadras de Europa.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Pero entonces—dijo tragando un trozo de filete el Teniente Coronel,—nos matarán de hambre.

—Por eso, sin duda, se prepara usted—contestó el Comandante que bebía cerveza, según su expresión, ínterin no pudiera beber sangre americana.

En la Bolsa reinaba gran pánico. Las acciones del Banco Español habían perdido el 50 por 100 de su valor, y las de Cárdenas y Júcaro se ofrecían al sesenta. Las de las otras empresas y Bancos no tenían cotización. La masa de papel arrojado al mercado era enorme; y aunque se veía á un sujeto bajito, regordete, de bigote muy engomado, con aires de Tenorio panzudo «pedir» para pagar á fin de mes, y se sabía que tal individuo era corredor oficioso de una importante casa de banca, á cuyo frente se encontraba un español de gran concepto financiero, nadie se aventuraba á «entregar», si el pago no se verificaba al contado.

Lo que más alarmaba á todos era el precio que habían tomado los francos y las libras con relación á las pesetas. Estas habían descendido de pronto un 50 por 100.

—¿A dónde vamos á parar?—oíase gritar.—¿Qué es esto? Aún no ha empezado la guerra,

ni se han roto las hostilidades, ni se nos ha bloqueado, y ya los valores se desprecian á tal grado, que ni con la derrota total de España podrían tener tanta merma. ¿Qué misterios hay aquí? ¿Quién mueve estas jugadas ó jugarretas?

Pero los valores seguían bajando y las noticias tomando cada diez minutos caracteres más siniestros y tremendos.

En la Lonja afirmábase á las tres y media que la escuadra española se había encontrado cerca de Santiago de Cuba con la americana. Inmediatamente habían entrado ambas en combate, y el resultado era glorioso para los españoles; el *Montgomeri* se había ido á pique, y el *Iowa* y el *Indiana* estaban apresados. Dábase poco crédito á esta versión, pero creíase que era verdad que el *Buenaventura*, barco mercante español, había sido detenido y embargado como presa de guerra en Cayo Hueso.

—Esto sí que tiene gracia—vociferaban en muelles, fondas, cafés y kioscos millares de personas.—Se deja salir los barcos de la línea Ward y los de Plant, que son americanos y estaban en nuestra bahía, y esos bandidos se apoderan de los nuestros antes de que la guerra haya empezado. ¿Qué Gobierno tenemos? ¿A dónde vamos á parar?

El disgusto era profundo, la irritación colosal.

Hablábase sin rebozo del Gobernador General, y censurábase agriamente á los Secretarios del Gabinete autonomista.

—¿Para qué sirven esos gobernantes de sainete?—se preguntaba por todas partes;—¿han atraido á los rebeldes, han tenido tacto para conjurar el conflicto con el Norte, han sabido amansar á Lée, han podido siquiera hablar con Máximo Gómez?

Los guasones contestaban:

—No hay que quejarse; ya tienen «nombrada» la Cámara insular, que se compone de todos sus parientes y paniagados, de los escritores y periodistas sin reputación y sin pesetas, y de los pollos de la acera que no han tenido valor para ir á comer mal á la manigua. Y además, firman nóminas de 800 pesos oro mensuales. ¿Qué más se les puede pedir?

Montoya, al escuchar estas acusaciones, encendíase en indignación y enojo.

—¿Qué se quiere de los autonomistas?—gritaba.—¿Que den sus vidas? ahí las tienen á su disposición los patricidas. ¿Qué habían de hacer, si desde que empezaron su campaña efectiva no han hallado más que estorbos, dificultades, pasiones é intereses encontrados? Harto se sabe que los Estados Unidos habían avanzado mucho para retroceder. ¿No lo afirmó Canalejas á su

paso por aquí en Diciembre? Por otro lado; ¿acaso el Gabinete colonial ha podido ejercer funciones diplomáticas? ¿No se ha reservado la Metrópoli ese servicio? ¿Podía, en buena lógica, disputársele tal derecho á quien conocía, desde su origen, el camino de estos graves asuntos internacionales?

Verdaderamente, la indignación de Montoya era justa. Los autonomistas, desde su entrada en el Gobierno colonial, solo encontraron dificultades y peligros, y en sortearlos y despejar un poco el camino por que tenían que cruzar se deslizaron los primeros meses del año. Organizar para un país la vida libre é independiente, que ésta existencia implicaba para Cuba el régimen autonómico, no era cosa tan sencilla ni baladí que pudiera hacerse en dos ni diez meses; pero si á esta labor de tiempo, de perseverancia, de lucha contra los intereses antiguos que se sienten lastimados con las innovaciones del nuevo estado político y social, de tacto y de experimentación, se agregaban los escollos que creaban la guerra interior con los elementos revolucionarios del país, y la que se presentaba, casi de improviso, con una nación rica y poderosa, bien pertrechada y defendida, ganosa de aventuras fáciles y de gloria de poco precio, que invocaba los derechos de humanidad para intervenir en una

contienda de familia, subían de punto las contrariedades y no existía razón bastante para culpar á un Gobierno que en circunstancias tan extraordinarias y anómalas había tenido la abnegación y el patriotismo de aceptar las responsabilidades inherentes al mando.

Evidente era que los Ministros coloniales durante Enero y Febrero, más que de obtener la paz material de la Isla, atrayendo á los revolucionarios, causa viva para que la intervención americana llegase á ser un hecho fatal, habíanse ocupado de arreglar la empleomanía, dando el «cese» á la mayor parte de los funcionarios de origen español. Govín, como Ministro de Justicia, había hecho temblar las esferas judiciales; Zayas tenía aterrados á Catedráticos y Maestros; Dolz en Obras públicas «hacía y deshacía» con olímpica altivez; el propio Montoro, tan suave y tan bondadoso, trasegaba empleados que era una bendición, dejando á muchos colgados en el trasiego. Lo primero—pensaban sin duda estos gobernantes incipientes—es rodearnos de buenos y adictos servidores, y lo demás, repitiendo una frase que había hecho célebre Márquez Sterling, decían—«vendrá por añadidura».

Ante la realidad, que se había impuesto violentamente, dolíanse del tiempo perdido, presin-

tiendo con melancólica tristeza que su campaña de regeneración terminaría al iniciarse la primer jornada.

A las cinco de la tarde, un sol vivo y ardiente todavía iluminaba la ciudad y sus espléndidos alrededores: á esta hora la animación y el bullicio de los impresionables habaneros aumentó extraordinariamente. En centenares de carruajes particulares y de punto cruzaban las calles, dirigiéndose al Prado y extendiéndose á todo lo largo de la Punta y de la Calzada de San Lázaro, lugar predilecto de paseantes y desocupados. El Parque, la gran explanada que está detrás de la Cárcel, el «placer» que surge al concluir el Prado y salpica con sus olas el mar, todo estaba invadido y lleno por una multitud abigarrada, en la que abundaban, tanto como los militares y voluntarios, las señoras y los niños. Miraban unos y otras hacia la extensión líquida que se movía y agitaba sin gran furia, quebrando sus ondas espumosas en la base granítica y formidable del Morro, bien así como si aguardasen á que de su seno azulado y misterioso brotase algo inesperado y resonante, algún Dios marino ó algún monstruo mitológico. Esperaban ver de momento aparecer en el límpido horizonte la temida escuadra yanqui, de la cual tantos y tan contrarios juicios se forma-

ban. Querían contemplar aquellos prodigios maravillosos de la arquitectura naval moderna, que, al decir de todos los laborantes y de muchos españoles que se jactaban de conocer á fondo los progresos náuticos de los Estados Unidos, eran capaces de destruir en una hora cuantos acorazados, cruceros, guardacostas, torpederos y avisos pudiera España colocar en línea de combate. Verlos aparecer, apreciar su magnitud, formarse una idea aproximada de su potencia destructora, era lo que en aquel instante ambicionaban los millares de habaneros, que, como bandadas de pájaros alegres, pasaban por el Prado, cruzando por delante del palacio de Santa Fe, al cual saludaban muchos con palabras efusivas de manifiesto cariño, y á los que él contestaba afable y atento, desde el balcón principal, en donde estaba asomado en compañía de gran número de señoras y caballeros, descollando entre aquellas, por su hermosura, por su viveza y por su animación, que parecía comunicarse por hilos invisibles á toda la ciudad, la encantadora y sugestiva Julia Chenaix.

—Bien se conoce—exclamó ésta—que estamos en fin de siglo.

—¿Por qué?—preguntó el Licenciado Verdura, que estaba á su lado y comía esa tar-

de con Santa Fe, en unión de una docena de personajes, que eran los que, con sus esposas, llenaban los balcones de la casa.

—Porque en vez de rezar, de armarnos y prevenirnos, como lo habrían hecho nuestros abuelos, esperamos al enemigo, que viene á bloquearnos, con intenciones, tal vez, de reducirnos á polvo, bromeando sin ningún temor, recorriendo locamente la ciudad, comiendo y bebiendo, y, si tarda un par de horitas, nos hallará bailando.

—Ventajas del progreso—dijo Martinón, que desde hacía un mes era Magistrado de la Audiencia, por especial favor de Govín, y gracias á haber justificado—en información secreta—que su bautismo no se había efectuado en Potes, sino en Bainoa.

—¡Oh el progreso!—agregó el Marqués del Gallo, que vestía su uniforme de Coronel de Voluntarios y miraba con ojos apasionados á la preciosa amiga de Santa Fe.—El progreso nos proporciona todas esas ventajas.

—Sí; tiene usted razón—contestó Montoya, que formaba parte de los invitados á la mesa del Marqués.—El progreso nos proporciona emociones tan intensas como la que experimentamos en estos momentos, en que puede afirmarse que jugamos con la muerte, á pesar de

lo cual conservamos la serenidad y nos disponemos á comer con todo sosiego y tranquilidad.

—Eso sólo prueba una cosa—gritó Verdura.

—¿Cuál?—preguntaron á un tiempo varios invitados.

—Que tenemos confianza absoluta en las autoridades encargadas de velar por nuestra seguridad.

—Sí—añadió Julia con tono desdeñoso,—y en nuestros pies para correr en cuanto los americanos se pongan ahí enfrente.

Y señaló el mar, que se veía desde el balcón, y que continuaba suavemente rizado, azuloso y brillante, herido por los rayos del sol poniente, que se desgajaba en torrentes de opalino fuego en las lejanas lomas de Managua y de las Lajas.

Hubo una protesta general, aunque respetuosa, contra la injuriosa afirmación de Julia.

—¡Huir! ¡escapar! ¿Quién sería osado á cometer tal bajeza? «Antes se hundirá la bóveda celeste»; acción tan indigna y miserable, créalo usted, Julia — dijo Martinón,—no la realizará ninguno que por buen patriota se tenga.

Y el respetable funcionario judicial silabeaba sus palabras con tanta indignación, y su rostro, amarillo y cetrino, encendíase en tonos bermejos para expresar el odio que le inspiraban los americanos, y lo dispuesto que se encontraba á

sacrificar su vida en aras de Cuba autónoma y libre.

El propio Montoya se reveló contra el irritante supuesto de Julia.

Esta, sin perder su graciosa sonrisa ni abochornarse por la expresión de aristocrática cólera que sus palabras habían producido, dijo:

—¡Ea! no se hable más del asunto; ¿no huirán ustedes cuando asomen las proas del *Cincinati* y del *Iowa*? Pues eso, precisamente, era lo que yo quería escuchar. Ya veo—agregó tosiendo con visible esfuerzo—que la sangre de los Cides y Quijotes corre aún, en gran cantidad, por las venas de los españoles..... pasados por agua.

Oyóse una carcajada general, y la esposa del Director de Sanidad, una rubia casi tan hermosa como Julia, la abrazó fuertemente, besándola con estrépito.

—A comer, señores, á comer—dijo el Marqués, que no había desplegado los labios.—Esto va largo, y la escuadra de seguro que no se presenta hasta media noche.

—Sí, á comer—exclamó Martinón, que siempre estaba dispuesto para resolver los incidentes de cocina;—y que vengan cuando gusten esos traga-diques, que antes de ocho días hemos de ver desarbolados y amarraditos á las boyas de nuestra bahía.

Pasaron al comedor de Santa Fe los convidados: era éste amplio y magnífico, con grandes ventanas á los cuatro vientos, y puertas de comunicación á las habitaciones interiores y á una azotea convertida en mirador y jardín, llena de plantas y flores de todos géneros y calidades, de enredaderas y trepadoras, que le daban un aspecto gratamente sombrío y melancólico. El pavimento era de mármol blanco, y las paredes y el techo estaban admirablemente pintados por Angel, un pintor que había vivido algún tiempo en la Habana, y á la sazón buscaba la gloria en Madrid. Dos aparadores valiosos, con tallas de mérito, estaban atestados de loza y cristalería, y una nevera ó refrigerador de caoba obscura con adornos de niquel y grifos dorados, guardaba, para que conservasen la frialdad del hielo, que tanto agrada en Cuba, vinos de Rioja, de Burdeos, de Jerez y de Champagne, quesos de Holanda, Chester y Asturias y uvas, peras y melocotones de California. Platos de mayólica y de Sevres, cuadros de caza, marinas al óleo y espejos dorados cubrían los huecos de las paredes que el pincel había dejado libres, y un reloj monumental, colgado en uno de los testeros del comedor, daba las horas, con graves y sordas campanadas. La mesa, larga y ancha, con un gran pie central y dos en cada

cabecera, de resistente cedro bruñido, estaba tan perfectamente calzada que conservaba siempre la fijeza de una roca. Había sillas volantes, mecedoras y sofás de paja de la India; pero para sentarse los comensales existían sillas de cuero con clavos de plata, anchas y cómodas como butacas.

La mesa estaba aquella tarde muy bien adornada: en el centro, sobre un mantel de blancura deslumbrante, había esparcidas artísticamente gran variedad de flores, entre las cuales descollaban los claveles rojos, las rosas amarillas y los crisantemos; los saleros y los convoyes conteniendo aceites, vinagres y pimientas, de oro sin mezcla que los desvirtuase, veíanse por todas partes, y en las copas y vasos, botellas y jarros de fino cristal de bacarat unas, y de plata otros, quebraba sus moribundos rayos el sol, próximo á ocultarse y que, con lánguidos desmayos, penetraba por las ventanas de la derecha.

El servicio de entremeses excitaba el más gastado apetito: jamones de York y de Trévelez, galantinas, pavo trufado, lengua en escarlata y de cíbalo, ensaladas frías con huevos cocidos, remolacha, trufas, pimientos y boniatos, sardinas de Vigo y de Nantes, anchoas y aceitunas; verdadera y espléndida manifestación de riqueza y de generosidad por parte de un anfitrión

que podía competir con los patricios romanos, contemporáneos de Petronio.

—¡Bravo! ¡bravo!—dijo al entrar el Magistrado, cuyos ojillos de gorrión se agrandaron á la vista de tan consolador y confortable espectáculo.—Esto es soberbio, esto es regio; por las trazas, querido Marqués, va usted á darnos un festín superior al de Baltasar.

—Sí por cierto, y con el consabido *Mane, Thecel, Phares* de último postre—contestó sonriendo Santa Fe, que con solicitud afectuosa iba indicando á cada convidado su asiento.

—¿Qué nuevo postre es ese, que no le conozco?—preguntó cándidamente el Marqués del Gallo.

Una risa estrepitosa acogió la pregunta; pero la circunspecta seriedad de Alberto, la cortó en seco en todos los labios.

—A decir verdad—dijo respondiendo al «invicto» Coronel de la calle de la Muralla,—yo mismo no sé con toda exactitud lo que es eso. Afirman algunos sabios—agregó—que fueron ciertas misteriosas palabras ó signos que un rey egipcio, Baltasar si no me equivoco, vió escritas en una de las paredes de su comedor al terminar un banquete en que la burla á los dioses se había llevado al último extremo.....

—¡Ah! ¡historias de la Edad Media!—exclamó

desdeñosamente el rico comerciante; — poco aprecio hago de ellas y nada me enseñan: lo interesante es comer.

Habíanse sentado todos, arrellanándose cómodamente en sus asientos, desdoblando las finas servilletas, marcadas con las armas y la corona de los Santa Fe en seda roja y amarilla, y empezado los criados, vestidos de dril blanco con corbata del propio color, á servirles entremeses, vino blanco de Macón y agua fría que, al caer en las delgadas y transparentes copas, las empañaba con una ligera capa de vapor.

Comían todos alegremente, sin hacer gran derroche de palabras, con cierto recogimiento frailuno, propio de toda fiesta culinaria que empieza; y los caballeros, como homenaje de consideración y respeto á las damas, ofrecíanles algún rabanito, algún pequeño trozo de salchichón ó bien una ténue raja de jamón de la Sierra.

La tarde había concluído, y el sol ocultara por completo sus luminosos y destellantes resplandores: quedaba esa claridad incierta, vaga, poco intensa que sigue en Cuba á la desaparición del astro diurno, que sin ser la del crepúsculo de las zonas templadas, cubre la tierra por algunos minutos con reflejos poderosos y encantadores.

Esta luz, pálida y dulce, hería suavemente el rostro de Julia, dándole tonos de extraña y

enloquecedora belleza, y su peinado exquisito, realzado con ricos adornos de brillantes, recogía los mortecinos rayos que, confundiéndose con los que brotaban de los espejos heridos, en una nota enérgica de claro-obscuro, cegaba á los que estaban á su frente.

Retiráronse las fuentes y platos de entremeses, y empezaba á tomarse la sopa, humeante y deliciosamente olorosa, menudeando ya las frases festivas y graciosas de los comensales, cuando inesperado y aterrador, apagando el moderado ruido de los que hablaban, sonó, duro y retumbante, el estampido de un cañonazo.

—¡Diablo!—exclamó Montoya.—¿Estarán ahí los enemigos?

No había concluído de pronunciar la última palabra, y otro cañonazo, más fuerte y seco, produjo un estremecimiento general.

—¡Ellos son!—gritó Julia.—¡Estamos bloqueados!

Como si una fuerza invisible y desconocida moviese á todos los huéspedes de Santa Fe (mujeres y hombres), lanzáronse á la azotea, desde la que se dominaba perfectamente el mar, que escrutaron con ansia de insuperable miedo.

—No veo nada—objetó el Magistrado, que entornaba sus ojillos para ver algo.

—Pues no cabe duda; son los cañonazos de alarma—replicó el Director General de Sanidad.

—Los mismos de que habla la alocución de esta mañana que publica la *Gaceta.*

—Sí—exclamó Santa Fe, que con unos magníficos gemelos de mar de poderoso alcance, miraba con dirección al Sur;—es la escuadra americana: distingo perfectamente la bandera estrellada en los topes, y me parece que también distingo el *Oregón.*

Sin necesidad de anteojos empezaron á verse los barcos yanquis que maniobraban flanqueando el Morro, de cuyos tiros trataban de ponerse á cubierto, como si pretendieran dar fondo en la playa del Vedado.

Sin saludarse los convidados, dejando sin concluir la sopa, que amarilleaba en los platos de porcelana, ni decir adiós al Marqués, que estaba absorto contemplando las evoluciones de los acorazados y cruceros americanos, desaparecieron todos como por ensalmo de la azotea, abandonando en desordenada fuga la casa.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—¿Ríes, Julia?—preguntó admirado Alberto á su querida, que estaba á su lado, de espaldas al mar y señalando á Martinón, que arrastraba á su atribulada consorte.

—¿Y cómo no, si tus parásitos y aduladores

han justificado mis temores de hace un momento, antes de que concluyesen de tomar la sopa?

—Es verdad, se han ido; ¡qué cobardes y qué pequeños!—murmuró tristemente el Marqués.

X

—Hénos aquí frente á la realidad, querida Julia—exclamó Alberto, dejando sobre un velador de ónix los anteojos, y sentándose con abatimiento en un mecedor.

—Y bien—respondió Julia,—¿por qué temerle? ¿vacilas?

—¡Oh! no: de nada, absolutamente de nada de lo hecho me arrepiento. Estoy en donde debía estar, en el lugar que me asignaban la historia de mi familia, á la cual me debo; el honor de mi raza, de la que no puedo renegar; la libertad y la independencia justa de mi país, que creía seguras con España, y presiento conculcadas para siempre por los que, novísimos cartagineses, quieren entrar como amigos para después ser los señores, y mi conciencia, que nunca ha transigido ni transigirá con las indecisiones y apostasías, ni con las medias tintas y convencionalismos de nuestro tiempo.

—Entonces, Alberto mío, nada extraordinario sucede, porque lo presente es consecuencia

natural y lógica de lo pasado, y á nadie que estudie con un poco de sentido la forma en que los acontecimientos se fueron desarrollando, podrá ocultarse este desenlace.

—Verdad es; y sin embargo, yo, que vengo desconfiando desde un principio de cuanto nos rodea, tuve á última hora una consoladora esperanza de arreglo. ¡Todo! ¡todo se ha perdido! —exclamó con amargura profunda Alberto, por cuyas mejillas enrojecidas corrían gruesas y escaldadoras lágrimas.

Adivinólas Julia en la obscuridad de la noche, que había sobrevenido totalmente, y abrazándolo y besándolo con arrebatos de loco amor, dijo:

—No, Alberto, no se ha perdido todo; en puridad, no se ha perdido nada aún. ¿Quién nos asegura que no triunfaremos? ¿por qué desconfiar del poder de España? No es una nación tan grande ni tan rica como los Estados Unidos, pero es un pueblo acostumbrado á la guerra, que ha nacido peleando, que pelea siempre, que no se acobarda ni intimida nunca, que hace de su honor y de su dignidad una verdadera y amada religión. Cuando se ha lanzado á la lucha, con algo poderoso y no sospechado por nosotros debe contar; de otra suerte, no lo haría; porque, ¿no arrastrarían sus altivos y orgullosos hijos,

hasta dejarlos sin vida, á los gobernantes que lo condujesen á la derrota?

—Tienes razón, Julia, tienes razón; á un conflicto como este no se llega sin tener confianza en el éxito; y no habría gobierno bastante desaprensivo que se atreviese á provocarlo si carecía de los elementos y fuerzas necesarias para salir airoso. Tus palabras me confortan y animan, y lo único que lamento es haberte arrastrado á tí, que tantas pruebas de noble amor me has dado en estos crueles días, al peligro espantoso que nos amenaza.

—¡Peligro! Ninguno, Alberto; ningún peligro nos amenaza: nada temas por mí, que sé burlarlos todos y que sabré también defenderme si el caso llega. ¿Ignoras que sé manejar el rifle y el maüser?

—Sí; sé que eres valiente y que me amas, que sin vacilar te sacrificarás por mí; pero esto mismo me apena y contraría, porque yo no tengo ningún derecho á tu vida.

—¡Alberto! ¿Que no tienes derecho á mi vida? ¿Pues á quién, mejor que á tí, que eres el sér que más idolatro en la tierra, podía consagrarla? ¿Acaso—dijo con marcado acento de tristeza Julia—has pensado alguna vez que mi amor era un fútil entretenimiento, un vano artificio que ocultaba aspiraciones interesadas?

—¡Julia, por Dios!—exclamó Alberto levantándose y estrechándola contra su pecho.—No hables así. Yo creo en tí; te adoro con infinita ternura porque eres bella, porque eres buena y porque me amas, y si manifiesto temor por tí es porque quisiera estar persuadido de que ninguna amenaza de muerte te amagaba.

—Pues bien, Alberto, tranquilízate: nada grave ni á tí ni á mí nos ha de pasar. ¿Deseas saber más? Ni tampoco á la ciudad.

—¡Julia! ¿Cómo puede ser eso? ¿No intimarán los americanos la rendición de la plaza?

—Por dos razones, afirmo que no: la primera, porque conozco á los bloqueadores y sé que no quieren exponer sus barcos ni sus vidas á los proyectiles de los cañones de nuestras fortalezas; y la segunda, porque María Luisa Meza, al salir para los Estados Unidos, me dijo: «Aunque nada ha de ocurrir que sea digno de escribirse en mármoles, me voy; quiero justificar mi entera y completa adhesión á la causa cubana, abandonando una ciudad tan hispanófila como ésta, mientras nuestros amigos y libertadores no la expurgan de sus aborrecidos tiranos.» Y ten por cierto que cuando María Luisa se expresaba en tal forma, era porque debía estar muy enterada de los planes de campaña de la gente de Washington y de New-York.

—De todos modos, no podemos entregarnos á optimismos agradables, Julia querida, porque la verdad es que la escuadra enemiga la tenemos á la vista, y la guerra se ha declarado por las dos partes beligerantes en forma solemne. Tal vez no nos bombardeen hoy, pero lo harán mañana, ó pasado, ó dentro de algunos días, si no llegan nuestros acorazados á tiempo, para obligarla á despejar el mar.

—Es verdad, nadie puede afirmar lo que va á suceder; por eso te pido que me otorgues una gracia.

—¿Qué puedes desear, Julia mía, que yo al punto no te lo conceda?

Besando nuevamente á su amante, la deliciosa mujer, con palabra dulcísima y musical, dijo:

—Pues bien, Alberto, quiero que me des hospitalidad mientras dure el bloqueo, ya que no es posible que tú te traslades conmigo al Tulipán.

—¡Julia!—contestó Santa Fe abrazándola.—¿Es posible que tal cosa pretendas? ¿Y qué dirá la sociedad?

—¡La sociedad! ¡la sociedad! Pero ¿acaso existe hoy en Cuba? ¿No se han roto todos los eslabones que la formaban? ¿Quién cumple aquí con su deber? ¿Quién no ha demostrado una despreocupación rayana en la desvergüenza? ¿Quién

no ha puesto sus conveniencias y sus pequeños egoísmos por encima de todo lo sagrado? ¿Crees que debemos guardar respeto á los que se han quedado porque no han podido escapar? ¿Á Martinón y á su nerviosa consorte? Además, ¿qué me importa á mí la opinión, si estoy á tu lado, si vigilo tu sueño, si espanto con mis besos tus malas ideas, si te veo á todos los instantes, si sé que una propia muerte, producida por idéntica causa, puede acabar á un tiempo con nuestras existencias?

—¿Tanto me amas, Julia de mi alma?

—¡Oh! Como no ha amado ninguna mujer en el mundo; con más fervorosa y santa pasión, con más pureza y heroismo, que amaron las ideales creaciones femeninas de los grandes novelistas. Yo misma me admiro, á veces, del culto fanático que por tí siento.

—Pero.....

—No, no me des excusas, porque no me iré aunque me *botes*.

—¡*Botarte!*—gritó Alberto besándola delirante.—¡Jamás! Sólo la muerte nos separará.

—Gracias, gracias, Alberto mío; yo me ocultaré y nadie me verá más que tus servidores, y éstos son discretos y no me aborrecen.

Conmovido, emocionado por tanta sensación diferente Alberto, gustoso de ver constantemente

á su lado á la mujer que con tan profunda intensidad le amaba, cuyas delicadezas, abnegaciones y ternuras le habían hecho olvidar la gran pasión que en otro tiempo agitara su alma y que de tan doloroso y trágico modo había concluído, no tuvo fuerzas para resistir los deseos de Julia y accedió á lo que le pedía.

—Al fin—pensó,—es muy posible que perezcamos en la lucha que empieza, y juntos moriremos contentos.

Fuéronse al comedor, y con perfecta tranquilidad continuaron comiendo, desdeñando, embriagados en su amor que se ensanchaba con nuevos y más claros horizontes, los peligros de que estaban cercados; desafiando audaces el porvenir, y enteramente olvidados de los falsos amigos que media hora antes llenaban la casa y mordían, con ansias famélicas, los embutidos y salchichones de la mesa.

En la calle la agitación era tremenda. Los que habían pasado la tarde en la Punta y en la Calzada de San Lázaro volvían apresuradamente á sus casas, y dando gritos extentóreos, vivas frenéticos, increpando á Sampson, injuriando á Mac-Kinley y diciendo horrores de Lée, armábanse hasta los dientes. Lloraban ruidosamente las mujeres, y los niños contemplaban aterrados la ira de que daban muestra sus padres, que de

vez en cuando apretaban los puños, amenazando furiosos al espacio. A las dos horas estaban preparados y dispuestos para batirse más de diez mil voluntarios. Con grandes esfuerzos habíanse organizado compañías y batallones, pues la confusión y el desorden eran tan espantosos que nadie se entendía, ni las disposiciones de los jefes eran interpretadas con absoluta fidelidad. A crear esta situación anómala y peligrosa contribuía la medida que acababa de cumplirse del Gobernador Militar, mandando apagar los faroles de la calle del Prado y del Parque Central, con lo que la ciudad quedaba envuelta en obscuridad tenebrosa, que ni aun permitía que las personas se conociesen.

Las calles de O'Reilly, Obispo, Mercaderes, San Ignacio y Cuba, como ríos alborotados y caudalosos, desbordábanse de hombres armados con fusil y machete, que se dirigían al Gobierno General dando vivas á España y á Cuba, y mueras á los yanquis.

¡Cosa singular! No se oía un grito contra Máximo Gómez, ni contra los insurrectos, ni contra los aborrecidos *majás* de la ciudad. Todo el encono de la multitud manifestábase hacia el enemigo, cuyos barcos maniobraban á ocho millas escasas de la orilla.

¡Ah, los yanquis! Á estos sí que era preciso

castigarlos duramente; ellos eran los culpables de cuanto ocurría.

Por su consejo y contando con su protección, lanzáranse á la manigua los cubanos; el incendio de los ingenios y de sus extensos cañaverales, obra suya era; mintiendo á España una amistad que vulneraban todos los días, sostenían viva la rebelión facilitándole armas, municiones, y voluntarios y dando promesas de una ayuda que llegaba cuando el país era un montón de escombros, 2.000 millones de pesos estaban perdidos completamente, y 300.000 seres humanos habían sucumbido á consecuencia de la guerra.

En estos términos se expresaban peninsulares é insulares, que andaban mezclados y unidos; que juraban sucumbir antes que dejar entrar al extranjero, cuyas intenciones ya no se tomaba la molestia de disfrazar.

Y arreciaban los vivas estentóreos; las imprecaciones y juramentos ensordecían el espacio y un ruido de siniestra tormenta se escuchaba por todas partes. Contribuían á formarlo los coches que corrían desesperadamente, las guaguas y carritos que cruzaban atestados de soldados, voluntarios y movilizados, los hombres á caballo que se lanzaban en la obscuridad de la noche como si fuesen á tomar una trinchera y la multitud que, temerosa de que el bombardeo empe-

zase, buscaba en los extensos placeres, en los parques y plazas un refugio salvador.

De vez en cuando hacíase un silencio sepulcral, absoluto, como si todas las voces se ahogasen instantáneamente, como si las propias respiraciones cesasen de improviso. Era que del mar venía alguna nota de amenaza por medio de los reflectores eléctricos de los acorazados, cruceros y transportes, que hacían su primera noche de bloqueo, que enfocaban sobre la ciudad, iluminándola con poderosos tonos opalinos, detallando, como una fotografía, ora el palacio del Gobernador General, ora la Maestranza de Artillería, ó bien la cárcel y la recta y hermosa avenida del Prado, hasta la primera línea de casas de la Calzada del Monte.

Los cafés de «Ambos Mundos», «España» y «El Correo», tenían puestos grandes carteles en las paredes, en los que se leía: «En honor de la patria, esta noche beberán gratis sus defensores». «Pidan.»

¡Y cosa rara! Nadie aceptaba el regalo, y cuantos entraban á tomar cognac, ginebra, ron ó Jerez, estimaban caso de honor el pagar, apesar de la resistencia que á recibir dinero oponían los generosos principales y dependientes de los establecimientos.

Á las diez de la noche no podía dárse un paso

en los alrededores de Palacio. La plaza de Armas y las calles que en ella desembocan, formaban una masa compacta de soldados y voluntarios armados.

—¡Viva España!—gritaba una voz; y treinta mil respondían:

—¡Vivaaa!.....

En seguida oíase decir:

—¡Viva Cuba española!

—¡Vivaaa!.....—contestaba la muchedumbre.

Pero cuando ésta se exaltaba y enfurecía hasta enloquecer, era cuando los reflectores de los barcos enemigos caían sobre ella de pronto, y disipando las sombras de la noche, débilmente atenuadas por los faroles públicos semiapagados, alumbraba la patriótica escena. Entonces querían los más violentos arrojarse á nado al mar é ir á buscar á los cobardes que se solazaban, como bufones de circo, muy resguardados de los cañones del Morro y de la Punta, de alcances extraordinarios, en fuegos de luz. Desahogaban su cólera gritando:

—¡Mueran los yankis! ¡Muera Mac-Kinley! ¡Muera Lée!

Mueras que iban resonando por toda la ciudad, hasta sus barrios más apartados, como un reto á los que se presentaban á título de fuertes, de temibles y de conquistadores.

En uno de esos silencios amenazadores en que quedaba sumida la multitud, oyóse una voz vibrante, sonora, de barítono poderoso, que cantó:

«Del *Iowa* y del *Montgomeri*
hemos de hacer picadillo,
para darle á Mac-Cullón
un sabroso guisadillo.»

Resonó un aplauso formidable.

—¡Otra! ¡Otra!—gritaron millares de voces.

El improvisado artista volvió á cantar:

«Un soldado de Castilla
vale por diez georgianos,
y cada español se almuerza
sus catorce americanos.»

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Bravo!—oíase decir por todo el ámbito de la plaza.—¡Que salga el autor!

Iba sin duda éste á darse á conocer á los que le aclamaban, cuando se abrió de repente la puerta central que da acceso al balcón de Palacio, y alumbrado por grandes hachas de cera apareció S. E.

Restablecióse de nuevo el silencio.

—¿Qué dirá?—se preguntaban á sí propios los que formaban aquel espeso núcleo de entusiastas y de valientes.

No tardó en oirse al General. Con voz bastante fuerte, para que se le escuchase en los cercanos muelles, dijo:

—«Españoles: Estoy gratamente impresiona-

»do por vuestra actitud, que es la propia de los »pueblos dignos y altivos que prefieren morir á »ceder ante indignas exigencias. Ya todo lo sa»béis: el enemigo está á la vista, aunque no al »alcance de los tiros de nuestras fortalezas y ba»terías; pero contando con vuestro esfuerzo, le »haremos retroceder arrepentido de su torpe »intento de querer violar la soberanía que con »tanta razón y justicia ejercemos sobre esta »tierra.»

—¡Viva el General Blanco! ¡Viva España! ¡Viva Cuba española!—gritó la muchedumbre.

—«Gracias, queridos ciudadanos—continuó el »General;—esos vivas llegan á mi corazón, en»cendiéndolo en entusiasmos patrióticos, y me »demuestran que puedo contar con vuestro firme »apoyo.»

—Sí, sí—respondieron con una sola voz cuantos ocupaban la plaza.

—«Pues bien; contando con vuestra adhesión »y con los medios de defensa que tenemos, *nada »hay que temer; el triunfo será nuestro.*

»¡Viva España!»

—¡Vivaaa!.....—exclamaron con loca alegría y frenético entusiasmo todos los que escuchaban.

Retiróse el General, y una música que nadie había visto, y que se presentó inesperadamente

bajo los portales de la casa Santovenia, empezó á tocar la Marcha Real española.

¡Qué ruidosas aclamaciones á España se escucharon! ¡Qué votos heróicos y qué promesas sublimes se hicieron en tales instantes!

La multitud quería que el General bajase para elevarlo sobre sus hombros, para pasearlo en triunfo, para expresar su sentimiento de fidelidad á la madre patria en la persona de su representante; pero S. E. encontrábase fatigado, tenía necesidad de descanso, no podía ni debía molestársele más. De su tranquilidad y de su reposo dependían los de toda la ciudad, mejor dicho, los de toda la Isla, que estaba pendiente de sus órdenes y mandatos.

Cerca de las once empezó á desfilar, camino de sus hogares abandonados, aquella enorme y compacta masa de hombres que entonaban canciones patrióticas, insultaban con duras palabras á los enemigos y se manifestaban dispuestos á la muerte antes que ceder á sus humillantes pretensiones.

Los rezagados huyeron despavoridos á las doce menos cuarto, al sentir dos cañonazos que partieran de la batería del Morro.

¿Qué habia pasado? ¿Empezaba el bombardeo? A hora tan desusada y sin notificación previa al Gobernador de la Plaza, ¿darían principio

al ataque los yanquis? ¿Qué clase de guerreros eran estos y qué nociones tenían del derecho de gentes?

La efervescencia volvió á ser terrible; pero todo el mundo se contuvo esperando nuevos estampidos.

Transcurrió un cuarto de hora, una hora entera, y nada se oyó. Un silencio completo reinaba en la ciudad, y sus habitantes, rendidos por las emociones, se entregaron al reposo.

Á la una llegó Alberto á su casa.

Julia aguardaba con verdadera ansiedad, y al verle dijo:

—Cuéntame, dime lo que ha pasado.

—Nada excepcional. El pueblo armado, que ha ido á ofrecerse al General; éste que le ha dado las gracias, y el Morro que ha soltado dos confites á uno de los barcos americanos que se acercó demasiado á nuestras aguas.

—Y bien, ¿qué debemos temer? ¿Qué debemos esperar?

—¡Ah, Julia hermosa! ¿Deseas que te diga lo que en estos instantes piensa mi cerebro y siente mi alma?

—Sí, sí.

—Pues creo que debemos temerlo todo y no esperar nada.

Los dos amantes abrazáronse con tristeza, y

despidiéndose con visible angustia, se retiraron á sus habitaciones.

Con un sol brillante y un cielo de blanquísimas nubes, veteado de azulosas manchas, apareció para los atribulados habaneros el nuevo y temido día.

¿Iniciaríase entonces el ataque? ¿Las bombas y las granadas empezarían á llover sobre las casas, hundiendo sus azoteas, incendiándolo y destruyéndolo todo? Nadie sabía contestar á estas preguntas. La prensa, como de costumbre, no decía nada importante; limitábase á dar cuenta de la manifestación de la noche anterior, á comentar la alocución del Capitán General, asegurando, por cuenta propia, «que nada grave amenazaba, que el enemigo no había notificado la rendición de la ciudad, y que el alcance y poder de los cañones de las fortalezas españolas garantizaban la vida de todos completamente». A pesar de estas manifestaciones, los vecinos del Vedado refugiábanse en la capital, y los que podían abandonar ésta, íbanse á la Víbora, al Luyanó, al final del Cerro y á Guanabacoa. Y no alargaban más su escapatoria los tímidos, porque tropezaban muy pronto con las avanzadas del General Rodríguez, tras de las cuales estaba el grueso de sus fuerzas, que ocupaban los Quemados y Punta Brava. El Generalísimo descan-

saba tranquilamente, rodeado de venturas y satisfacciones, esperando el momento de entrar triunfante en la Habana, en el magnífico ingenio *Portugal*, del insigne patricio español D. Miguel Calvete.

Como el cable había enmudecido para la prensa y para el público, corrían de boca en boca las más estupendas y pavorosas noticias.

Los conservadores ocupaban de nuevo el poder, y las turbas, irritadas contra los liberales, habían incendiado las casas de sus principales jefes. Moret, al que se acusaba de no haber tenido energías contra Mr. Woodford y su Gobierno, se refugiara en Londres. El Ministro de Marina, temiendo un fracaso y no pudiendo resistir las acusaciones que se le hacían, se había suicidado en plena sesión del Senado.

Barcelona, Valencia, Sevilla y otras poblaciones, hallábanse sublevadas contra la legalidad.

¿Cómo se sabía todo esto, si los telegramas que dejaban circular de New-York los mismos bloqueadores los recogía el Gobierno General? Si de este centro oficial nada grave ni importante se comunicaba á los curiosos, ¿qué crédito podían merecer tales patrañas?

Lo que sí era cierto y no dejaba lugar á du-

das, era que la baja en todos los valores tomaba el aspecto de una catástrofe.

Cotizábanse las libras al cincuenta, y en las casas de cambio de la calle de Mercaderes pagaban los centenes á catorce pesos cincuenta centavos plata. Nadie compraba acciones ni valores antillanos, porque, habiéndose puesto «Cárdenas y Júcaro» al treinta de valor y al veintiocho el «Banco Español», el pánico financiero era espantoso.

Las tiendas estaban cerradas en su mayoría, porque principales y dependientes hallábanse en la calle formando los entusiastas batallones de voluntarios que ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad. En el Cerro y en lo alto de Jesús del Monte, había grandes núcleos de fuerza armada; y para evitar un desembarque inesperado de los americanos ó un ataque, poco probable, de los insurrectos, habíanse levantado trincheras formidables en diferentes puntos de ambos barrios.

La fisonomía general de la ciudad era completamente marcial. No se veían más que uniformes, y los escasos particulares que atravesaban las calles hacíanlo con rapidez y temerosos de algún mal encuentro.

Los teatros suspendieron sus funciones, prohibiéndose toda clase de reuniones y espectácu-

los; el país fué declarado nuevamente en estado de guerra, amenazándose con la pena de muerte por el más leve de los delitos. Creáronse juntas de barrio para atender á la defensa de las casas, de pertenecer á las cuales no podía eximirse nadie. En el de Santa Clara, era jefe de una de ellas el Licenciado Verdura, y á todo lo largo de la calle de Neptuno mandaba despóticamente el Magistrado Martinón. Ambos personajes tomaban la nueva ocupación con marcada repugnancia, porque eran de los que murmuraban, *sotto voce*, de la ineficacia de defenderse, dado que los americanos no cederían en su empeño si no ganaban el pleito con costas. Por supuesto que esto no lo sostenían en público ni ante los patriotas exaltados de las calles de la Muralla y Obispo, que no habrían dejado sin correctivo tan criminales opiniones: lanzábanlo en el corro de los tibios y de los vacilantes, de cuantos, más ó menos yancófilos, consideraban que la intervención era un bien para Cuba, desde que la habían visto decretada y comprendieran que España difícilmente podría oponerse á las fuerzas desplegadas por enemigo tan poderoso y decidido.

El patriotismo de Verdura y Martinón, como el de otros muchos, empezaba á aflojar, y ya se permitían llamar al «Chino Viejo», «el Genera-

lísimo»; «revolucionarios» á los insurrectos, disculpando los incendios, descarrilamientos y macheteos de los dos últimos años.

Los que se indignaban contra todos estos cambios eran Montoya y sus amigos.

—¿Qué—decia el consecuente autonomista,—será posible que tan pronto cambien de criterio los hombres? ¿Que disculpen hoy lo que ayer condenaban iracundos? Por mi parte, aunque en ello me vaya la existencia, maldeciré siempre la guerra; no perdonaré á los que han convertido en montón de ruinas un país que era emporio de riquezas, y condenaré con acentos enérgicos á los que llaman en su auxilio al extranjero, sin pensar que tal favor no se obtiene sino á cambio de la eterna esclavitud de aquél y de la extinción completa de la raza que lo puebla.

No era raro también oir especies análogas á las de Verdura y Martinón, á peninsulares tan distinguidos por sus peluconas como los Marqueses de la Zambomba y del Gallo, y á algunos Coroneles de Voluntarios. La verdad—afirmaban éstos,—no puede obscurecerse; y la verdad es que la pésima y ruinosa administración de España ha justificado la guerra, que los Estados Unidos quieren concluir á todo trance.

Si alguien les objetaba que Cuba no carecía

de libertad, ni de cultura, ni de riqueza, ni de la necesaria independencia para evolucionar en el sentido más descentralizador y propio; que en su gobernación podían tomar parte Máximo Gómez y sus partidarios, desde el momento en que reconociesen la legalidad, los peninsulares ennoblecidos y condecorados por la munificencia y generosidad de los Reyes de España, respondían:

—No hay que fiarse de quien no ha cumplido las promesas hechas en Zanjón.

Y quienes habían mixtificado aquel pacto célebre, eran estos señores precisamente. Ellos, que de covachuelistas obscuros, de proveedores sin escrúpulos, de contratistas nada aprensivos habían pasado á millonarios y á títulos de Castilla, eran los que, en los últimos veinte años, habían intrigado en la gobernación de la colonia, monopolizando su política, su administración, su vida entera, sin dar entrada más que á los criollos, que renegaban de la causa legítima de su patria, y cerrando á cal y canto las puertas de su iglesia á los mismos peninsulares que se permitían sostener criterios expansivos y liberales y anhelaban conservar á Cuba española, no por la fuerza de la espada, sino por la influencia del amor y de la gratitud.

Creían posible ahora que la lucha entablada

con nación tan fuerte como los Estados Unidos fuese desfavorable á España; y en previsión de que se realizase esta contingencia, empezaban á encomiar las ventajas que á Cuba y á todos sus habitantes traería la nueva soberanía.

—Claro—concluían diciendo;—como que la propiedad cuadruplicará, en un día, su valor.

Y allá se iban, al fondo del abismo, la patria y el honor, ante la idea de las ganancias, mejoras y utilidades que su muerte podía proporcionar.

El Gobierno colonial, decidido á cumplir su programa, sin dar á los sucesos que estaban desarrollándose más valor que el que iban adquiriendo cada día, preparaba la constitución del Parlamento antillano y ocupábase tanto del arreglo de la casa de Villalba en la plaza de las Ursulinas, lugar destinado para aquél, como de la elección de Presidente y Secretarios, cargos que tenían que recaer en autonomistas bien probados, que reuniesen á sus condiciones de lealtad y amor al partido las de inteligentes y prestigiosos.

La entrada en puerto del acorazado italiano *Giovanni Bansan* produjo gran animación en la ciudad, y dió lugar á que se hiciesen comentarios curiosísimos y risueños.

La escuadra, según éstos, venía á toda prisa. Se habían visto varios acorazados españoles á la altura de Santo Domingo, y corriendo desespera-

damente, delante de ellos dos cruceros yanquis. Se esperaba un combate muy pronto, y su éxito no parecía dudoso, porque nuestros barcos eran superiores en artillado y en velocidad á los del enemigo.

El 2 de Mayo, que se aproximaba, iba á ser memorable. Las glorias de Lepanto y del Callao reproduciríanse en esa fecha para España; y los que la consideraban extenuada y rendida por una lucha cruel de tres años, verían, mal de su grado, hasta dónde llegaban su poder y sus viriles energías.

Estas versiones llenaban las almas de noble entusiasmo, y á las cobardías y temores de los primeros instantes, sucedían explosiones de valor y audacias que sorprendían gratamente á los más tímidos.

La alegría de los españoles llegó á su colmo cuando se supo que el *Monserrat*, de la Compañía Trasatlántica española, burlando el bloqueo, había arribado á Cienfuegos con mil soldados, más de trescientos pasajeros, municiones, armas, cañones y tres millones de duros en plata.

A la estación de Regla fueron comisiones del Gobierno y de todos los centros á esperar al valiente y hábil capitán de la nave, Deschamps, y la Habana tributóle una ovación que envidiarían los Generales victoriosos.

¿Qué temer de un enemigo que dejaba pasar un transporte que constituía tan excelente y codiciada presa? Al asomarse los cruceros españoles huiría como alma que lleva el diablo, y la bahía, ahora desierta, triste y melancólica, recobraría de nuevo su animación, su alegría y su ruído ensordecedor y grato. Así lo afirmaban marinos y marineros, capitanes y soldados, y así lo creía el pueblo, fácil á aceptar todo rumor que pudiera envolver una esperanza de triunfo.

Juzgábase con desprecio profundo á los yanquis. Constituían un pueblo grande, ciertamente, con muchos millones de hombres, con industrias colosales y comercio abrumador; pero era un pueblo que no podía prescindir de la carne, ni de la cerveza, ni del azúcar, que se molestaba á la primer fatiga, que al *negocio* lo posponía todo. ¿Podría luchar con los que tenían por hábito la guerra y por costumbre la templanza? ¿Con los que sólo comían carne tres veces al año y, sin embargo, habían sido dueños del universo?

La fe, la creencia, la justa venganza, estaban de parte de España, y en su defensa la animaban; ¿cómo no vencer á los que en nada creían, á los traidores y solapados que apreciaban el valor de las victorias por los *dollars* que podían costarles?

La Estafeta volvió á emplear, por aquellos

días, su estilo resonante y trágico, y escribía artículos de fuego, en los que se leían párrafos como éstos:

«Caerán los americanos como cayeron los persas ante las falanges griegas y en la propia numérica proporción ante nuestros valientes marinos y soldados; y caerán para que una vez más se cumplan las leyes de la historia (inmutables y eternas), que se repiten á través de los siglos y que no cambian sino en la forma externa de su aparición.

»España, sin ser Esparta, posee todas las cualidades de aquella pequeña provincia griega que empujó á Alejandro hasta los más remotos confines del Asia y le hizo dueño de los palacios y mujeres de Darío.

»Tiene espíritus enteros, almas desposeídas de toda terrena ambición, corazones que no vacilan ni se intimidan ante ningún peligro; á nada teme y todo le parece llano, fácil y asequible. Y tiene, ante todo y sobre todo, la razón en la contienda, que es la fuerza más importante que puede desarrollar.

»La victoria será nuestra, porque nuestros son el derecho, el valor, la energía y la fe.»

A estas virilidades tipográficas, contestaban los banqueros más respetables, las Condesas más aristocráticas, los Diputados provinciales y

Senadores de mayor prestigio, los empleados mejor retribuídos, escapándose á México y á Santo Domingo, en balandros desvencijados, lanchones sin gobierno y goletas que amenazaban irse á pique al más ligero movimiento del mar. Y escapábanse pagando mil y mil quinientos pesos oro por cada pasaje, comiendo rancho de la tripulación y durmiendo en amigable consorcio con ésta.

Después de un porfiado debate entre el jefe de la escuadra bloqueadora y su Comandante, entró el vapor francés *Lafayette* en el puerto de la Habana. Es éste un excelente trasatlántico de la Compañía General Francesa, que hace todos los meses la carrera entre Saint Nazaire y Veracruz, con escalas en Santander, La Coruña y Habana, transportando viajeros y carga. Su aparición fué saludada con gran alborozo por los miedosos, que corrieron á la casa consignataria á pedir billetes de pasaje, que habrían pagado con primas enormes sin la exquisita moralidad de los señores Bridat y Mont-Ros, que cortó todos los abusos de los acaparadores.

Traía este barco noticias atrasadas, porque había dejado La Coruña cuando aún no estaba notificado el bloqueo por los Estados Unidos á las potencias neutrales y se confiaba en un arreglo.

Tampoco había visto en el Atlántico á la escuadra española, ni de ella se sabía nada cierto. Tropezara, sí, con más de treinta naves americanas, que eran las que efectuaban el bloqueo.

Esto, que desanimaba un poco á los creyentes, nada satisfechos de que hubiese pasado el 2 de Mayo sin un triunfo ruidoso, abarrotó las cámaras, toldilla y pasillos del *Lafayette*, que partió á los cuatro días para Veracruz, llevándose dos mil pasajeros más de los que, cumpliendo las leyes marítimas, le estaba permitido albergar.

XI

A mediados de Mayo, ante una docena de socios, en el «Unión Club», entre los cuales se hallaban el cronista de *La Estafeta* y Federico Moreu (dos amigos de España que empezaban á presentar ex-votos al Generalísimo), hacía Montoya este pintoresco resumen de la campaña.

—Caballeros, con esto de la guerra yanqui, sí que cabe traer á colación aquel adagio español. «No mojamos y ya pringamos». Porque, aún no ha empezado, como quien dice, y ya tenemos fuera de combate los siguientes barcos americanos:

El *San Francisco*, con las calderas reventadas.

El *Vesubius*, que estará en la *enfermería* de Newport, por muchos meses, con *tisis pulmonar*; es decir, con averías en las máquinas.

El *Sommers*, inutilizado en Falmouth.

El *Ericson*, destrozado á consecuencia de un choque con una goleta americana.

El *Cincinnati*, quemado en Punta de Cádiz.

El *Maine*, *volado* en la bahía de la Habana por Mr. *Yo me sé y Compañía.*

El *Cushing*, con lesiones de primer grado, en Cayo Hueso.

Y si hemos de dar crédito á las versiones que con tanta insistencia circulan, descansan de sus fatigas y quebrantos en el fondo del mar, el *Iowa* y el *Indiana*, á donde les envió, piadosamente, el *María Teresa*, que manda el intrépido Concas.

Total: una barbaridad de «máquinas de guerra» que ya no son sino *meros* recuerdos de un poder ilusorio y fantástico.

—¡Ah, señores americanos!—gritaba Montoya muy satisfecho, mirando con impertinente fijeza á Moreu y al famoso cronista.—Bien les podemos cantar á ustedes la guaracha:

«Una cosa es con violín;
otra cosa es con guitarra.»

—Pero—aventuróse á decir Moreu, que recibía, sin saberse por qué conducto, periódicos de New-York,—*El Herald* afirma que.....

—¡Mentiras! ¡Patrañas americanas!—interrumpió violentamente Montoya.—Las grandes mentiras de esa gente, que para inventar *canards* se pinta sola y supera á todos los andaluces y gascones del orbe. ¿Quién me podrá negar que llevamos más de veinte días de bloqueo y nada de

particular ha ocurrido que demuestre la pujanza y la decisión del jactancioso enemigo?

—¿Y lo de Puerto Rico?—exclamó el periodista.—¿Nada dice á usted lo de Puerto Rico?

—Invenciones, bolas, embustes yanquis. Puerto Rico no es posible que se haya entregado sin resistencia. Si tal cosa hubiese hecho, ¿cómo deberíamos calificarle? ¿Qué agravios puede tener esa Isla de la madre patria, cuando es allí donde se ensayaron todas nuestras libertades políticas y la Administración tuvo la necesaria moralidad para dejar sobrantes en todos sus presupuestos? ¿Qué guerras han sostenido los puertorriqueños? ¿Quiénes de sus hijos ilustres han ido al destierro? No, señores; no puede ser que Puerto Rico se haya conducido como ustedes aseguran, dejándose llevar de la información del adversario; pero si tal hizo, ó lo hiciese, caiga sobre él eterno baldón, y tómesele desde ahora como tipo acabado de pueblos ingratos, monstruos y pérfidos.

Y Montoya exaltábase extraordinariamente, sudaba á mares y revolvíase en su asiento con manifiesto enojo.

Un empleado del Consulado británico, mister D'Acost, dijo:

—Discurre usted muy bien; pero no me pa-

rece justo asegurar que los americanos no acometen. ¿Y lo de Cárdenas? ¿Y lo de Cienfuegos y Matanzas?

—¡Ah, sí!—contestó con burla y sarcasmo Montoya.—¡Los grandes, los épicos, los inenarrables combates!..... ¡Maratón! ¡Lepanto!—¡Trafalgar! Jornadas gloriosas que no producen más que una víctima; la mula de un carretón del Ayuntamiento. ¿Dónde, dónde se esconde el Tirteo que cante en versos homéricos tan estupendas y maravillosas victorias? Bien se ve que son parcos en derramar sangre humana los terribles y fornidos yanquis..... Señores—continuó diciendo Montoya,—seamos sinceros; digamos una vez siquiera la verdad: lo de Cienfuegos sólo ha servido para demostrar que una canoa, que de tal puede calificarse el *Antonio López*, es bastante para contener tres acorazados, cinco cruceros y una porción de torpederos americanos. Si cuando llegue la hora decisiva no se portan mejor nuestros enemigos, ya podemos juzgar del éxito de la lucha.

Era peligroso discutir en este terreno, y todos callaron. Moreu, sin embargo, preguntó:

—Y eso de la crisis, ¿qué significa?

—Pues nada; que se ha modificado simplemente el Gabinete, conservando Sagasta la presidencia.

-¿De modo que aquí no se efectuará ningún cambio?

—Ninguno absolutamente. Gálvez—agregó Montoya,—ajustándose á los preceptos constitucionales, tan pronto como tuvo noticia de lo que ocurría en Madrid, ofreció al Gobernador General la dimisión total del Gabinete, indicándole la conveniencia de llamar al Marqués de Apezteguía para que, con sus amigos, le sustituyese en la dirección de los negocios públicos.

—¿Y el General aceptó?

—Al contrario; manifestóse apenado de que Gálvez extremase sus delicadezas, y le dijo que la situación no había cambiado, que la política seguiría los mismos rumbos trazados al comienzo de ella, y que la confianza y consideración que le inspiraban los autonomistas, eran tan completas y profundas que, en tanto él conservase la representación de España, no sancionaría en la Isla ninguna mudanza gubernamental. Hizo elogios muy calurosos de todos los Secretarios del Despacho, extremándolos al hablar de Montoro, cuya gestión económica es notable, y de Rodríguez, que está prestando verdaderos servicios al comercio y á la industria del país.

La conversación quedó interrumpida por el estampido de varios cañonazos. Montoya y sus amigos acercáronse al balcón para ver lo que

pasaba, y contemplaron á una avalancha enorme de personas que se dirigía precipitadamente por las calles del Prado y Zulueta, con dirección á la Punta.

Bajaron ellos también, siguiendo detrás del pueblo, que marchaba contento y bullicioso, dando vivas á España y mueras á los yanquis.

Los cañonazos, tan sólo no cesaban, sino que á cada instante eran más vivos, frecuentes y sostenidos.

¿Qué había pasado?

Muy poca cosa. La escuadrilla, surta en el puerto, había querido hacer una exploración un poco más allá del Morro, y los barcos bloqueadores recibíanla á cañonazo limpio. Componíase aquélla del *Nueva España*, mandado por Capelástegui; del *Venadito*, dirigido por Dearriaga, y de las lanchas de vapor *Flecha* y *Aguila*, que comandaban Latorre y Montero.

Como Jefe de tan microscópica como audaz división naval, iba Marenco, Mayor General del Apostadero.

Al descortés saludo de los americanos, contestaron los españoles con el envío de varias andanadas, haciéndoles retroceder hasta ponerse á cubierto de tiro.

El espectáculo resultaba verdaderamente cu-

rioso y sugestivo. Un sol espléndido, sin un ligero celaje que lo empañase, alumbraba el combate que más de cien mil personas presenciaban desde los muelles y ensenadas, desde las altas azoteas de las casas, subidas en los postes del telégrafo y encaramadas en las torres de las iglesias. El esférico Parque de la Punta y la quebrada playa de San Lázaro, hasta el Vedado, veíanse cubiertas de hombres de todas las edades y de mujeres de diferentes trazas y colores. En la Pila, frente á la Capitanía del Puerto, era extraordinaria la concurrencia de señoras, elegantemente ataviadas, de marinos, militares y altos empleados. Nadie manifestaba el más leve temor, y todos parecían seguros del triunfo de la escuadrilla, que protegían, con sus cañones poderosos, las baterías del Morro, de las Animas y de la Punta.

Contestando el *Nueva España* á los tiros que le dirigía un cañonero enemigo, hizo blanco, por dos veces, sobre él. Escoró con tal violencia, que todos los espectadores creyeron que iba á hundirse; pero recobrando su posición, sin querer continuar la broma, alejóse á toda máquina del lugar de la refriega. Resonó un aplauso colosal, que repercutió en todos los ámbitos de la ciudad, oyéndose vivas estruendosos á España y á la marina de guerra.

Sin graves consecuencias para ninguna de las partes beligerantes, continuó la lucha hasta la puesta del sol, hora en que tomaron puerto el *Venadito* y sus compañeros, no sin dejar á respetable distancia á los bloqueadores.

Este incidente animó aquel día todas las conversaciones, y los confiados mostráronse muy complacidos del resultado evidentemente satisfactorio que para España había tenido.

Si con un simple y modestísimo crucero de segunda clase, un cazatorpederos y dos lanchas, se había podido espantar y poner en fuga á la escuadra bloqueadora, que se componía de quince unidades entre acorazados, cruceros, transportes y torpederos, ¿qué sucedería cuando llegasen el *Pelayo*, el *Carlos V*, el *Cristóbal Colón*, el *Vizcaya* y el *Oquendo*?

Dados estos antecedentes, parecía un crimen de leso patriotismo dudar de la final victoria. Por otro lado, y esto lo aseguraban los íntimos de Palacio, no atreviéndose á negarlo el propio Moreu, que de todo dudaba, el Emperador de Austria, por deferencia á su sobrina la Reina Regente, había puesto á disposición de España cinco grandes acorazados que, con otros tres que se compraran al Gobierno italiano, formaban un contingente tan poderoso que permitiría á nuestra flota realizar todas las arriesgadas em-

presas que los exaltados entreveían tan fáciles como inmediatas.

Verdad era que estos optimismos y alegrías de los buenos patriotas nublábanse tristemente cuando se contaban los días de bloqueo y se hacían cálculos aritméticos del tiempo que invertía la escuadra española en atravesar el Atlántico.

—Ni que fueran las carabelas colombinas, para venir con tanta calma—murmuraban los que á todo trance querían y anhelaban formidables y sangrientos combates navales.

—¿Habrá, en efecto, salido de Cádiz la deseada flota?—preguntaban los tímidos.—¿Estará en las Terceras haciendo carbón? ¿Será cierto que arribó á Santo Domingo, después de haber destrozado dos cruceros yanquis? Pero el que podía satisfacer estos vivos y ardientes curioseos callaba como una esfinge y empeñábase, con ardor extraordinario, tal vez para mitigar sus ansias de cruenta lucha, en inacabables partidas de carambolas; bien seguro que nada podía hacerse, que ningún peligro serio amenazaba á los habitantes de la Habana, y que, en definitiva, todo acabaría como á los grandes taumaturgos madrileños conviniese.

En cambio los «laborantes», que se habían obscurecido voluntariamente los primeros días,

tornaban á su campaña de bolas y noticiones, inventándolos tan estupendos y pavorosos que era cosa de morirse de terror.

Según estas buenas almas, Manila encontrábase en poder de los americanos, que habían destruído totalmente la escuadra mandada por Montojo; y Sagasta estaba pidiendo la paz, poco menos que de rodillas ante Mac-Kinley. Nadie creía tan viles patrañas; las negaba Montoya y las ponía en duda el mismo Santa Fe, á pesar de haberlas visto en letras de molde en el *Sum*, llegado á la Habana desde el campamento de Máximo Gómez, que muy tranquilamente pasaba el tiempo en el *Moralitos*, recibiendo visitas de los más conspicuos «habaneros», «gaditanos», «astures», «catalanes» y «vascos», oyendo plácemes y elogios, y redactando respuestas desdeñosas á su «muy estimado colega» Blanco que, no sólo le invitaba á la paz y á «presidir» el Gabinete colonial, sino á comer un arroz con pollo en la Chorrera.

Uno de los primeros días de la final decena de Mayo, volvieron á llenarse los muelles de curiosos. ¿Amenazaba otro conato de combate como el último? No por cierto. Tratábase de canjear dos periodistas americanos que habían sido hechos prisioneros en las cercanías del Mariel, por un Coronel, un médico mayor y dos

ordenanzas españoles capturados á bordo del *Reina de los Angeles*, en la travesía de Cienfuegos á la Habana, por uno de los barcos bloqueadores.

El cambio tuvo efecto sin ninguna sorpresa ni novedad para la muchedumbre, que contemplaba entre silenciosa y burlona, cómo se acercaban los dos remolcadores enemigos, sin hacerse el menor daño y saludándose afectuosamente con sus banderas blancas. Una cosa insólita se supo algunas horas después: que un *reporter* del *Herald*, que asistía al canje, pretendía á todo trance bajar á tierra y quedarse entre los bloqueados. Si se me deja bajar por dinero—decía el periodista,—que pidan; daré hasta diez mil dollars.

Para que la emoción aquel día fuese mayor, no bien obscurecido empezó á anunciarse por las calles un suplemento de *La Estafeta*. Los vendedores, con voces destempladas, gritaban:

—¡Ultima hora de *La Estafeta*, con la llegada de la escuadra!

La escuadra, por fin, había llegado. ¡Gracias á Dios! Todos los corazones se ensancharon, oyéndose como un suspiro de inmensa y colosal satisfacción en toda la ciudad, y abriéndose todas las bolsas para comprar el diminuto papel, que sólo decía lo siguiente:

«FELIZ ARRIBO

»A Santiago de Cuba ha arribado felizmente »esta mañana á las once y media la poderosa y »brillante escuadra española.

»Mándala el invicto Cervera, y entre sus más »insignes capitanes se cuenta á Concas, á Villa- »amil, á Eulate y á Lazaga.

»Españoles, alzad los corazones, que los mag- »nos sucesos aproxímanse.»

Como si la llegada de Cervera á Santiago determinase un cambio completo en la vida general, empezaron á subir los valores en la Bolsa; el precio de los centenes bajó en más de un diez, y los víveres, que habían tenido un alza escandalosa, tornaron á su tasa normal.

El bloqueo sería forzado en breve; los barcos españoles destruirían en un combate de cortas horas los que componían la flota enemiga; traeríanse algunos prisioneros, y entonces ¡ah entonces! desembarcarían Bernal y Molina en Tampa, y no se detendrían hasta Washington, en donde darían una lección severa al marrullero Presidente de la gran República.

Aquella noche se escucharon músicas por todas partes, improvisándose multitud de bailes. Del restaurant que quedaba á la espalda del palacio de Santa Fe salían gritos y vivas entusiastas, sonando, como en los días alegres, las dul-

ces y enloquecedoras notas del danzón. Estaba lleno de militares y voluntarios que, con sus queridas, celebraban por anticipado la derrota de Sampson, comiendo, bebiendo y bailando con el mismo humor que pudieran haber tenido los contemporáneos de Vives. Y tan persuadidos y seguros se mostraban de la victoria nacional, que copiando al enemigo, hacían apuestas sobre el día y hora en que ésta debía tener lugar.

—Finaliza Mayo, ¿verdad?—exclamaba un Comandante de Caballería;—pues juego mi querida—y enseñaba una cuarterona deliciosa de pelo lacio y negrísimo, con ojos azules y labios sensuales que brindaban placeres aniquilantes,—contra una cena para todos, si antes del 15 de Junio no estamos camino de la Florida.

—Acepto la apuesta—gritó un Coronel de movilizados, que hacía *cocos* inútilmente á la Friné criolla.

Los concurrentes aplaudieron ante la perspectiva de una orgía espléndida, y el Comandante, como si quisiera ratificar el compromiso con su Jefe, se acercó á él y ofreciéndole la incomparable mujer que le acompañaba, díjole:

—Puede usted bailar un *c'edazo*.

Asistían aquella noche á la fiesta algunos marinos, desocupados por falta de barcos en condiciones de provocar al enemigo, y entre ellos

encontrábase Montier, Asesor-letrado de la Comandancia General, que se consideraba improvisador y gracioso.

—¡Bomba, caballeros!—gritó en un instante en que la orquesta había dejado de tocar.

Todos los circunstantes se detuvieron á escucharle.

—¿Queréis oir una carta que desde el *otro mundo* escriben á Mr. Sampson?

—Sí, sí; que venga la carta—exclamaron á un tiempo muchas voces.

—¿Y quién la escribe?—preguntó uno.

—A su tiempo lo sabrá el impaciente—y sacando Montier una cuartilla del bolsillo, leyó con voz atiplada lo siguiente:

«A MR. SAMPSON

»En mi tiempo nos batíamos.

»No bien se divisaba una flota enemiga, poníamonos en orden de combate, nos preparábamos á la lucha y *tocábase* zafarrancho. Menudeaban los cañonazos, la fusilería atronaba el espacio y concluíamos *atracándonos* para emprenderla á hachazos, cuerpo á cuerpo, como si no estuviéramos sobre las olas, sino en un valle de bien sentada y firme base.

»Cuando las cosas no salían absolutamente bien, *nos íbamos al fondo* para resurgir en la

historia con ese timbre de gloria que da á vencedores y vencidos la épica jornada de Trafalgar.

»¿De qué clase de pasta eres tú, Almirante de agua dulce, que llevas un mes cruzando un mar de aceite, con tiempo de rosas, favorecido por una luna que brilla tanto como el sol, y nada has hecho que no sea el ridículo? No es posible que tus ascendientes hayan salido de las Islas Británicas, que tantos grandes marinos han dado; por fuerza procedes de la China, en donde *ciertos rubores* no tienen nunca expresión en la piel amarilla.

»Acepta el consejo que voy á darte: recoge tus averiadas cachuchas, toma rumbo con ellas hacia tu tierra y di á los «mentecatos» que te mandaron á pelear:

»Sólo servimos para vender tocino.—Nelson.»

Una tempestad de aplausos y de vivas acogió las últimas palabras de Montier, que muy satisfecho del efecto que producía su sátira, doblaba el espinazo y saludaba, como Bachiller en Albisu, á la animada concurrencia.

Desde la azotea-mirador de la casa de Alberto Álvarez, aneja al comedor, envueltos en las sombras de la noche, presenciaban Santa Fe y Julia esta orgía, sólo comparable á las que celebraban los patricios romanos en los postreros días

del Imperio. Veían perfectamente á los militares y á los voluntarios, revueltos y confundidos con sus queridas, todas ellas de baja laya, recogidas en los burdeles y en los «solares», bailando impúdicamente, brindando con palabras difíciles y entrecortadas y apurando, copa tras copa, sendas botellas de champagne.

—¿Y «eso» es el ejército?—dijo Julia fatigada de aquella escena y separándose del muro de la azotea.

—Qué ha de ser ese el ejército; ¿estás loca, Julia?—contestó Alberto.

—¿Y tanto uniforme?

—Esos que están ahí son los que no se han batido nunca; los que infestan las oficinas y crean obstáculos á los que operan; los que ganan empleos y cruces porque saben doblarse y manejar con habilidad los secretos de la guerra. Fíjate bien—y Santa Fe arrastró á Julia hacia el muro,—y verás que todos los que bailan son conocidos del Parque, de Tacón, de la acera del Louvre, muchos comensales míos y de los principales aristócratas cubanos. Esos no van á ninguna parte; están ya ricos; ricos en cruces y grados y poderosos en dinero; todo el dinero que nosotros hemos perdido. El verdadero, el sufrido ejército, el noble ejército español, está en Cuba, en Manzanillo, en el Camagüey, en las Vi-

llas, en la Ciénaga, en Pinar del Río, ansioso de que el enemigo desembarque para hacer reverdecer los gloriosos y brillantes laureles de Bailén. ¿Ves ahí á Vara de Rey, á Toral, á Linares, á Hore, á Molina, á Jiménez Castellanos, á Páez Jaramillo, á Mira, á Bernal y á tantos otros nobles y aguerridos combatientes?

—No.

—Pues eso te probará que los que se divierten no son ni los que sufren ni los que trabajan: son los que constituyen la polilla de todo ejército en operaciones, á costa del cual viven, engordan y medran. Despreciémoslos.

Y los dos amantes retiráronse de la azotea, pasando á un salón inmediato al comedor, en donde reanudaron su conversación.

—Tengo que leerte una carta muy interesante —dijo Julia.

—¿De quién?

—De María Luisa Meza.

—¡Ah! ¿De esa? ¿Y qué dice?

—Escucha: me escribe desde Cayo Hueso, en donde se encuentra con toda su familia, y no carecen de interés las noticas que me da.

Y Julia empezó la siguiente lectura:

«Mi querida Julia: No puedes figurarte cuánto me acuerdo de tí y de Alberto. ¿Por qué *se quedaron ustedes*? Á la verdad que no se concibe

lógicamente cómo pudiendo estar bien, haya quien se empeñe en mortificarse. Verdad es que de todo tiene la culpa tu Marqués *fatuo* (perdona el calificativo), que por respeto á no sé qué heráldicas tradiciones, se ha empeñado en hacer la causa de los enemigos de su patria.»

—¿Qué sabe esa necia?—interrumpió con viveza y disgusto Santa Fe.—¿Y qué autoridad tiene ella para juzgarme?

—Oye, Alberto, no te enojes; oye, que hay cosas muy buenas en esta carta. Y siguió leyendo:

«¡Cuando él debía ser el primero entre todos nosotros! ¡Cuando, si lo hubiera querido, sería para los cubanos algo tan grande como Washington, y desde luego superior á Bolívar!

»Todos le queríamos; todos le amábamos.....»

Aquí sonrió Julia, y estrujando violentamente el papel, dijo: Sí; y tú la primera y la más apasionada.....

—Sigue, Julia, sigue, y no hagas comentarios -exclamó el Marqués.

Julia continuó:

«Porque has de saber, amiga querida, que el abandono de esa Isla por España «está decretado», y el nuevo año alumbrará su retirada para siempre de nuestro suelo idolatrado, que quedará totalmente libre para nosotros.

»Es necesario que sepas que la guerra es una simple comedia. Que esa escuadra que ha llegado á Cuba, está compuesta por media docena de barcos que no valen lo que el *Iowa*. Que han sido enviados los que los tripulan al sacrificio para satisfacer las exigencias del honor y reducir á una paz (que no se puede prever hasta dónde alcanzará) al pueblo español.

»Óyelo bien: al igual de Manila, no habrá más de una batalla naval; en la que quedará destruída por completo *vuestra flota*, que no podrá resistir los tiros de la americana, ni siquiera causarle la más insignificante avería.....»

—¡Imbécil! ¡Mil veces imbécil!—gritó Alberto.—¡Vaya un modo de profetizar! ¿Conoce ella, acaso, las condiciones de nuestros acorazados? ¿No son, como se ha dicho, tan excelentes y tan de combate como los ingleses? ¿Y cree la..... doctora ridícula, que en donde están Villaamil, y Eulate, y Concas, y Cervera, puede entrar la derrota?

—Calma, Alberto mío, mucha calma, para que oigas el resto de la epístola.

«Si no puieres presenciar escenas lamentables—siguió leyendo Julia,—y disgustarte con el espectáculo de las turbas hambrientas, y tal vez desenfrenadas y locas, domina los escrúpulos de Alberto y oblígalo á que se embarque en

Sagua en el *Adula*, que le llevará á San Thomas, ó en el *Talbot*, crucero inglés que llegará muy pronto á ese puerto con una misión secreta, y cuyo Comandante tiene orden (no me lo agradezcas) de admitir á *ustedes* á bordo.....»

—¡Ah, quiere salvarnos la pobre!—exclamó Alberto.

—Sí, y á mí por tí—agregó Julia.—Por lo demás, me vería con gusto comida por los tiburones de la bahía.

La entrada de Montoya interrumpió la conversación, obligando á Julia á guardar la carta.

—¡Grandes noticias! ¡noticias estupendas!—gritó Montoya sin cuidarse de saludar.

—Hable usted, hable pronto—dijo Julia con impaciencia.

—El enemigo ha atacado á Santiago intentando un desembarque, y ha sido vigorosamente rechazado. Ordóñez, el insigne Ordóñez, ha hecho verdaderos prodigios con sus cañones. Miles retrocede y da la vuelta con sus tropas hacia Washington. Susúrrase que Mac-Kinley en persona irá á dirigir las operaciones.....

—Pero hombre, ¿cómo se sabe todo eso?—preguntó el Marqués.

—Han llegado cablegramas al Gobierno General, y Blanco está contentísimo. También se sabe que el monitor *Merricmac*, queriendo for-

zar la entrada del puerto, fué echado á pique por el *Colón*, quedando prisionero su Comandante. En suma: que por ahora, vamos triunfando, y si conseguimos prolongar la guerra, hemos vencido.

—Y nuestra escuadra ¿qué hace?

—Nuestra escuadra aguarda una ocasión favorable para romper el bloqueo que la estrecha; como que hay frente á Cuba más de sesenta barcos entre acorazados, cruceros, torpederos, caza-torpederos y transportes. ¿Qué representan, numéricamente, los barcos españoles frente á esta flota colosal?

—¿Y es verdad que Rabí y Masó están dispuestos á reconocer la legalidad del Gobierno autonomista?—preguntó Julia.

—Tenemos esperanzas de que así suceda—respondió Montoya;—pero la incomunicación en que nos hallamos dificulta nuestros trabajos.

—¿Y Calixto García?

—¡Ah! Ese no transige; por lo contrario, favorece con sus fuerzas los intentos de desembarque de Miles.

Llegaban á este punto de la conversación Alberto, Julia y Montoya, cuando fueron interrumpidos por la gritería de los vendedores de periódicos que voceaban un nuevo suplemento ó extraordinario de *La Estafeta*.

Iba á pedirlo el Marqués, cuándo apareció, con su cara triste y pálida, su fiel ayuda de cámara, y le entregó la deseada hoja.

—A ver, á ver qué dice.

Montoya leyó:

«TRIUNFO EN CUBA

»El enemigo, que intentó un desembarque en Cuba, ha sido rechazado con enormes pérdidas. Más de cuatrocientas bajas se le han hecho por nuestros aguerridos soldados y marinos. Nuestras pérdidas son escasas, comparadas con las de los adversarios.

»Miles levanta el sitio y dirígese mar á fuera.»

—¿A eso se reduce el suplemento?—preguntó Julia.

—No—contestó Montoya,—trae una posdata dolorosa y triste.

«TREN VOLADO

»Fuerzas insurrectas han volado el tren de Pinar del Río, cerca de Artemisa, produciendo varias desgracias.

»El maquinista y el fogonero han quedado muertos en el acto, y de los pasajeros hay varios heridos.»

—¡Qué vergüenza!—exclamó sin poder contenerse el Marqués;—los que realizan tan brutales

hechos no pueden ser cubanos. Son monstruos que han degenerado de nuestra raza y de la familia humana.

Hablóse aún de varias cosas; se censuró al comercio, que sólo por la intervención enérgica del Gobierno Militar había rebajado los elevados precios de los víveres, imposibles ya para la gente pobre; se comentó el rumor que circulaba de que Alemania declararía la guerra á los Estados Unidos si estos intentaban apoderarse de Filipinas; desmintió Montoya la *bola* de que Castelar fuese Jefe de Estado, teniendo á Weyler de Ministro de la Guerra; negó que se encontrase en Londres, escapado del furor de las turbas madrileñas, el excelente y simpático autor de la Constitución autonómica, y como última y más importante noticia terminó diciendo:

—Y Pando se ha marchado á México.

—¿Qué dice usted?—gritó el Marqués levantándose de su asiento.—¿Pando se ha ido á México? ¿Y á qué se fué?

—Pues..... yo no lo sé; pero dicen que á dirigir una expedición que «tolera» Porfirio Díaz, que es nuestro aliado secreto.

—¿Y el General?

—¡Ah! el General haciendo cada día mejor las «pérdidas» y floreando los recodos y dobletes.

—Déjese usted de bromas, Montoya; lo que

pregunto es si Blanco está enterado de la marcha de Pando.

—No sólo enterado, sino conforme con ella.

—Julia, puedes contestar á la Meza que tomaremos pasaje en el *Talbot.*

—Sí—dijo la interesante criolla;—y haremos bien, porque esto es la *débacle* zoliana.

Al día siguiente se levantó de un humor negro el Marqués de Santa Fe. Y como tenía por hábito, se levantó hablando sólo, aunque no tan bajo que su criado Manuel no pudiese oir perfectamente cuanto decía:

—Nunca lo hubiera creído: que los propios españoles conspirasen contra el honor y el bienestar de su patria, porque conspirar es no prever los sucesos que se están desarrollando, tener desguarnecida á Cuba, pues, á lo que parece, no hay fuerzas ni cañones suficientes, y no contar con una escuadra capaz de enfrentarse con la enemiga.

¿Y qué se han hecho los cientos de millones invertidos en barcos? ¿Dónde están las tropas que operan por Manzanillo, por Sagua de Tánamo, por la Sierra, tan cerca de Santiago? ¿Se las ha tragado la tierra? ¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Acaso es un sueño espantoso y horrible cuanto ocurre y presencio? ¡Ah! por lo visto ni la justicia ni la verdad han existido ja-

más: son simples é inconsistentes creaciones de la fantasía humana, encaminadas á cohonestar el despotismo y el dominio de los fuertes. Sólo queda vivo un instinto: el autopático ó de la propia conservación..... Y en suma: ¿por quién y por qué me he sacrificado yo? Quemados están mis ingenios; mis potreros han quedado desiertos; no cobro censos, pensiones, arriendos ni dividendos; más de dos millones de pesos me cuesta mi adhesión á España; ¿y qué hace ésta, mejor dicho, qué hacen sus representantes? Enviar unos cuantos barcos para que sean sepultados en el fondo del mar, y unos cuantos millares de hombres, ¡víctimas propiciatorias!, para que con su sangre inocente laven la mancha de ignominia que tiene que caer sobre los ineptos y los cobardes.

¡Ah España! Patria de mis abuelos, te desconozco; no, no eres la misma que aprendí á amar en mi infancia; la que sucumbió gloriosamente, asombrando al universo, en Trafalgar y en Rioseco, y ante las fortalezas peruanas y las bravatas de un Comodoro americano hizo decir á Méndez Núñez: «España quiere honra sin barcos, y no barcos sin honra.»

Bien empleado te está, Alberto Álvarez, pues debiendo ser «el primero entre los tuyos»—como dice la doctora,—serás menos que el último en-

tre los vencidos. Pero, y bien, ¿no debo sufrir resignado la derrota con la noble madre España? ¿Es acaso ella, sus honradas masas, su buen pueblo, los que tienen la culpa de cuanto está pasando? No, en verdad; los autores del monstruoso crimen lo son aquellos que, no satisfechos con haberla empobrecido con sus errores y cábalas, no se arredran para hundirla en fango y en oprobio.

¡España! ¡Noble España! yo te amaré siempre como se ama cuanto es principio y esencia de nuestro ser; y jamás renegaré de tí, siquiera quedes tan abatida y desmedrada como en el menguado día que fué testigo indiferente de la triste rota de Guadalete.

Mi lealtad resistirá hasta lo último, y no saldré de aquí sino cuando la gloriosa bandera de Lepanto deje de ondear en el Morro.

Y tú, Alberto Álvarez, Marqués de Santa Fe, Conde de San Cristóbal, Barón de Guanajay, Grande de España dos ó tres veces, con bandas y cruces de todas las clases y órdenes, considérate como una oruga insignificante, como un miserable gusano de la tierra, y piensa, al despertar todos los días, que van á ser amargos y de dura prueba los que sucedan al de hoy, y para hacer menos enojosa y aburrida tu suerte, reza esta oración:

«¡Señor! ¡Señor! dame calma, mucha calma; dame estómago, mucho estómago; inmoviliza mis nervios; espanta de mi cerebro las ideas exaltadas; hazme indiferente á cuanto me rodea, como si á la China perteneciese cuanto de cerca me toca, y permíteme que vea sin alterarme «ni estallar» todas las cosas humanas, por brutales, injustas y monstruosas que sean.»

—¡Amén!—exclamó Julia, entrando en la habitación en que hablaba el Marqués.—Vaya unas oraciones tan singulares las tuyas, querido Alberto. No están en ninguno de los Catecismos que yo he dado de niña.

—¿Verdad? No se parecen á las que nos enseñaron en la infáncia.

—Déjate de filosofías y de reflexiones inútiles, y vámonos al Tulipán, á mi casa, en donde tengo muchas cosas que hacer. La mañana está fresca y deliciosa; almorzaremos en uno de los kioscos del jardín; nos bañaremos en el lago de los alciones, y como fin de fiesta recibirás una extraordinaria sorpresa.

—Vamos á donde tú quieras—contestó con abatimiento el Marqués.

Minutos después de esta conversación, en un tílburi ligero, flexible y elegante cruzaban Alberto y Julia las tristes y solitarias calles de la ciudad.

Al pasar por Galiano, Reina y la Calzada del Monte, hizo Julia una observación dolorosa:

—Mira, mira—dijo al Marqués—cómo han desaparecido casi todas las banderas españolas, y no se ve un sólo lienzo con los simbólicos colores nacionales.

Alberto no contestó; cerró los ojos y fustigó los caballos.

XII

Los habitantes de los barrios del Horcón, Jesús María, Arsenal y Cayo Hueso, en su mayoría tabaqueros, albañiles, cargadores del muelle, carretoneros, vendedores ambulantes, panaderos y movilizados, blancos y de color, insulares y peninsulares, asiáticos y africanos, empezaban á dar muestras de su disgusto contra la situación creada por el bloqueo, profiriendo juramentos, haciendo amenazas, hablando de saqueos y linchamientos y recomendando la utilidad de un degüello general de todos los ricos, como medio de no pasar hambre y resolver todos los problemas pendientes. La carencia de trabajo y la escasez de los alimentos más necesarios para la vida (que en las plazas, mercados y puestos públicos habían tomado precios enormes y desde luego imposibles para el pueblo), exaltaba de tal suerte á aquéllos, que no admiraba á nadie ver con frecuencia muerto un bodeguero á mano airada ó apaleado algún acaparador de comestibles y viandas.

En fondas, restaurants, cafés y bodegones,

advertíase, más que en otras partes de la ciudad, la espantosa miseria reinante.

Por un biftek con patatas fritas, se cobraba, en cualquier fonducho de la plaza del Cristo, diez y quince pesetas. Ochenta duros en oro pagó cierto encomendero rico por un quintal de patatas. Una libra de arroz (el pan del pobre), costaba setenta y cinco centavos en plata. ¿Quién se atrevía á comprar un pollo ó una hoja de bacalao de Escocia?

Según la afirmación del vulgo, sólo podían regodearse con estas *grandezas* los *factores* de la Administración Militar, que tenían el arte de ahorrar diez mil pesos por semana, á pesar de que no cobraban sus cuarenta de paga.

Los bandos del General Arolas estableciendo la tasa de los víveres, resultaban letra muerta, porque se vulneraban cada cinco minutos; y mientras en los almacenes de los Ferrocarriles-Unidos se encontraban «perdidos y abandonados» 1.200 sacos de harina de trigo, se concluía el pan en las tahonas, considerándose muy feliz el que podía llevar á su mesa unas cuantas galletas duras y recias como bloques de granito.

Generalizárase de tal modo la miseria, que en la mayor parte de las casas habaneras uníanse, á las angustias de la situación, las crueles desesperaciones del hambre.

Á todo lo largo de las aceras de calles tan concurridas y transitadas como las de Obispo y San Rafael, veíanse hombres, mujeres y niños escuálidos, exangües, horriblemente demacrados, con todos los signos de la muerte retratados en sus amarillosas y repugnantes fisonomías. Ni fuerzas les quedaban para quejarse, y esperaban resignados la caridad oficial ó particular, para morir con un poco menos de dolor. Pero ni la una ni la otra aparecían; y allí exhalaban el último aliento, sin convulsiones ni gritos, centenares de infelices que *La Lechuza* municipal se encargaba luego de recoger y transportar á la insaciable fosa de «San Antonio el Chiquito».

Temían las autoridades desbordamientos de las clases menesterosas, que, olvidadas de su tradicional respeto, ansiaban provocar conflictos, y tomaban precauciones redoblando las guardias de las oficinas, del Banco Español y de las casas de crédito más conocidas; acuartelando las tropas, preparando los cañones y publicando á toque de corneta bandos siniestramente amenazadores.

Lo que más irritaba al pueblo, era saber que los cargamentos de víveres que habían llegado de México y de España, desaparecían como por escotillón, sin que beneficiasen al soldado, que

desde hacía muchos meses sólo comía arroz cocido con yuca ó boniato, ni influyesen, poco ni mucho, en la carestía general de todos los artículos.

¿Quién se llevaba esos donativos de los compatriotas generosos que desde lejos se compadecían de la penosa situación de los bloqueados? ¿Qué fraudes monstruosos tenían lugar? ¿Qué ventas infames de frijoles, de bacalao, de tocino, de harina, de garbanzos y de tasajo se hacían á espaldas de la Lonja, arrebatándolos á la necesidad pública, sin que tales ventas constasen en forma alguna en ninguna parte? ¿Quién vendía? ¿Quién compraba?

Nada de esto se sabía; todo marchaba entre sombras y misterios, y las dudas y desconfianzas no las desvanecía la prensa ni aclaraban las autoridades.

—¿En qué se ocupa el General?—preguntaban muchos.

—Hoy—respondían los íntimos de la casa de la Plaza de Armas—está en la batería de la Punta, observando cómo se pasean los piróscafos del enemigo.

Algunos se atrevían también á formular estas interrogaciones:

—Y la escuadrilla surta en puerto, ¿hasta cuándo permanecerá inactiva? ¿No se decide á

provocar, por segunda vez, á los yanquis? ¿El *Venadito* hállase averiado como el *Alfonso XII*, convertido en lujoso pontón de sus tripulantes desde 1891? ¿Ya no presenciaremos más parodias de Lepanto?

Montier, que frecuentaba con asiduidad el palacio de las calles de la Cuna y San Pedro, bajando la voz contestaba:

—Tan pronto como se acabe cierta partida de tresillo en que hay apuestas por más de quinientos centenes, han de verse cosas muy buenas.

Cuba, entretanto, seguía defendiéndose; los intentos de desembarque habíanse frustrado por la guarnición de la Plaza; pero, según se afirmaba todos los días, la resistencia iba haciéndose imposible, porque contra los proyectiles de sesenta barcos que componían las fuerzas bloqueadoras, nada podían la media docena de cañones inservibles y viejos de que disponía Ordóñez, que luchaba como un león acorralado y sin garras.....

Habían llegado Escario y Linares; pero esta ayuda tardía resultaba también insuficiente.

Daiquiri, al fin, lo había ocupado Miles; y Aldea y Rubín tuvieran que replegarse al interior, reforzando la división de Vara del Rey, que no disponía mas que de cuatrocientos hombres útiles.

¿Y la escuadra? ¡Ah! La escuadra estaba *embotellada*, á juzgar por las caricaturas de los periódicos newyorquinos, que, con excesiva é inverosímil profusión, circulaban por toda la ciudad. Nada le era posible hacer á Cervera, que encontraba obstruída la salida por los restos del *Merrimac* y que tenía que abrirse paso por entre el *Indiana*, el *Brooklyn*, el *Texas*, el *Iowa* y otros poderosos acorazados yanquis.

¡Qué decepción tan horrible! ¡Qué desengaño tan tremendo! De modo que los españoles habían esperado más de dos meses, haciendo esfuerzos heróicos en Cienfuegos, en Trinidad, en Cárdenas y en Matanzas, para contener al arrogante y altivo enemigo, confiando en que la escuadra nacional intervendría para contener sus ímpetus y hacer inefectivo un bloqueo que sumía al país en la más espantosa de las miserias y en la más horrible de las incertidumbres, y ahora resultaba que la tal escuadra había caído en una estrecha y ridícula ratonera. ¡Qué vergüenza y qué desencanto!

Murmurábase en todas las casas; y aquellos que mayores sacrificios habían consumado en favor de la causa de España, temblabán amedrentados como si viesen que sobre ellos venía, empujada por el huracán, una nube de amarguras, persecuciones y represalias. Se sentían

abandonados, entregados á cambio de una certeza de intangibilidad para los que estaban lejos y eran la causa primera y eficiente de la humillante situación creada.

¡Qué infamia tan horrenda! ¡Qué crimen tan inaudito! ¿Era cómplice de cuanto sucedía el pueblo español? Los rumores decían que no. Hablábase de grandes y solemnes manifestaciones en las ciudades más importantes de la Península; decíase que los principales autores de la tragedia habían recibido ya el merecido castigo; que la opinión reaccionaba en favor de los olvidados, de los que se morían de hambre, tras un bloqueo que les privaba de todo alimento; otra vez sonaban los nombres de las grandes potencias, que se decidían á intervenir cerca del Gobierno americano, cuya acción por las armas estaba muy lejos de tener la eficacia que de consuno demandan la moral del derecho y la razón de la guerra; mas, en puridad, nada se veía claro y la guerra continuaba, y las noticias seguían siendo cada hora más alarmantes y desastrosas para los españoles.

Todos los días desaparecía un personaje. ¿Se lo había tragado la tierra? ¿Se había marchado á la *Meca*, en donde descansaba de sus fatigas el «Chino Viejo», que ya todos titulaban Generalísimo? No; habíase deslizado furtiva-

mente, sin hacer el menor ruído ni avisar á nadie, por el ferrocarril de la bahía, para tomar en Sagua el *Chateau Laffite* y ponerse en salvo. Así habían escapado al peligro que se avecinaba Diputados elocuentes, navieros opulentos y privilegiados, burócratas favorecidos siempre por la fortuna; ex-jueces y Coroneles de voluntarios, que preferían que se escribiese en sus hojas de servicio la palabra *prudente*, y no la frase glorificadora *invicto*.

El sufrimiento de los habaneros llegó á su colmo una calurosa mañana de los últimos días de Junio. El *Alfonso XII*, un magnífico barco de la Compañía Trasatlántica, que llegaba repleto de víveres, regalo de los españoles residentes en México, había sido cañoneado é incendiado en los bajos del Mariel. Todo lo que conducía quedaba en el fondo del mar, y sólo por un esfuerzo extraordinario de audacia había conseguido salvarse su dotación.

Eran, pues, dueños de la extensa costa los bloqueadores, y aunque hombres como el gallego Aréjula forzasen el bloqueo, conduciendo naves cargadas de víveres, y Deschamps repitiese su primera inmortal hazaña, la confianza, lejos de renacer, amortiguábase cada vez más, y los que mayor gala y ostentación habían hecho de su patriotismo, flaqueaban de un modo visible.

Todas las mañanas, antes de que el sol apareciese por detrás de los negros muros de la Cabaña, esparciendo sus haces de luz rojiza sobre la planicie de Regla, salían de la Habana en guaguas, en cupés, en tílburis, en berlinas y en toda clase de carruajes hombres y mujeres, que por la riqueza de sus trajes y el porte de sus personas daban á entender que lo eran de importancia y distinción. La larga y animada red de vehículos, entraba por la Calzada del Monte, atravesaba el puentecillo que la separa de la del Cerro, y doblaba á la izquierda al llegar á la esquina de Tejas. Al poco rato perdíase tras el puente de Agua Dulce, tomando el camino del Luyanó, polvoriento y seco, á cuyos lados las vegas sonrientes de Jesús del Monte, brindaban sus verdores eternos.

Aquellas personas eran altos empleados, magistrados, hacendados, comerciantes, «admiradores» y *leales* que iban al *Moralitos*, la *Meca* del gran santón, á rendir «pleito homenaje» al triunfador. Figuraban entre ellas no pocos peninsulares, que deseaban realizar un acto de cortesía, no por temor á persecuciones, que no serían justas, sino por hacer justicia al héroe que tan valientemente esquivara los encuentros con las fuerzas españolas, y con tanta habilidad pudiera cansarlas, abatirlas y, en suma, vencerlas.

Muchas señoras entusiastas, llevaban al Generalísimo quesitos de almendra, á los que era muy aficionado, pasteles de «La Habanera» y abanicos de «El Palais».

Moreu, que aunque hacía instrumentos era un notable esgrimista, obsequiábale á menudo con «*queques*» y floretes..... de Cárdenas, para que endulzase las pasadas amarguras. El venerable caudillo recibíalos á todos con sonrisa afectuosa, con palabras de cariño y paz, demostrando hacia los peninsulares una atención particular, y en cierto modo más untuosa y melíflua que la que otorgaba á los cubanos.

Á varios había dicho: «Yo no he sido nunca enemigo de España ni de los españoles; hijo fuí de ella y soldado de su noble y valiente ejército. Yo sólo he combatido á sus Gobiernos, que restringían la libertad de un pueblo que tiene derecho á ser árbitro de sus destinos, y si la suerte aciaga ha querido que los enconos de la lucha obligaran á los míos á renegar de aquéllos, bien sabe Dios (al que nada se oculta), que lo he sentido con todo mi corazón. Sabedlo de una vez: yo no he sido otra cosa que un luchador como Riego, y como Quiroga, y como Porlier, un luchador en defensa de la libertad.»

Estas cosas sabíanse en la Habana, comentábanse en los casinos y centros, trascendían á la

Lonja y llegaban confusas y un tanto variadas á oídos del propio Gobernador General, que hacía reflexiones melancólicas sobre la instabilidad de las opiniones, que no se consideraba fuerte para castigarlas, ni aun para reprimirlas, y que distraía sus pesares y tristezas, inspeccionando con frecuencia las fortalezas.

Y sucedía una cosa rara y singular, que ni los más agudos psicólogos podían explicarse satisfactoriamente: que la masa peninsular, abatida, descorazonada, perdido el rumbo de su marcha, siempre segura y fija, considerándose ofrecida como víctima expiatoria á no sé qué dioses irritados y crueles, dejaba de sentir odio contra el autor de todas sus desgracias y empezaba á comprender que había un fondo de sana justicia en su proceder.

¡Había luchado en favor de la libertad!

¡Qué lástima que ésta la hubiese desconocido tantos años la madre Patria! Ahora se tocaban las consecuencias del funesto error, porque la suerte parecía pronunciarse definitivamente en favor de los interventores.

Así lo demostraba un suplemento de *La Estafeta*, que daba cuenta de las operaciones de Cuba, en estos términos:

«El enemigo ha conseguido efectuar un nuevo »desembarque entre Punta Berracos y Punta

»Cabrera, protegido por los tiros de su escua»dra, que obligó á nuestras fuerzas á retirarse »hacia la loma de San Juan.

»Esta ha sido rudamente atacada por aquél, y »después de tres horas de tenaz y formidable »resistencia, ha caído en su poder.

»Vara del Rey, tras un reñido combate en el »Caney, en que, con trescientos hombres ha re»sistido á más de quince mil, encuéntrase gra»vemente herido. Es muy posible que á estas »horas haya sucumbido.

»Santiago está sitiado por Shafher con todo »su ejército, y la escuadra, compuesta de más de »ochenta barcos de combate, hace un fuego te»rrible sobre la ciudad.

»Linares, Ordóñez y Caula, también se hallan »heridos.

»Todo anuncia, desgraciadamente—concluía »diciendo *La Estafeta*,—que la fortuna nos ha »sido contraria.»

Acababa de leer este suplemento Santa Fe, que se encontraba con Julia en el Tulipán, cuando se presentó Montoya, desencajado y balbuciente.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Marqués.

—Que todo está perdido. Vara del Rey ha muerto; eso sí, como un héroe de los tiempos de Leonidas, y con él han perecido casi todos

sus soldados. Ni Toral, ni Linares, pueden sostener el sitio, porque Ordóñez está inutilizado y los viejos cañones nuestros ya no funcionan; y aunque Escario, con cerca de cuatro mil hombres, parece dispuesto á defenderse hasta que sucumba el último de ellos, el General se muestra muy descontento y teme que el cable le anuncie, de un momento á otro, el desastre completo. Figúrese usted qué nubes de balas dispararán ochenta ó noventa barcos desde el mar y veinticinco mil hombres, ayudados por las tropas de Calixto García, desde tierra. ¡No hay resistencia posible!—exclamó con desaliento Montoya, que sentado en una ancha mecedora, se limpiaba el copioso y abundante sudor que le caía por el rostro.

Ni Julia ni Santa Fe pronunciaron una palabra; ningún comentario tuvieron estas penosas y desagradables noticias.

Obscurecía, y la ciudad envolvíase en sombras melancólicas y lúgubres. Las altas chimeneas de las fábricas dibujaban confusamente sus esbeltas siluetas en el espacio, y las azoteas, uniformes y monótonas, aparecían cuajadas de hombres, mujeres y niños, que dirigían afanosamente sus miradas hacia el mar, en donde las naves enemigas celebraban algo que parecía una fiesta pirotécnica. Arrojaban cohetes de varia-

das y hermosas luces al espacio, quemaban bengalas de un rojo de púrpura y cubos de nívea blancura; y como si quisiesen espantar la tiniebla que caía sobre la Habana, enfocaban, igual que en los primeros días del sitio, los poderosos reflectores sobre sus casas y avenidas.

El espectáculo lastimó á Santa Fe, que lo contemplaba desde uno de los balcones de la casa, y retirándose con marcado disgusto y visible contrariedad, dijo:

—Celebran su triunfo; pues que lo celebren solos, porque á nosotros sólo nos corresponde llorar.

Julia quiso distraerle, y con acento que revelaba el inmenso cariño que por él sentía, díjole:

—Yo no sé si te enojará saber una cosa.

—¿Qué puede enojarme que venga de tí?

—¿Me perdonarás si acaso te contraría un poco?

—De antemano estás absuelta—y besó los dedos de la mano derecha de Julia, que acariciaba entre las suyas al tiempo que hablaban.

—Pues prepárate á oir una cosa estupenda. El Generalísimo vendrá dentro de un rato.

—¿Qué dices? ¿Estás loca, Julia? ¿Máximo Gómez aquí? ¿Ese hombre va á entrar en esta casa?

—Sí; él desea hablarte; ha pedido tener una entrevista contigo. Montoya lo sabe.

Montoya, que seguía secándose el sudor, asintió diciendo:

—Efectivamente; me consta que hace más de quince días que asedia á Julia para que le proporcione la conversación de hoy con usted.

—Pero ¡por Cristo!—gritó irritado Santa Fe. —¿Qué me quiere ese hombre? ¿Qué tengo yo que ver con él? ¿Soy acaso el General?

—No eres el General, ciertamente—contestó Julia;—pero eres su amigo, y tal vez venga á proponerte algo favorable á España. ¿Por qué te resistes á recibirle? ¿Es por ventura algún monstruo?

—Sí, ¿es acaso algún endriago que imponga el terror y el miedo con su presencia?—agregó Montoya.

—¡Julia! ¡Montoya! Por Dios, que yo no sé lo que *ustedes* se proponen. Bien *saben* que ese señor no me agrada y que ningún pacto podré celebrar con él. Si triunfa, vaya bendito de Dios; yo nada temo de él, porque tengo ya tomado mi partido.

—Pero—insistió Julia,—¿qué perderás con escucharle?

—Sea—contestó con resignación Santa Fe.

Para que del licor amargo no quede ni una gota en el cáliz, apuraré este último sorbo.

Julia y Montoya se miraron. Aunque á viva fuerza, conseguían lo que anhelaban; poner en contacto al Marqués con el Generalísimo, antes de la derrota final, con lo cual aseguraban, no sólo su vida, sino sus intereses.

Pocos instantes después llegó al patio de la quinta un coche, descendiendo de él dos personas que se dirigieron resueltamente al piso alto, en que se encontraban Alberto, Julia y Montoya.

Eran el propio Máximo Gómez y uno de sus ayudantes.

Vestía el Generalísimo de dril crudo, y no llevaba más distintivo que una faja de Capitán General, con una estrella de seda azul bordada en el centro, que ocultaba perfectamente su abrochada guayabera. Cubría la cabeza con un sombrero de finísima paja de Panamá, y calzaba grueso zapatón amarillo, que sonaba al pisar sobre el suelo de mármol como un zueco asturiano.

Delgado, alto, fino y nervioso, inclinaba ligeramente la cabeza al andar; su rostro pálido, amarfilado y con tintes obscurísimos, que sin duda había grabado el sol furioso de la manigua, realzábalo, dándole expresión y relieve, su larga

pera militar y su bigote blanquísimo y descuidado.

Nadie al verle le hubiera tomado por el terrible caudillo de los cubanos. Parecía un hacendado bondadoso y trabajador, incapaz de acometer la más insignificante de las aventuras, sólo atento á las labores y cuidados de su finca y de su familia.

Tenía aire bonachón y aspecto de hombre de paz.

Santa Fe no le conocía sino por las malas caricaturas que de él había visto, y quedó muy sorprendido al encontrarse con aquel hombre que guardaba cierta semejanza con su administrador.

Entró sonriendo en el salón y arrastrando ruidosamente sus fuertes zapatones.

Julia apresuróse, acompañada por Montoya, á recibirle.

—Bien venido, General — dijo,—muy bien venido.

—¡Hola, Julita!—contestó Gómez;—¿qué tal? ¿y tu Marqués?

Este, al oir la pregunta, sintió como un latigazo en el rostro, y levantóse ceñudo, hosco, irritado, mirando, sin saludar, con altivez desdeñosa al héroe.

—Aquí le tiene usted — respondió Julia;—

é hizo la presentación en forma. Santa Fe no depuso su actitud; pero el Generalísimo, entretenido en mirar los muchos objetos de arte, cuadros, estatuas, sillas, tibores, macetas, jarrones, espejos, *bibelots* y paneaux que adornaban la estancia, no se fijó en él.

Julia y Montoya temblaban.

—¿Sabes, Julita—exclamó de pronto Gómez —que estás bien instalada?—y volviéndose con cierto aire militar al Marqués, díjole:

—Siéntese usted, Santa Fe.

Alberto cayó pesadamente en el sillón sin proferir una palabra. Gómez se sentó también, y Julia y Montoya, un tanto confusos, imitaron el ejemplo. El ayudante había quedado esperando en una antesala.

—Conocí mucho á su abuelo; por cierto que era un buen gobernante y un militar pundonoroso y valiente. Si todos los Capitanes Generales que después de su muerte mandó España á Cuba procediesen como él, ésta no se habría levantado nunca en armas y seguiría tan contenta dependiendo de la madre Patria. Él me hizo Alférez.

—¡Ah! ¿fué usted militar español por lo visto? —preguntó Julia.

—Y á mucha honra: llegué á Comandante de ejército; pero las exigencias de la política

y mi amor á la libertad de esta tierra, me obligaron, no sin pesar, á abandonarlo.

Santa Fe estaba maravillado de semejante lenguaje. ¿Qué clase de hombre era aquél que no injuriaba, que no prorrumpía en amenazas crueles, que miraba con ojos de infantil curiosidad cuanto veía á su rededor, y que se permitía hacer un panegírico tan hermoso de su abuelo? Sintióse algo conmovido, y su rostro cambió visiblemente. Era menos adusta su expresión y más suave la mirada de sus ojos. Hizo una inclinación hacia el General cubano, que éste contestó levantándose, y tomando, casi por sorpresa, su mano, que apretó con no fingida complacencia y cariño, díjole:

—Marqués, cuente usted conmigo. Su persona y sus intereses serán sagrados para todos los que me siguen.

—Pero...—exclamó Santa Fe, que quería protestar contra una protección que no pedía ni había solicitado, sorprendido y atónito de cuanto estaba pasando, indignado contra Julia y Montoya, que le habían preparado aquella celada.

—Nada, nada — interrumpióle Gómez; — no tiene usted que darme gracias. Cumplo con mi deber en asegurarle la inmunidad, como usted ha cumplido con el suyo defendiendo honradamente á España. Sin que en el mundo se hubie-

se concluído el honor, un nieto de D. Fernando Álvarez de Guzmán y Sotomayor no debía ni podía estar sino en donde ha estado usted, al lado de España. ¿Cree usted que yo no siento la derrota que en estos momentos sufre? ¿Cree usted que yo no amo á la digna nación que fué patria mía y de mis mayores?

Una corriente misteriosa de tristeza atravesó los corazones de todos los circunstantes, y la pálida faz del caudillo vióse un momento iluminada por una extraña luz que le daba tonos de melancolía y conmiseración profundas.

Alberto sintióse desarmado, y apretando á su vez la mano del General cubano, exclamó con angustia:

—Bien veo que no le conocía á usted.

Sonó el timbre del teléfono, y Montoya corrió al aparato.

—Aquí estoy; ¿quién llama?—Sí, soy Montoya, y tú eres Mayorga; conozco perfectamente tu voz. Habla.

Montoya aplicaba el oído, y de cuando en cuando, sin poderse contener, gritaba:

—¿Eh? ¿es cierto? ¿no te equivocas? ¿será posible? ¡Dios lo quiera!

Terminó la conferencia, y Montoya, con el rostro jubiloso y radiente, acercóse á sus amigos.

—¡Una gran noticia! ¡una noticia sensacional!

—Acabe usted—gritó Julia. — ¿Qué pasa?

—Que la escuadra española ha roto el bloqueo de Santiago y traspasado, sin novedad, las líneas enemigas, dirigiéndose hacia Cienfuegos.

—¿Quién lo dice?—preguntó Santa Fe.

—Un cablegrama que acaba de recibirse en el Gobierno General, de Santiago de Cuba, y que me telefonea desde allí Mayorga.

—¿Será cierto?—exclamó, como si dudase de tanta felicidad Alberto.

—Desconfíe usted, Marqués—dijo Gómez;—los barcos españoles son inferiores, no sólo en número, sino en calidad y condiciones de combate á los americanos, y más tarde ó más temprano, será de éstos el triunfo.

Se habló poco ya, porque la noticia tenía agitados á Santa Fe y á Montoya, que deseaban volver á la Habana para adquirir más claros y precisos datos.

El Generalísimo despidióse haciendo nuevos ofrecimientos al Marqués, y desapareció, seguido de su ayudante, en el mismo coche que le había traído.

—¿Me perdonas, Alberto?—dijo Julia acercándosele con ademán suplicante.

—¿Y cómo no, Julia mía, si comprendo las nobles intenciones que te han guiado? No hable-

mos más del asunto. Que enganchen el tílburi y vámonos á comer á la Habana.

Algunos minutos después el poderoso tronco de caballos arrastraba, con extraordinaria velocidad por la Calzada del Cerro, el carruaje que conducía á Julia, Santa Fe y Montoya.

Las noticias trasmitidas por Mayorga al Tulipán resultaban confirmadas oficialmente.

Un suplemento de la *Gaceta* repartíase gratis á la población, en el cual anunciaba el Gobernador General «que la escuadra mandada »por el Contralmirante Cervera había forzado el »sitio de la bahía de Santiago, y atravesando au»daz y valientemente por entre la línea de bar»cos enemigos, dirigíase sin novedad á Cien»fuegos.

»Aunque la muerte heróica y sublime del Ge»neral Vara del Rey—agregaba—debe llenar »de tristeza nuestras almas, preciso es abrir los »corazones á la esperanza de que una gran vic»toria obligue á los depredadores á renunciar á »su anhelo torpe de despojarnos de este pedazo »de tierra española».

Las calles estaban animadísimas; grupos de hombres de todas las clases y razas recorríanlas satisfechos y alegres, y los cafés, teatros y círculos hervían de entusiasmo. Los militares no se mostraban menos regocijados, y en Tacón

y en Albisu dejaban explotar su ira, tanto tiempo contenida, contra un enemigo que no daba la cara, que no presentaba, donde podía ser bien recibido, franco combate, y que se cònformaba con prolongar un bloqueo indigno, que no tendía á otra cosa sino á reducir, por medio del hambre, á los habaneros y sus defensores.

Habiendo salido felizmente la escuadra de Santiago, muy pronto se hallaría en Cienfuegos, quizá rompiendo el bloqueo de la Habana, y entonces ¡ah, entonces! cambiarían las cosas, y los yanquis veríanse obligados á retirarse y á confesar paladinamente su debilidad.

El desaliento de la mañana y de los días anteriores convertíase, de improviso, en energía viril, en confianza absoluta, en seguridad plena del éxito. Iba á tener fin aquella pantomima que frente al Morro y al Vedado representaban, desde Abril, los acorazados y cruceros americanos; los fuegos iban á cruzarse, vivos y destructores, entre ellos y las fortalezas españolas; el corazón de los valientes conoceríase, á la postre, hasta dónde podía llegar.

De todos modos, el desenlace llegaba empujado por una especie de huracán de muerte y trágicos acontecimientos.

Santa Fe, al pasar por el Parque Central, observó el bullicio y la animación que reinaban;

la acera del Louvre estaba enteramente llena de jefes y oficiales militares; el café de Inglaterra parecía un hormiguero; en los de Tacón y el Cosmopolita era imposible entrar; frente á Payret tocaba una música callejera la «Marcha de Cádiz», y allá abajo, al finalizar el Prado, muy cerca de los arrecifes de la Punta, pelotones de voluntarios y movilizados dirigían insultantes retos á los bloqueadores que, mar á fuera, seguían elevando al espacio, negro ya con las sombras densas de la noche, sus bengalas de colores, sus cohetes restallantes y enfilando, con pesada insistencia yanqui, sobre la ciudad, sus focos luminosos.

—¡Qué pueblo éste!—pensó Santa Fe;—no se le da más que una esperanza remota de triunfo, y vuélvese loco de júbilo; se le advierte que tendrá que pelear, y tal vez que sucumbir, y recibe con fiestas y músicas el aviso. ¡Qué pueblo tan noble y tan digno es este pueblo español! ¡Qué lástima que le hayan envilecido, incivilizado y prostituído los que le gobiernan y dirigen! ¡Cuánto de él pudiera hacerse con sólo cultivar sus inclinaciones naturales!

Al llegar á su casa sentíase menos triste, y la confianza general invadía también su espíritu. Olvidado de cuanto acababa de ocurrir en el Tulipán, sólo pensaba en los barcos españoles.

Los veía partir de la bahía de Cuba, disparando cañonazos á babor y á estribor, aterrando á los adversarios, desorganizándolos, engendrando el pánico entre todos ellos; hendían sus quillas poderosas las alborotadas aguas; flotaban al viento sus banderas gallardas y vistosas; sus tripulaciones ensordecían el espacio con sus gritos y aclamaciones, y Sampson, acobardado ante tanto arrojo, ante heroicidad jamás vista ni soñada, que obscurecía el sol de gloria de Maratón, replegábase dejándolos marchar victoriosos, soberbios, augustos, azotando con sus hélices monstruosas las aguas estremecidas y sugestionadas por tanta audacia. ¡Ah, qué venturoso día si este sueño resultase cierto!

Del en que parecía gratamente sumido Santa Fe, distrájole Julia diciendo:

—Oye, Alberto, oye lo que dice *La Estafeta.*

—¿Qué dice?

—Es una carta que desde el *otro mundo* envían á Blanco.....

—¿Quién?

—Nada menos que doña Isabel la Católica.

—Si no es muy larga, léemela.

Y Julia leyó lo siguiente:

«**A Blanco, Gobernador General de Cuba.**

»Bien veo, mi querido General, que no cedes »en valor y gallardía á aquél mi Gran Capitán, »Gonzalo de Córdova, que tan alto puso el nom- »bre de España, conquistando para mí Nápoles »y Sicilia.

»Por tus hechos militares pareces de mi tiem- »po, y cualquiera diría que has estado con el »Marqués de Cádiz y mis otros próceres, en el »sitio de Granada.

»Felicítome sinceramente de que seas de tal »temple y de que tu naturaleza tenga todo el »fermento castellano que á mi Fernando y á mí »nos hizo dueños y señores de dos mundos; »pues, á la cuenta, y por las noticias que aquí »llegan, Castilla y León necesitan Capitanes »como tú. Parece que aquel gran imperio que »Cristóbal Colón, por mi orden y á costa de mis »joyas, descubrió para gloria de mi reinado, »bien de la humanidad (que libertó á tantos mi- »llones de seres de la esclavitud de la ignoran- »cia) y regocijo del cielo, que pudo recuperar »tantas almas perdidas en las espesas sombras »de la idolatría, ha ido desmembrándose de tal »modo, que ya no queda de él sino esa hermosa »Isla en que tú gobiernas con tanta prudencia y »sabiduría.

»¡Qué tristeza! ¡Y no serme dado levantar esta »gran losa que cubre mi cuerpo y animar, »como tantas veces lo hice, las almas gene»rosas y ardientes de mis caballeros de Santa »Fe!.....

»No, no puede ser. Dios lo quiere, y ante sus »mandatos divinos cedemos los Monarcas, aun »siendo tan poderosos como lo fuimos Fernando »y yo.

»Sólo una cosa he de pedirte, mi buen Capi»tán, desde este apartado sepulcro en que es»pero el ansiado juicio final:

»Que conserves para tu patria ese pedazo de »tierra americana que tantos afanes me costó, »que tantos desvelos me produjo, que amé con »tanta más pasión cuanto que no me fué dado »conocerla.

»Que la defiendas con todas tus fuerzas, que »son muchas; con tu valor, que es incomparable, »y con tu sabiduría, que me ha ponderado ex»traordinariamente Cisneros.

»Que sucumbas por ella, si es necesario.

»Si así sucediese (pues confío que llegarás »victorioso hasta mi sepulcro), el primer abrazo »que recibirás en este mundo, será el de

»Isabel la Católica.»

—No carece de intención la epístola; pero

presiento que no la recibirá el General—dijo Alberto.

—¿Y quién se atreverá á escamotearla?

—Los que gustan de que, á los magnos finales trágicos que agigantan á Numancia, se sobrepongan los acomodos viles que empequeñecen á Sedán; los que quieren volver «con los escudos y no sobre los escudos»; los que, «hecho el negocio» y asegurado el pan y el *foie gras* para sí, sus hijos y sus nietos, les importa poco el hambre de millones de españoles.

—Es así, querido Alberto, que dudas.

—No, temo; aunque desde hace algunas horas una caricia de esperanza ha consolado y fortalecido mi alma, un miedo inexplicable me asalta. Estas, éstas son las horas angustiosas y supremas, en las cuales ha de decidirse la suerte de España en América. Quizá ahora mismo perecen, espantosamente cañoneados, nuestros acorazados; tal vez están arribando á playa amiga y salvadora. Sólo Dios sabe lo que ocurre un poco más allá de ese mar que bate mansamente en la cercana orilla. De todos modos, mi suerte está echada; y si Blanco y los suyos no saben ó no pueden responder á las nobles excitaciones de la gran Isabel, Santa Fe, cuyos abuelos pelearon en el sitio de este nombre y contribuyeron á civilizar el nuevo mundo, sabrá

cumplir con su deber. La ignominia y el oprobio, no serán sus huéspedes, sino sus homicidas.

Julia tembló al oir ésto; pero no se atrevió á responder al Marqués. Sabía que era contraproducente darle consejos y que le irritaban mucho los consuelos. Había que dejarle entregado á sus dolores y meditaciones, de los que, al fin, casi siempre salían triunfantes la razón clarísima y el entendimiento maravilloso que como supremas cualidades le adornaban.

El nuevo día iba á llegar en breve, y con él sabríase de un modo cierto si España había triunfado ó perecido.

XIII

Entre esperanzas y temores, dudas y anhelos de triunfo transcurrió el día 4 de Julio. Una ansiedad atormentadora y cruel se había apoderado de todos los espíritus, y nadie, por indiferente que fuese á cuanto estaba sucediendo, podía sustraerse al ardiente deseo de conocer por qué clase de peligros había pasado la armada española; si, efectivamente, los había burlado, y qué cálculos podían hacerse con relación al porvenir.

A medio día no se tenían noticias del arribo á Cienfuegos ni á ningún otro puerto de la Isla, de los barcos que la componían.

Esto inquietaba bastante á los menos pesimistas, y obligaba á los impacientes á dirigirse á Cojimar, á Casa Blanca, á la Chorrera y á todos aquellos lugares en que pudiera dominarse el Océano, para buscar en su extensa y líquida superficie algún signo que indicase que el *Cristobal Colón* y sus compañeros se acercaban.

Pero el mar inmenso, dilatado, con sus olas

de verde obscuro, permanecía desierto, silencioso, tranquilo, ajeno enteramente á los acontecimientos que en su orilla se desarrollaban, sin dar paso á otras naves que á las que sostenían el bloqueo, cruzando lentamente de Este á Oeste, y resguardándose con exquisita precaución de los tiros de las baterías de la Cabaña, de la Punta y Santa Clara.

Algunos, generalmente voluntarios, irritábanse de tanta espera infructuosa, de tanta impaciencia burlada, de calma tan abrumadora y fatigosa, y levantando los puños en alto increpaban á aquel mar que les negaba lo que con tan ardientes y vivas instancias pedían.

De nada valían los enojos ni las amenazas; ¡ah! las oraciones y los votos tampoco llegaban hasta el trono del Altísimo, porque la escuadra no aparecía por ninguna parte.

El Gobernador General, después de la «alocución» del día anterior, nada decía; la prensa estaba igualmente callada; en el «Casino Español», en el «Unión Club», en el «Centro Gallego» y en el «Asturiano» los comentarios eran acalorados y enérgicos, pero nada cierto, ni que en algo se acercase á la verdad, podía afirmarse.

Sabíase, sí, que en Cuba se libraban los combates que habían de determinar la victoria ó la

derrota de España; que la Habana no corría peligro de ser atacada, y que la guerra entraba en un período de actividad y de acción indispensables para llegar á su finalidad. Porque ¿acaso podía prolongarse un estado de cosas tan anormal? En el comercio había cesado el movimiento; la vida industrial estaba como muerta; la bahía triste y desolada, sin otros barcos que los avisos y guardacostas, que nada guardaban, ni para poner en cuidado al enemigo servían; cerrados, ó poco menos, los comercios y tiendas; las oficinas públicas y particulares silenciosas y desiertas, y el hambre creciendo, aumentando, invadiendo las clases más acomodadas y matando, con saña cruel, á las menesterosas. ¿Quién podía ya comer carne costando un duro la libra?

Del interior no venían ni plátanos, ni maíz, ni *papas*, ni boniatos; y las siembras recomendadas en Marzo por Fernández de Castro, nada produjeran aún. Además, las partidas del ejército revolucionario, que tal denominación tenía ya entre todos, el que meses antes se llamaba «insurrecto» ó «mambí», estorbaban el viaje á la capital de los vendedores campesinos, para privar á sus habitantes de los alimentos que éstos necesitaban para hacer más tolerable su situación.

¿Qué pasaba en España? ¿Qué hacía el Gobierno? ¿Era cierta la toma de Cavite? ¿Puerto Rico era verdad que había recibido con músicas y rasgando las banderas españolas á los americanos? ¿Estaba Cuba en ruinas y heridos Linares y Ordóñez?

En la redacción de *La Estafeta* así se aseguraba misteriosamente, y alguno de sus redactores atreviase á enseñar á los atemorizados españoles su carta «de ciudadano» de la Gran República.

Llegó el día 5, y el cielo, como si quisiese anunciar en carácter á los atribulados habaneros nuevas dolorosas y tremendas desgracias, presentóse encapotado y obscuro: pardas nubes lo cubrían y amagos de tempestad advertíanse por todas partes.

La opresión de los ánimos era general, y un miedo (que ya pocos disimulaban) tenía en dura tensión los nervios de todos.

Á eso de la una y media, y presa de agitación extraordinaria, con cara de muerto, llegó Montoya al palacio del Marqués de Santa Fe.

Al verle éste, sintió que le faltaban las fuerzas para preguntar, y aferrándose á los brazos del sillón en que se hallaba sentado para no perder la cabeza, interrogóle con los ojos.

Montoya, gimiendo con verdadera amargura,

sin ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas, exangüe y desfallecido, dejándose caer inerte sobre un sofá, exclamó:

—¡Derrotados! ¡Derrotados! ¡Nuestra libertad perdida para siempre!

Santa Fe nada contestó; tampoco lloró, ni gritó, ni blasfemó; quedóse como petrificado, con el rostro sin expresión, inmóvil, igual que si de repente se hubiera galvanizado, y así estuvo larguísimo rato.

Gemía aún Montoya tapándose la cara con un pañuelo de seda blanca, y automáticamente, sombrío, tétrico, sintiendo que los pies y los hombros le pesaban como si fueran de bronce ó mármol, dirigióse á su cuarto Alberto.

Arrojóse sobre la cama sollozando, con hipo de agónico, y cubrió su cabeza (en la que blanqueaban innumerables canas, que en 1.° de Enero eran aún cabellos negrísimos), con las espesas y blandas almohadas, como si quisiese ahogar la manifestación de su terrible sufrimiento ó la vida que tanto le abrumaba.

Julia y su fidelísimo criado Manuel, no menos consternados y también profundamente conmovidos, se acercaron al lecho; pero no hablaron una palabra ni profirieron una exclamación, quedándose allí clavados, silenciosos, sugestionados y vencidos por tan hondísima pena.

Por la calle pasó gritando un vendedor de periódicos, que decía:

—¡*La Estafeta!* ¡*La Estafeta!* Con la catástrofe de nuestra escuadra.

El Marqués dió un salto y se puso de pie.

—Corre—dijo á su criado,—corre y tráeme un «alcance».

Manuel, previsor siempre que se trataba de servir á su amo, sacó del bolsillo una hoja de *La Estafeta*, y entregándosela respondió:

—Aquí está, señor.

Retiróse el sirviente, y Julia tomó asiento en un sillón de mimbre. Alberto, de pie, cejijunto, trémulo, arrastrando las palabras, temblorosa la voz, tartamudeando á cada renglón, bien así como si todo su aliento y su existencia entera fuesen á escapársele, leyó lo siguiente:

«CÓMO FUÉ

»El dolor inenarrable que nos embarga por la espantosa noticia (de que quisiéramos dudar), nos impide hacer hoy ninguna clase de comentarios.

»Limitámonos, pues, á comunicar á nuestros lectores los detalles que del heróico combate (en el que tan extrahumanamente se condujeron nuestros marinos), nos trasmite un veracísimo corresponsal.

»Hé aquí la narración sencilla de la cruenta lucha.

»Amanecía, y las tintas indecisas de la aurora marcaban confusamente los objetos; el mar estaba tranquilo y sosegado, y su color azul intenso espesaba el horizonte y obscurecía la armada americana, que se extendía en un área de más de tres millas.

»Encontrábase en el puente del *Iowa* un marinero vigilando la salida del puerto, cuando vió venir sobre él, con velocidad extrema, un enorme bulto negro. Tocó el pito de aviso y con voz entrecortada por la emoción, gritó:

—»¡El enemigo se acerca! ¡Viene violentamente sobre nosotros!

»Los oficiales y tripulantes de los barcos sitiadores, se colocaron á toda prisa en sus puestos, y se escuchó, quebrantando el silencio de la mañana, el primer cañonazo de alarma.

»El Comandante del *Iowa*, que aún permanecía en su camarote, se lanzó precipitadamente sobre cubierta, ordenando á los maquinistas, como primer maniobra de guerra, que imprimiesen al acorazado el máximum de su velocidad.

»El *María Teresa*, gallardo y majestuoso, avanzaba, á su vez, sobre la línea enemiga á tres cuartos de máquina, y al observar que sobre él se dirigía el *Iowa*, viró rápidamente sobre

babor con ánimo, sin duda, de ponerse á cubierto de sus tiros.

»Desgraciadamente ya era tarde: la metralla enemiga, de doce pulgadas de grueso, hacía explosión en la proa, que se incendió en seguida, causando grandes bajas en la oficialidad y marinería.

»A bordo oíanse ayes, gritos, juramentos y vivas, y el *María Teresa* seguía marchando, y tras él, en perfecta columna equidistante, los demás buques que componían la flota española.

»Cerca del *María Teresa* iba el *Oquendo*, y convoyando á éste dos torpederos; el *Vizcaya* buscaba también á los contrarios, en dirección de los cuales navegaba á todo vapor, y el *Colón*, que enarbolaba la insignia del Almirante, tomaba posiciones para el combate.

»La acometida del *Iowa* la secundaron con con gran rapidez el *Oregón*, el *Indiana*, el *Texas* y el *Brooklin*, á la que respondieron, disparando verdaderas granizadas de bombas, el *María Teresa* y el *Oquendo*, que no pudieron causar bajas ni aun averías al enemigo, sino ligeros desperfectos en la chimenea y palo mayor del *Iowa*.

»Vióse entonces una cosa inexplicable: mientras la armada enemiga se mantenía á la con-

veniente distancia para que los tiros de la española no le alcanzasen, ésta recibía todas las andanadas de los cañones contrarios, sufriendo terribles sacudidas, produciéndose en el interior de sus barcos horrorosas explosiones, y pereciendo por centenares los hombres.

»Pero no retrocedió ninguno de ellos; antes al contrario, los *destroyers*, furiosos, encendidos y á toda máquina, dirigiéronse sobre el *Brooklin* y el *Texas* para echarlos á pique. Preparados éstos, hicieron uso de la artillería gruesa, y bien pronto dos de aquellos se hundieron en el mar, que los devoró como una presa anhelada.

»Espantosa era la agitación de las olas, horas antes sosegadas y plácidas; horrísono el estruendo de la artillería de una y otra parte.

»Al hundirse el *Furor* con todas sus tripulaciones, y á su cabeza, sereno y bellamente desdeñoso su Comandante Villaamil, hizo su último disparo.

»Pasó el proyectil rozando la cabeza del Almirante Sampson, que retrocedió asombrado de tanto arrojo y valor tan inusitado, no pudiendo contener un ¡bravo!, como si tal heroicidad hubiese de pagarse con un aplauso.

»A bordo de las naves españolas, el desconcierto y la confusión eran completos; nadie se entendía, y ni las órdenes de los jefes eran es-

cuchadas, ni las maniobras respondían al cálculo y prudencia de una dirección enérgica, fría y dueña de sí misma. El fuego que producían las balas explosivas al caer sobre aquellas lo incendiaba todo, impidiendo el humo espeso y axfisiante ver hombres y cosas á la más pequeña distancia.

»Maniobró un momento el *Colón*, queriendo burlar á sus contrarios y ganar la mar, y pasando frente al *Iowa* le envió dos bombas con excelente puntería. Atravesó una, de parte á parte, la caja impermeable, derribó la despensa, reventando en el interior de los camarotes, en los que causó estragos de consideración, y la otra perforó el casco á la altura de la línea de flotación.

»Inicióse entonces el pánico entre los cruceros americanos, que se precipitaron desordenadamente sobre el *Vizcaya*, que era el más cercano, y cuya popa se veía envuelta en llamas.

»De pronto, dominando el fragor y ruido del combate, se oyó una detonación horrible. Era la santa bárbara del *Oquendo*, que acababa de estallar, embarrancando en las rocas cercanas de la playa. Tras él iba, destrozado y sin bandera, el *María Teresa*.

»Sólo el *Colón* luchaba bravamente con el *Brooklin*, pues el *Vizcaya*, totalmente encen-

dido, semejando un volcán flotante, nada podía hacer para defenderse de sus adversarios, que no hallaban ya oposición ni lucha.

»Para salvar la tripulación del *Vizcaya*, que se arrojaba desesperadamente sobre las agitadas olas, Mr. Sampson, que había suspendido el cañoneo, largó varios botes. Los náufragos se acogieron á ellos con afán de vida inexplicable, y con lágrimas en los ojos pagaban la generosidad inaudita del vencedor.

»La cubierta del *Iowa* pronto se vió llena de prisioneros españoles: mostrábanse estos abatidos y consternados, y no sabían explicarse el suceso que acababa de ocurrir, y que, en tan corto espacio de tiempo, se convertía en una inmensa hecatombe.

»Uno de aquellos marineros, dignos de ser mandados por Churruca, con el brazo izquierdo arrancado de cuajo, chorreando sangre del hueso descarnado, colgándole fragmentos de piel, lívido pero sereno y tranquilo, al pisar la cubierta del buque, cuadróse militarmente y saludó á los tripulantes, que, mudos de asombro, le correspondieron con un ¡hurrah! estentóreo.

»Eulate, el intrépido y valiente Comandante del *Vizcaya*, bien pronto quedó en poder del enemigo. Presentóse ante él mal herido, senta-

do en una silla que conducían oficiales y marineros españoles. Al ver á Sampson incorporóse con grandes dificultades hasta ponerse de pie, y gravemente, sin afectación, orgullo ni rebajamiento, se desprendió de la espada que llevaba al cinto, y besando, con llanto en los ojos que no podía ocultar, su cruz dorada, la entregó al Almirante americano.

»Este, no menos conmovido que sus marineros, saludó al noble capitán vencido, y devolviéndole el arma, que también besó, díjole:

—»Llevadla, señor Comandante; llevadla siempre, que sois digno de ella, y de la gran nación á quien servís.

»Pocos instantes después hundíase para siempre el *Vizcaya*.

»Embarrancados en la playa estaban el *Oquendo* y el *María Teresa*, cuyas tripulaciones ganaban la orilla inmediata, protegidas por las fuerzas cubanas, que, con grandes voces de ánimo, alentaban á los infelices españoles, á los cuales abrazaban llorando al verlos en salvo.

»Al concluir el día guardaban en sus buques los adversarios, más de mil prisioneros.

»El último que subió á bordo del *Iowa* fué Cervera. Iba casi desnudo, con las ropas hechas girones, mojadas y pegadas al cuerpo; los pies sin zapatos ni medias. A pesar del infortunio de

que era víctima, no demostraba abatimiento ni quebranto, y aunque ninguna insignia que diese á conocer su alta graduación llevaba sobre sí, todos pudieron reconocer en seguida al heróico jefe de la escuadra española.

»Mr. Sampsom lo acogió con muestras de profundo respeto, y llevóle en seguida á su camarote, para que se vistiese convenientemente.

»Resumiendo: nuestros barcos han perecido; y cerca de tres mil hombres, que antes los tripulaban en compañía de los que han podido salvarse ó han caído prisioneros, yacen en el fondo del Océano.

»¡Bajo sus ondas agitadas han hallado también sepulcro inmortal, Lazaga y Villaamil, cuyas almas, desprendidas de la carne, han volado al cielo en que moran Churruca y Méndez Núñez!

»¡Día triste, día luctuoso, día de eterna recordación para la patria infortunada!»

Cuando Santa Fe leyó las últimas palabras del alcance, su voz estaba casi apagada. Arrojó violentamente al suelo aquella hoja siniestra que tan crueles noticias traía, y se acostó de nuevo en la cama, tapándose otra vez con las almohadas la cabeza.

Julia lloraba en silencio.

Tímida, asustada, temblorosa y tierna, le habló así:

—¡Alberto! ¡Alberto mío! Llora, sí; llora, que la desgracia por que pasamos pide mares de lágrimas; desahoga tu corazón y deja rienda libre á las penas que torturan tu alma. ¿No me ves? Yo también lloro; yo también considero como propia esa catástrofe, y si á costa de mi sangre pudiera evitarla, créeme, con placer la vertería.

Pero Alberto no contestó nada. Un silencio fúnebre respondió al dulce consuelo de la bellísima mujer.

—¿Estás malo, Alberto?—preguntó ésta con solicitud cariñosa.—¿Sientes algún dolor físico que la Medicina pueda curar? ¿Qué te sucede? ¡Dímelo, por Dios!

Alberto continuaba mudo. Comprendió Julia que resultarían inoportunas todas sus reflexiones ante el sufrimiento hondísimo que torturaba á su amante, sufrimiento que repercutía en su alma, y calló.

Sin hacer ruído, suavemente, cerró las ventanas para que la luz no molestase al Marqués, que no se movía, suspiraba, ni daba señales de vida en su cama; y en una penumbra triste quedóse esperando, sentada en un sillón, el resultado de aquel síncope. Temerosa de que pudiera tener algún funesto desenlace pensó llamar al Dr. Espada, que era el médico predilecto de Santa Fe; pero contúvole el temor de desagradarle con la

intervención de un extraño. Decidióse, al fin, á esperar resignada á que el Marqués tornara á la realidad de la existencia.

Entretanto, cubríanse las casas particulares y los edificios públicos de negras colgaduras, y una muchedumbre extraordinaria se lanzaba á las calles dando gritos de angustia y de desesperación.

Las redacciones de los periódicos veíanse llenas de gente que quería saber toda la verdad de lo ocurrido, y la Plaza de Armas estaba convertida en un mar agitado de cabezas.

Pero nadie profería un grito ni una exclamación que no fuesen para expresar la penosa aflicción que á todos embargaba.

Á las tres de la tarde apareció, en un suplemento de la *Gaceta*, el parte oficial.

S. E. decía así:

«Españoles: La suerte ha sido adversa á nuestras armas, y la flota que esperábamos con ansia legítima, ha sucumbido en combate heróico, frente al enemigo.

»La plaza de Santiago (imposibilitada de seguir sosteniendo su defensa), háse visto en la necesidad de capitular; pero su Gobernador conferencia con el Jefe de las fuerzas contrarias á fin de alcanzar una entrega honrosa.

»Estos lamentables fracasos no impedirán

que sigamos sosteniendo nuestro derecho, oponiendo á las exigencias del invasor una tenaz resistencia.

»Confiemos en un triunfo definitivo que nos compense de las tristezas del momento, y entretanto unámonos todos, como un sólo hombre, para morir, si el caso llega, en aras de la Patria.»

El documento, más frío que lacónico, produjo en la opinión pública un efecto deplorable.

—Esto concluye; el fin de España ha llegado —oíase decir por todas partes, y un temor aniquilante se apoderaba de todos los españoles, que temían persecuciones insensatas y la satisfacción, en sus personas é intereses, de odios y venganzas á que ellos no habían dado lugar.

Comentábase con ira la disposición que obligara á la escuadra á dejar el abrigo del puerto, y nadie se recataba para censurar al Gobierno ó al Gobernador General la adopción de una medida tan poco estratégica, tan falta de sentido militar.

Si la escuadra, compuesta de cuatro cruceros con apariencia de blindaje y seis destroyers de escaso radio, no podía habérselas con los ocho acorazados, veinte cruceros y treinta barcos menores, con poderosa artillería, de doble alcance, con que contaban los americanos, ¿por qué se la

había forzado á salir? ¿Se quería su total destrucción? ¿Era de necesidad sacrificarla para que misteriosas combinaciones diplomáticas no fracasasen? ¿Por qué se jugaba así con el honor de la nación y con la vida de tantos de sus hijos?

Y una sonrisa de amarga decepción asomaba á todos los labios, como complemento de las anteriores reflexiones.

La derrota pareció desatar los más ocultos egoismos.

Los víveres aumentaron instantáneamente de precio; los valores quedaron sin demanda, y el oro desapareció como arrebatado por hábiles nigrománticos.

Los que, por un resto de patriótico pudor, habían resistido á la tentación de la «huída», apresuráronse á tomar el camino de Sagua, en donde encontraban vapores ingleses, que á precios fabulosos los transportaban á Jamaica y Veracruz.

¡Cómo salían, pálidos, azorados, abandonando pingües destinos, renunciando á negocios lucrativos, no pensando sino en la vida, que consideraban amenazada, personajes eminentes que en Abril afirmaban trágicamente que «antes se hundiría la bóveda celeste sobre ellos, que desertasen de sus puestos de honor!»

Y allá se iban, como otras veces, callados, silenciosos, sin advertir á nadie de su fuga, escondidos en los vagones del ferrocarril de la bahía, Coroneles de voluntarios, Diputados y Senadores, Jefes de Sanidad, algún que otro General, Directores de Administración, asentistas, comerciantes y hacendados.

—Ahí queda eso—decían al verse á bordo sanos y salvos;—nosotros la hemos hecho; que la paguen los que no tienen mil pesos para tomar un billete de pasaje.

Obscurecía ya cuando el Marqués de Santa Fe empezó á moverse.

Julia experimentó una alegría inmensa al oirle suspirar y ver que se agitaba; pero siguió callada y silenciosa.

—¡Julia! ¡Julia!—murmuró con voz muy débil;—¿estás ahí?

—Sí, Alberto mío, sí, aquí estoy;—y cogió la mano derecha de su amante, que oprimió dulcemente con sus labios.

Incorporóse el abatido noble en la cama, y restregándose los ojos que le ardían, exclamó:

—¡Dios poderoso! ¿no he soñado? ¿estoy acaso despierto? ¡Julia! ¡Julia! dime, contesta: ¿no soy víctima de una pesadilla?

—¡Ojalá que así fuese, querido Alberto, y no estaríamos enfrente de una abrumadora realidad!

—¡Es decir, que se ha perdido toda esperanza! ¡que España ha muerto! ¡que estamos á merced del vencedor! ¡que el sol de gloria que nos alumbraba desde Lepanto, no eclipsado á pesar del heróico desastre de Trafalgar, se ha ocultado para siempre! ¡Qué tristeza!.....

—El calvario de la pobre España—dijo Julia al ver que Alberto callaba—es largo y penoso, y sin duda para aquilatar su fe la pone á prueba el Dios que le abrió y allanó el camino del Nuevo Mundo, acompañándola en San Quintín.

—Es verdad, razón tienes, Julia mía; pese á todas las preocupaciones reinantes y á todos los brutales positivismos que han modificado nuestra naturaleza y subvertido nuestras ideas, adviértese en todos estos acontecimientos extraordinarios una voluntad soberana y consciente que castiga los orgullos, repara las injusticias y restablece la verdad. Nosotros hemos sido orgullosos y vanos, injustos y despreocupados y divorciados vivíamos de la verdad, y la pena que á tan monstruosos crímenes correspondía no se ha hecho esperar. No es la justicia de su causa, que no puede ser más extraña á ella, la que ha proporcionado el triunfo á los yanquis. Es Dios, que nos ha herido con su cólera; y el instrumento de que se ha valido para ejecutar su terrible sentencia son esos merca-

deres, tan de improviso convertidos en invencibles aguerridos y valientes adalides. Lo habíamos descuidado todo, y en primer término la pública moral, y las consecuencias tenían que sernos funestas.

—Cabe aún tener esperanza—respondió Julia;—la guerra no ha terminado, y como dice el General en su alocución de hoy, quién sabe si nos está reservada una victoria definitiva.

Sonrió con tristeza el Marqués, y poniéndose de pie empezó á dar paseos por la estancia, casi á obscuras. De pronto dijo:

—Julia, óyelo bien: ya no me hago ilusiones. Nuestra total caída es inevitable. ¿Á quién culpar de ella? ¿Á España? ¿Á sus gobernantes? ¿Á los cubanos? Á nadie, á nadie debemos culpar; porque todos, absolutamente todos, tenemos una parte de responsabilidad. Olvidamos que el tiempo modifica y cambia gustos y costumbres; que la educación toma rumbos nuevos cada centuria; que hay que armonizar la vida con el progreso, y empeñándonos en sostener nuestros hábitos viejos y apolillados, hemos llegado al trance en que nos vemos.

—¿Qué crees tú, pues, qué ocurrirá?

—¡Ah! Para predecirlo no necesito echármelas de profeta. Que no habrá más combates; que los americanos se conformarán con retener San-

tiago de Cuba; que seguiremos bloqueados, y que antes de que concluya el verano se habrá firmado la paz.

—Pero ¿á qué precio?

—¡Oh! Á precio más vergonzoso que subido. Por de pronto, perderemos la soberanía que ejercemos en esta Isla; tendrémos que abandonarla, y, lo que es más doloroso y triste, en manos del que la codicia hace años y no de sus naturales.

—¿Crees tú que los Estados Unidos faltarán á su palabra? ¿No han dicho á la faz del universo que intervenían en nuestras querellas por un deber de humanidad, para poner término á la efusión de sangre y dar á un pueblo enérgico la independencia á que se hizo acreedor? ¿Te parece que en tan graves asuntos puede mentirse?

—¡Mentir! ¿Se sabe hoy lo que es mentira y lo que es verdad? ¿La riqueza de los idiomas no ha inventado palabras y giros (que se llaman eufemismos) para hacer verdad de la mentira y de la mentira verdad? ¿Piensas tú que el victorioso, seguro de su fuerza, se detiene ante los escrúpulos de conciencia y encuentra juez bastante íntegro que se atreva á advertirle sus yerros y atropellos? La gran República no arriará del Morro ni de ninguna fortaleza de la Isla, las banderas que ice en sustitución de las españo-

las. Tenlo por cierto, Julia; y si España es verdad que ha desaparecido de Cuba, ésta no alcanzará jamás su ideal de independencia y libertad. Con lo sucedido, sólo ha cambiado al padre (malo quizás, pero al fin padre), por el amo. ¡Pobre España! ¡Pobre Cuba! ¡Infelices de nosotros!.....

—Nos iremos muy lejos—dijo Julia;—al fin, todos se van.

—Deja á los cobardes y á los falsos españoles que huyan vergonzosamente. Yo me iré con el último soldado que represente aquí á la patria de mis abuelos, si antes el cielo, apiadado de mi dolor sin nombre, no me libra de esta vida aborrecible.

Un silencio lúgubre sucedió al anterior diálogo, y la noche, inacabable y eterna, pareció adormecer, en sueño letárgico, á todos los habaneros.

Al estupor de los primeros instantes sucedió una calma absoluta, y los días de Julio transcurrieron en medio de una monotonía completa.

Menudeaban las visitas á los cercanos campamentos revolucionarios, y los amigos de Maiya Rodríguez, de Máximo Gómez y de Cárdenas no se tomaban la molestia de ocultar sus devociones y su culto.

Hablaban sin rebozo de su triunfo, y esperaban que, obligada España á pedir la paz, entrarían inmediatamente las huestes cubanas en la capital, confraternizando con los regimientos americanos, que después de algunas semanas de fiestas y jolgorios reembarcarían, dejando á los revolucionarios antillanos arreglar su Gobierno, formar su nacionalidad y constituir su Estado.

De nuevo se repetían las promesas del gran caudillo, del insigne *virtuoso*, del inmortal libertador, de Máximo Gómez, que, á cuantos le escuchaban, decía:

—«No habrá represalias, no habrá venganzas, no habrá persecuciones ni despojos. Los españoles están en su patria, y á mi honor militar incumbe defenderlos de cualquier agresión brutal de que pudieran ser objeto.»

Los que no podían embarcarse en Sagua ó en Caibarien, donde se encontraban vapores americanos con bandera inglesa, que á buen precio recogían á los fugitivos, aparentaban creer en tales promesas y elogiaban el corazón humano y los sentimientos nobilísimos del que tantas veces habían dado por muerto, y con tanto regocijo habrían visto enterrado.

¡La paz! ¡la paz viene!—se dijo un día,—y todo el mundo, sin excepción de clases, acogió

la idea con entusiasmo y con vivo anhelo de que se convirtiese en realidad.

Mac-Kinley ordenaba á sus iglesias que hiciesen rogativas al Todopoderoso por el restablecimiento de aquella; y como el Todopoderoso era él, ¿qué duda podría caber de que la guerra estaba llegando á su conclusión?

Por otra parte, el Comodoro Watson anunciaba su propósito de cruzar el Atlántico y hacer una visita á los puertos del Mediterráneo, principalmente á Cádiz y Barcelona, y esto era bastante para inclinar á los peninsulares á un arreglo que pusiese término á una lucha tan desigual como ruinosa.

Los exaltados de antaño estaban ahora mudos y silenciosos, y si abrían los labios era para ponderar las excelencias de la paz y hacerse lenguas de la civilización, riqueza, cultura, humanidad y filantropía de los norte-americanos.

Manzanillo y Gibara habían sido ocupados por éstos, y Puerto Príncipe lo evacuaban á prisa las fuerzas españolas, que se replegaban hacia la Trocha, camino de las Villas, no sin destruir antes dos millones y medio de cápsulas de Maüser, echar á pique en Nuevitas dos magníficos cañoneros y entorpecer la turbia corriente del Tínima con mil sacos de arroz que las acémilas no podían transportar.

Por todas partes se advertían el desorden, la confusión y el espanto. Dijérase que los españoles, por arte diabólico, se habían transformado en los indios timoratos, ignorantes y sencillos que vieran aterrados, en otra edad, llegar hasta sus playas las monstruosas naves colombinas.

Todas estas desdichas, sin embargo, no amenguaban tanto el buen humor español, que impidiesen celebrar fiestas gastronómicas en Palacio.

El día 28 recibió Santa Fe una invitación para asistir á un banquete que daba el General en honor de varios oficiales extranjeros, rusos, ingleses y suecos, que habían desembarcado en el puerto de la Habana, conducidos hasta él por el crucero de la armada británica *Talbot*.

De muy mala gana lo hizo, pero fué. Allí supo que la paz estaba en vísperas de firmarse; que Puerto Rico lo tomaban los yanquis como indemnización de guerra, y que Cuba quedaría intervenida por los mismos, mientras la «preparaban» para la independencia. Existían opiniones contradictorias respecto á Filipinas, y en tanto unos aseguraban que también éste archipiélago quedaba convertido en botín de guerra, otros decían que los vencedores lo pagarían con sendos millones de *dollars*.

Estos rumores, acentuándose, tomando mayor cuerpo cada día, determinaron una viva reacción en la Bolsa. La plata ganó veinte enteros en una tarde. Las acciones ferrocarrileras tuvieron igualmente un alza extraordinaria; y como si brotasen de la tierra viéronse afluir á la Lonja, poco antes desierta, centenares de tercerolas de manteca y de vino, grandes fardos de bacalao y de tasajo, arroz y patatas en abundancia pletórica, que se cotizaban á los precios que siempre habían tenido.

Asqueado Santa Fe de tanta podredumbre moral, de bajeza é ignomia tanta, abandonó su palacio de la calle del Prado, refugiándose con Julia en la apartada quinta del Tulipán.

Allí, libre de importunos amigos y de aduladores mendaces, bajo la benigna sombra de las seculares ceibas, oyendo el rumor suave de las palmas y de los framboyanes y aspirando con delicia el aroma de las mil variadas y hermosas flores que adornaban el jardín; piadosamente arrodillado y mirando al cielo con el recogimiento y unción de un verdadero creyente, sin otro testigo que Julia, que la repetía con sublime resignación cristiana, rezó esta singular oración:

«¡Madre, siempre idolatrada y á todo instante dulce y grata á mi corazón; ahora que sufres y

lloras y apuras del cáliz de los dolores la más amarga de las libaciones, más te venera y ensalza mi alma!

»Más, mucho más que te odian tus enemigos, los que te han traído á este penoso estado, más te amo yo; y ninguna fuerza ni causa, distancia ni tiempo, entibiarán tan noble pasión.

»Como algo que flota en el espacio sin término, siempre puro, eternamente luminoso, encarnando en el principio de toda vida, así flotará este sentimiento que te consagro sin esfuerzo, que ha nacido conmigo y que confío sobrevivirá á mi cuerpo cuando se desligue del espíritu para tornar á la tierra.

»Yo no veo tus desgracias, ni tus caídas, ni tus desastres, sino como todo lo que es propio é inherente á mi sér humano; por eso me afectan, anonadan y lastiman tan profundamente como si sobre mí tan sólo cayeran.

»¡Y ojalá fuera así! ¡Ojalá me fuera dado recoger sobre esta naturaleza desmedrada por el sufrimiento y aniquilada por la dolencia cruel, cuanto á tí te ofende, hiere y daña, para libertarte, aun á costa de mi vida, de las pesadumbres y tristezas del momento! ¡Qué bello y encantador sacrificio!

»Puede ser que haya, entre tus propios hijos, quien no sepa apreciar el alcance de tu infortu-

nio; quizás no falte alguno, bastante desnaturalizado, que mirándolo desde el punto de vista de sus conveniencias, lo estime de suma utilidad; pero estos monstruos serán pocos, serán contados, serán una verdadera excepción á la regla general.

»Los que te amamos en todos los tiempos noble y desinteresadamente, como á nuestra madre cariñosa y tierna; los que nos hemos recreado en las páginas gloriosas de tu historia épica, bordadas de acontecimientos maravillosos, de heróicas empresas, de hazañas sólo comparables á las que pudieran realizar los dioses; los que hemos respirado tu ambiente purísimo y sentido la caricia suave de tu sol de oro, no te olvidaremos jamás, y cualquiera que sea el porvenir, y por doloroso y humillante que sea nuestro estado social, siempre volverán á tí nuestros ojos, y con ellos nuestra devoción, con el mismo religioso respeto que los mártires cristianos dirigían los suyos á Jesucristo en las agonías del circo.

»¿Qué valen los bienes terrenales ante la satisfacción interior del espíritu? ¿Qué importa tener comodidades, riquezas y venturas materiales, si se lleva el cáncer destructor en el alma? Si una honda, siniestra é invencible pena obscurece todo nuestro horizonte y nos priva de

toda luz, sembrando de punzantes espinas nuestro camino, ¿qué significan los grandes negocios felizmente terminados, el oro prodigándosenos por todas partes, la tierra amontonando á nuestro paso, para que los recojamos, sus tesoros todos?

»Por eso, Patria inmortal, madre generosa, santa España, van hacia tí mis votos y plegarias, y colocándote en el cielo de nuestra religión católica, juro: adorarte con toda la fe de los verdaderos creyentes; defenderte con todas las virilidades de las almas que no temen á la muerte; bendecirte en todas las ocasiones, sin analizar ni discutir tus actos; acompañarte en espíritu en tu largo viacrucis y no olvidarte ni una hora, ni un segundo, siquiera la suerte loca nos llame á sí con todos sus favores y sus desprendimientos todos.

»Sólo tú, santa y noble España, serás para mí la alegría, la felicidad, la luz, el sol que todo lo regenera y calienta.

»¡Madre querida, en esta hora menguada, te saludo llorando!»

¡Caso singular y maravilloso!

¡Y era un cubano, un criollo, hijo de otro cubano bastante tibio en su afecto para con la madre Patria, quien así se expresaba y de tan puros y nobilísimos sentimientos daba inequívoca muestra!

Admirada Julia de tan intensa y sincera devoción y por ella contagiada, sintióse de tal modo identificada con el neurótico amor patrio de Santa Fe, que con llanto en los ojos y gimiendo con desconsuelo profundo, le abrazó diciendo:

—¡Oh grande! ¡Oh puro y tierno corazón! Yo también juro morir cuando tú mueras y adorar lo que tú adores; porque lo que tú ames es, sin duda, por la fuerza misteriosa que engendra tal pasión, justo, sagrado y verdadero.

Y un beso castísimo—que borraba todas las faltas antiguas—unió aquellas dos almas incomparables y puras.

XIV

Desde los primeros días del bloqueo, habíanse suspendido las hostilidades con las fuerzas insurgentes.

El General en jefe, deseoso de evitar complicaciones interiores, decretara una especie de armisticio, que fué recibido con entusiasmo por aquellas, tan necesitadas de reposo como de alimentación. Su estado sanitario, por otro lado, demandaba tranquilidad y sosiego y una medicación inmediata y eficaz. Por tal motivo, los jefes libertadores acogiéronse tácitamente á la disposición de la autoridad española y establecieron sus campamentos en las cercanías de las poblaciones, libres de toda preocupación y cuidado, en tanto que las tropas del Gobierno se internaban en las ciudades, posesionándose de sus cuarteles, fortalezas y castillos.

Nadie molestaba á nadie. Esperaban los españoles ser llamados para combatir al invasor, que operaba exclusivamente en el Sur de la Isla, ya que no merecían los honores de la crónica sus débiles asaltos á Cienfuegos, á Matan-

zas y á Cárdenas, y los cubanos que ondease triunfante la bandera estrellada para proclamar su independencia y libertad á la faz del mundo, asombrado y atónito de tales novedades y sucesos.

Cesaran, por tanto, los encuentros parciales, las emboscadas y los tiroteos; la dinamita ya no sembraba el terror y la muerte en las lineas férreas; el ojeo policiaco quedara, de pronto, estancado, y ya no se perseguía á persona alguna por sus ideas separatistas. Por lo contrario, encontraban éstas atenuación en las más sanas conciencias integristas, y muchos de los que hubieran muerto de indignación al simple anuncio de su triunfo, veíanlas asomar sin recelo y como una especie de sol regenerador que habría de disipar la densa tiniebla de amargura y tristeza que enlutaba todas las almas.

Pasado el puente de Luyanó, camino de San José de las Lajas, discurrían tranquilamente las huestes de Alejandro Rodríguez; vigilando la ruta del Mariel, muy cerca de Guanajay, estaban las de Perico Delgado; y las de Alemán fraternizaban con los soldados españoles en las lindes de Marianao.

Rodeado de entusiastas y devotos, aclamado por los hombres y adorado por las mujeres, hallábase el Generalísimo. Entretenía sus ocios,

que eran mayores que sus quehaceres y trabajos militares, pulsando la lira; y hacía versos al sol, cantando en décimas, que eran coreadas por todos sus amigos al compás del güiro, las bellezas y encantos del amanecer cubano. Ocupaba la magnífica casa de vivienda del ingenio *Matilde*, y desde allí dictaba órdenes que circulaban rápidamente por toda la Isla y recibía noticias de los progresos del bloqueo por la línea de Caibarien, cuyo puerto estaba abierto á los norteamericanos.

Todo para los revolucionarios se presentaba alegre, encantador, luminoso y atrayente. En breve iban á ser dueños de su patria; muy pronto flotaría en la más elevada torre del Morro la bandera de la estrella solitaria; la cercana Nochebuena la celebrarían ya independientes, sin la aborrecida tutela del español execrado. Los sueños que se consideraban imposibles, estaban á punto de realizarse. ¡Qué ventura!

Los cubanos serían Ministros, Gobernadores, Directores generales, Embajadores, Arzobispos, curas, administradores, dueños, en una palabra, de la gran riqueza de su tierra. Y todo lo deberían á la ayuda noble, desinteresada y humana de la gran República. ¡Oh, qué inmensa gratitud hacia sus hombres llenaba los corazones criollos! Los poetas no encontraban ya ditirambos

que emplear en su alabanza. Cuanto se dijera considerábase nimio comparado con lo que sentían.

A veces pensaban en las fincas destruídas, en los pueblos incendiados, en los cañaverales invadidos por la hierba guinea, en las extensas vegas abandonadas, en los potreros sin una sola cabeza de ganado; pero en seguida esta idea dejaba de amargarles, recordando la fecundidad de su tierra y lo fácil que sería para ellos restaurar la perdida riqueza.

Si alguno, temeroso del porvenir, preguntaba:

—¿Y los americanos? ¿Cómo se conducirán concluída la lucha?

Respondían inmediatamente los que presumían conocer todos los secretos de su amistad con los cubanos:

—¡Oh! nada hay que temer de los americanos. Son aliados y protectores honrados; aman la libertad de los pueblos por convencimiento y por tradición; ningún pensamiento bastardo ni egoista les ha empujado á la ofensiva contra nuestros expoliadores y tiranos. Son los fieles depositarios y sostenedores de la doctrina democrática, de las aspiraciones de progreso y de los sentimientos altruistas. Consérvanse tan puros en sus costumbres políticas y sociales como en

los días de Jefferson, y sería criminal dar calor á la más leve idea de desconfianza contra los que tuvieron la abnegación de promover una guerra como la de secesión, sólo por abolir la esclavitud y elevar al rango de hombres libres á los negros de los Estados del Sur.

—La libertad y la independencia de Cuba—agregaban los doctos,—están garantidas por las dos Cámaras de Washington y sancionada por el insigne Mac-Kinley, que ha dicho al mundo civilizado que «su intervención se limitaría á rescatar de la servidumbre á un pueblo que, por su heroismo y por sus sacrificios, era digno de ser libre».

A mediados de Agosto se conocieron las bases del tratado de paz.

Fué un desencanto terrible para los peninsulares.

Abandonábase la soberanía de Cuba y cedíase á Norte América la Isla de Puerto Rico.

¡Qué epílogo tan desastroso y desconsolador! ¿Y para esto habíase luchado durante tres años, sacrificado á trescientos mil españoles, perdido mil millones de pesos y pasado por la vergüenza de Santiago de Cuba?

Alberto Álvarez experimentó una sensación penosísima al tener conocimiento del arreglo. Sintió que le faltaba la tierra bajo los pies, y pa-

recióle que se hundía, con cuanto le rodeaba, en un abismo siniestro y profundo.

—¿Es decir—pensó,—que todos los esfuerzos de España han resultado á la postre inútiles? ¿que los míos personales de nada han valido? ¿que todo se ha perdido, y lo que es más triste y doloroso, perdido sin gloria? ¿Y habrá quien sobreviva á esta catástrofe? Los principales causantes de ella, ¿qué muerte resonante y trágica se darán? La conciencia nacional española, ¿no reclamará iracunda el castigo clamoroso, tremendo, feroz y duro de los que, pudiendo evitar cuanto acaba de suceder, lo han precipitado con sus descuidos, con sus impericias, con sus vanidades, con sus concupiscencias, con su *filocrina* insaciable y repugnante?

Algo, allá en lo interior de su alma turbada y confusa, decía con voces misteriosas y sordas al Marqués que España, la enérgica, la heróica, la que había hecho subir al cadalso á los Lunas y á los Calderones, se encendería en santa y noble ira, no dejando impunes á los que la obligaban á una humillación que sólo tenía remembranza en la rota, cuasi legendaria, de Guadalete.

—¡Ah!, sí—exclamaba; — Castilla resurgirá, con su alma viril y altiva, y después de lavar con la sangre de los traidores y de los cobar-

des la ofensa que le han inferido, entregando su honor sin resistencia al vulgar y ridículo enemigo, tornará á ser la Castilla de los grandes días, de los días gloriosos y felices en que el mundo la contemplaba acobardado y medroso.

Sonrió á esta idea Santa Fe, y como si un aliento de venganza le reanimase, quiso presenciar el final del terrible melodrama.

Se marcharía á Lucerna con Julia, de la que ya no le era posible prescindir; y desde allí, obscurecido y apartado de todo movimiento y de toda relación humana, contemplaría la justicia que España iba á realizar. Cuando esta hubiese sido completa y entera, pensaría en sí mismo, examinaría sus propios actos, todos los incidentes de su ya larga y fatigosa existencia, resolviendo, en definitiva, sobre la conveniencia de seguir soportándola ó ponerle término.

Las relaciones interrumpidas con el mundo á causa del bloqueo, reanudáronse de pronto.

Llegó el *Lafayette* de Veracruz, y se llevó, camino de su patria, centenares de españoles que no querían sancionar con su presencia en Cuba el vil despojo de que acababa de ser objeto aquella.

Entraron otros muchos buques, que esperaban en los inmediatos puertos americanos la opor-

tunidad de acercarse á la Habana, y de nuevo la extensa y hermosa bahía recobró su animación y su alegría de los días anteriores á la guerra.

Pobláronse otra vez los muelles de cargadores y obreros, sus alrededores de carretas, coches y carretones, y como si todo lo pasado no fuese otra cosa que una pesadilla espantosa, oyóse el propio rechinar de cadenas, el mismo crugido de los barcos al tropezar contra los espigones, y las frases, interjecciones y palabrotas que se oyeran siempre.

Los víveres llegaban en competencia ruinosa para sus acaparadores, y á la carestía escandalosa del bloqueo sucedió una baratura verdaderamente inverosímil.

Los que habían rebasado, sin perecer de hambre, los meses de la guerra, experimentaban cierta sensación de placer y tomaban revancha del ayuno forzoso, atiborrándose de tasajo, de bacalao, de garbanzos, de fríjoles y de pan.

Pero en general dominaba la nota triste. Los españoles, que formaban la mayoría absoluta de la Habana, estaban abatidos, atemorizados, como heridos por un infortunio tremendo y con el cual jamás habían contado. Los cubanos autonomistas—que dominaban en la esfera gubernamental,—mostrábanse también muy disgusta-

dos; y aunque Montoro, y Gálvez, y Govín hablaban de no abandonar la Isla, libres como estaban de todo temor á las represalias de los revolucionarios vencedores, Dolz y algún otro preparábanse á trasponer el Atlántico.

Los valores públicos, que instantáneamente habían recobrado sus cotizaciones viejas, aunque se lanzaban á la Bolsa en cantidades de verdadera importancia, arrebatábanse á los vendedores—generalmente peninsulares, que liquidaban la parte posible de sus fortunas para retirarse á su tierra,—y una intensa fiebre de especulación y agiotage dominaba en todas las esferas.

Ya se hablaba de la fecha en que debía tener lugar la evacuación total de la Habana, y asegurábase que sería el 1.º de Enero de 1899: el mismo día del primer aniversario de la proclamación de la autonomía.

Los que profetizaran que ésta traería en pos de sí la independencia, no sólo no se habían equivocado, sino que tenían la acre satisfacción de ver cumplidos sus vaticinios mucho antes de lo que ellos mismos imaginaran.

—¡Qué aniversario tan menguado!—decía Montoya.

—Para los españoles y cubanos renegados—contestaba el Magistrado Martinón, que adorna-

ba ya la solapa de su levitín de alpaca color ala de mosca, con un botón, en el cual se veía grabada, con vivos colores, la bandera cubana;—que para nosotros, los que siempre hemos defendido la causa, será el más bello de nuestra vida.

—¿Pero usted, Martinón, usted trabajaba por la causa?

—Ya lo creo.

—¿Y desde dónde? ¿Desde la poltrona de la sala segunda?

—Desde todas partes: desde la sala y desde mi casa; desde la barbería en donde me afeitaba y desde la tienda en donde tertuliaba; dictando sentencias y preparando mis cigarrillos estomacales.

Hace mucho tiempo que estoy á voluntario descuento, y que mi paga, en su mayor parte, pasa á manos de los recaudadores de fondos para sostener la revolución.

Poco más, poco menos, expresábanse así muchos de los que algunas semanas antes juraban y perjuraban morir en defensa de la madre Patria, y á cuyo servicio se habían mantenido, con nota de impecables, años enteros.

Á mediados de Octubre la efervescencia en las oficinas del Gobierno era extraordinaria. Amontonábanse legajos, empaquetábanse expe-

dientes, recogíanse libros y embalábanse retratos, en expediciones singulares y únicas, camino de Cádiz, Barcelona y La Coruña.

Casi de balde se enajenaban muebles, coches, furgones, útiles de marina y de guerra, armas y municiones, cuanto era susceptible de moverse, que los compradores de ocasión acaparaban contentos y bien seguros de la futura ganancia que les esperaba. Algunos desaprensivos encontraban más cómodo recoger lo que ya para nada servía y apenas era objeto de precio, y embarcábanlo «para sí» y por cuenta del Estado. ¿No había al fin de perderse? Cuanto menos se dejase á los yanquis y á los cubanos mejor. De todos modos, nunca lo pagarían.

Mesas antiguas, muebles valiosos del siglo XVII, aparadores de un mérito incalculable, cuadros y vajillas que pertenecían al Gobierno, cedíanse por una bicoca, cuando no pasaban al muelle en enormes cajas de madera y sepultábanse en los vientres colosales de los vapores que zarpaban diariamente de la Habana con rumbo á la Península.

El deseo de escapar, de irse, de no ver surgir un nuevo día en Cuba, se apoderaba con intensidades de sugestión y con apremios irracionales de la voluntad de todos los españoles. Y el que por carecer de los recursos necesarios para

marcharse, tenía que transigir con la realidad cruel que le forzaba á no moverse, maldecía primero de su suerte y caía después en una insensibilidad é inconsciencia que le permitían mirar cuanto acontecía con una indiferencia aneja á la idiotez.

Una mañana súpose que los soldados de orden público encargados de la guarda y custodia de la ciudad, estaban sublevados porque no se les liquidaban sus alcances.

Nadie se alarmó. ¿Qué importaba aquéllo después de los magnos sucesos acaecidos? Como ya no era posible apelar al tópico corriente del patriotismo, hubo que contentarlos; porque ¿quién se atrevería á fusilarlos?

Otro día circuló rápidamente esta noticia:

«El General se ha ido y con él su Estado Mayor.»

—Vaya bendito de Dios—dijeron españoles y cubanos, que respiraron como si con él se fuese la pesadumbre que á unos y á otros invadía.

Al tener conocimiento de este viaje, Santa Fe, que estaba retirado en la quinta de Julia, en el Tulipán, dijo:

—Mucho temo que Blanco se quede en medio del Océano.

—¿Por qué?—preguntó Julia.

—El héroe de Peñaplata, ¿podría presentarse

vencido (porque también á él alcanza la derrota) ante su pueblo?

Las casas de banca no tenían hora de reposo. Trabajaban de día y de noche sus empleados, y los que giraban sus caudales sobre París, sobre Londres y sobre todas las plazas de la Península, formaban cola á las puertas de aquéllas, durmiendo algunas noches al raso para no perder sus puestos. ¡Tan grande era el afán de salvar los centenes, fácilmente ganados en los últimos días de la lucha!

En todos los hogares, en todos los círculos, en los teatros y cafés, no se hablaba sino de la evacuación. Y esta palabra, de significado un tanto equívoco, era el saludo obligado de todo el mundo.

—¿Cuándo empieza la evacuación definitiva? —preguntaban malhumorados y conteniéndose á duras penas los revolucionarios, que ya lo eran casi todos los criollos.—La permanencia un día más de las tropas españolas en nuestro territorio—agregaban,—es un grave insulto á nuestro honor y un peligro para la paz restablecida.

Pero los moderados aconsejaban prudencia y calma, haciendo comprender á los impacientes que la retirada de un ejército numeroso no podía ser obra de una semana, ni siquiera de un

mes. De todas suertes, el abandono de Cuba estaba decretado, y los que habían esperado cuatro siglos el instante dulce de la libertad, bien podían aguardar un trimestre más.

A poco de hacerse cargo de la Capitanía General y del Gobierno de la Isla Jiménez Castellanos, llegó la Comisión americana que había de acordar la forma de evacuación.

Empezaron las deliberaciones, que fueron fatigosas, abrumadoras é irritantes. Los yanquis lo querían todo: cuando más, permitían que se recogiesen los archivos y documentación de los españoles, y que se vendiesen los muebles de las oficinas y las armas y municiones de los parques militares. Como esto ya estaba en ejecución, sólo se trató de la fecha en que la bandera española, que aún flameaba, como si nada hubiese acontecido, en todas las fortalezas, debía ser arriada, y de la forma en que la marcha de las tropas tendría que efectuarse. Después de largos y prolongados debates, que trascendían en toda su integridad al público, acordóse: que la evacuación se verificase por secciones, y que los barrios que las fuerzas españolas fuesen abandonando, los ocupasen en seguida las americanas, acampadas desde los primeros días de Septiembre en los Quemados y en Marianao, bajo las órdenes de

Lée. Cuanto á la bandera, era forzoso que cayese, como ya el pueblo lo reclamaba, el 1.º de Enero. Pero ¿con cuál debía sustituirse? ¿con la cubana? ¿con la americana?

Mr. Lulowf, al llegar á éste punto, cortó secamente la discusión.

—La nación vencedora es la que izará su bandera; y la nación vencedora es la República americana—arguyó.

A Jiménez Castellanos no le interesaba gran cosa este detalle, siquiera en lo íntimo de su alma habría visto con menos disgusto la revolucionaria, que al fin era de españoles y de hijos de españoles, y dió su conformidad.

En lo que no transigió con el que ya estaba indicado para Gobernador de la provincia, fué en la pretensión de intervenir, desde luego, las Aduanas y rebajar los derechos de las importaciones yanquis.

—Eso—dijo el General—será cuando yo me vaya, y la autoridad de España haya concluído su misión.

Lulowf no tuvo más remedio que reconocer el derecho de ésta y acatar la resolución de Jiménez Castellanos.

Con su risita bondadosa y sus palabras dulces tenía á todo el mundo á raya el Gobernador General. Las concupiscencias y egoismos de

última hora, encontraban en él un valladar poderoso, un antemural infranqueable; y los que querían pescar en río revuelto, veíanse en la necesidad de dejar los aparejos de que se habían provisto.

Con una energía de que nadie le creía capaz, anuló ciertos decretos sobre concesiones de tranvías intraurbanos y líneas ferrocarrileras que se querían hacer pasar de contrabando; y el indulto de una grave pena aflictiva, impuesta en una causa ruidosa, que se pedía como cosa fácilmente realizable, vióse en la necesidad de negarlo, á pesar de los apremios de la amistad y de sus sentimientos generosos y humanos.

—Vaya un Gobernadorcillo que nos ha quedado para el final—murmuraban los sepultureros de la soberanía;—con él no vamos á redondear nuestros pingües negocios. ¡Malhaya la ocurrencia!

En efecto; Jiménez Castellanos proveía á todos los asuntos, atendía cuantas quejas se le formulaban, cuidaba del embarque de las tropas, que se efectuaba con un acierto y una regularidad notorias, y pagaba cuanto podía.

Una mañana hizo vender el coche y los caballos de la Capitanía General. Los tres mil y pico de pesos en que fueron enajenados, pasaron en seguida á manos de los soldados de or-

den público, que seguían irritados reclamando sus pagas.

Incautóse de la recaudación de Aduanas, y con su importe atendió á las necesidades de la repatriación, evitando con este procedimiento conflictos pavorosos.

Cuando tornó á España este militar honrado, el último de los Gobernadores Generales de la Isla, aún pudo entregar al Estado ¡caso extraordinario! dos millones y pico de duros.

Los peninsulares, á pesar de su abatimiento y tristeza, animábanse al hablar de Castellanos; celebraban su probidad y su entereza, y como resumen de sus juicios, exclamaban:

—¡Qué lástima! ¡Qué tarde ha venido!

Julia, entretanto, arreglaba sus baules, empaquetaba sus muebles predilectos, sus juguetes y adornos más queridos y excitaba á Santa Fe á tomar cuanto antes el vapor para España ó para Francia.

Este, con una parsimonia que desagradaba bastante á Julia, decía impertérrito:

—Ten un poco de calma, Julia; ya ves cuán poco falta para llegar al fin. ¿Crees tú que yo voy á quedarme aquí?

—Lo sé, lo sé—contestaba Julia,—y por eso quiero que nos marchemos lo más brevemente posible. Todo esto me enoja, me irrita, me pro-

duce una viva sensación de antipatía. Yo misma no me doy cuenta de este raro cambio operado en todo mi sér moral y material.

—Y sin embargo, tiene fácil explicación—decía sonriendo Alberto.

—¿Cuál?

—Somos los vencidos y nos molestan la alegría y el regocijo de los que se creen triunfadores.

Los cubanos, en efecto, dejaban que sus resentimientos contra la madre Patria se desbordasen; no ocultaban ya sus odios ni sus prevenciones.

Declaraban que el largo sufrimiento de su pueblo había culminado con las matanzas de Pinar del Río, de Colón, de las Villas y de la Siguanea; que la reconcentración era una medida que sólo podía haberla concebido y realizado un cerebro neroniano, y hablaban de las represalias sobre las personas y bienes de los españoles que quedaban, como de un hecho natural, lógico, inevitable y necesario.

No faltaban espíritus prudentes y humanos que aconsejaban la moderación, el respeto á todo el mundo, la piedad; pero estos consejos tenían poca resonancia en la opinión revolucionaria, que invadía en grandes masas la ciudad procedente de la manigua, de los Estados Uni-

dos, de México, de Honduras, de Santo Domingo y de Francia.

Todos llegaban á la fiesta del 1.º de Enero; al reparto del botín, consistente en empleos y cargos que monopolizaban los autonomistas, cubanos renegados, más dignos de castigo, según los exaltados, que los españoles mismos.

Y los tipos astrosos, destrozados, pálidos y anémicos, que pregonaban á voces su larga estancia en el campo, las persecuciones y las hambres heróicamente soportadas, alternaban con los elegantes que llegaban de Filadelfia, de Veracruz y de París, más fuertes, más sanos, más animados ¡ya se ve! á la novísima guerra, que los que realmente ofrendaran sus existencias, en tres largos años de inenarrables martirios, en holocausto de una libertad tan costosa como ideal y fantástica. Llenaban unos y otros calles y paseos, teatros y cafés, y si no provocaban un conflicto diario con los oficiales españoles, debíase á la enérgica represión que Jiménez Castellanos imponía á todos los desmanes, y á la actividad que desplegara en castigar los excesos ocurridos recientemente en la famosa y de nuevo animadísima acera del Louvre.

En un kiosco de bebidas flotaba al aire una bandera americana en los primeros días de Diciembre, algunos antes de la firma del tratado

de París, cuyas bases principales eran ya conocidas.

Acertó á pasar un soldado español que tenía sed por cerca de aquél, y acercóse al mostrador pidiendo un vaso de cerveza.

El cantinero, insolente en sumo grado, díjole:

—No beberá usted cerveza si no saluda esa bandera.

El soldado, por única respuesta, arrancó el trapo del asta, y pisoteándole irritado gritó:

—Otro tanto haré con usted si no me sirve.

Escándalo enorme produce este suceso; aglomérase la muchedumbre; háblase de linchar al militar que, con su bayoneta, espera la acometida, y al fin, una comisión de revolucionarios, presidida por un oficial americano, sube á Palacio, poniendo el hecho en conocimiento del Gobernador General y pidiendo castigo para el audaz soldado.

Jiménez Castellanos, sin dejar de sonreirse, contestó:

—La bandera americana en una fortaleza ó al frente de un cuerpo de tropas, es una bandera digna de respeto; pero esa bandera cubriendo un puesto de bebidas no es más que un trapo. Pueden ustedes retirarse, señores.

Todos bajaron sin chistar ni atreverse á pronunciar una palabra más.

Hacia el 20 de Diciembre, estipulada ya la paz que despojaba á España de Puerto Rico y Filipinas, obligándola á renunciar á la soberanía que desde el descubrimiento venía ejerciendo sobre Cuba, el Marqués de Santa Fe trasladóse con Julia á su Palacio de la calle del Prado.

Sus equipajes se hallaban en casa de Bridat y Montros, para su embarque en *La Navarre*, en la que debían salir ambos, con dirección á Saint-Nazaire, el día 31.

Alberto se mostraba de hora en hora más reservado y taciturno. Con la propia Julia, á la cual adoraba cada día con más intensidad y pasión, rehuía hablar; bien así como si la conversación le molestara y causase daño. Había renovado sus poderes á su administrador, que le permanecía adicto y leal, á pesar de ser partidario del nuevo estado político, girando grandes sumas á Londres y á París y otorgando testamento, por el cual instituía por su única heredera á Julia, con un legado de doscientos mil pesos á favor de su fiel criado Manuel.

—Ya puedo morir—dijo una mañana con cierta delectación.—Todo lo tengo bien ordenado y dispuesto. ¡Qué placer el sumirse en un sueño perpetuo, sin pesadillas ni recuerdos! No sentir nada, no desear nada, no aborrecer á nadie, no

experimentar hastío ni repugnancia de la vida, ¡qué gran ventura!

—¡Julia! ¡Julia!—gritó alegremente, llamando á su querida, que arreglaba su tocado en la habitación inmediata.

—Alberto, ¿qué ocurre?—contestó aquélla, que se presentó algo alarmada.

—Nada, nada de particular; que se me ha ocurrido una idea originalísima y deseo ponerla en práctica.

—¿Cuál?

—Que esta tarde, de despedida, pues quizás no volvamos á Cuba, nos vayamos á la Chorrera á comer arroz con pollo.

—Muy bien—contestó Julia;—me parece de perlas el pensamiento. Vámonos á la Chorrera.

Á eso de las cinco de la tarde, con un sol de invierno pálido y dulce, salieron en un landó, arrastrado por dos vigorosos caballos americanos, Julia y Alberto, y bajando por la calle del Prado, doblaron por la izquierda para tomar la Calzada de San Lázaro.

Concurridísima y animada encontrábase ésta á tal hora. Millares de personas paseaban en carruaje y á pie, diciéndose frases agudas, adioses cariñosos, saludos expresivos, dando muestra de un regocijo que chocaría á quien no conociera el alegre carácter de los cubanos, que

lloran y ríen al mismo tiempo, y que son tan fáciles á la distracción como al sacrificio.

La mayor parte de las casas estaban adornadas con cortinas blancas y azules, y las banderas yanqui y cubana veíanse entrelazadas y confundiendo sus tonos vivos y enérgicos, que parecían encender en ardientes entusiasmos todas las almas.

Al llegar á la esquina de Galiano, Santa Fe estaba manifiestamente contrariado y muy arrepentido de su extravagante idea de ir á comer á casa de Arana.

Muchos de los que iban en coche hablando ruidosamente, que le debían favores y dineros, afectaban no conocerle y no se dignaban saludarle. Las propias mujeres, tan efusivas en toda ocasión con él, mirábanle como á un habitante de los Urales.

De entre un grupo de gente de á pie, de todo género de colores y clases, salió una frase que le hirió profundamente.

—¡Adiós, renegado!—dijo una voz; y aunque se volvió iracundo para castigar al insolente ofensor, nadie dió muestras de haber hablado.

Julia, horriblemente pálida, miraba á todas partes como si quisiese escapar de aquel paseo que empezaba á ser para ella y para su amante

una especie de Calvario; pero no se atrevía á decir nada á éste.

Cruzaban por delante de la Beneficencia, cuando vieron á Montoya que salía del caritativo establecimiento.

—Pero, ¿están ustedes locos?—dijo.—¿Á dónde van?

—A comer á la Chorrera—respondió Julia, haciendo un esfuerzo para sonreir.

—Imposible—replicó Montoya;—no pueden ustedes pasar, porque desde San Lázaro es ya Cuba libre.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el Marqués, que parecía congestionado por la rabia y la indignación.

—Pues digo, que hoy á las doce han evacuado el Vedado y sus cercanías hasta el Hospital, las tropas españolas; ¿no oyen ustedes el ruído?

En efecto; del extremo opuesto de la Calzada venía un rumor sordo, frecuente, de voces confusas y atropelladas, de gritos, juramentos, canciones, blasfemias, protestas y vivas que se confundía con el de las olas al chocar en las peladas rocas y quebrarse contra los muros de la inmediata batería.

Pero Santa Fe, dominado por el coraje, no quiso atender los ruegos de Montoya, y siguió adelante.

Al llegar frente á San Lázaro, vió un cordón de tropas españolas. Cerca de el, negros y mulatos, blancos y chinos, entremezclados los sexos, formando un *cabildo africano* colosal, enarbolando banderas cubanas que el polvo había manchado ya horriblemente, cantaban con frenesí senagámbico, voceando de tiempo en tiempo:

—¡Viva Cuba! ¡Viva Cuba libre!

Un chusco levantaba en alto un *guacamayo* muerto, que izaba en la punta de un palo largo; y entonces la turba beoda, bailando y saltando con epilépticos espasmos á su alrededor, cantaba:

«Chupa la uva,
deja la caña,
coge la maleta
y vete pa España.»

Y aporreaba con ira felina á la triste avecilla que ya nada sentía, y que una ocurrencia malhadada condenara á simbolizar á España.

Santa Fe hizo dar la vuelta á su coche. Sentíase morir.

Notólo Julia, y exasperada gritó:

—¿Y esto es Cuba libre? No; esto es Africa libre.

EPÍLOGO

En la ciudad de Granada,
grandes alaridos dan:
llaman unos á Mahoma,
otros á la Trinidad,
por un lado entran las cruces,
por otro sale el Alcorán.

....

Entra un Rey ledo en Granada,
el otro llorando va;
y mesando sus cabellos
grandes alaridos da:
¡oh mi ciudad de Granada,
sola en el mundo y sin par!

(Romance morisco alusivo á la entrega de Granada por Boadil á los Reyes Católicos.)

Si hemos de creer en la justicia extrahumana, que más lenta ó más activa cae sobre la cabeza del delincuente, si no siempre y en todos los casos, sobre éste, de cierto sobre las generacio-que le suceden, nunca se presentó más clara ni perceptible, ni tampoco más cruel, que en aquel triste, amargo y melancólico día en que los españoles residentes en la Habana tuvieron que presenciar, mudos de vergüenza y de horror,

cómo su bandera, bajo cuyos encendidos y gloriosos pliegues tantos hechos hazañosos habían realizado sus mayores, se arriaba para siempre de la enhiesta torre del castillo del Morro (obra ciclópea á genios castellanos debida), y su patria, como una luz que se apaga á impulso de violenta ráfaga de aire, desaparecía de una tierra tan puramente española, con una raza y una civilización tan genuinamente españolas, é integrando en tal forma su territorio, que ni el ancho mar que separa á Cuba de España parecióle más que un bello y tranquilo lago á los descubridores, ni el espléndido y eternamente azul cielo cubano, otra cosa que una prolongación feliz y maravillosa del incomparable cielo andaluz.

Terminaba en día tan aciago la epopeya sublime, cuya primer jornada tuviera por teatro el pequeño puerto de Palos en 1492, y cuyos héroes inmortales, ya se llamasen Colón ó Velázquez, Ojeda ó Cortés, Pizarro ó Almagro, Solís ó Grijalva, no habían dado reposo á sus lanzas, conquistando imperios y continentes al ya prepotente y todopoderoso reino español.

De la propia manera, la mañana del 2 de Enero del año feliz del descubrimiento de América, un Rey que no había cometido otro delito que el de querer conservar la independencia de sus

Estados y la religión de sus mayores, veíase forzado á entregarlos para siempre á los triunfadores, cayendo de las altas torres de la Alhambra, para no izarse más, la verde enseña de los Abencerrajes que, durante ochocientos años, fuera símbolo de la victoria; y mientras alegres y ufanos entraban los Católicos Monarcas, con su séquito brillante de caballeros y soldados invencibles, por una de las puertas de Granada, salía el desdichado Boadil por otra con su madre y sus mujeres, sus hijos y servidores, llorando amargamente y doliéndose, á la vista de tanto bien perdido, de no haber hallado energías en su alma enferma y abatida para morir heróicamente sobre los muros que asaltaban jubilosos los enemigos de su fe y de su raza.

La inflexible sanción divina estaba cumplida.

El despojo efectuado por Isabel y por Fernando, á pretexto de consolidar la unidad de la patria española, privando de sus hogares á los que por largos siglos los amaran como suyos, vengábanle en 1899 unos hombres que, poco más de una centuria antes, eran míseros colonos, aventureros sin fortuna, *forvantes* audaces, sedimento de las clases más repudiadas de Inglaterra, rezago odiado de una sociedad tan inhumana como fanática.

Ellos también arrojaban á los españoles de

una tierra que les pertenecía, arrebatando á su nación la soberanía que con tan legítimos títulos ejerciera sobre ella durante tanto tiempo, comprobándose así una vez más esta verdad siniestra: «Todo pecado alcanza su justa expiación».

Por desgracia, los que con sus inercias y egoísmos criminales habían generado la nefanda obra, no asistían al acto final del trágico drama; y como si la Providencia quisiese ser más inexorable y dura con los caídos, señalaba para víctimas de su tremenda justicia á los más inocentes y buenos.

Sí; los que en la Habana se escondían en sus desolados y abatidos hogares, ó asistían, con el corazón chorreando sangre, á la postrera dolorosa ceremonia, eran los que ninguna parte habían tomado en los actos vituperables que creara la infamante y cobarde derrota; los que en toda ocasión habían demostrado interés, patriotismo y abnegación; los que se habían identificado con la tierra cubana, creando en su seno lazos indestructibles de amor y de parentesco; los que habían empujado su civilización y encauzado su progreso y la querían con tan fina y santa pasión, que en sus entrañas confiaban dormir el último sueño.

¡Qué lejos, en cambio, se encontraban los

malvados y los inicuos! ¡Cuán indiferentes á lo que allí estaba ocurriendo!

¡Oh divina justicia! ¿Por qué tu acción en este caso, extraordinario y sin ejemplo, no ha sido tan rápida como es aún necesaria?.....

Desde las primeras horas de la mañana, estaba ocupada la ciudad por fuerzas americanas. El Parque Central parecía un campamento; la calle del Prado, totalmente invadida, cerrárase á la circulación de gentes y de vehículos. En la Plaza de Armas estaban, como en pie de guerra, unos 1.500 hombres, y las entradas de las calles de Obispo, O'Reilly, Mercaderes, Oficios y Tacón, ocupadas por espesos retenes de soldados yanquis, que fumaban alegremente, bebían cerveza como si estuviesen en una taberna y propinaban tremendos culatazos con sus fusiles á los negritos y mulatos que se les acercaban demasiado. Diríase que ni el olor ni el color de éstos era grato á sus generosos manumisores.

Habíase convenido de antemano, por el General Jiménez Castellanos y la Comisión americana, que á las doce del 1.º de Enero una salva de 21 cañonazos, disparados por la artillería yanqui, saludase la bandera española, que en tal instante descendería de la torre del Morro, izándose en su lugar la americana, que sería á

[illegible]

[illegible] como [illegible]

[illegible] ciudad [illegible] Diocesano [illegible] perfectamente [illegible]

[illegible] por [illegible] Sin [illegible] per[illegible] de nombres [illegible] vigenes [illegible] exis-[illegible]

[illegible] pasado!

[illegible] germán [illegible] persecuciones

ñudas; evocaban los manes sombríos de muer-
s no olvidados, y el odio, contenido durante
ichos años, subía ahora, con furia homicida,
sus corazones lacerados á sus cerebros dé-
les y sugestionados por la victoria. Al ver á
s españoles que consideraban autores de sus
ejos sufrimientos ¡error funesto! inermes, caí-
os, pequeños y abandonados, ¿por qué extra-
arse de que pretendieran humillarlos, herirlos
escarnecerlos? No advertían que su cólera,
ara descargar con justicia, era preciso que to-
ase gran vuelo, que cruzase los mares, que se
erniese como un condor de la venganza sobre
os espacios infinitos, y que cayese sobre los
que, hartos y alegres, aplaudían las suertes di-
íciles del Algabeño, frotándose plácidamente
as manos al observar á qué precio, tan mezqui-
no para ellos, se arreglaban sus desaguisados.

Los que quedaban, á poco que se fijasen los
enfurecidos; comprenderían que, más que ene-
migos, habían sido inconscientes auxiliares de
su obra en los días crueles de la lucha civil, y
que se preparaban ahora tal vez, á despecho
de la voluntad libremente dirigida, á ser sus
más asiduos, seguros y firmes colaboradores en
la magna empresa de constituir la nueva nacio-
nalidad y en la penosa y difícil tarea de restau-
rar su perdida riqueza.

Mas ¿quién á las masas, ansiosas de venganza, puede infiltrar ideas de justicia cuando están empeñadas en atropellarla?

Los que en la Habana, finalizando el siglo XIX, asistían á la retirada de España en Cuba, no estaban, ni psicológica ni moralmente, menos libres de pasiones y prejuicios que los que se burlaban en Granada con insolentes carcajadas de las lágrimas amarguísimas del infeliz Boadil.

Alberto Alvarez, correctamente vestido de frac, con corbata negra y cruzado el pecho con la banda de Isabel la Católica, dispúsose á salir de su casa, á eso de las nueve y media de la mañana.

Julia, que estaba muy pálida y temblorosa, viéndole terminar su *toilette* severísima, haciendo un esfuerzo visible, se atrevió á preguntarle:

—Pero qué, ¿al fin te empeñas en asistir á la dolorosa escena del cambio de banderas?

—Sí, querida Julia; deseo subir hasta la cumbre del Gólgota.

—¡Alberto! ¿y eso no te hará daño?; tú estás enfermo, sumamente delicado, y tu palidez cadavérica lo pregona; una emoción fuerte, ¿no te será funesta?

—No temas, resistiré; y nada de cuanto su-

ceda podrá añadir una gota más á la gran cantidad de amarga hiel que anega mi corazón.

—¡Pero Alberto!.....

—Ni una palabra más; y ¡por Dios! no olvides que soy el *último Santa Fe.*

Julia calló, y breves minutos después salía el Marqués en uno de sus coches en dirección al Palacio del Gobernador General. Con bastante dificultad pudo rebasar las calles, bloqueadas por las masas heterogéneas de curiosos espectadores y subir sin tropiezo la ancha escalera de mármol, ocupada por oficiales y soldados americanos, que le saludaban al pasar.

Entró en el salón de recepciones, en aquel magnífico y espléndido salón de fiestas, que por tantos años y con tanta gloria había ocupado su inolvidable abuelo, que él conocía en sus más pequeños detalles, y vió en el sofá de la izquierda á los generales Jiménez Castellanos y Brooke, que hablaban afectuosamente, al parecer tranquilos y nada emocionados.

Sin embargo, en el rostro del militar español, de ordinario grave é indescifrable, notábase cierta movilidad nerviosa que denunciaba claramente el estado horrible de su alma.

Quería sonreir con cierta mesura y circunspección, sin duda para ocultar mejor su dolorosa tristeza, y la sonrisa resultaba una mueca

espantosa, que nadie advertía, pero de la cual se daba clara cuenta Santa Fe, que también sufría cruelmente. Brooke, en cambio, mostrábase satisfecho; y si bien, con delicadeza humana y noble, no daba señales de impaciencia ni de alegría por lo que estaba ocurriendo, el regocijo, como una onda luminosa que penetra en la tiniebla, iluminaba su cara.

Aunque trataba de disimularla, inundábale la felicidad.

De tiempo en tiempo llegaban comisiones. ¡Caso singular! Si los interventores desaparecieran de improviso, al ver allí la mayor parte de las caras que habían saludado un año antes la jura del Gabinete colonial, diríase que nada había cambiado y que la escena iba de nuevo á reproducirse.

La *Real* Audiencia enviaba una representación numerosa: de ella formaba parte el *integérrimo* Martinón, que lucía muy envanecido en el ojal de la levita un botoncito azul y blanco con una línea roja, colores del pabellón cubano. El colegio de Abogados exhibía sus más ilustres socios, y la Cámara de Comercio y varios otros Centros, de buena ó mala gana, encontrábanse igualmente representados en el acto por notables y conocidísimas personalidades.

Era conveniente no disgustar al que llegaba;

cuanto al que, dentro de cortas horas, cruzaría los mares para no volver, ¿qué podía esperarse ya?

Abundaban los Generales y oficiales yanquis que, arrastrando sus largos sables y tropezando con sus plateadas espuelas, demostraban el escaso hábito que tenían de usar arreos militares; no era menos grande el contingente de distinguidos guerreros cubanos que, con el beneplácito de Castellanos, tomaban parte en un acto que no volvería á repetirse en todos los venideros siglos.

Resaltaban en todos la moderación y el respeto, y en los cubanos particularmente advertíase cierta compunción que nacía, sin duda, de la impresión rara, mezcla de alegría y de amargura, que les producía un suceso que tan hondamente les afectaba y de tal modo hería á la nación, contra la cual habían luchado enardecidos é iracundos y que, sin embargo, aun triunfadores, no quisieran ver por extraños humillada.

Santa Fe, respondiendo á constantes saludos que se le hacían, después de cumplimentar á los dos Generales que continuaban sentados en el sofá y de los que era amigo, observaba atentamente la escena, como si quisiese grabarla en su memoria, y con nerviosos ademanes consul-

taba de vez en cuando su reloj, que corría, á su parecer, con una velocidad inaudita.

No podía hacer reflexiones ni apartar su mente de lo que estaba ocurriendo. No pensaba siquiera en su ilustre ascendiente, que un tiempo llenara con su personalidad prestigiosa aquél salón. Á veces sentía amagos de síncope y los pies flaqueábanle en su base, haciéndole doblar ligeramente las rodillas. Pasábanle por el rostro ráfagas de fuego, inundándolo de copioso y heladísimo sudor, y acometíanle insensatos deseos de llorar, de maldecir, de gritar y hasta de herir. Pero se contenía virilmente por un esfuerzo heróico de la voluntad poderosa de que siempre disponía, y cuando una de estas impulsiones era muy viva, acercábase al Auditor Girauta, que compartía con Castellanos el doloroso calvario y emprendía con él una fatigosa conversación.

Quería y procuraba aturdirse.

Sonaron por fin las doce, y una corriente eléctrica y aniquilante, más fuerte cuanto menos conocida, demudó todos los semblantes. Impulsados por ella, levantáronse Castellanos y Brooke, dirigiéndose al balcón, tras de los que siguió Santa Fe y siguieron todos los circunstantes.

Con lenta y abrumadora calma, oyéronse los primeros cañonazos. Cada estampido repercu-

tía tan dolorosamente en el corazón de Santa Fe, que al llegar al número quince, perdió la conciencia exacta de cuanto le rodeaba y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón para no caer.

¡Qué agonía tan espantosa y horrible!

No quiso mirar cómo caía la gloriosa bandera de Lepanto y de Pavía.

Enteróse de que el monstruoso crimen quedaba consumado, cuando escuchó que la salva se repetía.

Instantes después descendía del palacio de España su último Gobernador General en Cuba, y escoltado por un brillante Estado Mayor americano, en medio de compactas filas de soldados enemigos, dirigíase al muelle de Caballería para tomar el vapor que le aguardaba.

Contra lo esperado, no se oyó ni un grito, ni una frase injuriosa, ni una palabra ofensiva de la muchedumbre.

Impresionada tristemente, comprendiendo que algo suyo se desgarraba y hundía para siempre, despedía con un silencio respetuoso, que la redimía de sus pasados excesos, al noble militar español.

Al llegar la comitiva frente al café «La Marina», sucedió una cosa inaudita que á todos dejó mudos de asombro.

A uno de los balcones de la casa asomóse una mujer, de rostro agraciado y simpático aspecto, la cual, agitando con loco entusiasmo una bandera española, gritó con voz vibrante:

—¡Viva España! ¡Vivaaa!.....

Con ojos preñados de lágrimas, miráronla Castellanos y Santa Fe, y cuando iban á saludarla agradecidos, vieron que un hombre la arrastraba irritado hacia el interior de la habitación.

Sólo una mujer, en instante tan crítico y solemne, en medio de tantos peligros y temores como amagaban á los vencidos, hubiera tenido valor para lanzar un viva, que caía como un rayo de ira celestial sobre aquella masa versátil y hostil, y era á modo de reto sublime de la víctima á sus verdugos. Porque sólo la mujer, sér débil y asustadizo, tímido y pusilánime por naturaleza, traspasa en las ocasiones extraordinarias los más remotos límites de la heroicidad y del sacrificio.

De todas suertes, aquel ¡viva! enloquecedor y frenético, tan agudo como inesperado, que hizo estremecer á cuantos lo oyeron, quería sentar una verdad que debe grabarse en todos los corazones españoles con caracteres de fuego.

España no ha muerto.

En el muelle despidióse Jiménez Castellanos

de sus acompañantes y amigos, abrazó á Alberto, y acompañado de sus ayudantes se dirigió en una falúa al vapor *Rabat*, que debía conducirle á Matanzas.

Desde la orilla del mar veíale marchar el Marqués, y contemplaba ensimismado y absorto aquella bahía, tan saturada de españolismo en mejores días, poblada ahora de barcos, goletas, vaporcitos, botes y guadaños que enarbolaban banderas criollas y americanas.

Involuntariamente dirigió la vista hacia el Morro, y flotando airosamente, agitada por una dulce brisa, vió la estrellada bandera de la Unión.

Iba á proferir un apóstrofe, cuando oyó una descarga de fusilería.

Desde los muelles de Regla, una kábila, al parecer africana, decía «adiós» á tiros al Gobernador General, que sin inmutarse, impasible y sereno, subía la escalera del *Rabat*.

—¡Miserables!.....—gritó el Marqués.

Y desapareció entre las tropas americanas.

Todo había concluído; ninguna esperanza quedaba en el corazón. El fin de España en Cuba era evidente.

—¿Para qué vivir?—dijo Santa Fe al encontrarse en el despacho de su palacio.—Si con la patria de mis mayores, que es la mía, todo ha

muerto para mí, yo también debo morir; la existencia ya no me ofrece ningún placer.

Y de uno de los cajones de su bufete tomó un precioso revólver niquelado, con incrustaciones de nácar y oro, que alzó á la altura de su sien derecha.

Pero en tan supremo instante abrióse violentamente una mampara interior y penetró Julia, pálida, convulsa, agitadísima, con el cabello suelto y los ojos, enrojecidos por el llanto, queriendo saltar de sus órbitas; pero como siempre ideal, hermosísima, arrebatadora.

—¡No, Alberto, no!—gritó con desesperación inmensa.—¡Tú sólo, no! ¡Muramos los dos juntos!

Abandonó Santa Fe el arma que empuñaba, y abrazando á su amante, que á su vez le estrechó frenética contra su corazón, cayeron ambos sollozando amargamente sobre un sofá.

FIN

OBRAS DEL AUTOR

El Eco de Galicia, *Revista regional.*—Veinticinco tomos en folio.

Aires d'a miña terra *(crítica).*—Un tomo.

Galicia Contemporánea *(social).*—Un íd.

Ecos de mi Patria *(costumbres).*—Un íd.

El Problema Cubano *(política).*—Un íd.

La Pena de Muerte *(jurisprudencia).*—Un tomo.

La Prueba de Testigos *(procedimientos).*—Un tomo.

EN PRENSA

La Emigración en general.—Informe emitido por el autor como Vocal-Ponente de la Sección de *Economía Pública* del Congreso social Hispano-Americano, celebrado en Madrid en 1901.

EN PREPARACIÓN

La Evacuación, segunda parte de **Finis.**

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

